

narrativas

revista de narrativa contemporánea en castellano

Número 06
Julio-Septiembre 2007

ISSN 1886-2519
Depósito Legal: Z-729-2006

«Ningún escritor es bueno hasta que no aprende a corregir.»

Enrique Vila-Matas. Introducción al libro *Si te comes un limón sin hacer muecas*, de Sergi Pàmies

• Ensayo

Algunos seres fabulosos y mitológicos en Don Quijote: un acercamiento simbólico, por Víctor Coral
Bécquer, el hombre a través de sus rimas, por María Dubón
Onetti refunda Santa María: cuando ya no importe, por Daniel Orizaga

• Relato

La intención del autor, por Andrés Neuman
Mujer en tren, por Miguel Barrero
El ajuste, por Luis Calle
Es que verá que me duele la mano, por Omar Piña
Liturgia de la sombra, por Lilian Elphick L.
Un cadáver sobre la cama, por Pablo Lores Kanto
Nunca aprendí a escribir, por Graciela Barrera
La muerta, por Pablo Giordano
El espejo, por Gabriel Amador
Crepúsculo del samurai, despertar del yo, por Pedro Escudero
La pastelería de Juliana, por Angélica Morales
Lo que pasa, por Miguel Carcasona
Y no poder tocarla..., por Nerea Marco Reus
Naif, por Sergio Manganelli
Realidad y ficción del narrador (diario de la que escribe), por Dulce María González
Fatalidad de los espejos de la lluvia, por Sergio Boroa Llop
Con el rostro de Bogart, por Jorge Gómez Jiménez
Mi habitación privada, por Carlos Manzano
El compromiso, por Rosa de Lera
La apostada, por Julio Blanco García
Un hombre en la luna, por Amelie Olaiz
Flores, señor..., por Matías Candeira
En aquel entonces, por Moisés Sandoval Calderón

• Narradores

Manuel Vilas

• En otras lenguas

¿Qué pez es éste?, por C.M. Mayo (Traduc. Agustín Cadena)

• Entrevista

Ignacio Echevarría, crítico literario y editor proletario, por Blanca Vázquez

• Reseñas

"Doña Jimena" de Magdalena Lasala, por Francisco Carrasquer Launed
"88 Mill Lane" de Juan Jacinto Muñoz Rengel, por Quique Bermúdez
"Todas las almas" de Javier Marías, por Cristina Núñez Pereira
"Essencial" de Harold Pinter, por Juan Pablo Fuentes
"Sin destino" de Imre Kertész, por Magda Díaz y Morales
"El señor de los jardines negros" de André-Marcel Adamek, por Enrique Martín
"La fortuna de Matilda Turpin" de Álvaro Pombo, por José María Ariño Colás

• Miradas

Sybil Bedford: una vida libre, una mujer libre; una mujer de letras, por María Aixa Sanz
Apología de la gordura, por Agustín Cadena

• Novedades editoriales

• Noticias

Narrativas. Revista de narrativa contemporánea en castellano

Depósito Legal Z-729-2006 – ISSN 1886-2519

Editores: Magda Díaz y Morales – Carlos Manzano

Colaboradores: María Aixa Sanz - Gabriel Amador - José M^a Ariño - Graciela Barrera - Miguel Barrero - Quique Bermúdez - Julio Blanco García - Sergio Borao Llop - Agustín Cadena - Luis Calle - Matías Candeira - Miguel Carcasona - Francisco Carrasquer - Víctor Coral - María Dubón - Lilian Elphick L. - Pedro Escudero - Juan Pablo Fuentes - Pablo Giordano - Jorge Gómez Jiménez - Dulce M^a González - Rosa de Lera - Pablo Lores Kanto - Sergio Manganelli - Nerea Marco Reus - Enrique Martín - C.M. Mayo - Angélica Morales - Andrés Neuman - Cristina Núñez Pereira - Amelie Olaiz - Daniel Orizaga - Omar Piña - Moisés Saldoval Calderón - Blanca Vázquez - Manuel Vilas

<http://www.revistanarrativas.com> – narrativas@hotmail.com

Narrativas es una revista electrónica que nace como un proyecto abierto y participativo, con vocación heterodoxa y una única pretensión: dejar constancia de la diversidad y la fecundidad de la narrativa contemporánea en castellano. Surge al amparo de las nuevas tecnologías digitales que, sin querer suplantar en ningún momento los formatos tradicionales y la numerosa obra editada en papel, abren innumerables posibilidades a la publicación de nuevas revistas y libros al abaratar considerablemente los costes y facilitar la circulación y distribución de los ejemplares. En este sentido, hemos optado por editar la revista en formato PDF, ya que permite aplicar técnicas de diseño y maquetación propias de la edición tradicional y a la vez facilita su lectura, ya sea desde la propia pantalla o una vez impresa en papel.

La filosofía de **Narrativas** es bien sencilla: todo aquel narrador que tenga algo que contar y quiera presentarlo al público tiene su espacio aquí. Obviamente, a la hora de seleccionar los relatos siempre se atenderá a la calidad literaria y se exigirá un mínimo de esmero en la redacción, pero sobre todo se valorará la posibilidad de dar a conocer voces nuevas de nuestra narrativa. No obstante, una de nuestras más firmes intenciones es no cerrar este espacio a nadie, ni a los nombres consagrados ni a los todavía desconocidos, tratando de conjugar todos los estilos y temas, para ofrecer de ese modo una visión lo más comprensiva posible de la narrativa contemporánea.

SUMARIO - núm 6

<i>Algunos seres fabulosos y mitológicos en Don Quijote: un acercamiento simbólico</i> , por Víctor Coral	3	<i>La apostada</i> , por Julio Blanco García	73
<i>Bécquer, el hombre a través de sus rimas</i> , por M. Dubón	13	<i>Un hombre eñ la luna</i> , por Amelie Olaiz	78
<i>Onetti refunda Santa María: cuando ya no importe</i> , por Daniel Orizaga	21	<i>Flores, señor...</i> , por Matías Candeira	81
<i>La intención del autor</i> , por Andrés Neuman	26	<i>En aquel entonces</i> , por Moisés Sandoval Calderón	85
<i>Mujer en tren</i> , por Miguel Barrero	28	Narradores: Manuel Vilas	88
<i>El ajuste</i> , por Luis Calle	31	<i>¿Qué pez es éste?</i> , por C.M. Mayo	92
<i>Es que verá que me duele la mano</i> , por Omar Piña	32	<i>Ignacio Echevarría, crítico literario y editor proletario</i> , por Blanca Vázquez	96
<i>Liturgia de la sombra</i> , por Lilian Elphick L.	36	<i>“Doña Jimena” de Magdalena Lasala</i> , por Francisco Carrasquer Launed	100
<i>Un cadáver sobre la cama</i> , por Pablo Lores Kanto	38	<i>“88 Mill Lane” de Juan Jacinto Muñoz Rengel</i> , por Quique Bermúdez	102
<i>Nunca aprendí a escribir</i> , por Graciela Barrera	40	<i>“Todas las almas” de Javier Marías</i> , por Cristina Núñez Pereira	103
<i>La muerta</i> , por Pablo Giordano	41	<i>“Essencial” de Harold Pinter</i> , por Juan P. Fuentes	105
<i>El espejo</i> , por Gabriel Amador	43	<i>“Sin destino” de Imre Kertész</i> , por M. Díaz y Morales ..	106
<i>Crepúsculo del samurai, despertar del yo</i> , por P. Escudero ..	45	<i>“El señor de los jardines negros” de André-Marcel Adamek</i> , por Enrique Martín	107
<i>La pastelería de Juliana</i> , por Angélica Morales	47	<i>“La fortuna de Matilda Turpin” de Álvaro Pombo</i> , por José María Ariño Colás	108
<i>Lo que pasa</i> , por Miguel Carcasona	50	<i>Sybillé Bedford: una vida libre, una mujer libre; una mujer de letras</i> , por María Aixa Sanz	110
<i>Y no poder tocarla...</i> , por Nerea Marco Reus	54	<i>Apología de la gordura</i> , por Agustín Cadena	111
<i>Naif</i> , por Sergio Manganelli	56	Novedades editoriales	113
<i>Realidad y ficción del narrador (diario de la que escribe)</i> , por Dulce María González	58	Noticias	120
<i>Fatalidad de los espejos de la lluvia</i> , por S. Borao Llop	62		
<i>Con el rostro de Bogart</i> , por Jorge Gómez Jiménez	66		
<i>La habitación privada</i> , por Carlos Manzano	69		
<i>El compromiso</i> , por Rosa de Lera	72		

El material contenido en este número está debidamente protegido conforme la legislación internacional y no puede reproducirse sin permiso expreso de los autores.

ALGUNOS SERES FABULOSOS Y MITOLÓGICOS EN DON QUIJOTE: UN ACERCAMIENTO SIMBOLÓGICO

por Víctor Coral

1. INTRODUCCIÓN

Empezaré este acercamiento necesariamente breve y parcial a una vasta obra tanto en extensión como en interpretaciones, haciendo más las palabras de una eminencia del pensamiento español, Julián Marías, quien desde las primeras páginas de su *Cervantes clave española*, afirma de *El Quijote* que ningún acercamiento a un texto puede ser exhaustivo, «porque nada es exhaustivo, porque nada real se puede agotar. Todas las ideas, teorías, interpretaciones, aun siendo verdaderas, dejan fuera una enorme porción de la realidad que va más allá de todas ellas».

Esta será, pues, la viga primera de la armazón que sostendrá el análisis simbólico que haré de algunos personajes y ciertos eventos paradigmáticos dentro de la opera magna del escritor manchego. Para ello será necesario definir qué entendemos por simbología y de qué manera este tipo de acercamiento puede traer nuevas luces, si acaso, sobre un libro tan trabajado a lo largo de siglos de apreciación.

Utilizaremos aquí el concepto tradicional de simbología, que tiene que ver con el reconocimiento y examen de símbolos arquetípicos –para utilizar un término caro a Gilbert Durand, a quien seguimos en parte de este ensayo– en textos filosóficos, literarios o en obras artísticas. Este tipo de acercamiento está ligado directamente con el manejo de dos ideas capitales: lo imaginario y la imaginación creadora, tal y como llamó a la última el maestro Henri Corbin en uno de sus libros más celebrados, *La imaginación creativa en el sufismo de Ibn Arabi*.

Sobre la definición del término imaginario habremos de tener el mayor cuidado, pues su uso y abuso en nuestros tiempos es patente. Durand se refiere al imaginario básicamente como a una estructura dinámica que relaciona y pone en juego una serie de simbolizaciones realizadas en el plano semántico. «El semantismo del símbolo es creador», afirma, antes de precisar: «la imagen simbólica es semántica: es decir, su sintaxis no se separa de su contenido, de su mensaje» (Las estructuras antropológicas de lo imaginario).

Este aserto entra en directa contradicción con lo afirmado por Roland Barthes en *Mitológicas*, donde el autor francés degrada los símbolos y finalmente los mitos a ser «un sistema semiológico secundario», es decir, posterior o dependiente del lenguaje. Es exactamente al revés: tanto mitos como símbolos primordiales –suerte de primos hermanos indisolubles– son hegemónicos y preexistentes a cualquier tipo de pensamiento filosófico, metafísico o reflexivo. No es, pues, la imagen, «la infancia de la conciencia», como afirmaba el ensayista francés Alain; más bien es la fuente de donde surge toda elaboración racional válida tanto lingüística como en el sentido de la tradición del pensamiento humano, más allá de diferenciaciones a posteriori de tipo religioso o cultural. Símbolos, rituales, lenguaje, reflexión, tal vez esa haya sido la trayectoria espiritual común a las sociedades tradicionales, camino que con la secularización y dominio occidentales se perdió muchos piensan que irremediablemente.

Pero, ¿cómo opera esta estructura primordial en el nivel microcósmico o personal –tan esencial que para Durand incluso la historia está imposibilitada de enjuiciar a lo imaginario, pues está incluida en este–? Pues por medio de la imaginación en su faceta creadora. Dicho en otras palabras: a través de aquella facultad liberadora que, lejos de ser «la loca de la casa» a la que hay que tener en regla el mayor tiempo posible, se la concibe más bien como «el poder de mejoramiento del mundo», pues, cito: «todos aquellos que se han asomado de un modo antropológico, es decir, a la vez con humildad científica y amplitud de horizonte poético, al terreno de lo imaginario, están de acuerdo en reconocer en la imaginación, en todas sus manifestaciones, religiosas y míticas, literarias y estéticas, el poder realmente metafísico de enfrentar sus obras a la podredumbre de la muerte y del destino».

El símbolo tradicional, así visto, sería entonces una presencia que atraviesa el tiempo, incólume, escapando a la duración, a la modificación mnemónica y a las diferencias culturales, para enfrentarse vivamente, nutriciamente, a las fuerzas antivitales. De ahí la importancia de su estudio para establecer algunas coordenadas nuevas dentro de un texto literario como *Don Quijote*, que está hilvanado con retazos de imágenes y contenidos históricos y ficticios que brindan magníficas facetas a desentrañar.

Pero antes de examinar algo de la historia del libro de Cervantes en su entorno, España, como marco para el escrutinio en sí de algunos símbolos y mitos concretos, apuntalemos nuestra tercera viga maestra: la imaginación creadora.

1.1 La imaginación en el poder

Todo símbolo o mito tiene un doble juego interpretativo. Por un lado existe una hermenéutica reductora –la hegemónica en estos tiempos–, que ve al símbolo como un epifenómeno, un síntoma, una señal arqueológica, biográfica o sociológica; el psicoanálisis usa y abusa de esta perspectiva. Por otro hay una hermenéutica que llamaremos ascensional, que refiere el sentido del símbolo examinado a un orden esencial, supraobjetivo. La primera, de la mano de Marx, Freud y Nietzsche, desmitifica, degrada, entierra (y esta palabra no es gratuita; ensucia tanto como oculta) al símbolo bajo la lápida del mero signo, de la señal, del sentido directo. La otra, con Heidegger, Corbin, Guénon, Eliade y Bachelard, remitifica el símbolo, lo devuelve a su altar, los pristiniza, para utilizar un neologismo, reinstaurándolo como epifanía intelectual en el más alto sentido de esta última palabra.

Paul Ricoeur, en su ensayo «El conflicto de las hermenéuticas, epistemología de las interpretaciones», da luz verde a ambas visiones antagónicas, dado que finalmente las dos son hijas de la civilización occidental. Tanto la praxis reduccionista y degradante como la ascensional y modélica forman parte de la estructura interna del símbolo, y por extensión del mito, pues siempre habrá un sentido directo, y un sentido evocativo, a veces alegórico, en todo símbolo que se defina como tal.

Más allá de esta bipartición salomónica de las hermenéuticas del símbolo por parte de Ricoeur, nosotros elegiremos la interpretación remitificadora. En parte porque encierra una posición positiva y creadora que en Literatura por lo menos resulta más atractiva; pero fundamentalmente, como lo afirma Durand en *La imaginación simbólica*, porque niega éticamente lo negativo (la frase es solo aparentemente contradictoria) y porque en la modernidad occidental se ha privilegiado tal vez demasiado la hermenéutica degradante, lo que ha dado como resultado un punto de no retorno en términos de salidas a las problemáticas intrínsecas del mundo contemporáneo, entre las cuales el lugar y la potencia de la imaginación es tanto de vital importancia cuanto menospreciado y elidido por el discurso racionalista hegemónico.

1.2. La imaginación creadora (Corbin, Zolla)

Para Henri Corbin, gran estudioso de la ideología islámica, existe una región intelectual equiparable al concepto medieval de ‘inteligencia agente’, llamada imaginación activa, que tiene una función cognitiva particular con la cual accedemos a una realidad del ser que la filosofía racional tradicional no puede barruntar siquiera.

Para la filosofía occidental moderna, la imaginación solo puede engendrar lo imaginario, entendido como lo mágico, maravilloso, ficcional, finalmente lo inútil, *lato sensu*. Ahora bien, dentro de la tradición islámica, mucho mejor conocida y difundida en la Europa del siglo dieciséis de lo que tenemos en cuenta normalmente, existe un concepto de imaginación como potencia mediadora. Es decir, para utilizar la terminología occidental, una inteligencia agente cuya función es darnos a conocer plenamente la parte del Ser que, sin esa mediación, seguiría siendo un mundo clausurado, denigrado, cuya desaparición supone una catástrofe para el espíritu y cuyas consecuencias aún no hemos vislumbrado en su totalidad. (*Cuerpo espiritual y tierra celeste*, 1996).

Esta función de la imaginación creadora genera un interregno espiritual, llamado *alam mitali*, en iraní, pero que más o menos es traducido por el concepto, ya perdido, de *mundus imaginalis* de la teología medieval. Esta región imaginal cumple una función mediadora entre el mundo concreto y el mundo de las formas inteligibles. Es en esta tierra media –para utilizar un término tolkeniano– donde rotan los símbolos primordiales a la espera, por decirlo de algún modo, de que la potencia creadora de la imaginación humana, sistemáticamente atrofiada por la educación occidental, los actualice y religue

(ojo con este verbo y su raíz) con los sucesos del mundo creativo y literario.

A este punto es imprescindible hacer una diferenciación entre lo que Paracelso llamaba *imaginatio vera* (imaginación en su verdadero sentido) y *phantasey* (fantasía, ensoñación). Esta diferenciación será útil para nuestro acercamiento simbólico a *Don Quijote*, pues no nos importa tanto –como a muchos exegetas y quijotólogos– la locura o ensoñación del protagonista, como la posibilidad latente y posible de acercarse a los símbolos esenciales dormidos en esa maraña de eventos supuesta o realmente jocosos, paródicos, fantasiosos.

Siguiendo al mismo Corbin, daré una definición descriptiva de este *mundus imaginalis* así proteico en el pensamiento islámico como marchito y reducido en Occidente. Cito textualmente:

«El *mundus imaginalis* es el lugar, el mundo en el que ‘tienen lugar’, y ‘su lugar’, no solo las visiones de los profetas, las visiones de los místicos, los acontecimientos visionarios que experimenta cada alma humana en el momento de su *exitus* (salida) de este mundo (...) sino –y esto es lo que más nos interesa aquí– los gestos de las epopeyas heroicas y de las epopeyas místicas, los actos simbólicos de todos los ritos de iniciación, las liturgias en general con sus símbolos».

Más allá de discutir la pertinencia de muchos de los aspectos que encierra este mundo interregno, me detendré, como es previsible, en las epopeyas y su simbología, y utilizaremos una hermenéutica muy ligada a la forma de interpretación llamada en persa *ta'wil*, que significa en sentido literal «devolver una cosa a su origen». Nuestro acercamiento, pues, a algunos seres y episodios de *Don Quijote* se hará dentro de esta óptica remitificadora, positiva no filosófica sino imaginalmente. En pocas palabras, se trata un poco, y solo un poco, pues daría para un tratado específico el tema, de devolver a la imaginación su papel trascendente perdido por la estrecha concepción de lo imaginario que ha dominado en el mundo occidental a partir del Renacimiento.

Ahora bien, esta división entre fantasía (así la llamaremos) e imaginación creadora, tiene antecedentes claros en la literatura occidental. Recordemos solo dos ejemplos. Santa Teresa, quien era asidua a las *roman* de caballerías (más adelante veremos por qué uso el galicismo «roman») y probablemente se haya nutrido del pensamiento islámico –del mismo modo que San Juan de la Cruz, según demostró Luce López-Baralt en su famosa tesis «San Juan de la Cruz y el Islam»– decía que «la melancolía fabrica sus quimeras en la imaginación» (citado por Ellemire Zolla en *Storia del Fantasticare*). Obviamente, la santa se refería más a un fantasear o fantasticar que a la *imaginatio vera* antes descrita.

El otro ejemplo es del Dante; cito: «tú mismo te atosigas/ de falsas imaginaciones/ a tal punto que no ves/ lo que verías, si te hubieras sacudido de ellas», nos advierte en *El Purgatorio*. Si el autor de *Vida nueva* habla de «falsas imaginaciones», es de entender que concibe la existencia de imaginaciones auténticas, lo cual quedó registrado, a mi parecer, sobre todo en el «Paraíso». Agregaremos a estos ilustres autores el nombre de Michel de Montaigne, quien en el libro primero, capítulo octavo de *Ensayos* parece referirse a los desvaríos fantásticos del Quijote cuando afirma: «Así como las mujeres pueden por sí solas arrojar masas informes de carne, pero para crear un hijo necesitan una simiente distinta a la suya, los espíritus fantásticos privados de disciplina producen ficciones; el alma sin meta se pierde, porque no estar en un lugar es como estar en todas partes. El ocio engendra quimeras y monstruos sin orden ni concierto». Esta característica fantasticadora del personaje cervantino, para utilizar el término de Zolla, no impide, como espero demostrar, que la imaginación creadora actúe *sub terrae* en *Don Quijote*, mediante la operatividad de su simbología primordial.

2. EL QUIJOTE, LOS CABALLEROS, LA CUEVA

Existe una tendencia en la crítica moderna sobre *Don Quijote* que busca hacer de la novela cervantina un suceso inaudito, único, sin mayor relación histórica con sus antecesores y con sus epígonos. Esta actitud se nota claramente en el prefacio de Francisco Ayala a la edición del IV Centenario publicado por Alfaguara y la RAE. En «La invención del Quijote», dice Ayala: «El lector de aquel nuevo libro que en 1605 publicaba Miguel de Cervantes debió de enfrentarse con una criatura de ficción inaudita y nunca vista, para cuyo entendimiento no podía asirse a precedente alguno». Ayala sin duda está pensando que *Don Quijote* es solamente una sátira de los libros de caballería, y que dicha morfología literaria es además una suerte de estreno universal dentro de la literatura del siglo XVI.

Un crítico mucho más versado y enjundioso con respecto a la obra cervantina, Martín de Riquer, traza una línea de continuidad entre las narraciones en verso de Chretien de Troyes, el *Lancelot* francés en prosa y el *Tristán* en prosa. Estas obras –afirma de Riquer– se caracterizan «esencialmente por la presencia de elementos maravillosos (dragones, endriagos, serpientes, enanos, gigantes, edificios contruidos por arte de magia, profundidades lacustres habitadas, exageradísima fuerza de los caballeros, ambiente de misterio, etcétera), y por situar la acción en tierras exóticas o lejanas y en un remotísimo pasado.» A este index podemos agregar, por la caracterización, las cinco novelas del ciclo artúrico, a saber *Lancelot del lac*, *L'estoire del Saint Graal*, *Merlín*, *La queste del Saint Graal* y la *Mort Artu*.

A continuación agrega, sentencioso, de Riquer: «no cabe la menor duda de que, cuando Cervantes enuncia su propósito de desterrar la lectura de los libros de caballerías, se refiere a esta línea de obras literarias, que parte de mediados del siglo XII y que llega hasta su mismo tiempo, con las naturales evoluciones de un género cuatro veces secular».

Trataremos de demostrar que este juicio sumario de de Riquer es parcial, y que por lo menos en parte no es adecuado establecer una línea de continuidad entre los ciclos artúricos y carolingios y los libros que –al margen de la discutida diferenciación entre «novelas de caballerías», por ejemplo, el *Tirant lo blanc*, y «libros de caballerías»– ejercieron gran influencia en España entre la publicación del *Amadís de Gaula* (1508) y la primera parte de *Don Quijote* (1605). Sirve también tomar en cuenta que el ciclo carolingio, a través de libros y romances del mismo nombre, incursionó fuertemente en España antes que el libro de Amadís se hiciera famoso, por ejemplo con *El cantar de la conquista de Almería* (circa 1148), o la *Historia del emperador Carlo Magno y de los doze pares de Francia*, y de la cruda batalla que ovo Oliveros con Fierabrás, rey de Alexandría, hijo del gran almirante Balán (1521), que solo en el siglo XVI tuvo diecisiete impresiones, según datos de Benjamín Jarnés en su prólogo a *El cantar de Roldán* (Alianza editorial, 2003).

Resulta ya asombroso, por ejemplo, que entre 1508, año de publicación del *Amadís*, y 1550, se cuenten nueve continuaciones distintas de dicha historia. Si acatamos que el *Amadís* depende en muchas partes del ciclo artúrico y del *Tristán e Iseo* (sobre todo en su versión primitiva), podemos hacernos una idea del nivel de tergiversación y degradación a que resulta sometido el simbolismo místico arturiano y el amor cortés trovadoresco con tanto manoseo histórico-literario posterior.

Un problema relacionado con este punto es el de las denominaciones. Sin dudas, frente al peligro nominalista de las etiquetas equívocas en esta *selva selvaggia* de libros caballerescos (¿qué es un libro de caballerías?, ¿qué es una novela de caballerías?), tomaré prestado de Juan Bautista Avall-Arce el vocablo *roman*, para designar al género caballeresco que nace en España hacia el siglo doce o trece, y se diluye con *Don Quijote* y los pocos libros de esa guisa que lo siguieron.

Otra verdad inobjetable esgrimida por de Riquer, que *Don Quijote* es «como diríamos hoy, un libro ‘humorístico’», se relativizará considerablemente cuando veamos cómo ciertas estructuras simbólicas se mantienen incólumes ante la fragosidad de eventos paródicos o humorísticos que supuestamente darían esa naturaleza cómica a toda la novela. El examen, ya anunciado, de ciertos personajes mitológicos y símbolos primordiales, amen de episodios conocidos de la novela, apoyará, espero, mi tentativa.

Paralelamente, como afirma Denis de Rougemont en su célebre *El amor y occidente* (1939) nos es útil saber que «Cervantes no cita las muy numerosas novelas de ‘caballería celestial’ que en su tiempo se leían con pasión. En su *Quijote* se limita a considerar las novelas de aventuras profanas». Esto apoyaría la tesis de que Cervantes, gran lector, conocía la significación real, es decir simbólico-religiosa de la literatura cortesana, y por lo tanto su famosa y celebrada parodia iba más bien dirigida a las ilusiones nobles y «celestiales» de sus contemporáneos. Estos, ahora los sabemos, eran asiduos a los roman de caballeros epigonales del Amadís, y a las versiones deformadas y desacralizadas de los grandes ciclos europeos antes citados. Tal vez podamos permitirnos una especulación aquí, y dejar como pregunta lo siguiente: asumiendo que Cervantes conoció los libros de caballería celestial, ¿no se prestaban estos mucho más a ser material de parodia, dada la ingenuidad religiosa que rezumaba en ellos? Dejaré la interrogante flotando en el viento, como dice la conocida canción, aunque no ha faltado crítica que atribuyera este hecho a un respeto de fe del Cervantes cristiano, lo cual apuntalaría

aún más nuestra tesis sobre el verdadero derrotero de su parodia.

2.1 El entorno particular español

Acudimos por segunda vez a Julián Marías con el propósito de explicar un elemento clave para entender la mentada «cotidianidad» y «verosimilitud» cervantina, sobre todo en *Don Quijote*. Cito: «El ‘espíritu caballeresco’ tiene en la Edad Media española caracteres propios; la literatura refleja esta peculiaridad. *La Chanson de Roland*, las *chansons de geste* francesas, los ciclos del Rey Arturo, tienen caracteres excepcionales, minoritarios, irreales».

En efecto, cojamos cualquier novela o poema de los ciclos primigenios o de Chretien de Troyes, y hallaremos hechos fantásticos, apariciones, milagros y maravillas a la vuelta de cada esquina, o al tiro de una piedra, para utilizar una imagen sincrónica. Los libros medievales españoles en cambio, como el *Poema del Cid*, el *Libro del buen amor*, o el *Libro del caballero Zifar*, y aún más el mismo *Don Quijote*, ya en pleno Renacimiento, relatan historias concretas, con entornos geográficos e históricos precisos, y con una inocultable preeminencia de la vida cotidiana. Es impreciso, por tanto y por lo menos, calificar a *Don Quijote* como una suerte de bajada a tierra de los entonces llamados libros de caballerías; peor aún entender la verosimilitud y «realismo» del libro mayor de Cervantes como caso único o hecho inédito frente a los demás libros antes o después publicados. Dichas características son extensibles en la práctica a toda creación literaria ibérica desde el medioevo hasta bien entrado el Renacimiento. Lo que hace Cervantes es simplemente verter la materia de Bretaña, desvirtuada por sus contemporáneos, en el molde topográfico y espiritual español. A este punto ver el ya citado *Cervantes clave española*, de Marías.

Por otro lado, el poeta y crítico argentino Arturo Marasso en su *Cervantes, la invención de El Quijote* (1954), encuentra que el autor manchego se sintió poco menos que ofendido porque «las quimeras de la caballería habían sido sustituidas por otras, y estas constituían apenas un recuerdo volátil de la mocedad ingenua». Así, las baterías satíricas de Cervantes pudieron dirigirse –siguiendo esta línea de razonamiento– en realidad antes que contra los libros de caballería, contra «la torpe o inhábil fabulación llamada verídica historia», y esto abarcaba a los innumerables libros históricos publicados durante la época de Don Quijote, como la *Crónica de Lepolemo* o la *Crónica del gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba*, para poner solo dos ejemplos de aquellos tiempos. Tal intento –según Marasso– requería de una máscara, o mejor dicho, de una víctima a ser sacrificada e el altar de los grandes ideales caballerescos. Los llamados libros de caballerías, que ya desde un siglo antes habían comenzado a ser reprobados por los moralistas españoles, habrían constituido ese chivo expiatorio necesario para los propósitos ocultos de Cervantes.

2.1.1 La sucesión simbólica

Marasso afirma también que en los libros de caballerías –continuación de una Edad Media secreta, aunque los imitadores que los escribían no entendiesen los modelos célticos medievales, que ni siquiera llegaron a conocer– se transmitía –aun sin proponérselo– una mitología simbólica que venía, como lo advierte Don Quijote, «de la famosa orden de caballería de los caballeros de la Tabla Redonda», con la *Leyenda del Graal*, con «el caballero errante». Don Quijote conoce los ciclos arquetípicos, los héroes griegos y latinos. Son para él modelos, faros que iluminan su andante errar por un mundo prosaico que no responde a sus altos ideales. Esto respalda mi propuesta, una vez más, de que la parodia cervantina va dirigida a los desvirtuados epígonos de estos ciclos arquetípicos; las novelas que antecedieron inmediatamente a la aparición de *Don Quijote*. Los libros arquetípicos de los ciclos artúricos y carolingios quedarían inmunes a esta sátira, según Marasso, a contracorriente de lo que se suele tomar como verdadero en la crítica contemporánea.

Tal vez, como afirma Marthe Robert en *Lo viejo y lo nuevo* (1975), «la ‘modernidad’ que ha sido proclamada con razón como el mayor mérito de Cervantes no se debe en primer lugar al realismo de su novela (ya hemos visto que ese era un rasgo antiguo y extendido en la península), si con eso se comprende solamente la descripción cruda de las costumbres de la época, sino a la presencia disfrazada del autor en su propia obra, quien, por primera vez, afirma y desarrolla un desdoblamiento significativo, imagen del conflicto propio de la conciencia moderna». Esta propuesta de Robert parece tomar mayores dimensiones e interés si se tiene en cuenta que Cervantes, por decirlo al desgaire, entra y sale de su propia novela a cada momento, dejando muchas veces su impronta personal, biográfica,

tal y como Marías lo reconoce en la conocida *Historia del cautivo*, donde Cervantes, así como lo hace en las piezas teatrales *El trato de Argel* y *Los baños de Argel*, cuenta sus desventuras en tierras moras de una manera pormenorizada y patente, casi patética. Destacaré además que en este extenso episodio de *Don Quijote*, como casi no sucede en ningún otro lugar del libro, está ausente todo intento de parodia o burla.

2.2 Tres caballeros

En la segunda parte de *Don Quijote*, capítulo XII, el de la triste figura y su escudero escuchan los lamentos de amor del caballero del bosque, que no es otro que el bachiller Sansón Carrasco ahora disfrazado con plumas y espejuelos, y acompañado de un bufonesco escudero. Carrasco pretende asustar a Don Quijote, vencerlo y obligarlo a regresar a casa. Para esto plantea Carrasco un juego de confusión de identidades donde se pretende que Don Quijote ha sido ya vencido en otra oportunidad por este supuesto caballero de espejos ornado por plumas de diversos colores. Una vez frustrados los estrambóticos planes de Carrasco, solo queda la dimensión simbólica para desentrañar este raro episodio.

En su notable *Cervantes y su concepto del arte* (Gredos, 1975), Helena Percas de Ponseti es clara al oponer falsedad y verdad, engaño y autenticidad en este episodio; cito: «Las muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos que recubren a Sansón, otro modo de decir ‘espejuelos’, tienen sentido figurativo de engaño. Estas lunas pequeñas se convierten después en una (sola) blanca luna –el Caballero de la blanca luna–, dentro de la misma asociación de ideas, para sugerir que sigue tratándose no de luz auténtica sino reflejada, esta vez del sol». Pese a su figura y a las veleidades innobles de su suerte, Don Quijote representa la unidad de ser y parecer, lo auténtico aunque poco creído –¿y cuando lo auténtico fue popular?, nos preguntaríamos. Carrasco se disfraza de caballero; Don Quijote, aun cuando mal armado desde un principio, según las leyes de Alfonso El Sabio, es un caballero idealista, platónico, si se quiere, pero íntegro. Los espejuelos de que cubre su cuerpo el péfido Carrasco nos devuelven una imagen fragmentada, desnaturalizada del caballero errante. Las ideas, principios, sueños de don Quijote en cierto sentido nos restituyen el ideal caballeresco mellado vilmente por Sansón Carrasco.

2.2.1 Verde medio

Por otro lado, Carrasco ha elegido para su disfraz plumas verdes, entre otras. Este color, el verde, tiene importancia también en otros episodios, como en el encuentro con el Caballero del Verde Gabán. Para la autora citada el verde es el color de la falsedad o de la prostitución ideológica (cita textual), lo cual también hallaremos en el referido pasaje del Caballero del Verde Gabán.

En su monumental *Diccionario de los símbolos*, Jean Chevalier afirma que «equidistante del azul celeste y del rojo infernal, ambos absolutos e inaccesibles, el verde, valor medio, mediatriz entre el calor y el frío, lo alto y lo bajo, es un color tranquilizador, refrescante, humano». Así, Carrasco encarna la medianía, la envidia vulgar del hombre común frente a los ilimitados ímpetus ascensionales de aquel que se cree y actúa como caballero, aun cuando dé muchas veces por el suelo con su esmirriado cuerpo –y finalmente no hablamos aquí sino del cuerpo, pues hemos de fijarnos que en muchas ocasiones el caballero andante, derrotado, sigue fiel a sus principios y valores caballerescos. No hemos de olvidar tampoco que el verde es color de la bandera musulmana, enemiga acérrima de la verdad cristiana y de la virtud bien entendida. Entonces se veía, logocéntricamente, al moro como depositario de costumbres e iniquidades extrañas y maléficas. Esta visión permanece todavía ahora, de forma más sutil por cierto. (A los que quieran ahondar en este tema les vendría bien visitar el libro *Orientalismo*, de Edward Zaid).

Sobre un segundo nivel de significado, más racional, planteado por Percas de Ponseti, en el que El Caballero de los Espejos representaría a la teoría neoaristotélica de la *mimesis*, y Don Quijote a la compleja verosimilitud literaria Cervantina, hemos de dejar constancia de ello solamente, pues escapa a los marcos de esta investigación para centrarse más bien en los predios de la teoría literaria.

2.2.2 Leones y cautiverios

Don Quijote y el aparentemente digno Caballero del Verde Gabán cabalgan uno al lado del otro con tranquilidad. Pero he aquí que se hallan frente a una jaula de leones. Sancho y el del Verde Gabán se

alejan a todo correr, mientras el Hidalgo se enfrenta a las fieras ante el asombro del leonero. La jaula se abre, y el león macho le da la espalda a Don Quijote y se echa tranquilamente a dormir. Este hecho maravilloso y verosímil a la vez ha provocado una serie de interpretaciones donde el sentido literal popular se contrapone al sentido metafórico oculto. En el simbolismo medieval, el león representa al demonio, pero la actitud pasiva y despreocupada del animal en este episodio no ayuda mucho a profundizar en su significado. Por otro lado, en varias ocasiones la literatura española ha generado episodios con leones. Recordemos, por ejemplo, el león avergonzado del *Poema del Cid*, que se arredra ante la imponencia del Campeador.

Más bien convenga entonces una lectura política del episodio. El escudo de armas de Castilla tiene dos leones. El macho, símbolo de la grandeza del imperio, en proceso de decadencia, recordemos, se acobarda frente a la hidalguía de Don Quijote, que encarna simbólicamente a la Edad de Oro y a los valores primordiales de la caballería, tristemente abandonados. Este tema ya fue tocado por el mismo Cervantes en *El trato de Argel* (1580), pieza autobiográfica que refiere los cautiverios que hubo de pasar el escritor manchego en tierras extrañas, y que es de las primeras en ser escritas por él. A este punto conviene recordar la interpretación que Percas da de la huida del del Verde Gabán y del desafío de Don Quijote: «Don Quijote representa la antítesis: los siglos dorados del ayer, que quiere resucitar. El caballero del Verde Gabán (...) sugiere la venida a menos de la hidalguía española de principios del siglo XVII». No en vano y sin razón, entonces, Don Quijote se otorga el título de Caballero de los Leones, acorde con la tradición de la caballería del siglo XII, cuando los caballeros vencedores de leones adoptaban tal apelativo con honra.

2.2.3 *El del Verde Gabán y el sutil engaño*

Hasta el momento muchos comentaristas han encontrado en el discreto, sabio y elegante Caballero del Verde Gabán el prototipo del verdadero caballero manchego. Las supuestas perfecciones de este caballero asombran y convencen al mundano e ignorante Sancho, mientras suscitan una suerte de suspicacia en Don Quijote. Sutilmente, el del Verde Gabán se jacta de su vida acomodada, recta y mansa. Si caza y pesca, lo hace sin galgos ni halcones, sino con perdigones mansos o hurones atrevidos. La descripción que hace Cervantes del Caballero del Verde Gabán es tan rica simbólicamente hablando que vale la pena reproducirla:

...un gabán de paño fino verde, jironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era de campo y de la jineta, asimismo de morado y verde; traía un alfanje morisco pendiente de un ancho tahalí de verde y oro, y los borcegués eran de la labor del talahí; las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde; tan tersas y bruñidas, que por hacer labor con todo el vestido, parecían mejor que si fueran de oro puro.

Sobre el simbolismo del verde, hemos dado ya algunas claves que se aplican perfectamente a la medianía de Don Diego de Miranda, verdadero nombre del del Verde Gabán. A esto hay que agregar la poquedad de espíritu del noble, quien se place en cazar menores, pero huye junto con los escuderos frente a los leones. Para decirlo con un vocablo francés del siglo diecinueve, Don Diego es un *posseur*, un simulador que tiene todo materialmente de caballero, menos la resolución, la valentía que a Don Quijote le sobran. Será bueno tomar en cuenta que el simbolismo del león contempla las facetas, negativas, de avidez, autoritarismo e irascibilidad, enemigos internos del hombre que aspira a la perfección espiritual. La renuencia de Don Diego a vencer estos obstáculos simbólicos dice todavía más de su falta de carácter e innobleza espiritual.

Mucho se ha especulado sobre la identidad «verdadera» de este Don Diego de Miranda. Percas de Ponseti se extiende a lo largo de páginas enteras para asociar su identidad con la de Lope de Vega, enemigo real de Cervantes durante décadas. Dejo esto como cruz cervantina –a la manera de las famosas y tan estudiadas cruces dantianas– a ser desentrañada por hermeneutas y críticos mejores dotados.

2.3 La cueva de Montesinos

El topos del descenso a los infiernos es común en la Edad Media y el Renacimiento, y viene desde la antigüedad. No podía, pues, faltar en una novela como *Don Quijote*, que más que una parodia de los libros de caballerías es una suerte de resumen crítico de la vida literaria y espiritual hasta el momento

de su publicación. Tanto las *Sergas de Esplandián*, el *Don Belianís de Grecia* y el *Amadís de Gaula* tienen pasajes similares; y son libros que Cervantes ha frecuentado con asiduidad, y no solo él, toda su época. Otros libros menos conocidos donde los investigadores han hallado episodios análogos al de la cueva de Montesinos, son *Espejo de Príncipes y Caballeros*, *Don Olivante de Laura* y *Don Florisel*. Este *descendit ad inferos* de Don Quijote, atado de una soga y con pérdida de conocimiento o ensueño de por medio, hunde sus raíces sin duda en las leyendas de los caballeros de la Tabla Redonda, pero a través de libros como *Crónica de Don Tristán de Leonís*, *Tirant lo blanc* y *La montaña de Venus*, esta última de von Eschenbach, cuyo paralelo con el episodio de Montesinos ha sido puesto en evidencia por Stephan Barto en un ensayo capital.

Hay, no obstante, una diferencia esencial entre los libros del ciclo artúrico, otros coetáneos, y *Don Quijote*. El desencanto de los seres encantados por Merlín en la cueva de Montesinos debió hacerse por medio de la absolución de una pregunta, como lo hizo Perceval en el libro que narra sus aventuras. Esto no ocurre en la novela de Cervantes. La omisión es atribuible, siempre según Barto, a que el detalle de la pregunta –tan parecida a cierta tragedia edípica– habría sido olvidada o elidida por las innumerables versiones desmañadas del ciclo artúrico que cundían en los tiempos de Cervantes. Contra estas versiones, y no contra los grandes ciclos artúricos y carolingios, se dirigirían entonces las baterías paródicas del escritor manchego. Menéndez Pidal, el maestro español, acude a sustentar esta idea cuando afirma que Cervantes se inspiró en versiones locales, es decir, desvirtuadas, del ciclo carolingio entradas en España desde hacía mucho tiempo debido a las gestas de Carlomagno. El citado Marasso acota al respecto: «el palacio de la cueva de Montesinos pertenece también a la tradición oriental y céltica, o mejor dicho universal, de los relatos populares transmitidos que Cervantes oiría desde su infancia y que halló en los libros de caballerías que en parte los conservaron y renovaron». Apuntemos que este poeta y crítico argentino constantemente descubre o relaciona episodios de *Don Quijote* con sucesos de la literatura clásica (Homero, Ovidio, Virgilio, Ariosto) y con mitos y leyendas primigenios, como los célticos.

3. DESCENSO A LOS INFIERNOS, LOS CLÁSICOS, OTRAS INFLUENCIAS

Dado que muchos de los personajes encantados que Don Quijote encuentra en La Cueva son mitológicos o de la antigüedad, las fuentes clásicas del episodio han sido bien reconocidas. Recordemos algunas: la *Eneida*, con el descenso de Eneas al infierno; el descenso de Timarco al antro de Trofonio, en las *Morales* de Plutarco; el descenso a la cueva de Melissa en el *Orlando Furioso*, de Ludovico Ariosto; y muy lejanamente, casi por contraste, el descenso de Dante al infierno en la *Comedia*. Por supuesto, como raíz de todas estas versiones se encuentra el famoso descenso de Orfeo a las tierras subterráneas de Hades («el invisible» en griego), para recuperar a su bella esposa Eurídice. Una interpretación de la figura mítico-simbólica del descenso a los infiernos nos ayudará a desentrañar el entramado establecido por Cervantes en su estudiado episodio.

El ya citado Chevalier nos dice del infierno que, además de ser el lugar de los muertos y condenados, primera acepción, por así decirlo, dentro de la simbólica tradicional, «lo subterráneo es el lugar de los ricos yacimientos, de las metamorfosis, de los pasos de la muerte a la vida, de la germinación». Don Quijote, en efecto, sufre una transformación psíquica al penetrar la cueva de Montesinos. La cita es clara:

«Considerando lo que hacer debía para calar al fondo, no teniendo quién me sustentase; y estando en este pensamiento y confusión, de repente y sin procurarlo, me saltó un sueño profundísimo, y cuando menos lo pensaba, sin saber cómo ni cómo no, desperté de él y me hallé en la mitad del más bello, ameno y deleitoso prado que puede criar la naturaleza, ni imaginar la más discreta imaginación humana» (Edición del IV centenario, Alfaguara-RAE).

Solo luego de esta transformación momentánea, el protagonista es capaz de acceder a las visiones de los seres y caballeros que deambulan en tal tierra, encantados por Merlín, quien, recordemos, en los ciclos artúricos es tenido a veces como hijo del demonio. Pero no solo las *roman* de los grandes ciclos europeos son materia de reelaboración para Cervantes. Adicionalmente, podemos registrar la lectura, al parecer nada desatenta, de autores clásicos, como Aristóteles, a quien cita varias veces en su novela mayor; *Camoens*, el famoso autor de *Las Lusíadas*; Cicerón, citado más de una vez; Homero, por

supuesto, citado, como los otros, en tono nada paródico sino elogioso; Platón, referido en tres oportunidades en *Don Quijote*, y Terencio, a quien convoca para dar cuenta de la fama mundana. No serán solo autores occidentales, sin embargo, los que influenciarán la obra del escritor de Alcalá de Henares. Dominique Aubier ha dedicado años de su vida a estudiar la influencia del pensamiento judío, en específico de la Cábala, en la literatura cervantina. Por otro lado, Miguel Asín Palacios, Luce López-Baralt y otros estudiosos han ponderado la impronta del pensamiento islámico en toda la literatura hispánica del siglo XVI. Para los interesados, el ensayo titulado «Cervantes, el Quijote: frontera de identidad», de Abd al-rahman Medina Molera, que se puede conseguir en la red, plantea, bajo el supuesto por confirmar de que Cervantes hubiera sido morisco, que el escritor manchego «mira con simpatía el Islam» en su obra, y que sigue fielmente el concepto árabe de *taquiya*, una suerte de aristocrática cautela secreta en el obrar, que habría generado los niveles de lectura por los que *Don Quijote* ha sido celebrado, con justicia, hasta el presente.

4. GIGANTES AUSENCIAS

Todos sabemos que tanto los gigantes como los enanos, gnomos y elfos, pueblan la mágica tierra del medioevo. Su presencia en las novelas que Cervantes admiraba, es decir las de los ciclos clásicos, y también en las que se propuso parodiar, posteriores a estas, es más que evidente. Resulta, pues, hasta cierto punto un enigma que la presencia de enanos en *Don Quijote* sea casi nula. Por lo menos en comparación a la de los gigantes, que aparecen repetidas veces a lo largo de todo el libro. Solo en el primer capítulo, aparecen dos gigantes, Morgante, una rareza entre el linaje de los hijos de Gaia (la tierra), «por afable y bien criado», y Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania que, se afirma, fue vencido por Don Quijote en una justa. En el famoso capítulo octavo, donde Don Quijote confunde los molinos de viento con gigantes, el ser monstruoso citado es Briareo, que según la mitología clásica formaba parte de los Hecatónquiros, y tenía cien brazos. Dos capítulos más adelante, Don Quijote revela a Sancho el unguento mágico del gigante Fierabrás, «con el cual no hay que tener temor a la muerte ni hay que pensar en morir de herida alguna». Brocabruno, gigantazo –el adjetivo es de Cervantes– que supuestamente Don Quijote iría a vencer para ser reconocido como «caballero del Sol, o de la sierpe, o de otra insignia alguna debajo de la cual hubiere acabado grandes hazañas», por algún monarca, aparece, siempre en la primera parte, en el capítulo XXI, durante una charla que da el amo a su escudero. Pandofilando de la Fosca Vista es el extraño gigante del capítulo XXX que iba a arrasar con el reino de una princesa huérfana llamada Dorotea. El ya citado Morgante aparece en la segunda parte del libro, capítulo I, donde Don Quijote discute cuál sería su tamaño real, el de Morgante, y lo compara con Goliat, gigante bíblico de siete codos y medio de altura. Hemos de reparar en que el narrador afirma en este pasaje que la Santa Escritura «no puede faltar un átomo a la verdad». Ello, si no indica que Cervantes era cristiano de fe, por lo menos devela que conocía la *Biblia* muy bien, como se ve en otras partes del libro.

Podría seguir apilando presencias de estos seres de dimensiones monstruosas en *Don Quijote*, si mi propósito fuera hacer un mero censo de ellos. Más importante me parece responder a la siguiente pregunta: ¿cómo es que no solo no abundan en *Don Quijote*, sino que son ausentes los gnomos, enanos y duendes? Si nos atenemos a una lectura objetiva, superficial del libro, no hallamos respuesta a esta pregunta, puesto que Cervantes recogió absolutamente todos los seres fabulosos y mitológicos que pueblan los ciclos artúrico y carolingio, menos estos seres de estatura reducida.

Una posible explicación puede salir a flote si examinamos con detenimiento el significado simbólico tanto de gigantes como de enanos y duendes. Chevalier remarca dos aspectos fundamentales en la naturaleza de los gigantes: no pueden ser vencidos sino por una combinación de fuerza humana y divina –recordemos que Zeus, para vencer al gigante Phorfyron, tuvo que acudir a la fuerza descomunal de Heracles–; y representan la bestialidad terrestre, todos los obstáculos, internos y externos, que el hombre debe vencer para liberarse y hacer florecer su personalidad auténtica. A este punto nos será útil retener que Julián Marías, en su libro ya citado, afirma que toda la propuesta de Cervantes se puede resumir en una búsqueda de la auténtica libertad, de la liberación de los condicionamientos de la existencia terrena, agregaría. Tal vez los largos años de cautiverio en Argelia contribuyeran a formar esta idea-fuerza en la mente y sobre todo en el espíritu del escritor manchego.

En cuanto a enanos, duendes y gnomos, su ausencia en *Don Quijote* se explicaría porque además de

representar –y aquí seguimos a George Dumézil– la función productiva de la tierra, viven bajo ella, y por tanto guardan una suerte de paralelismo con la muerte. Por ello a menudo en toda Europa medieval y posteriormente también, se atribuye a los duendes un comportamiento maligno, sexualizado, lo que el psicoanálisis junguiano ha denominado «representaciones del inconsciente reprimido». En suma, duendes, gnomos, y enanos representan a las fuerzas oscuras del hombre, los deseos pervertidos y/o primitivos, los errores de espíritu. Alguna intuición de ello habría de tener Cervantes para excluirlos de su representación de los *roman* de caballerías. En todo caso, su personaje, Don Quijote, está más obsesionado, simbólicamente hablando, con vencer los grandes retos del alma humana, representada por toda la caterva de seres gigantes, que en enfrentar el trabajo promiscuo, subterráneo de los seres de estatura inferior.

5. OTROS PERSONAJES

A lo largo de la exposición he procurado tocar los personajes mitológicos a que alude Cervantes y explicar su función dentro del contexto textual. En este punto, para no expandirme demasiado, he preferido detenerme en un punto específico: el episodio de la carreta de la muerte, segunda parte, Libro IX. Iban Quijote y Sancho conversando sobre Dulcinea y cómo se habían comportado unos encantadores con su señora, cuando de pronto salta enfrente de ellos una carreta maltrecha, llena de personajes estrambóticos: el cochero era un demonio horrible, luego estaban la misma muerte, con rostro humano, un ángel de alas pintadas, un cupido, con carcaj y saetas y todo, y otros personajes vestidos de las formas más extrañas y diversas. De inmediato vio Don Quijote la ocasión para una de sus anheladas aventuras caballerescas, pero al enterarse de que aquellos seres no eran sino miembros de una compañía teatral, llamados recitantes, que acababan de poner el auto sacramental *Las cortes de la muerte*, reflexiona Quijote con inteligencia y buen tino, diciendo que «es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño». Dicho esto, el de la triste figura da sus bienaventuranzas a los artistas y los deja ir en tranquilidad.

Qué habremos de sacar de este episodio sino que la mal llamada «locura» de Don Quijote no excluía la prudencia y el respeto por la religión y las artes, tanto más si luego uno de los miembros de dicha agrupación artística intenta esquilmar la mula a Sancho, frente a lo cual, primero el caballero andante reacciona con merecida sed de venganza, pero luego, a instancias de los razonamientos de Sancho, cae en la cuenta de que «Yo no puedo ni debo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado caballero». El ideal auténtico de la caballería aquí se sostiene junto al respeto por la religión cristiana –recordar que es un auto sacramental el que los recitantes vienen poniendo– y el amor a las artes y las ciencias.

Tal vez valga terminar esta exposición por necesidad incompleta, con una cita del maestro Américo Castro, en su *Cervantes y los casticismos españoles* (1974):

Lo que haya en la obra cervantina de Renacimiento y de Barroco me interesa hoy menos que la forma singular e irreductible de utilizar la cultura accesible al autor, la anterior y la contemporánea (...) Cervantes era un cristiano nuevo que escribía en la España de Felipe III (...) enfocó en forma específicamente suya su situación como español y el problema que a él le planteaba personalmente la literatura de su tiempo.

Ese ha sido el norte de este acercamiento a la obra del escritor manchego. Espero no haber estado peleando con molinos de viento en este camino.

© Víctor Coral

El autor:

Víctor Coral. Poeta, novelista y crítico peruano; Lima, 1968. Ha estudiado Literatura en la Universidad de San Marcos y tiene publicados los poemarios *Luz de Limbo* (2001), *Cielo estrellado* (Santo Oficio, 2004), y la novela *Rito de Paso* (Norma, 2006). Ensayos y artículos suyos han sido publicados en *La República*, *El Comercio*, *Hueso Húmero*, *La siega*, entre otras revistas. Tiene inéditas dos novelas y publicará en mayo el poemario *Antebellum*. Autor del blog "Luzdelimbo": <http://www.luzdelimbo.blogspot.com/>

BÉCQUER, EL HOMBRE A TRAVÉS DE SUS RIMAS

por María Dubón

Un miércoles, 17 de febrero de 1836, en el número nueve de la calle ancha de San Lorenzo, nace en Sevilla Gustavo Adolfo Domínguez Bastida (Gustavo Adolfo Bécquer). Hijo del pintor sevillano José Domínguez Insausti, muy conocido en su época como pintor costumbrista, y de Joaquina Bastida Vargas.

Las bases de que disponemos para analizar al hombre se nos ofrecen casi exclusivamente en las rimas, verdadera semblanza del sentir de su alma. Es precisamente en esta obra en la que se desnuda por dentro para dejar al descubierto el caudal de sus sentimientos. Como datos complementarios contamos con los relatos, más o menos objetivos, de las personas que mantuvieron un contacto directo con el poeta, como son: su sobrina Julia, o sus amigos: Narciso Campillo, Julio Nombela, Ramón Rodríguez Correa y Augusto Ferrán entre otros. Si bien, estas narraciones no son muy profundas, porque su intimidad era guardada *«como guarda un avaro su tesoro»*. Ni aún en los momentos más difíciles dejó traslucir su realidad, permaneciendo aparentemente impasible ante los problemas de la vida cotidiana.

«Cuando mi tristeza era mayor, porque la verdad se imponía a la mentira, buscaba a Bécquer: necesitaba saturarme de su estoicismo». Diría Julio Nombela tras su reciente llegada a Madrid, cuando las cosas no iban todo lo bien que habían planeado.

La soledad fue la amarga compañera que no se separó jamás de su lado. Sufrió desde niño la pérdida de sus padres y privado del amor filial se refugió tal vez en su hermano Valeriano, que fue con la persona que llegó a compenetrarse plenamente, tanto, que con su muerte se le fue también la voluntad de vivir.

Ya de muchacho manifiesta su naturaleza creativa y sus sueños de adolescente son la más preciada joya de su juventud. *«Soñaba esa vida tranquila del poeta que irradia con suave luz de una en otra generación; soñaba que la ciudad que me vio nacer se enorgulleciese con mi nombre, añadiéndome al brillante catálogo de sus ilustres hijos; y cuando la muerte pusiera un término a mi existencia, me colocasen para dormir el sueño de oro de la inmortalidad a la orilla del Betis, al que yo habría cantado en odas magníficas, y en aquel mismo punto adonde iba tantas veces a oír el suave murmullo de sus ondas. Una piedra blanca, con una cruz y mi nombre, sería todo el monumento»*.

Es también la adolescencia la época en la que empieza a sentir la necesidad del amor, de amar y ser amado, de encontrar esa mujer que comprenda y comparta sus inquietudes, sus anhelos, pero esa mujer especial que merecía un hombre con un alma grande y noble como la suya no llegaría a cruzarse en su vida.

La falta de cariño real le lleva a idealizar a todas las mujeres que el azar pone en su camino. Desde la muchacha de la calle de Santa Clara que le hace pasar las noches pensando en un posible encuentro, hasta aquella novicia de Toledo que inspirará poéticamente su leyenda *«Tres fechas»*, todas y cada una de ellas dejarán su huella profunda en el corazón del poeta.

Su carácter introvertido, taciturno y tímido; su naturaleza pasiva y soñadora, dada a pasiones ideales y abstractas, le obliga a confesar: *«Me cuesta trabajo saber qué cosas he soñado y cuáles me han sucedido. Mis afectos se reparten entre fantasmas de la imaginación y personajes reales»*.

Bécquer, romántico hasta la médula, teme a la realidad amorosa. Después de sufrir algunos desengaños, prefiere entregar sus afectos a *«un vano fantasma»* que no puede herirle con su desprecio o su indiferencia, como evidencia su rima XI:

–Yo soy ardiente, yo soy morena,
yo soy el símbolo de la pasión;

de ansias de goces mi alma está llena;
¿a mí me buscas?

—No es a ti, no.

—Mi frente es pálida; mis trenzas de oro;
puedo brindarte dichas sin fin;
yo de ternura guardo un tesoro:
¿a mí me llamas?

—No, no es a ti.

Yo soy un sueño, un imposible,
vano fantasma de niebla y luz;
soy incorpórea, soy intangible;
no puedo amarte.

—¡Oh, ven; ven tú!

En su recuerdo han quedado nombres como el de Julia Cabrera, su novia sevillana, que le fue fiel hasta la muerte y a la que con toda seguridad ignoró en sus versos. Julia Espín y tal vez su hermana Josefina, musas de sus primeras rimas. Elisa Guillén, mujer en la cual creyó hallar su gran amor y encontró su mayor desengaño. Casta Esteban, su esposa... Estos nombres, que en cierto modo estuvieron unidos a fracasos sentimentales, no le desanimaron en su propósito de hallar a la mujer soñada: «*Yo que he pasado los más hermosos años de mi existencia aguardando a una mujer que no llega nunca*».

Cuando llega a Madrid, dispuesto a destacar en las letras, cargado de mágicos sueños, pletórico de esperanzas sin límite y descubre ese Madrid «...sucio, negro, feo como un esqueleto descarnado, tiritando bajo su inmenso sudario de nieve», se llena de abatimiento. Rima LXV:

Llegó la noche y no encontré un asilo;
¡y tuve sed!... Mis lágrimas bebí;
¡y tuve hambre! ¡Los hinchados ojos
cerré para morir!

¿Estaba en un desierto? Aunque a mi oído
de las turbas llegaba el ronco hervir,
yo era huérfano y pobre... ¡El mundo estaba
desierto... para mí!

La gloria, la fama, la posteridad que ambicionó lograr, le han cerrado sus puertas, de momento, y como el Ave Fénix, renace de entre las cenizas de su desesperación y surge una nueva ilusión. Tras una penosa enfermedad, que le tuvo postrado por espacio de dos meses en cama, se alza con nuevas ansias de lucha por alcanzar su meta.

Obtiene su primer empleo, que es una actividad emprendida como hobby más que como verdadero y propio trabajo. Su trabajo ha de ser creativo y cercano al campo del arte, a lo largo de su vida cambia fácilmente de oficio, justamente por el amor e interés que le produce probarlo todo. Por eso cuando es cesado como escribiente en la Dirección de Bienes Nacionales, «...se puso muy alegre, pues aquel alma delicada, a pesar de la repugnancia que le inspiraba el destino, lo aceptó por no hacer un desaire al amigo que se lo había proporcionado».

Otra vez ilusionado, cree descubrir el amor en Julia Espín, a la que conoce y con la cual entra en contacto a través de las tertulias de su padre, el compositor Joaquín Espín Guillén, a las que asiste también Valeriano Bécquer.

Gustavo, cegado por la pasión de su amor, creyó ver en el corazón de Julia correspondido este sentimiento, que sólo despertó en ella una fría indiferencia, su corazón sensible e impresionable sufre el desaire de la amada a la que dedica varias rimas que van desde el más enardecido

apasionamiento, hasta estos versos llenos de desdén. Rima XXXIX:

¿A qué me lo decís? Lo sé: es mudable,
es altanera y vana y caprichosa;
antes que el sentimiento de su alma
brotará el agua de la estéril roca.

Sé que en su corazón, nido de sierpes
no hay una fibra que al amor responda;
que es una estatua inanimada...: pero...
¡es tan hermosa!

No obstante y una vez más idealiza a la mujer, a pesar de sus desdenes, él la ama, lo demás no cuenta, el amor es argumento suficiente para preferirla entre todas. Rima XXXIV:

Cruza callada, y son sus movimientos
silenciosa armonía;
suenan sus pasos, y al sonar, recuerdan
del himno alado la cadencia rítmica.

Los ojos entreabre, aquellos ojos
tan claros como el día,
y la tierra y el cielo, cuanto abarcan,
arde con nueva luz en sus pupilas.

Ríe, y su carcajada tiene notas
de agua fugitiva;
llora, y es cada lágrima un poema
de ternura infinita.

Ella tiene la luz, tiene el perfume,
el color, la línea,
la forma, engendradora de deseos,
la expresión, fuente eterna de poesía.

¿Qué es estúpida?... ¡Bah! Mientras callando
guarde oscuro el enigma,
siempre valdrá lo que yo crea que calla
más que lo que cualquiera otra me diga.

Pero Julia Espín no se percatará de la lucha interna que ha provocado en el poeta y cuando ella le ignora por completo y Bécquer es consciente de esta cruda realidad, escribe apenado. Rima XXXV:

¡No me admiró tu olvido! Aunque de un día
me admiró tu cariño mucho más,
porque lo que hay en mí que vale algo,
eso... ¡ni lo pudiste sospechar!

Frustrado su amor por Julia, se refugia en la hermana de ésta, Josefina, a la que regala con sus versos dejando entre las hojas de un álbum, junto con dos dibujos, una versión inédita de su rima XXVII. (Despierta tiemblo al mirarte...), en ella se adivina un cariño, que oculta temeroso de un posible fracaso, hacia aquella joven de maneras delicadas y ojos azules.

En su rima XIII: Tu pupila es azul... canta a unos ojos «*húmedos que resplandecen como la onda azul en cuya cresta, chispeando el sol hiere*» y de nuevo esa pupila azul que ha calado hondo en su ser, es recordada en la rima XXI:

¿Qué es poesía? –dices mientras clavas
en mi pupila tu pupila azul.
¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?
Poesía... eres tú.

Comienza a estabilizarse la posición económica del poeta. Han empezado sus primeras incursiones, con éxito, en el mundillo literario, publica la zarzuela «La venta encantada», en colaboración con García Luna y juntos estrenan un sainete: «Las distracciones», en el Teatro de la Zarzuela. Menos aceptación sufrió «Tal para cual», que fue silbada, más no por eso ambos amigos se desaniman y vuelven a estrenar, esta vez con mejor fortuna, la zarzuela en tres actos «La cruz del Valle».

En sus primeros viajes a Toledo vive un romance con Elisa Guillén, con esta mujer se encuentra a diario y a través de sus entrevistas va entregándole la voluntad. En una carta dirigida a su amigo Rodríguez Correa comenta: «*Nuevamente estoy en esta vieja ciudad de la calma, dedicado a descifrar el jeroglífico de sus piedras milenarias, y al mismo tiempo buscando un poco de reposo y un mucho de olvido para mi espíritu. Esteban Guillén y su hija Elisa me despidieron en el mismo coche, y antes estuve con ella en el sitio de todos los días. Cada vez siento más fuertes las ligaduras que acabarán de dejar completamente indefensa mi libertad...*».

Entre estas líneas queda expresado el sentimiento del poeta, que viviendo casi siempre alimentado de quimeras se halla preso de la realidad, de un amor. Casi un año duraron sus relaciones, hasta que aquella mano adorada se entregó a otro hombre, dejándole anonadado ante el fracaso, como se encuentra cuando escribe a su amigo, dos meses antes de su boda con Casta: «... *mi alma es sólo un pobre guiñapo inservible, dormido, que me pesa como un fardo inútil que la fatalidad tiró sobre mis hombros, y con el que me obliga a caminar como un nuevo judío errante. En el amplio hogar de la cocina me entretuve anoche en quemar todas mis cartas, únicos recuerdos, reliquias mejor dicho, que me quedan de mi vida de ayer, de las horas que nunca volverán. Al enroscarse a los rotos pliegos la llama parecía su mano que hoy estará prisionera entre otras... No quiero pensar nada, sentir nada*». Cuesta trabajo creer que, tras este desengaño, dos meses más tarde, se casase enamorado de su esposa y sin el menor recuerdo del pasado.

A través de lo que debió ser un espejismo de amor, llega al matrimonio. Casta Esteban, la más real entre todas las mujeres que ocuparon su corazón, no tiene nada en común con las musas de sus sueños. Tal vez se dejó arrastrar por un deseo de acabar para siempre con la soledad que le acompañaba, queriendo encontrar en Casta la seguridad de un hogar, de una familia, pero para un hombre tan exaltado en sus necesidades afectivas no era suficiente, necesitaba más una compañía espiritual que física, necesitaba, en suma, algo que ninguna mujer quiso brindarle: un amor sublime, elevado, altruista, desinteresado, leal, que calmase su espíritu atormentado.

Vencido por el desengaño, no tarda en manifestar, el mismo año de su boda y como lema a una estremecedora rima, la LXI: «*Es muy triste morir y no contar con una sola lágrima de mujer*».

Casta dista de ser esa mujer soñada y deseada por Bécquer, como lo prueba estos versos tan distintos a los que engendró el amor de otras mujeres. Esta rima, carente de toda emoción, está dedicada a ella:

Tu aliento es el aliento de las flores;
tu voz es de los cisnes la armonía;
es tu mirada el esplendor del día,
y el color de la rosa es tu color.

Tú prestas nueva vida y esperanza
a un corazón para el amor ya muerto;
tú creces de mi vida en el desierto
como crece en un páramo la flor.

Su matrimonio, basado más en la necesidad que en el amor, no podía durar mucho, a esto hay que

sumar las frecuentes «escapadas» de Gustavo con Valeriano, que se incorpora al hogar de su hermano tras separarse de su esposa, y que unidas a las largas ausencias, hacen sentirse a Casta abandonada, relegada a un segundo plano, ya sea en su casa de Madrid o en Noviercas, donde reside su familia. Se lamenta del abandono de su marido, más atento a sus inquietudes artísticas que a su propia familia. Algo le obliga a albergar unos celos dañinos, no sólo del hermano que le aparta del hogar en alas de sus ideales, sino de la mujer, real o imaginaria, que se adueña de su alma, dejando para ella ese desapego.

Inducida por los celos y durante una de sus estancias en tierras de Soria, Casta se entrega a unos turbios amoríos con otro hombre, del cual, según sospechan las gentes del pueblo, espera un hijo.

Fue preciso que se lo contaran, que le pusieran al corriente de que su esposa tenía un amante, que sus relaciones, durante el tiempo que él estuvo ausente, fueron la comidilla del pueblo y que el hijo que iba a nacer era fruto de unos amores adúlteros.

Quando me lo contaron sentí el frío
de una hoja de acero en las entrañas;
me apoyé contra el muro, y un instante
la conciencia perdí de donde estaba.

Cayó sobre mí espíritu la noche;
en ira y en piedad se anegó el alma...
¡Y entonces comprendí por qué se llora,
y entonces comprendí por qué se mata!

Pasó la nube de dolor... Con pena
logré balbucear breves palabras...
¿Quién me dio la noticia?... Un fiel amigo...
¡Me hacía un gran favor!... Le di las gracias.

Abandonó la casa dejando a su mujer con el recién nacido y llevándose con él a sus dos hijos anteriores, le acompañaban Valeriano y la hija de éste, Julia.

Es evidente que Casta cargaba a Valeriano su infamia cometida con Gustavo y quizás en su interior hallase justificación a su conducta o al menos un atenuante. Se la dejaba en vejatorio olvido mientras su esposo, arrastrado por el hermano, permanecía durante meses fuera del hogar. Y esta actitud fue compartida por el pueblo de Noviercas y, en vez de apedrear a la adúltera, apedreó en la plaza un retrato con la figura de Valeriano.

Durante algún tiempo corrió de boca en boca esta cuarteta, que Bécquer deseó desterrar de su memoria:

Yo con Casta me casé
porque la creía casta,
yo por casta la adoré
y hoy reniego de su casta.

Casta es la mujer que tuvo un contacto más directo con el poeta, tal vez fue la única que compartió su vida, aunque no sus sueños ni sus ambiciones. Cuando se casó contaba tan sólo diecinueve años de edad, estaba todavía en la adolescencia, en esa época en que los ideales superan a la realidad latente. Acaso fue Bécquer el primer hombre que se acercó a Casta, esa muchacha recién venida a Madrid de tierras sorianas, y alentó su alma con nuevas ilusiones. Se unió a un hombre que no la amaba, que prefería una mujer etérea o esa escultura que despierta sus deseos como la que describe en la leyenda «El beso»: «*¡Carne y hueso! ¡Miseria, pobredumbre!... Yo he sentido en una orgía arder mis labios y mi cabeza; yo he sentido este fuego que corre por las venas, hirviendo como la lava de un volcán, cuyos vapores caliginosos turban y trastornan el cerebro y hacen ver visiones extrañas. Entonces el beso de esas mujeres materiales me quemaba como un hierro candente, y las*

apartaba de mí con disgusto, con horror, hasta con asco; porque entonces, como ahora, necesitaba un soplo de brisa del mar para mi mente calurosa, beber hielo y besar nieve...,nieve teñida de suave luz ,nieve coloreada por un dorado rayo de sol..., una mujer blanca, hermosa y fría, como esa mujer de piedra que parece incitarme con su fantástica hermosura».

Acaso fuese ésta una velada declaración, en boca del oficial francés, que pone de manifiesto el drama interno del matrimonio.

Casta, acostumbrada, sin duda, a otro estilo de vida más rústica y material, es defraudada por Gustavo, idealista, tan alejado de la tierra que no acierta a ver el desencanto que en Casta producen sus ausencias, su indiferencia, y que en un momento, cansada de su situación de abandono, se entrega en brazos del primer hombre que surge. Bécquer encaja su infidelidad con calma y frialdad, como a quien no importa demasiado que a su vida, marcada por la tragedia, se sume otra más.

No podemos pasar por alto su larga temporada en el Monasterio de Veruela, visita trascendental para la obra del poeta de la que surgieron sus famosas «Cartas desde mi celda», que publicaría el periódico «El Contemporáneo». La romántica abadía cisterciense de Veruela le atrae irremisiblemente, el ambiente monacal resulta placentero al espíritu de Bécquer, allí tras la puerta de su celda, se encerró con sus esperanzas y sus desengaños, escribiendo a la débil luz de una bujía, para describir su vida de retiro, sus impresiones, su nostalgia de Madrid y los amigos.

Cuenta con la edad de veintiocho años, diez años antes había llegado a Madrid, desde su Sevilla natal, repleto de ilusiones y proyectos, pero ahora se encuentra abatido, vacío, como escribe en una de sus cartas: *«Cuántas tempestades silenciosas no han pasado por mi frente; cuántas ilusiones no se han secado en mi alma; a cuántas historias de poesía no les he hallado una repugnante vulgaridad en el último capítulo. Mi corazón, a semejanza de nuestro globo, era como una masa incandescente y líquida, que poco a poco se va enfriando y endureciendo. Todavía queda algo que arde allá en lo más profundo, pero rara vez sale a la superficie. Las palabras amor, gloria, poesía, no me suenan al oído como me resonaban antes».*

Bécquer vuelve a Toledo separado de su esposa, en su residencia, durante un año alcanzará otros amores: uno lleno de misterio que quedó perdido para siempre en un claustro sombrío, entregándose a Dios al profesar como novicia y al que alude en su relato «Tres fechas», existe la duda sobre la realidad de esta mujer, que pudo no ser más que un sueño creado por su alma solitaria, como se deduce de este fragmento de la obra: *«Allí, entre las sombras, vi brillar un rayo de luz; era la puerta claustral, que se había abierto. Al poner el pie en su umbral la religiosa se volvió por última vez hacia el altar. El resplandor de todas las luces la iluminó de pronto, y pude verle el rostro. Al mirarlo tuve que ahogar un grito. Yo conocía a aquella mujer; no la había visto nunca, pero la conocía de haberla contemplado en sueños; era uno de esos seres que adivina el alma o los recuerdos acaso de otro mundo mejor, del que, al descender a éste, algunos no pierden del todo la memoria».*

Su otro amor, Alejandra, según palabras de Julia Bécquer «una hermosa mujer», entregó su amor a Bécquer de una forma total y honrada, consolándole en los duros meses de destierro.

Gustavo regresa a Madrid y emprende una nueva labor periodística como director literario de «La Ilustración de Madrid», periódico fundado por Eduardo Gasset y Artime, en el que Valeriano colabora asiduamente con sus grabados. Este trabajo será la base de una vida decorosa para los hermanos, pero como revela su rima LX:

Mi vida es un erial;
flor que toco se deshoja;
que en mi camino fatal
alguien va sembrando el mal
para que yo lo recoja.

Su vida, marcada por la fatalidad, le reservaba el espaldarazo final, la muerte de Valeriano el 23 de septiembre de 1870 a causa de una grave hepatitis. Con él se fue para siempre la felicidad de

Gustavo. Un amigo, José Castro y Serrano, describe la impresión que le causó Bécquer al que encontró unos días después de fallecer su hermano: «Nosotros le vimos bajar por la calle de la Montera; venía pálido y abatido como quien sufre más de lo que puede; su traje era descuidado, aún más de lo que ordinariamente solía, no llevaba luto, como quien siente tanto que no ha caído en vestirse de negro. Cuando nos vio, se dejó abrazar...»

Llegado a este punto es cuando Bécquer se derrumba, se desvanecen las energías y las ganas de vivir; nada le ata a este mundo que le ha negado cruelmente siquiera una migajas de felicidad. A lo largo de su vida ha soportado terribles pruebas, ha padecido hambre, miseria, soledad, desengaños, infidelidades, sin proferir una queja, resignado ante su destino, desahogando en un papel lo triste de su existir.

Bécquer, el muerto en pie; Bécquer el soñador, el idealista, el eterno enamorado, el poeta, ha conservado su bondad, desinterés, altruismo y honestidad a lo largo de su andadura por este valle de lágrimas.

Muchas de sus rimas, estremecedoras y patéticas, reflejan la brevedad de la vida. Rima LXIX:

Al brillar un relámpago nacemos
y aún dura su fulgor cuando morimos:
¡tan corto es el vivir!

La gloria y el amor tras que corremos
sombras de un sueño son que perseguimos:
¡despertar es morir!

Tremendas dudas metafísicas. Rima LXVI:

¿De dónde vengo?... El más horrible y áspero
de los senderos busca:
las huellas de unos pies ensangrentados
sobre la roca dura;
los despojos de un alma hecha jirones
en las zarzas agudas
te dirán el camino
que conduce a mi cuna.

¿Adónde voy? El más sombrío y triste
de los páramos cruza;
valle de eternas nieves y de eternas
melancólicas brumas.
En donde esté una piedra solitaria
sin inscripción alguna, donde habite el olvido,
allí estará mi tumba.

Y el miedo al dolor y a la eterna soledad. Rima LII:

Olas gigantes que os rompéis bramando
en las playas desiertas y remotas,
envuelto entre las sábanas de espumas
¡llevadme con vosotras!

Ráfagas de huracán, que arrebatáis
del alto bosque las marchitas hojas,
arrastrado en ciego torbellino,
¡llevadme con vosotras!

Nubes de tempestad que rompe el rayo
y en fuego ornáis las desprendidas orlas,
arreatado entre la niebla oscura,
¡llevadme con vosotras!

Llevadme por piedad, a donde le vértigo
con la razón me arranque la memoria...
¡Por piedad!... ¡Tengo miedo de quedarme
con mi dolor a solas!

También hay amor, amor apasionado, sublime... como el de la más famosa de sus rimas, la LIII:

Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar,
y otra vez con el ala a sus cristales
jugando llamarán;

pero aquéllas que el vuelo refrenaban
tu hermosura y mi dicha a contemplar,
aquéllas que aprendieron nuestros nombres,
ésas... ¡no volverán!

Volverán las tupidas madreselvas
de tu jardín las tapias a escalar,
y otra vez a la tarde, aún más hermosas,
sus flores se abrirán,

pero aquéllas cuajadas de rocío
cuyas gotas mirábamos temblar
y caer, como lágrimas del día...
ésas... ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oídos
las palabras ardientes a sonar;
tu corazón de su profundo sueño
tal vez despertará;

pero mudo y absorto y de rodillas,
como se adora a Dios antes su altar,
como yo te he querido... desengáñate,
¡así no te querrán!

Gustavo Adolfo Bécquer nos dejó para siempre un 22 de diciembre de 1870 y, con su muerte, perdimos uno de los protagonistas de la lírica española. Su poesía magnífica y vibrante, desnuda de artificio, libre y emocionada, marcó un hito en el Romanticismo del siglo XIX. A través de su extensa labor literaria y más concretamente de sus *Rimas*, hechas de amor, ilusión, dolor y desengaño, se vislumbra en el fondo de su alma un hombre desprendido, idealista, sencillo, voluntarioso y sensual, con la rara facilidad de poder transformar las sensaciones en ideas.

Murió como había vivido, solo, triste, ignorado por sus contemporáneos, apenas se le dedicaron unas líneas en la prensa de Madrid, pero a los treinta minutos de su muerte, se produjo un eclipse total en su Sevilla natal, fue como si hasta la naturaleza, contagiada de su muerte, se vistiese de luto.

© María Dubón

La autora:

María Dubón. <http://dubones.blogspot.com>

ONETTI REFUNDA SANTA MARÍA: Cuando ya no importe

por Daniel Orizaga

La fundación mítica de Santa María es reconocida como el hecho central en la narrativa onettiana, a partir de *La vida breve* (1950). Esta novela guarda una filiación cervantina que el mismo Onetti hace explícita en una entrevista.¹ *Verbi gratia*, el escritor de guiones Brausen se crea una identidad que asume con mayor intensidad que la verdadera –bajo los nombres de Arce y Díaz Grey–; fantasea una Dulcinea grotesca en la figura de una prostituta, La Queca, y termina huyendo del asesinato de ésta en un mundo que él mismo ha creado, Santa María, donde viven sus personajes. En la estructura la deuda con Cervantes se hace también evidente: autorreferencialidad, la aparición del autor dentro de la novela como personaje, la conciencia de los personajes como seres de ficción.

La manera en la que esta tensión ficción/escritura se va desarrollando en toda la obra de Onetti está bien documentada y en realidad nunca se abandona. El punto extremo de esta ficción fundacional la encontramos en tres textos posteriores: el cuento «La muerte y la niña» y las novelas, *Dejemos hablar al viento* y *Cuando ya no importe*, donde se termina de desconstruir –no derrideanamente– ese universo. El cariz metafictivo y autoconsciente contiene como semilla un elemento que reconocemos como cervantino: la posibilidad de la reescritura paródica. En estas tres mencionadas narraciones, los personajes parecen haber leído sus historias anteriores y estar actuando conforme al guión que han asumido de acuerdo al plan del dios-Brausen. Este otro aspecto, el del parecer y el engaño entronca con una trampa paródica en la que Onetti reestructura sus narraciones previas, cuestionándolas. Onetti no se ha preocupado por concretar su Mundo Posible². Las referencias al interior de la narrativa son inconsistentes, según veremos más adelante.

Otros temas onettianos que se repiten a lo largo de su narrativa han sido brillantemente estudiados. La faceta lúdica e irónica en esta nueva elaboración parece sido relegada en ese corpus de análisis, con algunas excepciones. Rastrear esta faceta en la totalidad de la narrativa supera las expectativas de este trabajo. Nos basta iniciar esta indagación con los problemas que se nos presentan respecto de la creación Santa María en algunos de los textos hasta su refundación paródica en la Santamaría Nueva de *Cuando ya no importe*.

Desde mediados de los años 1970, la discusión académica sobre la naturaleza de la parodia –no solamente la literatura sino en las artes en general–, ha ayudado a revalorarla tanto como hecho artístico como concepto de estudio. Margaret A. Rose en *Parody/Metafiction* (1979), ha resaltado una de las causas de esa revaloración: el hecho de que el arte moderno ha demostrado ser autorreflexivo, y ser capaz de cuestionarse su propio estatuto como tal, su condición de arte. Linda Hutcheon mantiene en *A Theory of Parody* (1985) una discusión con el texto de Rose que precisa algunos fundamentos teóricos³. Para Rose⁴ el elemento cómico de la parodia es esencial para su funcionamiento, mientras que Hutcheon, argumentando las diferencias notorias entre definiciones de la misma, establece que no es posible establecer una definición ahistórica que contenga este componente. Basado en la etimología de la palabra, propone la definición de *parodia* como la relación contigua entre dos textos, como una «imitación con diferencia crítica de un discurso preexistente» (Skłodowska 1991:8)⁵ Aquí la distancia irónica es lo que permite activar la

¹ Ver la introducción a *El astillero* de la edición de Cátedra.

² Lubomir Dolozel discute, en su artículo “Mimesis y mundos posibles” los presupuestos ontológicos de los mundos de ficción. Paul Ricouer también teoriza sobre estas cuestiones, principalmente en *Tiempo y narración*, aunque en un sentido distinto.

³ A pesar de que comparten ciertos fundamentos como el Formalismo Ruso, Bajtin, Genette y Foucault pero se concentran en objetivos diferentes.

⁴ La definición que hace Rose de parodia es la de “una cita crítica del lenguaje literario pre-formado cuyo efecto es cómico y que, en su forma general, es un ‘espejo’ metaficticio con respecto al proceso de composición y recepción de textos literarios” (Skłodowska 1991:8)

⁵ Las definiciones en su traducción están tomados de la monografía de Skłodowska.

competencia del lector. Según Hutcheon, una parodia incluso puede ser respetuosa de su modelo.

Esta imitación con diferencia de un discurso preexistente es claramente onettiano, pues los personajes, las situaciones e incluso oraciones y párrafos se retrabajan constantemente en cada nueva novela. Onetti construye y reclama constantemente un lector informado que sea capaz de actualizar repertorios del texto, con el fin de concretizar adecuadamente el artefacto artístico. Para efectos del presente trabajo, la definición de Hutcheon será la que nos guíe en la exploración de la obra tardía de Onetti. Valga aquí una precisión: establecer que Onetti es un escritor productor de textos paródicos –como se reconoce a Ibarguengotia, por ejemplo– es un error, sin embargo es pertinente reconocer ciertos rasgos que aparecen en momentos claves.

Este uso de categorías de la parodia para estudiar a la narrativa latinoamericana no es nuevo. La misma Hutcheon ha dedicado análisis en este respecto. Un estudio interesante es el que realiza Elzbieta Sklodowska, en *La parodia en la nueva novela Hispanoamericana. (1960-1985)*. Entre los varios aciertos de Sklodowska contamos el distanciarse críticamente de los trabajos de Rose y Hutcheon, al no aplicar mecánicamente sus conclusiones (2).

Para Sklodowska la tradición paródica en Latinoamérica es clara, aunque tiende a inscribirse como una característica postmoderna, después del *Boom* hasta la actualidad, que generalmente se extrapola hacia la discusión entre la Historia, la historiografía y la Nueva Novela Histórica. Según este criterio, Onetti queda fuera de esta preocupación.

No es la primera vez que su obra se considera «inactual»: demasiado novedosa para los cuarenta, poco arriesgada estructuralmente comparada con las del *Boom*, tradicional para los ochenta, aunque ha sido reconocido como una influencia innegable en los escritores contemporáneos como Ricardo Piglia. La narrativa onettiana ha sido inmune a estas acusaciones reduccionistas, aunque la crítica ha tendido a ver toda la obra bajo un cómodo «sentido común» que se ha establecido, a partir de lecturas en las que sus temas y personajes se consideran recurrentes en situaciones arquetípicas. La de Onetti, sin embargo, es siempre una obra en proceso, ya que los avatares de su universo ficcional no pueden reproducirse a sí mismos infinitamente sin más.

La ciudad de Santa María se desgasta, paradójicamente, al ir la contando. Nunca ha constado como espacio estable. Aunque en *La vida breve* inicia como una ciudad junto al río, en «Jacob y el otro» es un pueblo, y en «La muerta y la niña», un país «muy lejos de los Andes». Su localización no es fija. A veces parece estar más cerca de Buenos Aires, en ocasiones de Montevideo, o ser una mezcla de las dos, y en otras se discierne en ella una atmósfera entrerriana indiscutible. Otros aspectos también son móviles, como la dirección de las calles, y más importante, la estatua en el centro de la plaza.

Brausen mismo es a veces fundador del pueblo, otras su creador. Los apelativos que se le dan son significativos al ir cambiando: Dios-Brausen en *La novia robada*, el dios máximo de quien dependen los destinos de los habitantes, a quien se le teme, o simplemente Juan María, un dios pecaminoso irreal.

En *Cuando ya no importe*, novela publicada en 1994, nos encontramos con la disolución de Santa María al presentarnos una Santamaría nueva en la que se parodia a la previa, y la hace cuestionarse sobre su estatuto ficcional de manera más radical que antes. Santa María, como universo diegético es autoanulante, esto es, metaficcionalmente pone en duda su validez como espacio de enunciación mimética. Como hemos dejado entrever, esta posibilidad ya está desde su fundación narrativa, aunque se acentúa progresivamente.

La crítica académica no siempre ha recibido esta lectura de manera positiva ejemplo, Kadir (1977) caracteriza a «La muerte y la niña» como «un eco vacío» de sus obras previas (137). Onetti, podemos comprobarlo a través de toda su narrativa, está lejos de ser un autor ingenuo. De hecho, parece ser más inteligente que ciertos críticos que no alcanzan a leer las claves.

El epígrafe recuerda los *Nihil obstat* y licencias regias que se estampaban al inicio de los libros para ser sancionados en los siglos XVI al XVII –y las parodia. Aquí hay una vuelta de tuerca: el autor es el que se reinstaura como validador de su discurso e invalidador de posibles interpretaciones (como

la que estamos realizando, dicho sea de paso)⁶. Luego recurre a otra autoridad, ésta plenamente literaria: Borges. La cita, «Mientras escribo me siento justificado [...] Y si me dijeran que todo lo que escribo será olvidado, no creo que recibiría con alegría, con satisfacción pero seguiría escribiendo, ¿para quién?, para nadie, para mí mismo», marca la posición que adopta el autor implícito y que coincide con la del narrador. La historia que se contará aparentemente es fútil comparada con las «grandes novelas» de Onetti, v.g. *Juntacadáveres*, pero debe ser contada para completar la «saga», en un tono menor, antiépico, como un divertimento literario –lo que podría explicar esa relación con la picaresca.

En la novela picaresca el protagonista generalmente autodiegético –como la novela– cuenta sus peripecias. En este relato, Díaz Grey no es quien cuenta la historia, como en buena parte de los relatos del ciclo santamariano aunque cumple una función primordial al propiciar la activación de los nudos narrativos. La ecuanimidad e inteligencia características del Doctor han ido decayendo, sustituidos por un cinismo provocativo y una vulgaridad casi ofensiva. Casado por conveniencia con la hija loca de Petrus, Angélica Inés⁷, a la muerte de éste hereda la fortuna que finalmente logra salvar, poco antes de su fallecimiento; el Doctor es llamado en el pueblo el «médico del braguetazo». Sus palabras y sus actos han sido llevadas al extremo de lo ridículo.

Antonio Carr es quien lleva la narración. Organizada en forma de diario los eventos son una serie deshilvanada de situaciones, con saltos cronológicos de hasta meses entre una nota y otra, donde registra sus actividades en Santamaría nueva. No hay reflexiones profundas ni existenciales como en *El pozo* y su lenguaje coloquial contrasta con éste.

El falso ingeniero estaría contratado para la terminación de la presa de Santamaría nueva. Este hecho nos hace recordar la idea de Brausen en *La vida breve* donde se pregunta si deberá inundar el pueblo para deshacerse de él de una vez. Su labor es la de servir de contacto en la frontera Argentino-Brasileña como contrabandista, actividad regulada en buena parte por Díaz Grey.

La novela inicia con Carr abandonado por su mujer, debido no a una incomunicación entre personas, por la reducción Sujeto-Objeto Existencialista que se presenta en otras novelas, sino al hambre, una premisa puramente corporal. La mujer y el esposo se presentan, para matar el hambre, a fiestas de intelectuales en las que discute sobre posestructuralismo, lo que constituye una burla velada a los intelectuales. Ni siquiera hay un reproche o intención psicológica de violentar al marido abandonado como en «El infierno tan temido», no hay una relación de poder explícita. El abandono recuerda también al de Gertrudis, pero el tono lo hace ser muy diferente. La mujer no recupera tiempos ni espacios abandonados –la memoria de la infancia y la «pureza».

Otras imágenes sobre la mujer se encontrarán en el relato. Por ejemplo, la violencia que se ejerce sobre ellas en el acto sexual en otras novelas, como Arce contra La Queca, se reproduce en una seducción burda de Eufrosia, la sirvienta que atiende a Antonio, a la que éste accede más por aburrimiento que por deseo. La violencia ejercida hacia ella es simbólica, al negarle una identidad y una condición de sujeto. Como no puede soportar su rostro, le cubre la cara con una bolsa de papel, lo que ella entiende como un juego sexual y se muestra dispuesta a continuar.

A diferencia de otros cuentos, aquí el narrador se muestra en su posición al relatar la historia, aunque no es el narrador participativo y a veces oscuro que encontramos comúnmente en Onetti. Parece, por otro lado, evitar los detalles complicados, precisamente por ambiguos:

y después de la gran victoria prostibularia puedo escribir con exactitud que todo el resto es confusión literaria. Demasiadas historias, tantas pequeñas aventuras para un hombre solo vegetando en soledades provincianas. Perdí apuntes o nunca los escribí, por desconfianza (142).

La ambigüedad y las versiones contradictorias –v.g. en *Los adioses*, *Juntacadáveres*, *Para una tumba sin nombre*– están, sin embargo, en la historia que Elvira, la hija de Eufrosia, presuntamente prostituta, sobre el castigo que le dieron a un violador. Díaz Grey la desmiente, «[e]sa historia es

⁶ «Serán procesados quienes intenten encontrar una finalidad a este relato; serán desterrados quienes intenten sacar del mismo una enseñanza moral; serán fusilados quienes intenten descubrir en él una intriga novelesca. Por orden del autor, Per G.G. El jefe de órdenes.»

⁷ Para reconocer a éstos personajes, véase *El astillero*.

pura mentira o casi» y afirma la virginidad de la púber. No queda claro cuál de ambas versiones es la «verdadera». Posiblemente, conociendo a Onetti, ninguna de las dos.

Carr, el falso ingeniero, se convierte en el cronista de la Santa María nueva. Los medios «oficiales», los periódicos como *El Liberal*. Malabia y Lanza, los periodistas, han cedido su lugar y también se nos veda ahora la entrada a la mente organizadora de Díaz Grey⁸, quien se encuentra más cercano a la indiferencia –o indignancia– mental. Las historias que ya conocemos están ahí para volver a contarse:

un adolescente empeñado en dar sepultura cristiana a un chivo maloliente [*Para una tumba sin nombre*]; un promotor de lucha libre, viejo campeón ya vencido por combates y el tiempo que resulta vencedor de un muchacho mucho más fuerte y joven sin que pueda explicarse por qué [*“Jacob y el otro”*]; y basta para mí (142).

Pero la historia que le gustaría registrar ya lo ha sido, contada por un narrador anónimo de Santa María que a veces se identifica como todo el pueblo: *La novia robada*⁹, la única que puede contener una dosis de compasión y de esperanza por los otros, que Onetti escamotea. Otro ejemplo está en «Un sueño realizado». Carr solo podría reproducir discursos designificados, pues se está negando su marco de validación.

Una función importante que cumple la novela es la de «redondear» el carácter del Doctor, y su relación entre Carr y él, más allá de lo que la trama exige, es la de ser su confesado: «Estaba apuntando la confesión de Díaz Grey» (178). Sin embargo, no puede pretenderse solemnidad. Elvira lo interrumpe, con un avance sexual y le dice: «¿Siempre escribiendo tonteras? Si te diera por un trabajo en serio. Alguien anda diciendo que sos el primer historiador del villorrio» (178).

Esto recuerda lo que apunta González-Echevarría (1990) sobre el carácter confesional de la picaresca frente a la ley, a quien se interpela. Extrapolando un poco esta idea, la novela es como la confesión final del Doctor, dirigida al dios-Brausen. Además, hay este aspecto de refundición de espacios primigenios. El proyecto narrativo anterior parece ser retomado para ser negado. Estas narraciones desconfiables de Díaz Grey, sin embargo, también cumplen una función en el ciclo, pues nos dan información sobre eventos no clarificados anteriormente.

La crónica de Carr recoge la historia final de Díaz Grey, y al mismo tiempo, comienza a contar la de Santamaría nuevamente. La decadencia de Díaz Grey es también importante, como la de Junta Larsen. Díaz Grey había permanecido como la consciencia ordenadora del mundo de Santa María, como una contraparte ficcional interna de Brausen. Onetti parece estarnos diciendo que al terminar la vida del Doctor se cancela definitivamente la ciudad. La muerte de Larsen es ambigua, y el personaje puede volver por capricho de Onetti en *Dejemos hablar al viento*. Santa María inicia con Díaz Grey en el consultorio por voluntad de Brausen; Santa María se disuelve al morir Díaz Grey: «Aquello ya no era Díaz Grey. Era un viejo borracho, impúdico, que alzaba la calvicie y los ojos aceptando resignado no comprender [...] Pensé que aquellos, todavía persona, se estaba momificando, era casi momia»¹⁰(191).

El narrador reconoce que su historia es una comedia «que nunca se hará verdad» (184) pues trasgrede las condiciones canónicas de los relatos sanmarianos: «Ya no se trata de un apunte. Será una historia de extensión no predecible y cuya veracidad me sigue resultando dudosa» (184).

Otro elemento que se parodia es el prostíbulo perfecto de Larsen que se convierte en un prostíbulo imperfecto, con toda la intención de serlo. No se deja ser irónico que la Autoridad militar, en una variante degradada, sea quien regente el prostíbulo, el *Chamamé*. Siempre el disfraz: se prohíbe contacto con las prostitutas adentro, pero son libres de hacerlo afuera «para evitar que esto se convierta en un quilombo», a pesar de que evidentemente lo es. El de Larsen pretendía no serlo y lo era, el *Chamamé* parece serlo pero no lo es. Conocer Santamaría es reconocer esa necesidad del

⁸ Compárese con el tono de los monólogos interiores del doctor en “La casa en la arena”.

⁹ “De todo lo que fue recordando el doctor me reservé, como cosa tan querida que la hice mía, la imposible historia de una muchacha [...]” (143).

¹⁰ La sirvienta de Petrus pide –obliga– a Carr a firmar un documento en el que se declara la incapacidad de Díaz Grey para manejar los menguados recursos de Angélica Inés y para que éstos pasen a ella.

engaño.

Incluso los elementos irónicos se dan internamente: la relación entre Carr y Elvira se sanciona como incestuosa, sin que exista, como no existe entre Díaz Grey y Angélica.

Hay un apoyo en el discurso de la ley, recuérdese el arresto de Carr (180), y de la apariencia de la legalidad aunque se quiebre por sobornos a los policías y militares. Al cometer injusticias, el juez ebrio en el *Chamamé*, declara que «la justicia sigue su curso».

En esta novela, Onetti termina de dismantelar su universo ficcional. Principalmente, trivializa personajes, situaciones y el uso del lenguaje se despoja de sus mecanismos literarios. La novela funciona porque tiene una trama propia: sin embargo, por sí sola es un ejemplar poco común de la obra de Onetti. Sin embargo, el verdadero «significado» se hace claro para un lector conocedor de la Saga. En *Dejemos hablar al viento* (1979) los personajes alardean de su calidad artificial, llevando al extremo las posibilidades del universo ficcional. Esta última novela es una versión absurda y paródica del mismo, cuando reproduce sus precondiciones en una Santamaría nueva. En esta novela, Onetti parece empeñarse en vaciar a sus personajes, sus situaciones y estilo que lo caracteriza, como un anti-Onetti.

Puede decirse que Onetti trabaja dos «modelos» en sus narraciones de Santa María: *el Quijote* y la picaresca, uno para fundarla y otra para clausurarla. Esta trasgresión de modelos puede verse como paródica (en el sentido de Hutcheon). Onetti los introduce en su sistema literario con una significación estructural que ayuda a revelar mecanismos en su narrativa.

© Daniel Orizaga

* * *

REFERENCIAS:

- Ainsa, F. (1970). *Las trampas de Onetti*. Montevideo: Editorial Alfa.
- Hutcheon, L. (1985). *A theory of Parody. The teachings of Twentieth-Century art forms*. Nueva York/Londres: Methuen.
- Kadir, D. (1977). *Juan Carlos Onetti*. Boston: Twayne Publishers.
- Millington, M. (1985). *Reading Onetti*. Liverpool: Francis Cairns.
- Onetti, J. C. (1950). *La vida breve*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Onetti, J. C. (1995) [1961]. *El astillero*. Madrid: Cátedra.
- Onetti, J. C. (1981) [1964]. *Juntacadáveres*. Madrid: Alianza Editorial.
- Onetti, J. C. (1993). *Cuando ya no importe*. España: Alfaguara.
- Onetti, J. C. (1995). *Cuentos completos*. España: Alfaguara.
- Perier Jones, Y. (1971). *The formal expression of meaning in Juan Carlos Onetti's Narrative art*. Cuaderno 39. México: CIDOC (Centro Internacional de Documentación).
- Rose, M. (1979). *Parody/Meta-fiction. An analysis of Parody as critical mirror to the writing and reception of Fiction*. Londres: Croom Helm.
- San Roman, G. (Ed.) (1999). *Onetti and others: comparative essays on a major figure in Latin American literature*. Nueva York: State University of New York.
- Sklodowska, E. (1991). *La parodia en la nueva novela hispanoamericana. (1960-1985)*. Ámsterdam/Filadelfia: John Benjamin Publishing Company.

El autor:

Daniel Orizaga (1983). Licenciado en Español (Universidad Autónoma de Querétaro, México). Beneficiario del Programa de Estímulos a la Creación y Desarrollo Artístico (2006-2007), Instituto Queretano de la Cultura y las Artes. Miembro del Consejo de Redacción de la *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea* (The University of Texas at El Paso/Ediciones Eón).

LA INTENCIÓN DEL AUTOR *

por Andrés Neuman

Estaba yo la mar de cómodo sentado en un café. Tomaba café: lógico. Y leía un libro de cuentos, hábito casi indecente en este país. Yo siempre me he tomado muy en serio lo que leo, sobre todo si son cuentos. Los cuentos nunca mienten. Nunca. Así que yo leía. Caramba, me repito.

De pronto un tipo irrumpió en el café dando zancadas. Llevaba perilla, una melena negra peinada como un arpa delante de los ojos y unas gafas pequeñas y redondas, como todos los miopes con ínfulas. Pero ese tipo. Lo había visto antes. Cuándo. Hacía poco. De hecho, hubiera jurado que acababa de verlo en alguna otra parte. Di un respingo en la silla y me abalancé sobre el libro de cuentos recién terminado, que me había dejado sumido en esa grata melancolía durante la que se gestan las opiniones verdaderas acerca de los libros. Lo abrí y volví a mirar la solapa: era él. El mismo tipo que acababa de entrar. Isaías Osorio. El autor de aquel libro.

Isaías Osorio, joven narrador tan dotado para la fábula como para los estupefacientes, dueño de un estilo irritante y entrecortado a semejanza de tantos autores de su precoz generación. Osorio se negaba a yuxtaponer dos frases. O a subordinarlas. Narraba así. Sin concesiones. Una palabra. Otra. Y luego el hacha. Así. Sin más. Qué tipo. Era genial. O parecía. Isaías Osorio era un cuentista casi secreto y residía en un pequeño pueblo de la costa que quedaba a más de quinientos kilómetros de mi ciudad. Osorio tenía fama de salir poco de su pueblo, donde era venerado hasta la masturbación por un grupo de epígonos. Así que las posibilidades de que él estuviera de visita en mi ciudad eran de por sí escasas. En cuanto a que ese día se le ocurriera además entrar en el mismo café roñoso que a mí me gustaba tanto, resultaba una fantasía un tanto exagerada. Pero que al verlo entrar yo estuviese leyendo su único libro publicado, cuyos lectores en todo el país se contaban por decenas o en el más optimista de los casos por centenas, aquello ya arañaba lo imposible. Ni siquiera yo mismo, aunque había oído hablar de él con esa atención rencorosa que prestamos los escritores mediocres a los asuntos de los demás escritores, habría sido capaz de reconocerlo hasta aquella tarde. Fotogénico en la solapa. Gesto rabioso. Con perilla de mosquetero. Melena indomable. Nariz curva. Él: Isaías Osorio, el tipo que acababa de entrar en el café.

«Di un respingo en la silla y me abalancé sobre el libro de cuentos recién terminado, que me había dejado sumido en esa grata melancolía durante la que se gestan las opiniones verdaderas acerca de los libros. Lo abrí y volví a mirar la solapa: era él. El mismo tipo que acababa de entrar. Isaías Osorio. El autor de aquel libro.»

Comprendí de inmediato que aquel suceso no podía ser otra cosa que una señal. Un guiño que la diosa literatura acababa de hacerme en su lenguaje predilecto, el del azar. Era entonces o nunca. Me decidí a abordar a Isaías Osorio. Le conté esta historia. Le di mis opiniones sobre sus relatos como suelen hacer los escritores que se tratan, desmesurando sus dos o tres virtudes y omitiendo sin pudor todas las flaquezas. Luego, como suelen hacer los escritores que se tratan, le hablé de mis

propios cuentos. Le describí mis sueños literarios y mi fe en los encuentros mágicos. Él me escuchó relativamente interesado y, al concluir mi monólogo, me pidió que lo invitara a una cerveza. Que al final fueron, si no recuerdo mal, seis.

Isaías Osorio y yo nos hicimos amigos. Lectores mutuos. Hermanos de tinta. No nos vimos más de tres veces, pero estábamos destinados a compartir la suerte. Los cuentos no mienten nunca si uno

* Este relato pertenece al libro *Alumbramiento*, publicado por Páginas de Espuma en 2006

sabe leerlos. Lo invité a que volviera a visitarme. Le confié mis páginas inéditas. Le presenté a todos los escritores de la ciudad. Le presenté a mi madre. Le presenté a mi novia. Compañeros del alma con una misma suerte.

Isaías Osorio, por su parte, sólo me presentaría dos cosas andando el tiempo: mis cuentos inéditos a un concurso, firmados con su propio nombre; y sus sinceras disculpas por haberse acostado con mi novia. Él era así. Cortante. Elíptico. Genial. O eso parecía. Yo le di una paliza de más de media hora, le rompí la nariz y luego lo acompañé hasta el hospital. Él me juró venganza y al día siguiente se marchó a su pueblo sin despedirse de mí ni de mi novia. A pesar de sus amenazas, nunca he vuelto a saber de él. O sí, sólo una vez: cuando ganó aquel concurso con uno de mis cuentos inéditos. Lo leí en el periódico. Dos destinos cruzados. Una misma suerte.

Durante algún tiempo dudé de mis principios literarios. Siempre había confiado en la diosa ficción y en sus sagradas emisarias, las coincidencias. ¿No se había hecho rico Paul Auster con estas cosas? Pero la recompensa por mi larga fe no había resultado, hasta el momento, nada generosa. Me tentaba la idea de que jamás debí haber comprado el librito de Isaías Osorio. O de que, una vez comprado, no debí leerlo. No, al menos, aquella tarde. O la idea de que, aun en el caso de adquirir ese libro y leerlo aquella misma tarde, jamás debí haberme dirigido a su estúpido autor, por mucho que este irrumpiera milagrosamente en la ciudad más insospechada, a quinientos kilómetros de su zona de influencia, y se sentase en una mesa contigua a la mía.

Sin embargo, pensar de un modo tan prudente me resultaba poco real y todavía menos estético. Y me obligaba a concluir que el laberinto de la vida, sus ocultos vericuetos, constituían una simple farsa. A reconocer, en una palabra, que el mundo carecía de sentido. Idea que personalmente no he podido tolerar jamás y que los buenos escritores jamás aceptarían. En especial, aquellos que escribimos acerca del sinsentido del mundo.

«Isaías Osorio, por su parte, sólo me presentaría dos cosas andando el tiempo: mis cuentos inéditos a un concurso, firmados con su propio nombre; y sus sinceras disculpas por haberse acostado con mi novia. Él era así. Cortante. Elíptico. Genial. O eso parecía.»

Es por eso que, cuando en las páginas de cierto suplemento leí en letras de molde el contundente nombre de Arístides Malgré, un cejijunto y prometedor debutante en el género del cuento, corrí a comprarme su libro. Y por eso luego, sin querer hojearlo todavía, con una rara sensación de gozo y de fatalidad, me senté en mi café de siempre a esperar que anocheciera.

© Andrés Neuman

El autor:

Andrés Neuman (Buenos Aires, Argentina, 1977). Se licenció en Filología Hispánica por la Universidad de Granada, donde codirigió la revista 'Letra Clara' e impartió clases de literatura hispanoamericana. Su primera novela, *Bariloche* (Anagrama, 1999), fue Finalista del Premio Herralde y elegida entre las diez mejores del año por *El Cultural* del diario *El Mundo*. Su siguiente novela, *La vida en las ventanas* (Espasa, 2002), fue distinguida como Finalista del Premio Primavera. Con *Una vez Argentina* (Anagrama, 2003) volvió a ser Finalista del Premio Herralde de Novela. Ha publicado los libros de cuentos *El que espera* (Anagrama, 2000), *El último minuto* (Espasa, 2001, de próxima reedición en Páginas de Espuma) y *Alumbramiento* (Páginas de Espuma, 2006). Como poeta, ha publicado los poemarios *Métodos de la noche* (Hiperión, 1998, Premio Antonio Carvajal), *El jugador de billar* (Pre-Textos, 2000), *El tobogán* (Hiperión, 2002, Premio Hiperión) y *La canción del antílope* (Pre-Textos, 2003). Es también autor de un libro de aforismos y ensayos literarios: *El equilibrista* (Acantilado, 2005), y de dos colecciones de haikus: *Alfileres de luz* (Universidad de Granada, 1999, Premio García Lorca, en colaboración con Ramón Repiso) y *Gotas negras* (Plurabelle, 2003). Ha traducido el *Viaje de invierno* de Wilhelm Müller (Acantilado, 2003), y ha preparado la edición de una antología de Carlos Marzal: *Poesía a contratiempo* (Maillot Amarillo, 2002). Página personal: <http://www.andresneuman.com>

MUJER EN TREN

por Miguel Barrero

Hace ya muchos años, trabajé durante algunos meses en una ciudad distinta a la mía y tenía que coger el tren cada mañana, cuando aún no habían asomado las primeras luces del alba, para desplazarme a la oficina en la que debía permanecer mudo, impertérrito, impasible, durante ocho largas horas. El viaje no era demasiado largo, apenas unos treinta kilómetros entre estación y estación, pero luego aún tenía que andar durante unos cuarenta minutos entre el andén y el portal del edificio que servía de sede social a la empresa en la que prestaba mis servicios, por lo que, en resumidas cuentas, debía poner el despertador a las seis y cuarto de la madrugada si quería coger el tren de las siete y aparecer en mi puesto a las nueve, tras el necesario café de desperece en una turbia cafetería con nombre de ciudad argentina que se abría justo enfrente de aquel desdichado inmueble.

Éramos pocos los que a esas horas tan intempestivas nos encontrábamos día tras día en el andén, y me atrevo a asegurar que todos nos conocíamos perfectamente al cabo de dos o tres semanas. Aunque siempre aparecía por allí algún extraño, alguien que ese día madrugaba más de lo habitual o a quien algún deber puntual le obligaba a tomar un tren que de otro modo jamás hubiera cogido, éramos los mismos los que, con un cigarrillo entre los labios y la resignación propia de quien sabe que ha de dejarse despellejar si quiere seguir tirando en esta vida, siempre en fila india como si el jefe de estación nos hubiera dado una orden firme e irrevocable, aguardábamos la llegada del ferrocarril en las penumbras de la vieja estación, tan sólo iluminada por unos oxidados neones que parpadeaban como estrellas cancerosas al borde de su inevitable extinción.

«Éramos pocos los que a esas horas tan intempestivas nos encontrábamos día tras día en el andén, y me atrevo a asegurar que todos nos conocíamos perfectamente al cabo de dos o tres semanas.»

Pese a que muchas veces había pasado junto a ella –pero siempre con la cabeza gacha y el pensamiento ocupado en ahuyentar un sueño que invariablemente acababa materializándose en una leve y abrupta siesta en el asiento del vagón–, no la vi por primera vez hasta esa segunda o tercera semana en la que, como he dicho, la mayor parte de los allí presentes pasaron de ser huraños

extravagantes a amables conocidos cuyos rostros contrariados y aun hostiles proporcionaban algún tipo de hospitalidad a ese lugar en permanente tránsito que era el ferrocarril. Jamás nadie se dijo nada, jamás un saludo salió de nuestras bocas ni nos interesamos por nuestros respectivos nombres, pero al cabo todos nos identificábamos como miembros de un mismo clan que tenía que permanecer unido para así alcanzar algún día los objetivos para los que el destino los había predispuesto. La vi ese día porque –pese a que todos ocupábamos siempre el mismo asiento, como si se tratara de un ritual no estipulado ni escrito en parte alguna pero cuyo cumplimiento resultaba de vital importancia para la cabal consecución de lo pactado– se sentó un par de asientos enfrente de mí, de espaldas al paisaje que llegaba y fijando su mirada en las casas y los campos que lentamente íbamos dejando atrás, y adoptó un aire distraído mientras sus dedos hacían dibujitos sobre la ventanilla empañada por el hielo que había ido cayendo a lo largo de la noche. Pese a las gélidas temperaturas que nos invadían desde el inicio de aquel invierno –uno de los más crudos que se recuerdan en la comarca, a pesar de que los ha habido peores–, ella llevaba un vestido blanco de seda y una inesperada pámela de algo parecido al mimbre bajo la que caía, en suaves ondulaciones hasta rozar sus hombros, una fina cabellera rubia que enmarcaba su pálido rostro de mujer atrapada en alguna indeterminada edad de la adolescencia. Tenía los ojos muy azules y unos labios nada llamativos, casi difuminados en la total blancura del rostro, poco más que un tímido bosquejo en el dibujo de sus sutilísimas facciones. Su mano derecha reposaba inerte sobre el muslo, apoyada en los pliegues de una falda que concluía en unas rodillas mínimas y cristalinas, y la izquierda –con un movimiento de muñeca tan gracioso y salvaje como el de esas pianistas que, igual que si sus miembros estuviesen dotados de una vida

propia y díscola, abandonan los dedos a la voluntad del aire antes de posarlos con extremada precisión en las teclas que corresponden en cada acorde— iba garabateando sobre el cristal filigranas sin significado ni ambición figurativa a través de las cuales se adivinaba cada vez con mayor nitidez, como en el revelado de una fotografía, el árido paisaje de la mañana.

Ignoro qué motivó su cambio de emplazamiento en aquel vagón —tal vez algún murmullo desafortunado de alguno de los ocupantes de los asientos contiguos, quizás una mirada lasciva o una premonición fatal—, pero ya no abandonaría aquel lugar en ningún momento durante los meses en los que continué con aquel trabajo y por tanto seguía tomando, puntualmente, el tren de las siete de la madrugada en la vieja estación de mi ciudad. Tuve así ocasión de observarla con total parsimonia, sabedor de que, fuese lo que fuese lo que ocupaba sus pensamientos, era algo lo suficientemente importante como para mantenerla ocupada durante todo el viaje sin reparar en nada que no fueran sus propias cavilaciones (y de ahí mi creciente desconfianza hacia el resto de los ocupantes del vagón: algo tenían que haber hecho para exiliarla de aquella manera a aquel rincón cercano al mío en el que ahora dejaba volar su imaginación, víctima inocente de mi curiosidad y mi deseo), y de admirar una y otra vez los bordados de su vestido, que siempre era el mismo, la gracia con queladeaba de cuando en cuando la pamelasobre todo tras algún frenazo brusco del ferrocarril o recién superada una curva más brusca de lo habitual) o la delicadeza de los dedos que, coronados por unas uñas sin pintar y de la misma textura del hojaldre, ejercitaban mañana tras mañana sus silenciosas cabriolas sobre el amanecer. Cuando el tren llegaba por fin a la estación que constituía el fin del trayecto de casi todos los ocupantes, cuando ya nadie quedaba en aquel vagón que durante una hora daba cobijo a nuestras frustraciones y esperanzas, ella permanecía allí, sentada como si fuese incapaz de reparar en su repentina soledad, y continuaba con sus dibujos mientras el jefe de estación hacía sonar su silbato y las puertas se cerraban de nuevo y el tren proseguía su renqueante, imparables viaje hacia la costa.

Más de una vez me pregunté a dónde iría, cuál sería su destino en aquellas mañanas que primero fueron gélidas y luego algo más templadas y por fin ya abiertamente bochornosas, y en alguna ocasión estuve tentado de seguirla, de desatender mis obligaciones laborales y permanecer en el vagón y no abandonar aquel vetusto ferrocarril más que cuando ella lo hiciese también, pero la timidez —ese antifaz de la cobardía— me impidió siempre llevar a cabo mis propósitos, y ni siquiera las veces que más cerca estuve de vencer mis reticencias —cuando, en vez de levantarme e ir andando hacia las puertas a medida que el tren se iba adentrando en la estación, permanecía en el asiento cada vez más azorado y escuchaba el chirrido de los frenos primero, y más tarde el trasiego de los otros viajeros al descender y, por último, el pitido del jefe de estación, tras del cual inmediatamente me levantaba como un resorte para bajar al andén sudoroso y azorado, como el chiquillo que acaba de cometer su travesura más maquiavélica— acababa claudicando de manera bochornosa y, lo que resultaba aún peor, sin obtener siquiera una simple mirada de ella, en esos breves instantes en que ambos permanecíamos completamente solos en nuestros respectivos sitios.

«Pese a las gélidas temperaturas que nos invadían desde el inicio de aquel invierno —uno de los más crudos que se recuerdan en la comarca, a pesar de que los ha habido peores—, ella llevaba un vestido blanco de seda y una inesperada pamelade algo parecido al mimbre bajo la que caía, en suaves ondulaciones hasta rozar sus hombros, una fina cabellera rubia que enmarcaba su pálido rostro de mujer atrapada en alguna indeterminada edad de la adolescencia.»

Abandoné el trabajo cuando ya se adentraba otra vez el otoño por un puesto mejor en mi misma ciudad, y entonces dejé de madrugar tanto y de coger aquella línea y de reencontrarme cada mañana con los que hasta entonces habían sido mis más fieles compañeros en el oprobioso carrusel de la rutina. Con el tiempo la fui olvidando a ella, su rostro y su vestido y su pamelay su abstracción ante la ventanilla, y acabé recordando de vez en cuando su presencia como una mera visión provocada por el cansancio o la vigilia, por la dulce modorra que me invadía cada vez que subía a aquel tren, quizás para camuflar o mitigar o, sencillamente, hacer así más soportable la vergüenza que me

producía malgastar mis días con un trabajo tan insalubre y desgraciado. Sin embargo, hace unas semanas un asunto de máxima urgencia me obligó a regresar a aquella ciudad de mis desencantos juveniles, y –dado que sigo sin tener coche, ni carné, y además detesto los autobuses, siempre tan llenos de gente, tan incómodos, tan estremecedoramente inhumanos– tras muchos años sin hacerlo volví a situarme en el andén a la misma hora a la que lo hacía entonces, para aguardar exactamente la llegada del mismo ferrocarril que años atrás me había conducido durante aquellos larguísimos meses a mi primer destino laboral. Reconocí en la vieja estación –tan sólo habían cambiado los neones, mucho más brillantes ahora, como las luces que ponen por las calles cuando se acercan las fechas navideñas– a algunos de los que entonces hacían aquel mismo viaje conmigo. Estábamos todos más viejos, como era natural, dos décadas no pasan fácilmente para nadie. Ni siquiera creo que ellos me reconocieran a mí, tanto tiempo alejado de sus cotidianidades habrían terminado por convertirme en un extraño, en el mismo extraño que era el primer día que aparecí por allí, pero yo sí la reconocí a ella cuando me senté en mi sitio de siempre –curiosamente vacío, como si a lo largo de todo aquel tiempo hubiese estado esperando por mí– y, después de que las puertas se hubiesen cerrado y el tren comenzara su ruidoso caminar sobre los raíles, alcé la vista y la vi allí, sentada también en el mismo sitio de siempre, con el mismo vestido y una actitud idéntica a aquella con la que yo la había conocido. Seguía con su pelo escarolado hasta los hombros, seguía con su pabela y sus bordados blancos, y también con sus labios difuminados y sus gráciles dedos dibujando figuritas en el cristal de la ventanilla. Pero lo más sorprendente, sin duda alguna, era que seguía igual de

«El tren se acercó lentamente a la estación y yo me quedé clavado en el asiento, mudo, dudando si cumplir mi compromiso o dar rienda suelta a mis locuras juveniles y olvidadas y seguirla dondequiera que fuese su destino, a las playas de la costa o a algún pueblo de los muchos que jalonan el camino que conduce a la eterna promesa del mar.»

joven. Los años no habían pasado para ella, como si el tiempo la hubiese encerrado en una impenetrable campana de cristal, y durante todo el viaje no pude hacer, igual que entonces, otra cosa que mirarla, que recrearme en todos y cada uno de sus detalles y barajar en mi cabeza los nombres de mujer que más apropiadamente pudiesen bautizar aquel prodigio de la belleza.

El tren se acercó lentamente a la estación y yo me quedé clavado en el asiento, mudo,

dudando si cumplir mi compromiso o dar rienda suelta a mis locuras juveniles y olvidadas y seguirla dondequiera que fuese su destino, a las playas de la costa o a algún pueblo de los muchos que jalonan el camino que conduce a la eterna promesa del mar. Escuché el pitido del jefe de estación fingiendo una imperturbabilidad que no sentía realmente, y mientras comenzaba –con algo que no sé si era cinismo o postergada osadía– a elegir una frase con la que dirigirme a ella, a hilvanar unas palabras que consiguiesen hacerla mía de una vez y para siempre, sentí cómo mi cuerpo (pero no era yo quien lo movía, no era yo el que le había ordenado levantarse del asiento, el que obligaba a mis pies a dar esos pasos acelerados hacia la puerta y a saltar después, en el último segundo, al andén ya solitario) se alejaba de ella sin que yo pudiese remediarlo. Permanecí quieto aún unos segundos, observando su cara –una tímida sonrisa dibujada en sus labios– mientras trazaba más y más garabatos en los cristales, y cuando empezó poco a poco a alejarse supe también que había extraviado por completo la única posibilidad de redimirme. Me di la vuelta y me abotoné la gabardina. Hacía frío. Amanecía.

© Miguel Barrero

El autor:

Miguel Barrero (Oviedo, España, 1980). Ha trabajado y colaborado en diversos medios asturianos. Tras darse a conocer en 2002 con la publicación de un cuento por entregas, "El regreso", en el diario *La Nueva España*, en 2004 ganó con su primera novela, *Espejo*, el Premio Asturias Joven de Narrativa. Está presente en los volúmenes colectivos *Guernica Variaciones Gernika* y *Tripulantes*, y sus relatos han visto la luz en distintas publicaciones. También ha codirigido el documental *La estancia vacía*.

EL AJUSTE

por Luis Calle

El Sr. González había recibido en los últimos meses muy buenas noticias. Por un golpe de suerte, pudo cancelar su hipoteca y pagar todas sus deudas.

Una mañana acudió al banco como en otras ocasiones, sin embargo su forma de andar y la manera en que entró eran del todo distintas. Tras el mostrador estaba el mismo empleado triste de siempre, pero la luz que le rodeaba tenía un fulgor distinto, como si un nuevo ventanal, por una extraña artimaña, se hubiera abierto a sus espaldas. Pronto se dio cuenta de que el extraño fenómeno era tan solo un reflejo de la metamorfosis silenciosa que realiza sobre las cosas el dinero, cuya abundancia puede trocar la materia más oscura en un haz de brillantes deseos cumplidos.

Con una parsimonia casi obscena, incitada por su nueva situación, zanjó ante el asombrado oficinista las cuentas pendientes que asediaban su vida anterior. Aquel lugar, en otro tiempo amenazante y angosto, que cobijó papel a papel la historia de su pasado, se abría ahora al espacio anchuroso en el que todas las avenidas confluían en la mano amable de la fortuna.

El Sr. González suspiró desahogado. No era necesario desear nada ni esforzarse en ninguna dirección, pues todas las cosas se le ofrecían con mansedumbre y sin resistencia. Examinó todos los problemas que había tenido hasta ese momento, antaño agobiantes, y que después de lo acaecido semejaban monigotes cómicos situados en la historia de un hombre que, a pesar de lo reciente de los cambios, le costaba reconocer.

Después de muchos años, las cosas volvían a estar en orden. Nada indicaba que pudiera ocurrir otra cosa que un venturoso destino. Sin embargo algo en su interior, que no acertaba a discernir, oscuro y afanoso, le inquietaba con tenacidad.

Decidió llevar a partir de entonces una vida tranquila y sin cuidado, pero esa desazón interior no le abandonaba y tampoco le daba ninguna oportunidad de poder desvelar su naturaleza. Aquello permanecía sin resolver, sin encontrar acomodo.

Comenzó toda clase de actividades y adquirió a cualquier precio, incluso desventajoso, todo tipo de objetos. Todo fue inútil, esa fiera monstruosa no dejaba de devorarlo.

Un día de primavera, después de muchos meses de aflicción, decidió hacer un viaje que pensó pudiera ser la reparación de toda su vida pasada, pues achacaba a algo extraño ocurrido hace años el origen de su tortura. Llegó a la conclusión de que ese ahogo interior era un asunto no resuelto, una culpa que no se podía absolver con dinero. Caviló durante varias semanas el lugar de destino de ese viaje y la mejor forma de ir.

Antes de que llegara el verano, el Sr. González resolvió hacer el equipaje. Fue a su dormitorio y bajó del armario una maleta gastada por los viajes. Depositó en su interior un libro muy usado, el retrato de una mujer que sonreía desde el fondo del tiempo y un diario. Después de cerrarla cuidadosamente, abrió un cajón de la cómoda y sacando una pistola se pegó un tiro en la sien.

«Después de muchos años, las cosas volvían a estar en orden. Nada indicaba que pudiera ocurrir otra cosa que un venturoso destino. Sin embargo algo en su interior, que no acertaba a discernir, oscuro y afanoso, le inquietaba con tenacidad.»

© Luis Calle

El autor:

Luis Calle.

ES QUE VERÁ QUE ME DUELE LA MANO

por Omar Piña

*«Come again:
Sweet love doth now invite,
Thy graces that refrain,
To do me due delight,
To see, to hear, to touch, to kiss, to die
Witch thee again in sweetest sympathy».*

John Dowland –Primer libro de canciones, fechado en 1597–

Lo mío es atender a las personas y creo que para eso uno tiene que nacer con el don, «don de gentes», le llaman. Porque no le voy a negar que se siente tan bonito sonreírle a los demás, aunque sea en trabajos como este, donde se ven tantas malas caras porque seguramente vienen del trabajo y han tenido un día tan pesado que cuando les sirvo la primera copa y beben un sorbo grande, hasta como que se alegran. Es la chispa esa que sólo tiene el licor y que de poquitos contenta al corazón, pero cuando los hombres se pasan las horas bebiendo, pues como que algo se les incendia allí adentro y tienen que ponerse a platicar de cosas que en su juicio ni siquiera le contarían a los demás, menos si se trata de desconocidos. Pero en trabajos como este una tiene la disposición a escucharlos, porque la verdad es que también a eso vienen, a desahogarse y hay quien no se aguanta y llora y hay quienes de pronto se ponen muy pesados, groseros y luego piensan que una está metida en esto es por «puta» y no porque se tenga la necesidad de ganarse la vida.

Y no le voy a negar que ahora estoy contenta, aunque me duela tanto la mano; ya vio que sí pude cargarme los cartones de cerveza y la curia que he tenido para llenar el enfriador con todas las botellas... noventa y tres botellas de clara y cincuenta y seis de oscura. Todas bien ordenaditas para que cuando usted me grite «Bertha, te hablan de la siete» yo vaya casi volando y tome la orden. Y no me dirá que soy lenta porque también me las ingenio para freír los cacahuates y que no se pasen un momentito, porque tantito así de fuego y se queman y quemados dejan el amargor en la boca del que los come. Ajá. Ya ve que los clientes pueden tragarse los litros de cerveza amarga, pero nomás se queman los cacahuates y empiezan a reclamar y ¿cuándo ha pasado mientras yo atiendo? Nunca he anotado una copa de menos y usted es testigo de que a cada botella de licor le saco las veintidós copas exactas; bueno, eso cuando no vienen sus amigos y me ordena que sirva un poco más de la cuenta, porque entonces sí ya no respondo si a la hora del corte de la barra no encajan los números.

Pero acuérdesse bien claro que cuando me contrató y pidió referencias yo le dije que no conocía a nadie que me pudiera extender cartas para trabajar en una cantina. Sí, aquí en la ciudad conozco a mucha gente pero ninguna de ellas sabe de esto, porque aún las personas no creen que se trate de un trabajo como cualquier otro y como la ven a una mujer sola y con hijos empiezan a suponer que cada una de mis niñas tiene un padre distinto; y si así fuera tampoco tendría nada de malo, porque es mi vida, trabajo y muy duro para mantenerlas; pero de eso a que esté dispuesta a que me falten al respeto, pues mire, hay mucha distancia. Y es que antes de venir para acá yo tenía mi tienda de ropa. No grande, pero con el esfuerzo y lo fiado ya me había hecho de una buena clientela. ¿A poco a su esposa no le pasa que de pronto los invitan a una fiesta que no tenían en planes y necesitan dar el regalito, modesto, pero al fin regalo? Ni modo que salgan con un tiliche del montón, todo ajado. Pues ahí tenían al «Capullo de algodón» que así se llamaba mi negocio.

Pantalones, blusas, faldas y uno que otro accesorio. Todo barato, de calidad y al fiado. ¿Pues a dónde iban a correr si no era a mi tienda? Ahí estaba Berta, sonriente y amable: «Lléveselo y si no le queda, lo vienen a cambiar por otra talla más grande». Sólo les pedía que no mancharan la ropa y claro, les daba una semana para cualquier reclamo. Aunque dos o tres veces me la hicieron. Me enteraba que usaban las prendas para estrenarlas durante un baile y luego regresaban alegando que las costuras no estaban en

buen estado y querían el cambio. Pero una se va haciendo mañosa y entonces revisaba la prenda hasta con lente de aumento; va a creer que en la parte de las axilas el trapo iba todavía impregnado con esa mezcla de sudor y desodorante y la explicación que les daba, porque jamás contrariaba a los clientes, era que si no les quedaba ¿para qué se lo llevaron a la fiesta? Eso sí, ropa interior jamás la cambiaba, ni permitía que se la probaran. Aquellos eran sólo detalles, como se dice comúnmente: uno entre mil.

Fue a finales de octubre del año pasado cuando tuve ese problema. Tendría dos días en que me habían surtido un pedido importante, se acercaba diciembre y yo tenía que estar lista para cuando la gente cobrara los aguinaldos, porque ya ve, quien debe sólo paga para endeudarse de vuelta. Y le juro por la virgen santa que yo andaba muy realizada, ¿así se dice, no? Estaba con los planes de juntar lo más posible para llevar a mis niñas al mar, dos días, no se crea que las semanas enteras. Porque uno trabaja para sobrevivir pero de vez en cuando para darse un lujo y mire, ya me veía con mis nenas a la orilla del mar, comiéndonos unas mojarras fritas y juntando conchas cuando a eso de las siete de la mañana, era lunes, viene una de mis cuñadas muy espantada para decirme que un montón de gente estaba a las puertas del negocio y que un carro de bomberos apagaba el fuego. ¿Cuál fuego, cuáles bomberos?

Los del peritaje dijeron que había sido un cortocircuito. Las chismosas del barrio inventaron que unos hombres se habían metido a robar y que antes de salir prendieron fuego. Pero eso no fue cierto, porque hasta los bomberos tuvieron que forzar la cortina metálica, porque con lo caliente que estaba adentro el metal se hinchó y no encontraban la manera de entrar; así que nomás pudieron con el cerrojo de la puertecita y viera que cuando llegué, con los pelos enmarañados y apenas un suéter que alcancé a ponerme, todo estaba hecho cenizas. De los tubos de los exhibidores sólo colgaban como hilos del plástico de los ganchos. Y no me acuerdo muy bien qué pasó después, porque en mi desesperación les rogué que me dejaran sola y creo que alguien me llevó una escoba y un balde que pedí. Como a eso del mediodía estaba llena de tizne, más desgreñada, con las uñas partidas y los pies hinchados y todos arañados. Sólo pensaba en que ya no podría llevar a mis hijas al mar, en que las tres se quedarían sin conocerlo.

Mi cuñada, la que fue a avisarme, entró al local con un vaso con café caliente y unos panes. «Tienes que comer algo» me decía y mientras la oía, clarito miraba cómo los vecinos se asomaban, veían el desastre y sólo movían al cabeza para decir: «Ay, pobre mujer». Y todo, todo estaba perdido; porque además de la ropa también con las llamas se fueron las tarjetas en las que anotaba los saldos de cada cliente y crea usted, de más de cincuenta deudores, si al menos diez fueron para decirme algo de sus pagos, fueron muchos. El resto se hizo como si nada, como si de verdad nunca me hubieran conocido. Es algo que no le deseo a nadie.

Luego fue el problema con mi marido, o mejor dicho: con el papá de mis hijas. Él había renunciado al banco donde trabajaba y con el dinero de su liquidación se largó para los Estados Unidos, dizque para buscar mejores oportunidades y que nosotras saliéramos adelante. Llamó por teléfono a la noche siguiente, creo que fue mi suegra quien le avisó. Y en lugar de preguntarme cómo me sentía, si estaba bien: no. Empezó a gritarme barbaridades, que él me había advertido que una mujer sola no está para atender negocios, que por mi egoísmo y no querer seguirlo ahora nos iría peor que antes. ¿Egoísmo yo? No creo que fuera eso negarme a cruzar la frontera con tres hijas, porque no se crea que iríamos con papeles y a entrar al otro lado como la gente de dinero. Imagínese a una mujer de treinta y siete años con una de catorce, otra de nueve y la menor de seis años, ahí, entre puros hombres y a mitad del desierto de Arizona o ¿Nuevo México? ¿o era el de Sonora? Yo no sé, pero no estaba dispuesta a seguirlo en otra de sus locuras. Y cuando se cansó de gritarme y yo casi de pedirle perdón, me di cuenta que no tenía que perdonarme de nada, porque cuando él se fue no me dejó más que para un mes de despensa y la amenaza de que me anduviera con cuidado, porque no era la primera que en cuanto una mujer se ve sola, busca a un querido. Eso le preocupaba al muy cabrón, que en su ausencia me buscara a otro mientras él se partía el lomo. ¿Sabe qué le grité? «Eres un hijo de la chingada y no quiero volver a verte». Colgué el teléfono y no pude más, me eché a llorar a moco tendido.

Entonces comencé, primero, por pedir ayuda a mi familia. Fui hasta el pueblo y mi papá me dijo que donde comían dos, comían tres. Pero estábamos a medio año y yo no podía sacar a las niñas de la escuela, porque allá no me las aceptaban con el pretexto de que venían de la ciudad y la «transferencia» de los documentos se tardaría más de tres meses. Fue cuando mi mamá solucionó el problema y llegamos al acuerdo que iríamos todos los fines de semana, me ahorraba dos días de comida y el

domingo por la noche me regresaba con despensa para el resto de la semana. En mis estancias ayudaría en la tienda que tienen mis papás y cuando estuviera en la ciudad buscaría trabajo o rehacer el negocio. Y hasta enero las cosas, si no iban bien, por lo menos no empeoraban. Es que yo me salí de mi casa a eso de los diecinueve años, justo con el hombre que es papá de mis hijas.

Jamás nos casamos. Nada más nos juntamos. Y a eso de los dos años vino el primer niño, pero nació enfermo o tuvo algo que le dicen «el mal de la cuna», creo. El caso es que el pequeño se murió en los cuneros del hospital, antes que me dieran de alta; yo me sentía desgarrada pero él me apoyó mucho, él y su familia, porque ellos son de aquí, de la ciudad. Tardé en volver a embarazarme porque tenía miedo que pasara lo mismo y aunque nos cuidábamos, o mejor dicho: yo tenía muchas precauciones, un bendito día me percaté que llevaba ya dos meses sin que me bajara la regla. No era la primera vez que me pasaba. A cada rato salía con el cuento de mis embarazos mentales; perdón: psicológicos (así me explicó el doctor que me atendía). Como me sabía el remedio, iba a la clínica a que me inyectaran una dosis de *Metrigen* y santo remedio, la siguiente tarde era de cólicos que me tumbaban en la cama y enseguida el sangrado, poco abundante y fuera de peligro, como me repetía la enfermera que me inyectaba. Pero aquella vez algo me dijo que no era lo mismo, porque casi todas las noches yo soñaba con un niño al que le daba un biberón. Era una criatura muy llorona y no se calmaba hasta que lo cargaba en mis brazos, pero cuando intentaba verle la carita, ¡pum! Yo despertaba. No fui a la clínica sino a la farmacia y haciendo un sacrificio con el dinero que tenía, me compré una prueba de embarazo, leí las instrucciones y esperé hasta el otro día, para que mi orina fuera abundante y la primera de la mañana. Y no sé por qué las mujeres somos necias con eso de las pruebas, pues una adivina desde el primer instante en que quedamos preñadas. Y así fue, antes de sumergir el reactivo en la orina (usé una bacinica) vi en el líquido una turbiedad que no me parecía normal. Los meados aún soltaban vapor y cuando pasaron los tres minutos, una crucecita de color azul se marcó en la banda. Ahora me río porque no sé si fue lo mental o la realidad, pero justo en ese momento sentí un jalón en el estómago y vomité sobre los orines.

Me sentía la mujer más dichosa y entonces, sin tener la necesidad de soñar, vi muy claro el rostro del niño. Se parecía tanto al que habíamos perdido y se reía igual que su papá. Ay, pasé aquellos meses con todos los cuidados que usted se puede imaginar. Con decirle que incluso mis papás, sin que naciera aún la criatura, me perdonaron la falta de abandonar la casa y aprovechaban cualquier pretexto para caerme de sorpresa. Yo me sentía tan contenta que nomás los veía llegar, corría a comprar el pollo rostizado y los flanes de vainilla para que comiéramos juntos. Esperábamos a mi marido y me creía la historia de la familia contenta. Y sí, fue así hasta que nació mi Lourdes, porque cuando me dijeron que era niña no pude evitar una lágrima. Él quería niño, un varón que hiciera lo que él no pudo, que fuera a la universidad y que jugara en un equipo de fútbol para ser rico y famoso y cogerse a todas las mujeres que se le pusieran enfrente. Y me dijo que al siguiente nacería un hombre, pero no, se llamó Alicia y a la tercera, que era la vencida, tuvimos que llamarle Rita, como su madre y su abuela y casi todas las mujeres de su chingada parentela. Pero como nunca me le dejé del todo, a ellas les puse un segundo nombre, por si las ocurrencias del padre (él buscó el primer nombre de las tres) no les parecían, ya de mujeres adultas. Y así fueron: Lourdes Berenice; Alicia Joana y Rita Esbeidy. Y si mis hijas no terminaron locas fue por obra y gracia de dios, pues yo les llamaba por el segundo nombre y él, nomás las conocía por el primero.

El caso es que cuando nos abandonó, sucedió lo del incendio y pedí ayuda a mis padres (su familia sólo me ofreció un cuarto, sin «considerar la comida, Bertha, ya ves que somos muchos») las cosas, como ya le dije, iban más o menos. Pero una tarde de enero, como a la semana del *día de reyes*, mi mamá llegó a la tienda con Esbeidy, la más chica de mis hijas. La niña sangraba del cachete y mi mamá dijo que se había peleado con una de sus primas, todo por una muñeca y que ya no las aguantaba, que le daban trabajo y todo el día eran pleitos con las otras escuinclas. Que las mías estaban maleadas por todas las cosas que aprendían en la ciudad y por quién sabe qué cosas me veían a mí. No me aguanté más. Yo estaba despachando cinco kilos de maíz, llevaba todo el día metida en la tienda y apenas si había probado comida; entonces un remolino me nubló la mente, sentí como si alguien me jalara de las espaldas y caía en un vacío. Vacío, eso era y nadie me daba la mano para salvarme de caer en un precipicio, ¿a quién tenía yo para reaccionar de otra forma? Era una mujer sola y rota. Era madre de las raras, porque ellas presumían de cosas que en el pueblo jamás podrían imaginarse y además de todo eran unas malagradecidas, porque nada les quitaba ser obedientes y «¿Dejarse que estas pendejas rancheras las traten peor que a sus calzones sólo porque yo me equivoqué y no tienen un padre que vea por ellas?»

pregunté a mi madre, entre gritos y lloriqueos... Tomé a Esbeidy de los hombros y comencé a sacudirla con todas mis fuerzas sin darme cuenta, claro, que al susto del arañazo, yo le sumaba el de mi desesperación. «¿Por qué son así?» gritaba a mi hija. Y cuando volví en mí fue porque la chiquita temblaba, tirada en el suelo de madera y con la nariz rota. Nunca antes –ni después– volví a golpear a mis hijas.

El último camión salía del pueblo a las nueve de la noche. De allá para la ciudad son tres horas y media de camino; con todas las curvas, cuestas y empinadas que suponen bajar de la montaña. Todo el viaje nos la pasamos llorando, ellas por el miedo, yo... yo creo que por todo lo veía venir. Cuando llegamos a la terminal me percaté que en las prisas me había olvidado del frío; aquí llovía ligero pero helado y mis hijas sólo llevaban unos suéteres muy delgaditos. Era casi la una de la madrugada, yo no tenía mucho dinero y ninguno de los taxistas quiso llevarnos por la cantidad que yo les ofrecía. Pensé que lo mejor era quedarnos en la terminal, pero los policías que cuidaban empezaron a molestarme con que si no esperábamos nada no teníamos derecho a estar ahí. Estaba a punto de volverme loca cuando la mayor de las niñas, Berenice, me dijo que si nos íbamos por la zona del centro, llegaríamos hasta la casa. Y recordé que en todo el camino había techos que si no nos salvaban del frío, al menos lo harían de la lluvia. Así que cargamos con las pocas cosas que llevábamos y a eso de las dos de la mañana ya calentaba agua para hacer un té de canela y piloncillo. Lloré más cuando trataba de disolver la melcocha y me preguntaba los motivos por ser tan pobres y Esbeidy me abrazó por las espaldas para decirme que me pedía perdón, que había peleado con su prima cuando ella le dijo que a las «huérfanas» los *reyes magos* no les regalaban juguetes bonitos. Y veré, eran casi las tres cuando las cuatro mujeres habíamos comido galletas remojadas en té caliente. Mujeres a fin de cuentas, ni siquiera se nos ocurrió preguntarnos por lo sucedido, estábamos juntas y de eso se trataba... Y es que si viera que mis hijas son parte mía, aunque jamás he pensado que están para hacer lo que yo no pude... Me alegraría, claro, con saber que llegarán a ser felices.

Al otro día, cuando se fueron a la escuela (porque me esfuerzo para que las tres estudien) seguí llorando. Dio el mediodía, regresaron, les serví una sopa hecha con pasta fiada, con jitomate fiado, con caldo de huesos de pollo que conseguí fiados pero con agua que sentía como mía. Y mientras lavaba los trastos, con esa agua fría, me di cuenta que la vida no sólo estaba en mis entrañas, que afuera la gente se ríe, se divierte, porque creo que el mundo sería otro si todos nos fijáramos sólo en nuestros problemas. Hice un esfuerzo, me limpié la cara, busqué el mejor vestido y me lo puse. Salí a la calle a buscar algo, ese algo que una sabe que se encontrará, como dicen: tarde o temprano. Y no tardé, se lo juro: venía caminado por esta avenida de la ciudad cuando pasé por su bar y leí la cartulina: «Solicito mesera de buena apariencia».

No soy guapa ni atractiva. Soy yo. Así le dije y me contrató. Ahora sólo le pido disculpas por torcerme la mano y si no pude más con las otras cajas de cerveza es porque apareció el papá de las niñas y fue a hacerme un escándalo, porque ya regresó de los Estados Unidos y vino más miserable de lo que se fue. Quería que le diera dinero, quería ser otra vez el hombre que jamás conocí. Golpeé a Joana, la de enmedio y la obligó a servirle comida. Venía borracho. Cuando regresé de su bar y vi a ese hombre dormido en mi catre, le pegué. Él se levantó, pero sus fuerzas eran más grandes y no pude más. Me rompió la cara y por eso me mira tan maltrecha, pero eso no quiere decir que por mi aspecto usted se decida a despedirme. A él ya lo corrí. ¿Y entonces?

© Omar Piña

El autor:

Omar Piña. Escritor y periodista. (Xalapa, México, 1974). A la fecha ha cursado estudios profesionales en Periodismo y en la escuela de Historia de la Universidad Veracruzana. Actualmente funge como jefe en coordinador de información cultural y columnista en *Milenio-El Portal* (Veracruz). Es consejero editorial designado por la Universidad Pedagógica Nacional de Veracruz. Como escritor la colección *Cultura de Veracruz*, le ha brindado espacios en sus números: *Narrativa Veracruzana Actual* (1998) y *La Creación Literaria* (1999), además de el libro de relatos *Coincidencias y naufragios* (2002) y de próxima aparición su primera novela *Papel suave (añoranza por ti)* en la colección del mismo sello, que aparecerá en otoño de 2007. Es profesor titular del taller "Expresión escrita y apreciación cinematográfica" en el Colegio Preparatorio de Xalapa, cátedra que ha impartido desde el año 1999 a la fecha.

LITURGIA DE LA SOMBRA

por Lilian Elphick L.

*No estoy tranquilo, mi amor,
hoy es sábado a la noche,
un amigo está en cama.
Oh, mi amor, desaparece el mundo.
Si los pesados, mi amor,
Llevan todo ese montón de equipaje en la mano.
Oh, mi amor, yo quiero estar liviano.
Los dinosaurios (canción)
Charly García.*

A Hunter, donde quiera que esté

Caminó descalzo por la orilla de la playa, los pies se enterraron en la arena húmeda, dejando una huella invariable y desierta. Caminó muy lentamente. Él no miró las olas ni el horizonte donde reverberaba el sol. Algunos pelícanos emprendían el vuelo en busca de un cardumen de peces y una que otra gaviota graznaba en el cielo, planeando con sus alas extendidas. Sólo el rugir de las olas que rompían a unos cientos de metros, fue lo que el hombre pudo escuchar. Lo demás era el viento ondeando en los flancos de su chaqueta, los ojos cerrados, el vaivén del oleaje que refrescaba su cara, convertido en miles de agujas de agua. Respiró con dolor, y se detuvo. No había regreso posible. Se adentró hacia la playa vacía, queriendo recostarse en la arena entibiada por el sol de las doce. Cuando sus pies sintieron la planicie seca y las piedrecillas ínfimas corriendo libres por entre sus tobillos, descansó. Lanzó los zapatos, con dificultad se sacó la chaqueta y se sentó arriba de ella. Poco a poco fue cambiando su postura; al principio, erguida, espalda derecha, atento a la rompiente, las aletas de la nariz dilatadas, aspirando al máximo lo salobre que podía tener ese aire arremolinado en suaves cadencias. Hizo un gran esfuerzo. Luego, su cuerpo se inclinó hacia un costado hasta que su oreja derecha se hundió en ese calor benéfico, anulando parcialmente los sonidos silbantes del viento cálido. Quiso soñar. El perro, liberado hacía rato de sus ataduras, jugaba con unas algas secas

*«Nerviosa y mirando sin mirar
cómo amanecía por la
ventanilla del vagón, ella le
preguntó hacia dónde se
dirigía y él respondió que
donde nadie lo encontrara.»*

que la marea seguramente había depositado en la noche anterior. Su amo yacía convertido en un promontorio difuso por las ondas calóricas, muchos metros más allá. El animal no sabía de espejismos, sólo lo olfateó para sentirse seguro. Volvió al ataque del muñón de algas fétidas, punteándolas con el hocico y contrayendo y estirando sus patas delanteras, intentando vanamente medir sus fuerzas con los desechos del mar.

Pero el hombre no pudo dormir. En sus ojos permanecía la sombra habitual de su ceguera, impidiendo el relajo de su cuerpo cansado, cubierto de una piel parecida a la nostalgia. En la misma postura de desmayo pudo concebir las lágrimas que él palpara en las mejillas de la mujer del tren, una viajera de pechos erguidos que subieron y bajaron enamorados de tanto azar y árboles que transcurrieron veloces como el amor urgente de dos que se encuentran en un tren rumbo al norte.

El perro ladró con insistencia, quebrando el recuerdo como los pedazos de un viejo espejo. Él sintió su jadeo muy cerca suyo, quizás a unos centímetros.

–Has vuelto. Cuéntame, ¿qué has visto? –preguntó, mientras apenas estiraba la mano para

acariciarle el hocico y el cuello.

El animal ladró, contento de tanta libertad, lamió la palma de su amo y, acuciado por una repentina locura de cachorro, persiguió su propia cola, disparando arena por doquier.

—Calma, Lucas, ven aquí, perro loco, se supone que me tienes que guiar y tú sólo juegas. Quizás te aburrirte mucho adentro del tren, ¿no?

El amarillo can emprendió una carrera contra unos pájaros pequeñitos que picoteaban la arena mojada buscando crustáceos. El hombre volvió a recostarse, tanteando el paquete de cigarrillos en el bolsillo de la chaqueta. ¿Cómo se llamaba ella? Hasta eso olvidó. Dio una pitada y dejó que el humo se colara por esa imagen de mujer que fue puro aroma de gemidos, los dedos mojados, sus dedos impregnados de un olor exquisito, lejano de sexo en flor, dispuesto porque no había nada que ganar ni que perder. Después ella lloró, él oyó cómo descorría el cierre de su *necessaire* y extraía un pañuelo, y algo cayó al suelo con un sonido agudo y grave a la vez, algo que recogió de inmediato. Perdona, dijo, rodeada de una espesa culpa y de un agradecimiento sin límites. Él alcanzó a llevarse consigo una de sus lágrimas. El compartimento se mecía en leves ruidos metálicos, monótonos como las olas que reventaban una y otra vez, sin detenerse jamás.

Nerviosa y mirando sin mirar cómo amanecía por la ventanilla del vagón, ella le preguntó hacia dónde se dirigía y él respondió que donde nadie lo encontrara. Ni siquiera yo, alcanzó a susurrar la mujer, cuando él puso su mano entera en la boca y ahí, sólo en ese instante, deseó poder ver y descubrir el brillo de su pelo dorado, la traición galopando por sus caderas, cuando él las acarició y las agarró con desesperación para penetrarla más aun y sentir que la vida podía extinguirse en ese momento. El silencio entonces se convirtió en su único abrigo.

«La mujer tocó sus párpados, quizás los besó, pero el recuerdo zozobró en la arena ya caliente, casi insoportable. Los labios trémulos recorriendo sus párpados y la frente tensa de malos presagios. El olor de su sexo fue lo que más recordó. Ahí estaba la única claridad. El lugar ameno, el paraíso.»

Se trataba de las pequeñas vidas que aún palpitan adentro de esos equipajes: una foto de alguien muy amado, unas hojas desordenadas de un cuento sin terminar, la muda de ropa necesaria y un pequeño frasco de loción para empapar mejillas recién afeitadas. También una pistola, en el bolso de él, envuelta en una camiseta sucia. Ligero equipaje.

El cigarrillo se extinguió entre sus dedos hasta quemarlos. Lo tiró hacia atrás y volvió a hundir la oreja en la arena. Sintió la boca seca, amarga, un ardor infame en la espalda y en la pierna izquierda, alcanzó a oler su propia sangre tiñendo sus pantalones y la parte trasera de su camisa. Hacía rato que el perro estaba echado a su lado, acompañándolo; gemía muy despacio, como avisándole que no podía dormirse en esa playa solitaria, lejos de casa, tan lejos.

La mujer tocó sus párpados, quizás los besó, pero el recuerdo zozobró en la arena ya caliente, casi insoportable. Los labios trémulos recorriendo sus párpados y la frente tensa de malos presagios. El olor de su sexo fue lo que más recordó. Ahí estaba la única claridad. El lugar ameno, el paraíso. El mar embraveció y el dolor fue cada vez más agudo y definitivo. En algún momento, Lucas lamió la sangre oscura que se deslizaba por la chaqueta, manchándola de alevosías. El hombre sonrió apenas, la mueca última de un acuchillado a mansalva.

Las banderas escarlata ondeaban en su memoria, los cantos libertarios, los amigos, la clandestinidad, una muchacha que no quiso beber una cerveza y prefirió caminar por el parque hablando de libros, de decisiones importantes, mientras él perseguía el brillo de su pelo dorado bajo los plátanos orientales y la ciudad languidecía en su mortaja de miedo. Las olas rugían y el tigre de la memoria daba zarpazos, desangrando la visión con ácido sulfúrico. Lo lanzaron de un automóvil en movimiento, los ojos en llamas, decúbito dorsal, los huesos en astillas. Y sobrevivió. Fue el único sobreviviente de la matanza, y el único testigo. Porque antes vio, sus ojos retuvieron ese desencanto y ese odio, esos perfiles, una mandíbula muy cuadrada, una cara con la secuela de una peste, una cojera, un traje hediondo a sebo ajeno, una risotada, una voz femenina que decía «perdone» para entrar o salir de los cuartos.

El agua espumosa llegó hasta sus pies desnudos y anestesiados. Lucas ladró, tratando de frenar el oleaje que avanzaba y retrocedía con fuerza. El sol se achicó contra el horizonte, deformándose entre una bandada de nubes violáceas; los pájaros habían huido para refugiarse de la noche. El perro, fiel, se echó nuevamente muy cerca del hombre y su hocico se enterró un poco en la arena que se enfriaba. Tenía hambre y sed. Volvió a lamer las costras de la sangre, un hilillo que se perdía más allá de la chaqueta. Mucho más allá, hasta desaparecer. El viento descendió en cortas ráfagas llevándose partes de un periódico abandonado. Lucas oteó el aire helado y no se movió de su lugar, arrojándose al que sonreía, los ojos muy abiertos.

Aún respiraba, pero la vida se le iba en el intento por aferrarse a los destellos del recuerdo. No tengo alternativa, murmuró la mujer del tren, la misma que hace unos instantes había vaciado su placer en aquél de rostro afable y reconstituido, besándole los ojos olvidados de mirar, la punta de la lengua, tibia y áspera, de gata en celo, invocando la liturgia de la sombra, los pechos subiendo y bajando enamorados, ¿enamorados? Por eso ella había llorado y él había alcanzado a recoger una de sus lágrimas, porque no tenía otra alternativa que la venganza pagada a buen precio. No alcanzó a sacar la pistola de su bolso, no logró decirle que igual seguiría amándola, porque ya bajaba del tren sin nada más que un tremendo agujón clavado en la pierna y otro en la espalda, con Lucas a su lado, guiándolo a través de un andén silencioso. Llévame al mar, ordenó, y el perro sólo siguió las huellas de sus antepasados, cuando el peligro arrecia y sólo queda sentarse a esperar que el día avance, que las horas sean un par de manos entrelazadas, que los minutos conmuevan a ese mar que aúlla y muerde incesantemente las costas de la memoria.

© Lilian Elphick L.

La autora:

Lilian Elphick L. (Santiago, Chile, 1959). Es magíster en Literatura Hispanoamericana y Chilena. En 1990 publicó el volumen de cuentos *La última canción de Maggie Alcázar*. Ese mismo año, su cuento "La Gran Ola" fue finalista en el Concurso de Cuentos Juan Rulfo, París, Francia. Sus cuentos han sido publicados en antologías y revistas, tanto en Chile como en el extranjero. Se ha desempeñado como libretista de televisión, fue presidenta de la Corporación Letras de Chile y actualmente es directora de talleres literarios y editora de narrativa de la página literaria www.letrasdechile.cl. Este cuento ha sido reproducido en Letralia.com y Canasanta.com

* * *

Relato

UN CADÁVER SOBRE LA CAMA

por Pablo Lores Kanto

Al llegar a casa halló un cadáver sobre su cama. Al principio no se percató de que el muerto era él. Sólo vio a un desconocido que dormía boca abajo y que vestía, curiosamente, su mismo atuendo. Eran casi del mismo tamaño. Otra coincidencia era que ambos usaban el mismo modelo de reloj pulsera y hasta se tocó la nuca instintivamente cuando vio que la nuca del muerto lo tenía ralo por la caía del cabello.

Cuando le dio vuelta y vio el suyo en el rostro del muerto pegó un grito y salió despavorido. Le costó volver, asomarse en su propio dormitorio.

¿Era él el muerto que estaba sobre la cama?, se preguntó. Si lo era, ¿qué hacía allí parado y con todas sus facultades físicas e intelectuales intactas? Se pellizcó y al hacerlo sintió dolor. Lo volvió a

hacer y descartó de plano de que tratara de un sueño. Pero, si estaba vivo, ¿qué hacía muerto sobre la cama?

Se sentó al borde y se quedó contemplando su propio cadáver. Un espejo, pensó, nos devuelve una imagen plana, chata de lo que somos. Pero, verse así mismo de una manera tangible, ocupando un lugar, llenando un volumen, una medida, un peso, le era difícil de discernir. Entonces, vio a un extraño en ese cuerpo sin vida que creía conocer y prever en cada una de sus manifestaciones.

Mirándose se dio cuenta de lo equivocado que estaba. Tenía la idea de que era buen mozo y bien formado. Nada más subjetivo. Nunca resultó un hombre atractivo para el sexo opuesto. Era un cincuentón diabético y con problemas de sobre peso, la panza se le desbordaba por los botones de la camisa y las canas junto con la calvicie se estaban apoderando de su cráneo. Si alguna vez había sido guapo, a estas alturas de su vida, ya no quedaba ni los fulgores de esa juventud.

Y encima el muerto apestaba a alcohol.

Seguro que había estado bebiendo con sus amigos de la oficina. Esos excesos de los viernes por la noche por los bares del jirón Camaná o los que están a la vuelta de la plaza San Martín. Oteó el reloj despertador que estaba sobre la mesa de velador. Era las tres de la mañana.

Era un hombre solo. Un hombre que no tuvo la capacidad de sentar cabeza. Era demasiado irresponsable como para emprender la aventura de fundar un hogar y sembrarlo de niños. Si se hubiera casado tendría una mujer que le hubiera socorrido y por lo menos no hubiera muerto solo.

Empezó a repasar su vida y se llenó de amargura, pero la amargura se volvió pena y la pena transmutó en lágrimas que empezaron a deslizarse por sus mejillas.

Sonó el reloj despertador. El alarmante sonido le sacó de su letargo y dio un brinco. Entonces, espíritu y materia volvieron a juntarse. Se incorporó y sentó en la cama. Al hacerlo, un alud de piedras se precipitó de un extremo a otro de su cráneo. Sintió jaqueca y se tomó la cabeza. Era las siete de la mañana y recordó que tenía que trabajar. Tenía la boca pastosa y la lengua áspera por los tragos de piscos que había ingerido. Se metió en la ducha, se lavó los dientes y su desayuno fue una taza de café instantáneo y pan con mantequilla.

En la oficina trató de recordar lo que había soñado pero por más que lo intentaba no podía. Había sido un sueño feo y de eso sólo le quedaba la sensación. Una sensación densa, tóxica, desagradable. Como masticar arena.

«Empezó a repasar su vida y se llenó de amargura, pero la amargura se volvió pena y la pena transmutó en lágrimas que empezaron a deslizarse por sus mejillas.»

Doña Eulalia, la encargada de contribuciones, trabajaba en el escritorio de al lado. No estaba nada mal. Era un viuda famélica, algo anoréxica y la única que regaba las plantas de la oficina. No supo por qué, pero la vinculó con el extraño sueño que no podía recordar.

—Doña Eulalia —le dijo.

—Sí, don Pepe, ¿en qué le puedo servir?

—¿Me permite que le invite a almorzar?

—¿Qué ha dicho usted?

—Que si podemos almorzar juntos, los dos, al lugar que usted apetezca...

© Pablo Lores Kanto

El autor:

Pablo Lores Kanto. Peruano, periodista, reside en Japón desde 1990. Sus cuentos han aparecido en periódicos y en portales literarios como *Ficticia* y *Los noveles* y también en un libro de autores latinoamericanos en Japón llamado *Encuentro*, 1997. Es autor de los blogs "Escritos de un murcielagato": <http://www.lacoctelera.com/murcielagatos> y "Hojas sueltas": <http://hojasueltas.blogspot.com>

NUNCA APRENDÍ A ESCRIBIR

por Graciela Barrera

Aprendí a leer a los cinco años. Nadie me enseñó. Todas las tardes de mi infancia precoz y a la vez llena de ingenuidad, contemplaba a mi hermano mayor como jugaba con las letras, me contagiaba su voz. Repetía, una y otra vez, el nombre de cada una de ellas y yo silenciosamente repetía detrás de él. Cuando mi hermano se distraía, sin darse cuenta, yo le robaba las letras. No había tarde que no me llevara a mi almohada una letra, y mientras todos dormían, yo las coloreaba y les ponía nombre. Las vestía y al calor de los sapos les contaba historias. Dormía poco, esperaba ansiosa el amanecer y anhelaba que llegaran las tardes para que se efectuara el robo. A veces lograba robarme dos o tres. Entonces, las letras se convirtieron en mis confidentes, me regalaron sus secretos. Me gustaban tanto que, para sorpresa de los mayores, aprendí a leer solita. Lo que nunca aprendí fue a escribir.

He cumplido 75 años y aún no sé escribir. Me dediqué a leer. Mis ojos se regocijaron tanto con las letras que a mis manos nunca les hizo falta escribir. Decidí que no tendría manos. Mis ojos son mis manos. Todos deseaban que yo aprendiera a escribir pero yo me opuse. Estaba contenta con saber leer.

Una tarde, cuando tenía cinco años, regresaba con mi hermano de la tienda de abarrotes, y nos detuvimos a comprar un cuaderno. Recuerdo que su portada era roja y estaba lleno de hojas blancas. Delgadito y corriente. El más barato porque mi padre era un poco tacaño y nos compraba todo económico. Con mis ojos, me gustaba tocar las hojas. Era duro y tosco. Un gran letrero negro y yo tartamudeando empecé a leer: Poo-llii-too. Así se llamaba el cuaderno. Y volví a repetir: Po-li-to. Mi hermano se espantó y salió corriendo a gritarles a mis padres que su hermanita ya sabía leer.

Mi padre, al constatar que yo sabía leer, sacó de la biblioteca de nuestra casa, todos los libros de Bruno Traven. Me enseñó las portadas y me hizo la prueba de leer los letreros. Uno en uno los fui leyendo lentamente. Creo que a partir de ese momento, mi nariz se hizo adicta al papel. Reconocía sus olores. Mi padre se emocionó y me dejó de tarea leer a Bruno Traven. Yo tuve que dejar de robar letras y ponerme a leer «Macario», lo leí tres veces seguidas porque Macario me había llevado en sus sueños. Luego, mi madre me dio la Biblia, me enamoré de José y de su túnica de colores. Mi hermano compartió conmigo las biografías de los grandes músicos y quedé impresionada con Beethoven y Mozart. Mi tío, el capitán, me regaló hermosos libros de Hans Christian Andersen y de los hermanos Grimm quienes me dejaron la fantasía.

Así, se les pasó el tiempo a los mayores y olvidaron enseñarme a escribir. Cuando llegó el momento, ya era tarde, les dije que yo había decidido no tener manos y me dijeron, incapaces de comprenderme, que bastaba ya de tanta locura. Me aquieté. Mucho tiempo contemplé mis manos muertas y me negué a aprender a escribir. Los adultos, buscaron todas las formas, lo intentaron todo, pero fue inútil y finalmente se cansaron y se olvidaron.

Aprendí a leer a los cinco años y nunca aprendí a escribir porque, de alguna manera, siempre pensé que había muchas manos para escribir y pocos ojos para leer.

También puede ser que no sé escribir porque cuando leí a Marguerite Duras decir que «*Escribir es intentar saber qué escribiríamos si escribiéramos*» entonces me puse a pensar tanto en esto que los años se pasaron y los lápices se perdieron.

Con el tiempo llegaron personas nobles a quererme enseñar a escribir. Me regalaron su tiempo. Me brindaban palabras de aliento, pero no lograron nada. Llegaron varios escritores y pusieron sus manos en mis manos para intentarlo. Yo ya era torpe. Mis manos parecían muñecas de trapo, no se sostenían. La gracia es que ninguno se desesperó, sólo yo. Siempre me sorprendí ante la insistencia y la perseverancia de ellos por enseñarme a escribir.

Crecí leyendo. Comí leyendo. Dormí leyendo. Lloré leyendo. Olvidé leyendo. Sané leyendo. Amé

leyendo. Viví leyendo. Morí leyendo. Fui feliz leyendo.

Mi salvación fue declararle a un escritor: Tú naciste para escribir, yo nací para leer.

Siempre he pensado que hay muchas manos para escribir y pocos ojos para leer. He cumplido 75 años, estoy ciega, y las palabras se han convertido en mis ojos.

© Graciela Barrera

La autora:

Graciela Barrera. (Veracruz, México, 1961). Periodista cultural. Comunicadora egresada de la Universidad Veracruzana. Ha laborado como docente y en proyectos audiovisuales como cine, videos educativos y de promoción cultural. Es encargada de una biblioteca de Educación Media Superior. Actualmente es columnista del periódico Milenio-El Portal y colaboradora del suplemento cultural de la misma casa editorial. Página personal "Las palabras son mis ojos": <http://saudadeparisina.blogspot.com>

* * *

Relato

LA MUERTA

por Pablo Giordano

Frente a la funeraria, miro el cartel con el nombre de la muerta: Azul Dietrich. Entro. Chequeo el lugar sin atreverme a asomarme al féretro. Me quedo parado en un rincón, junto a una gente hablando de la lluvia que no llega al campo. Un tipo se acerca y me pregunta si fui amigo de Azul. Le digo que no. Es el padre, me informa. Azul fue una chica de pocos amigos, dice, por su problema. Alguien lo llama.

Ahora, en la otra sala, quiero ser llevado por un vertiginoso impulso hacia el rostro del cadáver. De esta forma el impacto será más fuerte, pero fugaz. El miedo me detiene antes de lanzarme como kamikaze. Es el primer muerto que veré en mi vida. Me acerco con las manos en la espalda. Es ella. Larga, unos dos metros veinte. Más que una muerta, parece una comida rancia servida para un Goliat que está a punto de llegar. Somos un montón de animales con la ofrenda alzada, esperando al monstruo.

La miro: tiene los pómulos reventados. Un tipo que gira un cigarrillo apagado entre los dedos me apoya la mano en el hombro. Cree consolarme. La puerta entreabierta enmarca al padre de Azul lloriqueando más allá, en el regazo de una mujer. Alguien se acerca a ellos y los besa. Los ventiladores despiertan y echan olor a muerto. Ya está, ya la vi.

Salgo a la vereda y me siento en la entrada. Un vaho caliente surge de los zanjones del Centro Cívico y se mezcla con el olor a baño limpio de la mañana.

Hablaré de la muerta. La conocí una noche fría en que bailaba Norma Viola, le adjudiqué dieciséis o quizá dieciocho años. Atrás, lejos del escenario, delante de su padre, agarradita de la mano de su mamá, me miraba golosa. Fue un hallazgo. Sus piernas, su cadera y cintura, y por último las dos lomas que coronaban su pecho envuelto por ese inmenso abrigo de cordero verde: dos módulos lunares flotando. Movié los labios mientras me miraba. Al rato me fui. Caminé entre el público tratando de encontrar a algún conocido. Cuando volví a mi lugar, Azul y sus padres ya no estaban. Miré un rato el show. El Intendente le entregaba una plaqueta de ciudadana ilustre a Norma Viola. Se rumoreaba que era su última actuación, que estaba enferma. Empecé a mirar a la gente aplaudir. Descubrí a Azul muy atrás, abajo del cartel de VeriHogar, sentándose en uno de esos bancos de

cemento. Me tomé unos minutos para acercarme. Ella me hizo un lugar en el banco. Me llamo Azul, dijo. La boca se le derretía. Una gorda se sentó atrás y me quedé sin mi porción de banco. Ya no la veía. Esta chica padece alguna enfermedad mental leve, pensé: los ojos, la nariz y la boca en el centro de la cara regordeta no se ven saludables. Sin embargo, en mucho tiempo no había visto una cara así de bonita y provocadora.

Todos rezan el Rosario, me miran de reojo. Parecen conocerse a la perfección. Me siento un intruso. Aunque, si lo pienso bien, deben creer confirmar con mi presencia un noviazgo oculto de Azul. Me gustaría decirles que sí, pero no aguanto la decadencia de los velorios.

Del otro lado de la puerta descubro al padre señalando con la mirada hacia donde estoy. La mujer que antes lo consolaba cogotea buscándome.

Me siento cerca del féretro, donde no pueden verme, junto a unos chicos embarrados. Hablan de zapatillas. Alguien trae chocolates y convida. Yo no quiero, me levanto y salgo. Enciendo un cigarrillo. La verdad es que acabo de angustiarme.

Aquella noche que la conocí, de camino a casa cuando el espectáculo había terminado, los vi pasar en la renoleta. Azul no me sacó los ojos de encima, con la nariz pegada a la ventanilla como en las películas.

Los meses que siguieron fueron de una soledad olvidable. Nadie sabía de ella en el pueblo ni en los pueblos vecinos. La mina no salía porque en realidad era una nenita. No tenía catorce o quince, sino diez o nueve. Una enfermedad degenerativa, gigantismo o algo así, la mostraba púber. Descarté la idea por fantásica. No me gusta escribir sobre mis obsesiones porque no son verosímiles, pero juro que estuve mucho tiempo pensando en ella. La amaba.

Encontré a Azul después de muchos años. Fue en la parada del colectivo. Yo pasaba con las bolsitas de las compras. Ella me llamó. Vestía con ropa deportiva tratando de no acentuar una flacura al borde del raquitismo. Medía un metro noventa o algo así. Cuando la vi me sentí invadido por ese olor de cuando la amaba y buscaba. Mis sueños se destrozaban en ese cuerpo deforme, pálido, lleno de manchas.

Le pregunté si me llamaba a mí y dijo que sí, y si la reconocía. Le dije que no, fue terrible. Me quedé parado, actuando mal, entornando las cejas, dejando las bolsas en el suelo, mostrándole interés por seguir la conversación. Pero le repetí que no, que no sabía quién era, que no me acordaba. Hablamos dos o tres boludeces, y tuve que hacerme a un lado para que el colectivo estacionase. Ella subió con dificultad. Te tenés que acordar, dijo desde la ventanilla. Le sonreí abriendo las manos. Fue la última vez que la vi.

Ahora cierran la tapa, y los llantos se mezclan con el sonido del destornillador eléctrico. Salgo a la vereda. Hay gente esperando la salida del cortejo. Varios viejos fumando, hablando de la eliminación en el Mundial. Tiro el pucho. Sacan el cajón y lo meten en la parte trasera del coche. Los parientes acompañan el cortejo unos pocos metros y se vuelven. Ya está. Se encienden los faroles del bulevar.

Cuando el último auto desaparece, camino al bar más cercano. Acá no pasó nada, me digo.

© Pablo Giordano

El autor:

Pablo Giordano. Tiene 29 años y vive en Las Varillas, provincia de Córdoba (Argentina). Empezó a escribir en la escuela primaria, donde manufactura sus propios libros y pronto forma una editorial de ejemplares únicos donde publican sus amigos. En 1990 expone sus trabajos en la Feria del Libro de la ciudad de Córdoba. Ha ganado más de doce concursos literarios, ninguno de relevancia. Dirigió revistas juveniles llenas de horrores ortográficos y publicó algunas poesías y cuentos en el suplemento *El Especial* de Nueva York-Nueva Jersey, la revista porteña *Oliverio* y el diario argentino *La Voz del Interior*. En formato digital colobaró con sitios de Argentina, México, Cuba, Estados Unidos, Portugal, Brasil y España. Sus textos fueron traducidos al inglés y portugueses.

EL ESPEJO

por Gabriel Amador

Para intralunar

Estás como aporreado entre las sábanas azules y el colchón. Te mirás de arriba abajo, te sentís bien. Sin duda. No sabés si alargar la mano huesuda para alcanzar el control remoto, aunque ya sabés que no lo lograrás. Porque no tenés control remoto. No tenés minicomponente ni devedé, ni flat ni nada parecido, solamente un tocadiscos por decoración doméstica con algo de cinta y vaselina en los tomas de cada parlante. Tu televisor es un simulacro de comunicación. Pero vos alargás la mano porque te sentís aburridamente bien. A dos palmos de los zapatos ahí están: el tabaco y las hojillas que compraste ayer antes de salir con Inés. Te da pereza liar uno, el cuerpo sigue a las fibras poco perfumadas de tu «camucha», que es como le dice tu mamá peyorativamente cuando llega de vez en cuando a la visita. De todos modos te sobreponés y sí, liás un cigarrillo. Pronto se te va a acabar el tiempo de estar ensimismado y volverás a tu empleo como sujeto social. En realidad hasta has tenido algo de éxito: alguna vez soñaste con trabajar en derechos humanos, y hoy trabajás en derechos humanos. Eso debe ser éxito, y lo es. Pero estás cansado, sentís como que ayer el mundo te vivió en una pista de baile, un puñado de tragos y piquitos en el alféizar de adentro. Efectivamente, te decís con una sonrisa de estaño por no dejar. Unas manos en un cuello, tu cuerpo aún lo saborea, y algo de muzzarella y pulpa de lomo compensada en la casucha de una barriada entre la semana, y qué sabés vos qué más. No te acordás o te da pereza hacerlo. No lo sabés, la noche estaba vestida de incógnito. Te pareció. En algún momento viste pasar al Pitufito, alguna sustancia nueva, algún roce foráneo entre quién sabe qué leyes y moralidades. Te incorporás, sentís que algo eléctrico todavía te recorre el cuerpo y no es modorra ni un café, que todavía no has preparado. Tampoco es el hedonismo ni la Asistencia Social ni la centroizquierda ni los turís ni tu amigo el Duilio. Es Inés. Y te das cuenta. Te acercás a la cómoda, al tocador. Dextrogirás noventa grados hacia el armario, como quiera que estás descalzo y no te dan la gana tus chancletas de gancho y agujero. En tu mesita de noche buscás tus llaves y cédula para cerciorarte de que anoche llegaste completo, pero no tenés mesita de noche. Qué caray o la muletilla de turno y etcétera. Deben de estar en otro lugar. Buscás en el bolsillo de tu pantalón azul marino, pero te das cuenta de que llevás puesto el calzoncillo –el mismo de ayer, por cierto, y de ayer, y de ayer ad infinitum– y que, además, nunca tuviste pantalones azul marino. El mundo te despierta y lo empezás a notar a medida que te vas ofreciendo a él. Caminás por pausas alrededor de la pieza. En tus oídos aún levitan frescas memorias fantásticas de lo que te pasó. Estabas en la oscuridad, ¿te acordás? Recordás únicamente por los oídos, como un animal que hiberna, cuando vivís a oscuras. Así es como la oscuridad te edifica. Con un gesto lento, muy lento, retirás apenas lo suficiente las sábanas azules de la cama como para sentarte pesadamente. Te apoyás de codos en las rodillas. Entre las manos calzás la barbilla tan ruidosa y moluscularmente que se te ponen rojas y redondas las marquitas en los muslos. Todavía no te has preguntado si tenés hambre ni qué hora es. Sentís el cuerpo lleno de desaires como blandas gelatinas y de esperanzas como azúcar que las endulzan. Por la boca y la lengua, traspasando la garganta y conquistando el esófago, deteniéndose a mitad del tórax, sentís que se resbala desparramado el agridulce sabor de Inés. Ahí te acordás que Inés, aparte de piquitos, literaturas y cuero de redobles, trabaja contigo. Hacés un hum. Así: –¡Huuummm! Te mirás los pies, las piernas, el talón. Estás esperando que te asalte un escalofrío incómodo o que el sabor que acabás de paladear te abandone el cuerpo y se independice. Que los oídos se olviden de todo. Que te duela y que te importe estar aporreado, que te ofusque no tener celular, que te sulfure la centroizquierda. Pero nada pasa. Al segundo casi, te olvidás de que Inés trabaja contigo. Te aburrís de mirarte los dedos llenos de talco duro. Empezás a creer que es un asco levantarse e inmediatamente, suponés que sin restregarte los ojos, fumar. Pero no te importa. Te levantás. Al instante, por el efecto de la gravedad seguramente, la vejiga se te llena o vos la sentís llena o... bueno, el hecho es que te vas al baño a mear. Te lo sacás

con la mano izquierda y te ponés a esperar pero el chorro no viene. Ahí decidís que estás algo fatigado, que mejor vas a mear sentado. Te sentás a esperar, como cuando esperás aburrido un video de rock barato. El baño te contempla como un héroe rendido. Hacés un alquito de fuerza y orinás. Te levantás otra vez, te lo guardás. Entonces ahí, ése, sí, algo te pasa.

Como una crueldad que la atmósfera o el clima te juega, empezás a recordar que desde lo de Inés hace un año ya. Levantás una ceja y subís la nariz en mueca de mal olor, por ahí se te escapa un hu. Así: –¿Hu? El corazón se te agranda y se te encoge monstruosamente. Te sentís como una hiena o como una sombra chinesca que otros ya han filosofado. La luz te vuela la cabeza, querés rascártela – la luz, la cabeza, la filosofía–, te la rascás. Un sudor fino se hace presente. Un sudor que sentís momentáneamente estrambótico. Das otros pasos, te dirigís a la habitación. Te sentás otra vez, ahora sí, ya medio rencoroso. Empezás a sospecharte si vos mismo no serás simplemente el recuerdo de Inés que Inés está recordando irresponsablemente en otro lugar y con otras intenciones diferentes, muy diferentes, de las tuyas. Te amargás por no poder discernir qué mierdas pasa o pasó. Tus oídos ahora son un carnaval de narraciones que creías perdidas. Te cuesta trabajo, allí sentado, seleccionar entre lo útil y lo estrictamente ornamental. Te agachás un poco e introducís la mano debajo de la cama esperando encontrar la botella de agua. La botella está ahí. Desenroscás la tapa con cuidado de que no se te caiga, te empinás el cuello hasta que algunas gotas se derraman por la comisura izquierda de los labios. Enroscás, agachás y colocás en el mismo sitio. Desmemoriado –así lo sentís, así lo fabulás–, el viento te observa desde el otro lado de la ventana. Con lenta parsimonia volteás la cabeza por el lado derecho de la nuca, a ver si es cierto. Sentís que una inspiración descomunal y menguada te recorre el cuerpo. El color se te sube al rostro al mismo tiempo que una emoción abdominal te descoloca. Te arrecostás a todo lo ancho que la cama te puede brindar, sentís que una vergüenza de oro te arroja y que te duele, pero que te hace más hermoso. Decidís dormir y experimentarte inocente otra vez. Pero ya es tarde, te decís para adentro. La inocencia y su juguete mental únicamente te alcanza como una esquirra dañada y sin pulir. Te anima el hecho de que tu amigo el Duilio y el Pitufu te van a comprender a las mil maravillas, aunque no les importe mucho, mentira. Es mentira y ya lo sabés. Pero por si las dudas te levantás como un rayo y empezás a escribirte esta carta de amor. No me la escribís a mí sino a vos. Como estupidez inmaculada te va llegando, te va surgiendo un alivio terrenal, un color, una premonición, un sueño tántrico. Y aquí estás... aquí te ves. Te atormentan, realmente te atormentan, los últimos días del reinado de Inés, el olor sonambúlico entre los sueños y bajo las encías y dientes. Te escribís, sí, pero al instante vas a morderte la lengua y tu voz masticada te cortará la sangre. Tus pasos no saldrán de tus zapatos. El tiempo se quedará en el pantalón. Desconocés qué va a pasarte cuando Inés ya no te recuerde. Te volverás una piedra incaica, un arroyo vacío de pepitas de oro en California, un ñoqui que alguien decide no comer por llenura o hartazgo. Como un olvido entrecortado, terminás y te volvéis a acostar, a dormir supuestamente. Sacás la hoja y a regañadientes cerrás los ojos, te renegás como si fueras un peligro para vos mismo. Alargás la mano y dejás el lápiz aparte, encima de la mesita de noche que no tenés. Inútil. Te semi incorporás. Volvéis a agarrar el lápiz porque sentís que siempre hay un detallito que se te olvida. Te acomodás entre el colchón y las sábanas azules. Escribiéndote te vas durmiendo. Arqueás el cuello con los ejes de tu columna en una ese de cisne que sirve para hallarte más cómodo. Elegís mirar fijamente el almanaque de la farmacia en la pared, así podés pensar, recordar, turbiar el iris. El almanaque de la farmacia en la pared se espesa hasta difuminarse por completo. La luz se triangula hasta atenuarse. Estás aporreado. Desde los secretos del armario te llega un himno a los oídos, un triste canto maternal, un eco a deshoras, que termina por herirte, por dormirte.

© Gabriel Amador

El autor:

Gabriel Amador (Managua, Nicaragua, 1980) es el pseudónimo de Yuro López Ocampo. Vive en Montevideo, Uruguay, desde 1999. Escritor ateo y polígrafo –aunque alérgico al “posmodernismo”–. Ha comenzado el 2007 publicando prosa en revistas electrónicas, como *Letralia* y *La Siega*. Estudiante de las carreras de Medicina y Filosofía. Coedita *Gente en Obra*, un medio de prensa escrita a nivel universitario. *En la habitación de ustedes*, su segunda novela –y proyecto narrativo más importante– está en proceso de no-edición (Berenix Editor).

CREPÚSCULO DEL SAMURAI, DESPERTAR DEL YO

por Pedro Escudero

QUINTA RAÍZ : NADA

LA ÚLTIMA IMAGEN QUE QUEDÓ PLASMADA EN SU RETINA FUE LA DE SU ASESINO. El último sonido, los agónicos alaridos de su enemigo. El último sabor, su sangre resbalando entre sus labios. El último tacto, la encrespada hierba bajo sus dedos. El último aroma, el tenue perfume de su amado feudo. El último pensamiento, el definitivo despertar del yo auténtico.

Su sangre salpicó el tronco de un cerezo en flor, en una imprecisa línea oblicua de puntitos irregulares. El árbol, acongojado, amortajó con sus blancos pétalos el cadáver. Nunca más brotó flor alguna de aquél. Con los años el lugar se convertiría en un remanso de peregrinaje. La oscura mancha de sangre no ha desaparecido, mudo testigo del lugar donde feneció el maestro.

CUARTA RAÍZ : FUEGO

Se observaron en silencio mientras la batalla discurría a su alrededor sin atreverse a importunarlos. El joven general, ataviado con una pesada armadura, rozaba la hierba con la punta de su no-dachi, el anciano, cubierto apenas con un kimono ceremonial, encaraba con una pica a su adversario.

El primer embate consistió en una serie de fintas lejanas, meros tanteos de la habilidad del oponente. El segundo hubiera acabado con la muerte de combatientes menos diestros. Danzaron en su baile mortal mientras enemigos y aliados morían a su alrededor. El anciano percibió un fallo en la guardia de su adversario que desprotegía levemente su flanco derecho, apenas un detalle imperceptible a la mirada profana. Repitió una vez más el ataque y, al finalizar el movimiento, cargó contra la *izquierda* de su adversario que en un acto reflejo rasgó el vientre del veterano luchador. En el que sería el último golpe de su existencia atravesó el muslo del joven general, quebrando el hueso y clavando la pica en la esponjosa tierra.

TERCERA RAÍZ: AIRE

La primera tropa, la más ostentosa, escapó serpenteando entre los campos de arroz en dirección a las colinas y el vado del Heimen. Ondeaban sus estandartes y los pasos de infantes y jinetes resonaban estridentemente.

La segunda tropa, muy disminuida, aseguró la defensa de la fortaleza: Encendió los fuegos, cerró los portones y tomó posiciones aprestando sus arcos tras las almenaras.

La tercera tropa, la más numerosa, ocultó su presencia escabulléndose sigilosa por una sinuosa trocha hasta las cuevas de los acantilados. No portaban armadura ni estandarte que pudiera revelar sus pasos.

Hireyama, el joven, vigilaba desde la cima de una alejada colina los movimientos de los ejércitos, señalados por los numerosos banderines que cada soldado portaba a su espalda. Los estandartes amarillos de su enemigo se dividieron en dos formaciones. La más numerosa perseguía al primero de sus contingentes, la menor comenzó el sitio del alcázar. Esperó hasta ver bien separado un grupo del otro, entonces hizo sonar su cuerno, que resonó con un sonido hueco.

La primera tropa detuvo su avance y esperó a sus perseguidores. La tercera inició de nuevo su huida siguiendo la línea de la playa para unirse al ejército del señor Aminawa. A los sitiados tan solo les restaba esperar.

SEGUNDA RAÍZ: AGUA

–¡Señor! Un ejército está desembarcando en el estuario –anunció Hireyama Ninte, su consejero de confianza.

–¿Quiénes son?

–Los ejércitos Miya, señor. Un gran contingente.

Takuan Soho asintió reflexivo.

–¿Quién los comanda?

–El estandarte de Miyamoto Musashi ondea en la nave capitana. He ordenado que nuestro ejército se acantone.

Conocía la fama y fiereza del general enemigo. Sus méritos y defectos. «Es una suerte, si hubieran enviado a Tohen o a Hirimamoto poco podría hacer. Lograría derrotar a cualquiera de ellos pero solo Musashi cegará su raciocinio por derrotar al mítico Soho», pensó satisfecho.

–No, mi buen Ninte, dejaremos un pequeño retén en la fortaleza. Los demás partiremos –percibió la sorpresa reflejada en el rostro de su consejero, mas este, respetuoso con su señor, no contradujo su mandato–. No debemos aferrarnos al castillo como a una roca pues como el agua rodea a un peñasco así hará su ejército, limitándose a sitiario con una exigua fuerza mientras la mayor parte continúa su avance. Nuestro deber consiste en detener al enemigo y procurar la victoria de los nuestros. La lealtad debida nos encamina a la rectitud de mente y ésta al despertar del yo auténtico.

PRIMERA RAÍZ: TIERRA

La guerra, como la peste, había saltado de isla en isla, y pronto alcanzaría su feudo, antes de las nieves. El joven señor renegó de sus advertencias, negándose a tomar partido por ninguna de las dos facciones que con cruenta determinación disputaban el trono del emperador.

– *Señor Aminawa, si no apoyáis a ninguno de los dos bandos ambos os tomarán por enemigo.*

–*¡Calla Takuan Soho! No vivimos ya en los tiempos bárbaros de tu juventud. Dirimirán sus diferencias y juraremos vasallaje al vencedor. Es lo más astuto y para cualquier sabio es evidente que nuestra isla carece de valor estratégico ¿Deseas atraer la guerra a nuestro hogar? ¿Acaso pretendes que dilapide la herencia de mis ancestros?*

También en sus años jóvenes dijeron haber alcanzado la civilización y denostaron lo antiguo como un periodo bárbaro. Obviamente, erraron. «La guerra es una bestia hambrienta que una vez desatada no se atiene a raciocinio alguno, su único anhelo es devorar. Los hombres buenos cometen atrocidades que de otro modo no imaginarían. Después lo lamentan de por vida», reflexionó al contemplar desde lo alto de un torreón sus hermosas tierras mientras sus ojos brillaban con infinita tristeza. –Ama la paz y prepárate para la batalla –susurró, cuando la primera de las lágrimas prevalecía sobre su voluntad. Adoraba aquella isla como a su propia esposa e hijos, mas la salvación de todo cuanto amaba le encaminaba inexorablemente a la separación definitiva.

© Pedro Escudero

El autor:

Pedro Escudero. Nacido en 1976. Técnico en informática. Ha vivido en Arabia Saudí y en la actualidad reside en Valladolid (España). Se define como un lector precoz y escritor tardío, pues no comenzó hasta enero de este mismo año a redactar sus primeros cuentos. Forma parte de la comunidad de el www.elcuentacuentos.com, que deber ser considerado el taller de escritura donde perfecciona su estilo. Ha ganado el premio del público en el segundo concurso de relatos de terror Aullidos.com y ha sido finalista en el certamen Creaciones Literarias 2.

LA PASTERERÍA DE JULIANA

por Angélica Morales

A Francisco le gustaba pasar por la pastelería de Juliana. Se encendía un cigarrillo y aspiraba el humo con la frente pegada al escaparate. La mujer que despachaba siempre llevaba el pelo recogido en un moño, pero a veces, por el trajín, se le escapaba un rizo rebelde que caía sobre su frente ondulando un momento antes de pegarse al sudor de su cuello. Juliana sudaba mucho y a Francisco le excitaba ver a la pastelera secarse con la mano la humedad de su pecho. Lo hacía sin disimulo, lanzaba un suspiro pequeño y tiraba la cabeza hacia atrás, después metía la palma en su escote y frotaba sus pechos, primero uno y después otro. Era una acción breve, casi imperceptible para el resto de la clientela pero a él le parecía demasiado perturbadora y hubiera querido provocar un incendio para que Juliana se limpiara el sudor o mejor aún, convertirse por arte de magia en su mano y rozar la delicia de su piel blanca y brillante. Sólo de pensarlo tuvo una erección. Tiró la colilla y caminó hacia la plaza. Aquella mañana hacía calor. Francisco era un hombre solitario, no tenía amigos, en realidad creía que no tenía nada. Dobló la esquina y entró en el bar de siempre. Desde la mesa del fondo, la más oscura, Francisco pidió un vino blanco, cruzó las piernas y sacó un cuaderno de notas del bolsillo de su chaqueta. Tamborileó un instante con sus dedos sobre el papel en blanco y después comenzó la carta:

Queridísima Juliana:

¿Por qué te has ido esta noche sin decirme nada? Al despertarme no te he visto. He bajado al salón pero no estabas. Cuando he regresado a la cama he encontrado tus braguitas. Las rojas, esas que tienen encaje a los lados. Me he metido entre las sábanas y me he colocado en tu lado. Todavía estaba caliente y la almohada tenía el hueco de tu cabeza. Me he puesto de espaldas y la he olido. Hueles tan bien Juliana, tu aroma estaba por todas partes. Sin soltar las braguitas he permanecido allí, un buen rato, sin moverme para no borrar las arrugas que había producido tu cuerpo y cerrando los ojos he pensado en ti, en la suavidad de tu piel, en la exuberancia de tus pechos colgando ante mi cara, voluptuosos y duros. He abierto la boca y casi he podido capturarlos en la nada. Las braguitas seguían en mi mano, así que las he acercado a mi nariz y las he apretado fuerte contra mis orificios para tener tu sexo dentro de mí. Y he recordado tus manos en mi pene, nadie me ha masturbado como tú, Juliana, con esa abnegación, olvidándote de ti para dárme todo. A veces he tenido la sensación de que tus labios querían exprimirme de que iba a desaparecer por tu garganta y al observarte, te tenía miedo. De cuclillas ante mí, con tu pelo suelto, enredado, tapándote la cara me parecías un monstruo, alguien que había venido desde el más allá para matarme de una felación. Como aquella vez que insististe en ejercer de cadáver. Me pediste que te maquillara, te tumbaste en la cama, desnuda, con las manos enlazadas en tu vientre, quietecita. Yo te extendí el cabello sobre el edredón, te pinté los ojos de color azul, tu preferido y los labios muy rojos. Encendí un cirio y te velé durante horas. Nunca he comprendido tu obsesión por abandonar el mundo. Pero callaba, callaba y te miraba, rígida, bella. Me levanté y te acaricié los pies; nada, tú no reaccionabas, tan digna, tan estirada. Me dieron ganas de marcharme y dejarte a solas con tu muerte, pero sabía que querías que yo estuviera contigo por eso metí la mano entre tus muslos y sentí tu humedad. Y ya no pude resistirme, subí a la cama y me coloqué encima; cuando te penetré abriste un momento los ojos.

Me acuerdo de eso ahora Juliana, de tu inmovilidad y tus rarezas. Y no es que me importen, al contrario, me conmueven. Creo que yo he nacido para velarte, para mirarte en la lejanía para comer las migajas que esparces por mi habitación; como estas bragas que quisiera masticar y que ahora llevo bajo mis pantalones. Si, Juliana, me he puesto tus bragas y al caminar siento el encaje en mis caderas y se me meten por los mofletes y me oprimen la polla. Me he detenido en la pastelería para verte como cada día. Y ahí estabas tú sonriéndole a los hombres, ignorando que llevo tus bragas, que he dormido en el lado de tu cama, que te estoy escribiendo esta carta. Tal vez no la eche al buzón y te la entregue esta noche, te la daré después de cenar. Nos sentaremos en el sillón y tú la leerás en voz alta. Sí, eso haremos, escucharemos mis palabras de tu boca y después me dormiré. Nunca duermes Juliana, te revuelves entre las sábanas y suspiras. Crees que no me doy cuenta, pero sé que después de hacer el

amor desapareces y sólo me queda tu cuerpo, retorcido, inquieto, extraño...

Francisco dobló la hoja y la guardó en el bolsillo, dejó unas monedas en la barra y salió a la calle. Al pasar por la pastelería Juliana no estaba.

En casa se quitó la chaqueta, sacó la carta y la depositó con cuidado en la caja de zapatos dónde se acumulaba la correspondencia de Juliana. Luego encendió la radio y escuchó las noticias. Esperó pacientemente en la butaca hasta que el cartero llamó a su puerta. Con una sonrisa de satisfacción, Francisco tomó la carta que Margarita, la chica de correos, le tendía. Buscó el remite y halló lo que ya sabía: la carta era de Juliana. El mismo la había enviado. Decía así:

Estimado Francisco:

Hoy me ha llamado Paula para ir al cine, vuelven a poner Ben-Hur y ya sabes lo que me gustan las películas de romanos, con esas túnicas y esos postizos y los ejércitos, Francisco; en las películas de romanos lo que más me gustan son los soldados, con esas corazas tan brillantes y las faldillas de flecos y la cola de caballo roja ondulando cuando se lanzan al ataque. De haber nacido romana hubiera querido ser cristiana, pero cristiana de verdad, de las que rezaban al aire libre, de rodillas, mirando al cielo en busca de alguna señal. Y habría sido feliz si el ejército me hubiera capturado y los legionarios me rodearan y después me llevaran al circo y me metieran en unas mazmorras para padecer con los otros condenados. Seguramente algún gladiador me defendería cuando atada a un palo los leones quisieran hacerme picadillo. Parece que te veo, leyendo sentado en tu butaca, riéndote de mis pensamientos. Odio cuando te ríes de mí, Francisco. Hace meses que noto que ya no me miras como antes. Estás dejando de entenderme y no te lo reprocho, Creo que tú nunca has entendido nada, eres demasiado egoísta. Te encierras en tu mundo y no me dejas entrar. Y mira que yo hago todo lo que me pides. Paula me dice que eres raro, pero yo me encojo de hombros y le respondo que los hombres en general son raros. Ya me he acostumbrado y te echo de menos cuando te comportas con normalidad y me tomas sin mediar palabra. Subes mi falda y metes la cabeza entre mis piernas, te quedas largo rato mirando y me pregunto qué estará pasando por tu cabeza. Yo me dejo hacer como siempre e imagino que eres un general romano que de pronto ha visto la luz en mi pubis y rezo en silencio contigo para que te venga el conocimiento y dejes de parecer un fantasma. Sí, un fantasma, Francisco. Apareciste en mi vida de puntillas, sin hacer ruido y por las noches te transformas en otro y sientes placer con mi dolor y enciendes velas en la habitación que tiran un humo que me dejan la boca seca y me envuelves con la ropa de tu madre que me viene grande y que apesta a nicho y me atas las manos y me amordazas para que no te diga nada. Nunca has querido escucharme, hablas tú, pero hablas en un idioma extranjero y yo no logro comprenderte. Sin embargo ese sufrimiento me estremece, siento calor y sudo, sudo al sentirme sola, sudo al verte con tu media sonrisa, sudo cuando me abofeteas y después me escupes, con rabia. Y te imagino como a Judas y mis pechos se endurecen y mi coño se empapa y dejo de moverme y aguanto la respiración porque quiero morirme. Paula piensa que estamos locos, yo le digo que sí, que estoy loca por ti. Mañana me pondré el corsé negro que me regalaste y el liguero y aquel tanga tan pequeño que me deja libre los glúteos. Tú estarás fuera, pegado al escaparate como siempre, entonces me quitaré el vestido, me subiré al mostrador y gatearé entre las tartas, entre los pasteles y me untaré el corsé de nata y te miraré a través del cristal y me quedaré quieta para que tú te muevas conmigo.

Paula acaba de llegar, te manda recuerdos. La semana que viene va a abrir una pescadería, en la calle Tenerías, la que está al lado de tu casa. Ha prometido enseñarme a limpiar el lenguado, dice que lo de estirar las tripas es un arte y que una se acalora con tanta refrigeración y tanto olor a muerte. La muerte de los peces huele a sal. Como las sábanas de tu cama.

Siempre tuya

Juliana.

Apagó la radio y fumó mientras miraba por la ventana a la gente pasar. Cualquiera de ellos podría ser un familiar o un antiguo compañero de escuela, o un hermano mayor que pasea a su hijo con la bicicleta que él le habría regalado en Navidades. Se fijó en una anciana que caminaba despacio

apoyada en su bastón y la saludó. Esa tendría que ser la abuela de Juliana, la del pueblo, aquella que se casó con un tratante belga. Por eso Juliana tiene la tez tan pálida, pensó, porque en Bélgica el sol se esconde entre nubes grises. La quiso más por ser belga, si hubiera sido de Cáceres no la querría tanto, sólo un poco. En Bélgica se debe querer más porque sus calles son como un corredor hacia las tinieblas. Francisco aplastó el pitillo en un cenicero, bajó las persianas y se sumió en la oscuridad. Tendido en la cama volvió a soñar a Juliana.

Se despertó al día siguiente. El lado de Juliana estaba revuelto. Olió su almohada, después rodó hasta el suelo; miró las bragas rojas que todavía llevaba puestas, metió la mano y tanteó su pene; entonces comenzó a tocarse con la imagen de Juliana vestida con una túnica blanca. Le excitó su visión pura y etérea y se sintió pecador, el mayor pecador del mundo y quiso que Juliana con su hábito y sus pies descalzos lo redimiera. Y en su delirio se arrodilló y lloró; lloró buscando mediante la masturbación a la mujer que adoraba las películas de romanos y con el sufrimiento de Juliana logró el placer y las braguitas rojas se empaparon de semen. Se limpió con las sábanas y buscó el rostro de la pastelera entre sus pliegues, como si pensara encontrar a la Verónica.

Dos horas más tarde, Francisco salía a la calle. Caminó despacio, con pasos cortos y seguros, pisando firme en el piso.

Había cola en la pastelería. Una señora salió con una bandeja y miró un momento a Francisco que permanecía inmóvil con la frente pegada al escaparate. Esa mañana no fue al bar de costumbre, permaneció allí contemplando los dulces, buscando una señal, igual que Juliana buscaba las suyas mirando al firmamento. Un hombre alto con gabardina y sombrero llegó a la pastelería. Juliana le sonrió. Tiró la cabeza hacia atrás y secó la humedad de sus pechos, primero uno, después el otro.

Pasó el tiempo, tanto que a Francisco se le olvidó su existencia. Juliana cerró la persiana de la pastelería, tomó el brazo del hombre y se dejó besar en la boca, esa boca que tanto temía Francisco, esa boca que le parecía un abismo. El hombre la estrechó entre sus brazos y Juliana gimió.

Se apartó del escaparate y encendió un cigarrillo.

Aquella noche no pudo dormir.

Transcurrió una semana antes de que Francisco se decidiera a abandonar su casa.

En la mesa del fondo, la más oscura pidió un vino blanco, cruzó las piernas y sacó un cuaderno de notas del bolsillo de su chaqueta. Tamborileó un instante sobre el papel en blanco y escribió:

Queridísima Paula:

¿Por qué te has ido sin decirme nada? Al despertarme no te he visto. He bajado al salón pero no estabas. Cuando he regresado a la cama he encontrado tus braguitas...

Al finalizar, dobló la carta y la guardó en su chaqueta. Dejó unas monedas en la barra y salió a la calle.

Al pasar junto a la pastelería de Juliana, no la vio. En su lugar, una mujer morena de pelo corto y pechos pequeños despachaba a la clientela. La desconocida no sudaba, ni echaba la cabeza hacia atrás ni sonreía a los hombres.

Encendió un pitillo y empezó a andar, le temblaban las piernas. Junto a su casa habían abierto una pescadería. Se detuvo un instante, pegó la frente al cristal y observó a Paula.

Siempre llevaba el pelo recogido en un moño, pero a veces, por el trajín, se le escapaba un rizo rebelde que ondulaba un instante sobre su frente antes de pegarse al sudor de su cuello.

Francisco tuvo una erección.

© Angélica Morales

La autora:

Angélica Morales. Acaba de publicar una novela dedicada al papa Luna, *Benedicto XIII, el hombre que fue piedra* (Editorial Delsan). En breve, verá la luz su última obra, *Piel de lagarta* (Editorial Certeza, colección Cantela), un libro de relatos que tiene como nexo de unión los zapatos.

LO QUE PASA *

por Miguel Carcasona

Pasa que fuma, como todos, porque es muy fácil pillar en los recreos junto a la verja del instituto, cuando profes y alumnos se apiñan en corros para alfombrar el suelo de colillas como si ocultaran la prueba del crimen. Pasa que es muy sencillo acercarse a uno de esos corrillos, mimético a los demás, invisible para el que mira hacia otro lado, saludar a los colegas que ríen al describir el culo maravilloso de la Helena, así, con hache de hortera, y pedir fuego. Pasa que todos entienden y sólo el Huerva le alcanza el mechero y, con disimulo, un par de chinas envueltas en papel de periódico, y cambia el mechero de mano para encender el cigarro mientras la otra, cerrada, se hunde en el bolsillo del anorak, como resguardándose del frío. Pasa que siguen hablando de las tetas algo pequeñas de la Helena, que debería operárselas, y que el Huerva suelta una burrada que los otros ríen, y él más que nadie porque lo felicita como a Gasol lo felicitan tras machacar un mate, sacando el puño del anorak, bajándolo en vertical hacia la palma extendida del chistoso, abriéndolo justo antes del impacto y depositando en ella el billete doblado que el otro se guarda, sin mirarlo ni dejar de celebrar el cuerpo apetecible, con todo, de la Helena.

Pasa que aún queda suficiente recreo para buscar al Mandril, que andará rascándose la cabeza de puro nervio por los pasillos, encerrarse juntos en un baño y, sentado en la taza, desenrollar el paquete de papel de periódico. Pasa que la excitación del Mandril va en aumento mientras deja una china sobre la pernera, se guarda la otra envuelta en el mismo periódico, saca una fina tira de papel y un mechero que en nada se parece al del Huerva. Pasa que el Mandril está a punto de emitir chillidos y colgarse de la puerta con sus largos brazos cuando ve la llama del mechero acercarse a la piedra y, sin querer, da un codazo al panel. Pasa que, al oír el ruido, alza la vista y se mueve un poco, lo justo para quemarse los dedos, abrirlos por reflejo y que la piedra caiga en el valle de tela que forman las dos piernas pegadas. Pasa que él mira al Mandril como si fuera a fulminarlo y le recrimina en voz baja ¿Quieres pararte? Va a venir el orientador y el Mandril se paraliza, no por el terror sino por el odio, porque a los de compensatoria el orientador los marca de cerca y si los descubrieran su amigo se enfadaría con él y dejaría de ser su amigo. Su único amigo. Pasa que el Mandril susurra excusas, de las que sólo se entiende la coetilla del *co* al inicio, en medio y al final de cada frase, pero su amigo ya no le hace caso, de nuevo concentrado en quemar la china, en desmenuzarla en su mano y mezclarla con el tabaco rubio que le manga a su padre, en liar el porro, prenderlo y darle la primera calada honda, con los ojos cerrados, sintiendo el humo que entra por la garganta, recorre el esófago y llega a la tripa, en darle una segunda calada honda que siente como baja y se cruza con el humo de la primera que va subiendo a la cabeza. Pasa que entonces abre los ojos, con los primeros síntomas del aturdimiento, y divisa al Mandril que mira con fijeza sus dedos, lo que arde entre sus dedos, mientras se rasca el pelo hirsuto que le cerca la cara como a eso, como a un mandril. Pasa que lo hace sufrir un poco más antes de pasarle el porro para que le dé una calada, sólo una porque si el orientador le viera los ojos demasiado vidriosos y la risa aún más boba de lo normal comenzaría a tirarle de la lengua, tiene mucha labia el orientador y poco seso el Mandril para salir de ésas, por algo lo motejan el Mandril, no sólo por las pintas sino también por el cerebro de mandril, un mono que hablaría y hablaría, porque tiene maña el orientador para sacarle lo que quiere, y acabaría jodiendo a todos. Pasa que sigue fumando, suena el timbre y apura el porro mientras se incorpora algo mareado, encesta en el váter el último resto y tira de la cadena, y un poco bamboleante llega al pasillo, despide al Mandril y se diluye en la riada camino de la clase.

Pero él no es como los demás. Él no es un chulo colgado como el Huerva ni mucho menos un idiota como el Mandril. Él controla y sabe que la media docena de porros que se fuma no lo convertirán en un camello de mierda como el Huerva, obligado a trapichear para cubrir su ración de veinte canutos diarios que lo dejan hecho una piltrafa cuando se acuesta. Él sólo fuma para aguantar las mañanas encerrado entre cuatro paredes, escuchando los rollos del Sibaris en una asignatura que al principio, con ese nombre tan idiota, *Transición a la vida adulta y activa*, uno piensa que va de chiste y luego resulta ser aún más muermo que la sucesión de signos incomprensibles que La Culona estampa en la pizarra para explicarles algo tan incongruente como unas *Matemáticas aplicadas a las ciencias sociales*. Porque él se

* Premio "Ciudad de Cádiz" 2006

aburre. Se aburre mucho en las clases, por la mañana. Se aburre en el mediodía con su madre y con su hermana, su madre llegando con el tiempo justo para calentar la comida, comer y preguntar qué tal ha ido el instituto, y antes de que le contesten recoger la mesa, fregar y marchar corriendo porque a las cuatro debe abrir la zapatería. Y su hermana es simplemente su hermana, la imbécil de su hermana. Se aburre mucho por las tardes, tirado en el sofá, soportando a la imbécil soltando sin parar chorradas por el teléfono, hartándose de sus risitas, largándose sin despedirse. Se aburre dando vueltas por ahí hasta que se encuentra con el Mandril y se refugian en el parque, lía un porro y lo comparten a medias, porque le ha traído unas monedas y, sobre todo, ahora el orientador no lo marca de cerca. Y entre el humo ve su cara iluminada, en espera de algo, y entonces se anima y comienza a hablar de mujeres, a contarle sus ligues. Y el Mandril se agita como si recibiera pequeñas descargas y él también se estremece un poco, otea alrededor, confirmando que no hay moros en la costa, se acerca a la oreja del mono y le confiesa que este fin de semana se ha enrollado con la Helena, pero que es un secreto y no se lo cuente a nadie, menos que nadie al Huerva. Y el Mandril parece que va a colgarse de las ramas que se extienden sobre sus cabezas mientras farfulla promesas, de las que sólo se entiende la coletilla del *co* al inicio, en medio y al final de cada frase y él le describe con todo lujo de detalles cómo saben los besos de Helena, cómo las tetas de Helena no son tan pequeñas al cogerlas, cómo gemía Helena al tocarle el coño, y entonces el Mandril no aguanta más, echa a correr hacia la noche que ya ha caído mientras pugna por bajarse la cremallera de la bragueta, se apoya en el árbol más cercano y suelta unos gemidos. Él respira aliviado porque se estaba calentando con sus propias palabras y por poco no tiene que imitarlo, como lo imita tantas noches tras imaginar lo que ahora ha contado, el sueño reiterado desde hace dos cursos, el rollo que nunca ha consumado –ni consumará– con Helena.

Pero luego es la salida del parque, la despedida con el Mandril y, en la larga avenida, el encuentro con la vecina que a esas horas simula asistir a la misa en memoria de su marido, policía muerto en acto de servicio. Cincuenta años y muy poca cara de tristeza. Asegura que lo hace desde su viudez, pero a él ya no se la pega como al resto del vecindario. Hace un par de meses pasó al lado de su grupo, sentados en una acera del Casco Viejo y la semana pasada la vio hablando con el director del instituto. Estaba en la otra punta de un pasillo repleto de alumnos, y a esa distancia, recién salido con el Mandril del baño, los rostros poseen rasgos difusos, pero jura que era ella quien sonreía y precedía al director mientras entraban al despacho. No tiene hijos, ni sobrinos, ni nada que le una al instituto. Bueno, sí, ahora sabe qué le une: él. Porque ya no se traga lo de viuda solitaria. Está seguro de que es una confidente, una chivata de la poli, tal vez de estupefacientes. Así rinde homenaje al marido muerto. Por eso lo sigue a él, y se hace la encontradiza simulando ir a misa, y pasea en las tardes de otoño por zonas saturadas de adolescentes borrachos y algunas mañanas recaba informes del director. Pero entre tanta cavilación ya ha llegado a su portal, y piensa si, a instancia suya, habrán colocado una microcámara en el patio, o en el ascensor donde a veces se sacude la ropa, o en el propio rellano que comparten, izquierda y derecha, frente a frente. Por eso nunca mira de reojo a la puerta de ella, para que no intuya que ha sido descubierta. La cazadora cazada. Llama al timbre y espera. No oye ningún ruido dentro de la casa y vuelve a pulsar el timbre. Sigue el silencio. Se apaga la luz del rellano. Aprieta el interruptor señalado por un brillo naranja y saca las llaves del bolsillo. La casa está vacía. Sólo entonces se le ocurre mirar el reloj y ver que aún no son las ocho. Siente ganas de mear. El suelo del váter está tapizado con un revoltijo de ropa. Su padre ha llegado pronto del tajo y, tras ducharse, habrá bajado a tomar una cerveza al bar. Aparta con el pie el revoltijo para acceder a la taza. Luego se tumba en el sofá del comedor y comienza a zapear. A las ocho y diez oye la puerta, ve pasar a la imbécil camino de su cuarto y sigue zapeando. A las ocho y media vuelve a oír la puerta y su madre entra acelerada, asoma la cabeza en el quicio, le pregunta qué tal, se marcha a cambiarse de ropa sin esperar la contestación, vuelve a pasar camino del baño, la oye protestar por la dejadez de este hombre, trajinar y pasar con un cesto de ropa sucia camino de la cocina, donde se encierra para poner la lavadora y preparar la cena. A las nueve menos cinco volverá a abrirse la puerta y su padre aparecerá en el comedor saludando con desgana, dejándose caer en el sofá, expandiendo un tufo a humo y fritanga de bar de barrio y preguntándole qué está viendo. Él le dirá que cualquier cosa y su padre gruñirá y gritará a su mujer que cuánto falta para la cena, porque ha trabajado mucho y tiene hambre. Y él callará porque hoy no es martes, ni miércoles, ni sábado ni domingo. Hoy no echan fútbol y a su padre no se le borrará el careto de amargura como se le borra las noches que hay partido y bajan el volumen de la tele para seguirlo por la radio, sobre todo si el Madrid la caga y Manolo Lama disfruta en la SER como un enano, y los hace disfrutar a ellos, culés

hasta la médula. Hoy no echan fútbol y no toca compartir con su padre la alegría por un golazo de Ronaldinho, ni recibir su abrazo con un entusiasmo hacia él que no siente desde que era crío y jugaban en ese mismo suelo que ahora pisan camino de la mesa. Hoy toca una sucesión de gruñidos a las recriminaciones de la mujer que se le sienta enfrente todos los días, a esa hora, desde hace veinte años, o a lo que no son recriminaciones sino simples intentos de evitar el silencio en esa mesa donde sólo ella habla, salvo alguna estupidez de la imbécil. Una sucesión de gruñidos únicamente rotos cuando, tras terminar el postre, sin esperar a que los otros acaben, diga buen provecho y buenas noches porque mañana tiene que madrugar a las seis, y se levante dejando el plato con los restos encima de la mesa para que los recoja su mujer. Y él se levantará poco después, dejará el plato en la fregadera y volverá al sofá, a zapear otro rato hasta que su madre y la imbécil terminen en la cocina y aparezcan. Su madre se sentará a su lado y la imbécil en otro sillón, siempre lejos no vayan a contagiarse, y su madre exigirá con cariño ver algún programa chorrón, y como hoy no hay partido de fútbol y son dos mujeres contra él, le cederá el mando al tiempo que le da las buenas noches. Sin sueño, se tumbará en la cama y escuchará música con los cascos mientras contempla el titilar de las estrellas pegadas en el techo por sus padres, cuando niño, desvaneciéndose poco a poco en la oscuridad, como brasas de colilla.

Lo que pasa es que una mañana la rutina se rompe porque el orientador lo cita en el despacho. Por el camino piensa en algún posible error cometido, restos no eliminados en el baño o demasiada indiscreción al comprar la mercancía. También cavila algún chivatazo, incluida una cantada del Mandril durante un interrogatorio cotidiano o que se hubiese ido de la lengua por fardar. En cualquier caso, si lo cita el orientador en lugar del jefe de estudios no será grave, seguramente girará en torno al mono, porque los ven juntos y los tienen por amigos. El orientador lo aguarda y le invita a sentarse frente a él. Rebusca en la mesa que los separa hasta encontrar una carpeta amarilla. Siente un sobresalto cuando ve su nombre escrito en la solapa, pero el otro está muy ocupado hojeando los folios que ha sacado de ella para percibirlo. Al fin alza la vista y le habla. Y este hombre con ojeras de cansancio le habla a él de cansancio, a él con dieciséis años recién cumplidos, y le describe su aire ausente en las clases, y sus ojos vidriosos después de los recreos y sus notas cada vez peores. Y este hombre le dice que el tutor ha intentando comentarlo con sus padres, pero que no han solicitado ninguna cita desde hace un año, ni nadie descolgaba el teléfono de su casa hasta que los llamó un sábado desde su propio domicilio, y que su madre contestó y se alarmó mucho, creyendo que su hijo había cometido algún desmán, pero que en cuánto supo el motivo de la llamada se calmó, demasiado en su opinión, minimizó la importancia de los suspensos y los despistes, que andará colado por alguna chica, adujo, y se quitó pronto de encima al tutor con la excusa de la compra y la limpieza. Y este hombre cruza los brazos encima de los folios y le mira directo a los ojos antes de preguntarle qué opina de sí mismo, cómo se ve a sí mismo y asegurarle que puede explicarse sin tapujos porque le pagan para ayudarle, no para fastidiarle. Y él baja la vista antes de contestarle que se ve normal, sin ningún problema y que su madre tiene razón, que anda colado por una chica y a lo mejor de ahí el bajón, pero nada más. Y el orientador se reclina en el sillón y se pasa el dedo índice por la barbilla durante unos segundos, en silencio, y él intenta evadir su presión mirando por la ventana, fijándose en la cubierta azul del gimnasio y en el conserje que intenta recuperar las dos pelotas allí colgadas. Y el hombre vuelve a hablar. Su tono es ahora más seco cuando le dice que no son tontos, y suelta tontos, en plural, aunque ningún otro adulto respira en el despacho, y le dice que los ojos vidriosos y el aire ausente en las clases no son los de un enamorado sino los de un porrero, y él siente otro sobresalto que esta vez sí es percibido, y que aunque no lo hayan pillado todavía es cuestión de tiempo, pero eso le da igual, su función allí no es la de policía sino la de orientar a chavales despistados, como él, y le suelta un rollo sobre los efectos nocivos de las drogas muy parecido al que largan en la tele, con el único añadido de los efectos psicológicos, y conceptos como esquizofrenia o manía persecutoria desfilan en sus oídos en una cascada interrumpida por el timbre del fin del recreo, que por una vez agradece.

Lo que pasa es que no ha podido fumar y el orientador le ha puesto el corazón a cien, y sólo comienza a calmarse cuando ya lleva un rato soportando el rollo del Sibarís, y la calma se va transformando en un nerviosismo extraño, fruto de una escisión de su mente, por un lado encadenada a la saporífera disección de un contrato laboral y por otro encadenando conjeturas a una velocidad desmesurada, diseccionando las palabras del orientador a la caza del chivato. Porque hay un chivato, seguro, alguien le ha contado lo de los porros, pero quién, de dónde ha salido. Alguien que no es el Mandril ni nadie del instituto, porque los hubieran pillado en los baños, junto a la verja, en un simple cacheo por los pasillos. Quién. Y entonces surge el fagonazo, y de reflejo da un manotazo en la mesa que hace girar hacia él las cabezas y

corta en seco la explicación del Sibaris. Y, adelantándose a la pregunta de éste, alega que una mosca le rondaba la boca y se ha pasado al ahuyentarla, y algunos ríen y otros callan, entre ellos el Sibaris, que opta por girarse y continuar destripando los menuceles del contrato laboral que algún día firmarán. Y él vuelve a su descubrimiento, no se limita a desenmascarar, por enésima vez, las coincidencias que no han sido tales, los paseos vespertinos, las visitas sin sentido aparente. Cómo no había caído en que no sólo vendría a recabar información, sino a intercambiarla con el director, a comunicarle sus sospechas. Si lo tiene entre ceja y ceja, ella, la puta de la vecina.

La idea del escarmiento se fue fraguando durante el resto de la jornada. Por la tarde se sentó junto al Mandril en el respaldo de un banco del parque, con los pies en la tabla del asiento, y comenzó a hablarle de chicas. Pero esta vez no evocó sólo ficticios recuerdos. Cuando comprobó que su amigo ya se removía inquieto y no podía controlar dentro de la boca la baba que generaba, le espetó que si quería follar. El Mandril cesó en seco sus convulsiones y lo miró desconcertado. Luego balbuceó algo parecido a una afirmación. Entonces él le contó que una mujer de su bloque andaba muy salida, una viuda que le había propuesto acostarse un par de veces. Él había rehusado porque entre ella y la Helena no había color, y prefería un polvo con ésta que tres con aquella. Pero que, para alguien que no ha follado nunca, no estaba mal. Aún no había cumplido los cincuenta y se conservaba bien, además viuda de policía, imagínate, con la marcha que le metería. Y poco a poco observa como el Mandril recobra los espasmos, y antes de que se caliente demasiado le dice que lo siga, si quiere verla. Lo conduce junto a la valla del parque, y aguardan en la penumbra hasta que ella pasa por la acera de enfrente, en dirección a la iglesia. Le da un codazo al Mandril, señalándola, y éste la sigue con la vista, cada vez más agitado, hasta que se pierde tras una esquina. Salen de la penumbra y, de camino hacia su casa, él le planifica la estrategia: se apostará en la pared, junto al portal, simulando que espera a alguien. En poco más de media hora volverá y él la abordará cuando entre, proponiéndole jugar a los médicos, que así se lo había propuesto ella las dos veces. A lo mejor se hace la estrecha, porque nunca se sabe con las mujeres y él no es que sea una belleza, pero que entonces actúe como en las películas, que la apriete contra la pared y la bese mientras le toca las tetas y le mete la mano bajo la falda. Ya verá cómo se calienta y cede, porque las tías son así, las conoce bien. Lo que no debe decirle es que él le ha sugerido el encuentro, ni de coña debe nombrarlo, porque se la comerían los celos y se acabó lo que se daba, buenas son las tías, le daría un corte simplemente por despecho. Y el Mandril asiente y él le obliga a repetir la estrategia, se asegura de que la ha comprendido y no cometerá torpezas. Luego aún hacen tiempo dando una vuelta, hablándole de fútbol para que no lo devore la excitación, y veinticinco minutos después se despide y sube a casa.

Apenas contiene la risa por la escalera. Abre la puerta y el piso está a oscuras. Pasan de las ocho y media y nadie ha llegado todavía. Se extraña sobre todo por la imbécil, que nunca tarda tanto. Pero mejor. Si su madre se despista un rato, disfrutará a tope del espectáculo. Deja entornada la puerta, sujeta por la cadena y hace oreja. Enseguida oye cómo chirría el portón del bloque, unos pasos y la voz alarmada de la vecina preguntando Qué quiere, un balbuceo identificable con el tono del Mandril que le contesta y la otra que grita Déjeme en paz, y socorro y ay dios mío. Él sofoca la carcajada y sigue haciendo oreja, pero entonces oye una algarabía mayor, y chillidos de mujer distintos a los de la vecina, y una voz de hombre que le corta en seco la carcajada cuando grita Déjala, cabrón. Porque ha reconocido la voz de su padre, y en un descanso del coro de chillidos vuelve a reconocerla entre un ruido que suena a forcejeo, con el jadeo de un sobreesfuerzo, diciendo algo sobre soltar una navaja, y entonces comprende, pero algo lo paraliza, algo que no sabe si es miedo o estupefacción, algo que lo hace recostarse en la pared cuando vuelven los chillidos, redoblados, y se materializan en la voz de su madre que grita un No desgarrador que le hace resbalar la espalda hasta sentarlo en el suelo, algo que lo aturde más que los canutos matinales mientras escucha a su hermana gritarle a alguien, mezclando ira y lamento, Lo has matado, hijoputa. Lo has matado.

© Miguel Carcasona

El autor:

Miguel Carcasona (Sangarrén, Huesca, 1965), es autor del poemario *En el arcén de la costumbre* (I.F.C. Zaragoza, 1998) y del libro de relatos *Esquirlas del espejo* (Col. Baltasar Gracián, DPZ, Zaragoza, 2006). Su obra puede rastrearse en diversos volúmenes colectivos, revistas, prensa o internet. Su trabajo ha sido reconocido con varios premios, entre los que destacan el Isabel de Portugal (en sus dos variantes: narrativa y poesía), el Ciudad de Cádiz, el Luis del Val o el Villa de Benasque.

Y NO PODER TOCARLA...

por Nerea Marco Reus

Tengo un bello cuerpo de mujer a mi lado y no puedo tocarlo. Observo el subir y bajar de su pecho mientras respira, ahora que por fin está calmada. La luna ilumina su rostro, y perfila su figura bajo mis sábanas. Apenas duerme con la ropa interior, y sus prendas están en mi silla: una escotada camiseta de espalda al aire atada al cuello, y esa minifalda que se ajusta tanto a sus curvas. Parece ahora tan poca cosa, tan indefensa... Y es una mujer estupenda.

Me vuelve a doler la cabeza, me vuelvo loco de tenerla a mi lado y no poder besarla, de no poder llenarla de caricias y susurrarle al oído cuánto me quema su amor. Me clavo las uñas y me hago daño cerrando los puños cada vez que la veo con su novio. Me obligo a mirar, a darme cuenta de que él también la cuida, también la ama, aunque a veces discutan. Pero están bien juntos, ella es feliz, a mí me basta.

Sólo que, a veces, tienen sus pequeñas diferencias. Es normal. Y yo, como su mejor amigo que soy, le tengo que ayudar. Viene a mí buscando un hombro sobre el que llorar, o simplemente unos oídos que la escuchen cuando está harta. Pero ella le sigue queriendo, y es feliz, y él la cuida. Y me obligo a repetirme eso una y mil veces cuando se esconde en mi pecho, se refugia en mis brazos o me susurra «gracias» al oído. Yo sonrío, pintando en mi cara un rostro que no es mío.

Se da media vuelta, ahora está de espaldas. Yo, medio recostado sobre la misma cama en la que ella yace durmiendo, no tengo sueño. Insomnio es lo que padezco desde que ella entró en mi vida. Miro la espalda de mi mejor amiga y suspiro, pensando lo que daría por poder delinearla, por poder acariciarla, estremecerla, hacerle suspirar de placer...

Es bella, menuda, no muy alta, cuerpo bonito, escote de vértigo, caderas generosas, y una sonrisa siempre en la cara. Menos cuando llora. Entonces, esos ojos oscuros que tanto me gustan se llenan de lágrimas que nunca deberían de haber salido. Que no deberían de haber sido provocadas.

Yo me resigno, le susurro palabras amigas al oído, la acuno, la duermo, y le presto una noche de tranquilidad. Le apoyo, le ayudo, le beso en la mejilla y le meso los cabellos como a una niña pequeña. A veces, le cuento historias cuando su respiración todavía hipa levemente. Unas historias que nos tranquilizan a los dos, de cuentos de hadas, de príncipes, de princesas, donde todo siempre acaba bien.

No es justo, en la realidad no sucede eso. No siempre hay final feliz.

Su movimiento ha hecho que la sábana se deslizase un poco hacia abajo, dejando su espalda al descubierto. Una piel suave, lisa, poco morena y todavía más pálida de noche. Su olor llega hasta mí, es tenue, es leve, pero me hace estremecer, volverme loco y debo cerrar los ojos. Inspiro profundamente, pero su aroma está por toda la habitación y no deja de golpear mis sentidos.

Y mi mente no deja de decirme que su cuerpo, apenas sin ropa, está en mi cama a pocos centímetros de mí. Me resigno, una vez más. Acercó mi mano, temblando, cojo la sábana y tapo su espalda. Deslizo la tela de manera que mi mano se desliza con ella. Noto su piel, recorro su espalda, disfruto su tersura, su calor, su tacto. Dejo caer la sábana y retiro mi mano; la acerco a mi cara. Está caliente, y me calienta.

Algo pita en la habitación, un reloj, y me doy cuenta de que llevo horas observándola. Se acerca el alba y la luna se esconde. El sol entra por la ventana y se cuele en el cuarto. Sus finos rayos se enredan en sus cabellos, el sol entra en su piel haciéndola brillar, tentándome todavía más a rozarla, a acariciarla, a atraerla a mí y besarla...

Decido intentar dormir, o, por lo menos, tumbarme, y hacerme el dormido para cuando ella despierte. No quiero que se preocupe y piense demasiado si me ve con estas ojeras. Debo de tener un aspecto bastante pésimo, deduzco, mientras deslizo mi cuerpo entre las sábanas. De nuevo se mueve, se acerca un poco a mí pero me sigue dando la espalda. Su cabello se desparrama sin orden por la almohada, la

tela dibuja tenuemente su frágil figura. Y no puedo resistirlo.

Coloco la cabeza en la almohada, aspiro su olor; me tumbo a su lado y siento el calor del colchón; finalmente, deslizo mi brazo por encima de su cintura, lo dejo caer suavemente, y mi mano se desliza por debajo de su ombligo. Acercó mi cuerpo al suyo, juntándolos hasta que apenas unos milímetros nos separan. Cierro los ojos, extendiendo los dedos, palpo con las yemas su piel: suave, caliente, tan fina y delicada. Intento no moverme, no la quiero despertar. Mis dedos se mueven solos, dibujando círculos concéntricos en su vientre. La lógica me manda parar, no debo molestarla, ni tengo derecho a hacer eso; pero no puedo. Mi instinto es más fuerte, mis sentimientos golpean mi mente, mi corazón intenta derribar las pocas barreras que me impiden despertarla ahora mismo con un intenso beso en los labios.

No debo, no puedo, y me estremezco de angustia.

«Es bella, menuda, no muy alta, cuerpo bonito, escote de vértigo, caderas generosas, y una sonrisa siempre en la cara. Menos cuando llora. Entonces, esos ojos oscuros que tanto me gustan se llenan de lágrimas que nunca deberían de haber salido. Que no deberían de haber sido provocadas.»

Me duele mucho la cabeza, es insufrible, tenerla a mi lado, notar su calor, sentir su piel, saber que está en mi cama, que ha pasado la noche junto a mí... y no tenerla...

Poco a poco amanece. Por fin, el sol aleja la noche y me obliga a salir de mis sueños, de mi mundo feliz de príncipes y princesas donde yo estaría con ella, y ella nunca lloraría, tendría de todo, la cuidaría más que a mi vida. No pido tanto, pero no voy a decirlo... Ella es feliz, pues yo estoy

contento. Aunque me parta el alma que no sea conmigo.

Se despereza. Su cuerpo choca contra el mío. Yo cierro los ojos, intentando controlar las reacciones de mi cuerpo, que, inevitablemente, responde a estímulos. Me da un beso en la mejilla, muy cerca de los labios. Tardo en abrir los ojos, quiero que se aleje, quiero tenerla lejos, si no... no quiero descontrolarme.

Nada, abro los ojos y me encuentro con los suyos. Grandes, oscuros, profundos, impenetrables, que me miran intensamente.

Gracias, susurra levemente, y no respondo. Baja la cabeza y la apoya en mi pecho. Inspiro, y le doy un beso en los cabellos. Deslizo mi mano por su espalda, y la acerco a mí. Ella descansa, tranquila, medio dormida todavía, y yo, cuando no me mira, sueño con ella, en esa misma posición, en ese mismo instante, pero sabiéndola mía.

Ha salido el sol, nace un nuevo día. Un nuevo día en la realidad. Las horas pasan, y yo sé lo que va a suceder. Su novio la va a llamar, vendrá aquí, la verá. Se besarán en mi portal, la alzarán en brazos, le recorrerá el cuello, dibujará su cuerpo. Mientras, yo imaginaré que soy él, para poner buena cara mientras observo su reconciliación en el pasillo.

Ella se acercará a mí, me dará de nuevo las gracias y yo veré alejarse su cuerpo del mío. Su chico me mirará antes de cerrar la puerta, golpeándome con una mirada intensa, como diciéndome a la vez: lo sé, y la cuido.

Y tras un portazo, el piso se queda vacío, su olor en mi ropa, su aroma en mi cuarto, su recuerdo en mi mente, y yo volviéndome cada vez más loco.

© Nerea Marco Reus

La autora:

Nerea Marco Reus (Zaragoza, España, 1989) es estudiante de 2º de Bachiller de Humanidades en un instituto de Zaragoza. El año que viene comenzará la carrera de Filología Hispánica. Colabora en las revistas de su instituto *Eléboro* y *Laberintos* y también ha colaborado en la revista *Efecto2000* a nivel de Zaragoza. Prepara en estos momentos el borrador de su primera novela. Es autora del blog "Ladynera": <http://ladynera.blogspot.com/> y administradora del foro literario juvenil: <http://www.readmania.net/rmforum/index.php> donde tiene publicados algunos escritos.

NAIF

por Sergio Manganelli

*A cierta desmesura de verbos clandestinos
que va y viene de Valencia a Buenos Aires
hasta que la vida los separe.*

En el centro del parque hay una fuente, no es gran cosa, simplemente una fuente. En ciertas tardes una mujer espera, entre las mismas horas de sol o de ventisca, el paso del carruaje. Se encierra tras una muralla de palomas y aguarda, sembrando de cereales el contorno. Lleva un libro en las manos que cada tanto lee con aire de dulzura. Todo en ella sugiere fragilidad y paz, remansos para el alma. Una especie de óleo a la inocencia. Ningún hombre sensible dudaría en cambiar su vida por la de las aves inquietas, para olvidar el vértigo de oscuros logaritmos. De engranajes frenéticos trillando la belleza. Por arruinar esa secuencia infame de reglas mnemotécnicas, de pobre paranoia, de tomarse los días como si fueran sopa. De pánico a sentir. Abandonando el barco de los rotuladores, y dejar que se ahogue esa existencia enferma, ácida de sentencias, de frío emocional, de ínfimas conmociones atadas con alambre. De la mortaja en cuotas. Esa forma de prostituir el deseo que llamamos rutina. Para hurgar en penumbra la luz de su vertiente, indagando con ansias al reloj de su talle, descubriendo la arcilla que restaura los cuerpos. Ese feroz encuentro del instinto y la dicha. Escapar si es preciso al rigor de los siglos. Por cierto muchos ya lo han intentado, apelando a hechizos de toda magnitud, acudiendo a druidas y boticarios de cualquier rincón del tiempo, o ensayando por meses hábitos de plumífero. Porque en verdad nada cautiva más su ánimo que las palomas y el eco de su cauce interior. Nadie le habla. No hay quien se atreva a trasponer la estricta claridad que la rodea.

Según los monjes es un espíritu de sombras, encerrado en un cuerpo que el demonio torna bello y joven a la vista para tender su trampa –y al paso del cual desvían la mirada, espantando al hombre que subyace en la sangre– obra de la malicia que tuerce la virtud. A juicio de los nobles no es más que una bella cortesana, perdida en desvaríos de insatisfecho amor, o en rumores de guerras y sus nieblas. Cualquiera de ellos la tornaría una mujer respetada, incluso a condición de edificarle un palomar en la sala más sublime de palacio.

Los campesinos la veneran, como si fuera la imagen misma de la madre de todos los mortales, y esconden el deseo, pueril y candoroso, tras el temor reverencial de profanarla. La ven como una de ellos, descendida del cielo para fecundidad de la próxima cosecha.

A la Inquisición, que cada tanto hace su siega oscurantista, su purga de pasiones y la quemazón salvaje de toda rebeldía, le resulta un dilema no saber bajo qué sordidez arrastrarla a la hoguera.

Los pastores le temen, porque su canto hace descarriar los rebaños, y no atienden las flautas que buscan congregarlos. Por supuesto la envidian. El problema son los soldados que irrumpen en la plaza, con su tronar de hierros, arrastrando a su marcha remolinos de plumas, reclamando el tributo de los mercaderes, las dóciles nalgas de las lavanderas o el paradero de cualquier desdichado. Pero ante ella corrigen la postura y con marciales votos se alejan a la guerra, o a soñarla entre fiebres de batalla, tal cual la descubrieron la primera jornada.

Valdría la pena –dicen– quemar todas las naves por pagar el precio de volver a encontrarla, devorando el océano a brazadas, o morir como hereje reencarnando en paloma, y librarnos del cielo, de una vez y por siempre. Ella sigue inmutable, perfecta con su libro y su melancolía, manteniendo la ebullición del aire a granos y sonrisas. Los pordioseros que rondan su mendrugo tras la misericordia de las buenas gentes, jamás dejan de tenerla a la mira, u oírle recitar trémula lo que contiene el libro misterioso. Juran que en esas horas olvidan la desgracia, y el retintín de las monedas les cuaja el corazón, en ese lapso prefieren no pedir, no esperar nada. Solo admirar la vida desde lejos.

Para los mercaderes, los banqueros, los traficantes de carne de burdel, los dueños de los circos y los

alcahuetes reales, ella es simplemente mercadería negada, una prenda imposible, perla inalcanzable en las profundidades de algún trágico maleficio, culpa del cual se hundirían sus buques, quebrarían sus negocios de usura, se morirían de peste los ministros y cundiría en el reino la perfidia, el envenenamiento de príncipes y pajes, y toda suerte de desarreglos sensoriales entre los venerables señores del Consejo.

Los médicos sostienen que el mal está en su sangre, en todos sus fluidos, tanto que lo perciben en la tonalidad nefasta de su iris. Conviene mantener aséptica distancia. Las lavanderas son las únicas que le sonrían al paso, con sincera amistad.

«Valdría la pena –dicen– quemar todas las naves por pagar el precio de volver a encontrarla, devorando el océano a brazadas, o morir como hereje reencarnando en paloma, y librarnos del cielo, de una vez y por siempre. Ella sigue inmutable, perfecta con su libro y su melancolía, manteniendo la ebullición del aire a granos y sonrisas.»

Los niños devotos distraen la atención de sus institutrices para admirar la suave humanidad de sus rodillas, el juego de sus manos como alas, o el verde fulminante de su brisa. Las damas de buena familia suponen como siempre que lleva mala vida. Los contadores cuentan intereses de menos, y se odian a sí mismos al regresar a casa.

Los verdugos no paran de matar por no poder matarla y se muerden los labios, enjugando el rencor en sus capuchas. Los marinos la exhiben cual mascaron de proa de todas sus hazañas, y lloran a mares –valga la coincidencia– sobre todos los mares, ansiando entrar al puerto de Valencia.

En las tabernas beben a destajo piratas y embusteros, toda la buena gente de la tierra, y se cuentan mentiras sobre aquella sirena que enciende los delirios, con las mayores garantías de viril certeza. En tanto ella prosigue, en su pequeño palmo de universo, inexpugnable al tic-tac de los sucesos. Saboreando la magia de su literatura, perdiendo la mirada en sus anhelos. Asaltada de besos que no llegan. Los notarios sienten trastabillar sus oscuras vesículas, y narran su desdén a los sepultureros. Los herreros padecen, sofocados de calores inéditos. Hasta los cocineros descubren el sabor impensado.

Se funde en los lagares el mosto de la tierra y madura en los odres la luz de la alegría. El cielo calla y pinta todos los arrebales, la víspera augural de la mañana. Es entonces que escucho el recitado tenue: «me gustas cuando callas porque estás como ausente, y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca». Las palomas infieles huyeron a sus nidos y ella presente que perdió el sortilegio.

Acaba de abordar el 168, desde la Plaza de los dos Congresos. Es febrero 28, a inicios de la vigésima primera centuria, sobre toda la América del Sur y otros destinos. El pincel reposa en la paleta. Apenas una muchacha luminosa recitando a Neruda entre una ronda de palomas, con los ojos en vuelo y un juego de ternura en la sonrisa. Una estampa romántica fugada de otro lienzo.

Sucede que sin duda estamos vivos, irremediablemente.

Apúntenlo en el diario del naufragio, escribanlo a resguardo del olvido.

En tanto el corazón se bebe una alegría,
sobre el paréntesis tibio de sus pechos.

© Sergio Manganelli

El autor:

Sergio Manganelli (Haedo, Provincia de Buenos Aires, Argentina. 1967). Reside actualmente en San Antonio de Padua, al oeste del conurbano bonaerense. Sus poemas y artículos han sido publicados en varios diarios argentinos, México, Colombia y España. Asimismo en revistas culturales y literarias de Argentina, Brasil, España, México, Estados Unidos, Puerto Rico, Francia, Colombia, Venezuela, Chile, Italia, Cuba, Nicaragua, etc... Obtuvo entre 1991 y 1999 una treintena de premios y menciones en su país. Se encuentra trabajando en la edición de "Sangre de Toro" –poemas y banderillas–, que se editará inicialmente en Buenos Aires y posteriormente en España. Este relato fue publicado en el diario *La arena* (La Pampa, Arg.) en 2005, en el Suplemento Cultural.

REALIDAD Y FICCIÓN DEL NARRADOR (DIARIO DE LA QUE ESCRIBE)

por Dulce María González

LUNES

Después de los días de lluvia el sol regresa limpio y fresco, como si se hubiera bañado. Abro las persianas para que ese sol tan brillante entre a las habitaciones, me preparo un café. El vecino no ha dado pruebas de existir esta mañana. Aprovecho la tranquilidad que provoca su silencio y me siento a la computadora. Realidad y ficción, me digo. Veamos.

En un intento de encontrar el lado a este tema digamos que, en efecto, estoy aquí. Y escribo. Sin embargo, me pregunto si soy yo quien lo hace. No es solamente el continuo salto entre mundos que debe realizar *la que escribe*; es su presencia ante el teclado, su dudosa identidad. ¿Quién es ésta (o éste) que habla ahora mismo?, ¿quién dice «yo»? La mujer que hace unos minutos preparaba un café, ¿cuenta en este otro mundo de palabras? ¿Tiene alguna importancia el sol real, el que ha salido esta mañana, más allá del texto en el cual se ha transformado en lo escrito?

Con todo y la polémica que se desató más tarde, el que hayan otorgado el Nobel a Elfriede Jelinek significó una ventaja para *la que escribe*, dado que le entró la curiosidad. *La que escribe* advirtió lo siguiente:

Situada en una posición intermedia entre la supuesta autora y la también supuesta historia, Jelinek narra que narra a partir de una voz múltiple. Las voces de los personajes, de *quien escribe*, del narrador y de la supuesta autora se mezclan y terminan conformando una sola voz a partir de una estructura, digamos, musical. Eso se ha dicho hasta el cansancio: su preferencia por la mezcla de voces de la orquesta, su paso por el conservatorio, su interés de que la sociedad, la historia y demás elementos, digamos, reales, hablen en primera persona.

Sin embargo, tal parece que, entre realidad y ficción, la supuesta autora llamada Elfriede Jelinek se abstiene. Todo indica que no elige una ni la otra y mejor se larga a otra parte. Y si esto sucede es porque, al ficcionar, al crearse esa amalgama de voces, Jelinek provoca que cierta realidad, demasiado real en su intento de abarcarlo todo como si fuera vida orgánica, salga a la luz. Y esa otra realidad nos atrapa, nos impide escapar.

Si yo intentara utilizar en estos momentos las formas de Jelinek, tendría que construir un discurso conformado de discursos. ¿Y cómo haría para que el resultado no fuera un caos ininteligible? Para empezar, tendría que elegir una especie de voz guía: la voz de *la que escribe*. Esa voz ordenadora no abordaría el tema de manera directa, sino que empezaría diciendo algo así como: «Se trata de un texto acerca de la dicotomía realidad-ficción y la manera como una escritora bizarra enfrenta el problema». Enseguida tendría que agregar lo siguiente: «*la que escribe* se pregunta en este momento si la estrategia de Jelinek no es una trampa». Con ese par de frases tendría ya una voz duplicada: la de la supuesta autora y la de un personaje llamado «*La que escribe*», quien se pregunta cosas mientras la supuesta autora la observa y lo registra.

Escribir de esta manera significaría un enorme esfuerzo, me digo, y enseguida renuncio a este juego de identidades múltiples. O por lo menos a esta manera de hacerlo consciente en la escritura. Con las estructuras esquizoides no se juega, pienso, y en ese momento advierto que Jelinek es una de las autoras más valientes que he leído. En su escritura, la ficción aparece no solamente en lo narrado, sino en la narración misma. No obstante, construir un yo tan quebrado, conformado de tantos yoes hablando, ¿no es acaso ajustarse a la realidad más concreta del narrador?

MARTES.

Son las seis de la tarde y a través de los muros advierto que mi vecino está viendo un partido de fútbol. Tomando en cuenta la hora, imagino que debe ser una repetición. Seguramente mi vecino añora la sensación de presenciar el juego en un estadio, puesto que ha subido el volumen a un nivel insoportable. Y es en el instante en que escucho el goooooljosdesuputaestodo cuando me pregunto si no estará él mismo, en la soledad de su departamento y a estas horas de la tarde, ficcionando. ¿O a poco así actúa él consigo mismo cuando está a solas consigo mismo, y por lo tanto, supongo, en estado de, digamos, honestidad realista?

Siempre he dudado de la dualidad ficción-no ficción que tanto les gusta a los gringos. Otro tanto me sucede con las autobiografías. Basta detenernos un poco en títulos como: «Confieso que he vivido», o bien: «Vivir para contarla», para darnos cuenta de que el supuesto autor se dispone a narrar, no cómo fue su vida, sino cómo desearía que hubiera sido o cómo en sus sueños se ha inventado que fue. El resultado es un delicioso novelón cargado de mentiras y pequeñas vueltas de tuerca a la supuesta realidad, lo cual resulta sumamente interesante. Por otro lado, cuando el supuesto autor es alguien a quien conocemos íntimamente, las memorias se convierten en un libro de humor bastante disfrutable. El por qué las autobiografías son un asunto de ficción muy, pero muy alejado de la supuesta realidad es simple: la vida es vida y no tiene sentido, es al narrarla cuando la ponemos en orden.

Crear un hilo conductor (o varios) para la propia historia es ya inventarla, imaginar que todas esas piezas inconexas de los actos cotidianos poseían un motivo oculto, un lugar. Y para que todo encaje es preciso crear puentes donde no los había, imaginar propósitos. Los espacios huecos del rompecabezas son los más interesantes, puesto que es necesario crear eventos inexistentes y enseguida enlazarlos a otros que posean algún tipo de relación, así sea lejana, con la supuesta realidad.

«Siempre he dudado de la dualidad ficción-no ficción que tanto les gusta a los gringos. Otro tanto me sucede con las autobiografías. Basta detenernos un poco en títulos como: "Confieso que he vivido", o bien: "Vivir para contarla", para darnos cuenta de que el supuesto autor se dispone a narrar, no cómo fue su vida, sino cómo desearía que hubiera sido o cómo en sus sueños se ha inventado que fue.»

Tengo una amiga escritora que es muy mentirosa, detalle a partir del cual podemos hacernos una idea de lo excelente narradora que es. Si estamos en un bar y vemos pasar un pequeño ratón por la pared, situación muy común en los bares a los que solemos ir quién sabe por qué, ella cuenta al otro día que vimos pasar a una rata enorme. Quizá es por eventos de este tipo que confío mucho más en los libros de ficción cuando me entra el gusanito de saber quién es «en realidad» alguno de mis supuestos autores preferidos. Cuando el supuesto autor no está hablando de sí mismo, sino de supuestos personajes inventados, es cuando se

suelta y, muy quitado de la pena, se pone a decirnos su realidad de manera clarísima.

MIÉRCOLES.

«Necesitas venir a ver lo que se le ocurrió hacer a la loca de Dulce», digo a mi hijo cuando lo veo pasar frente a la puerta del estudio. Con cara de resignación, entra al cuarto y se sienta a mi lado dispuesto a escuchar algún fragmento de la novela que escribo. «¿No te parece que ya estuvo bueno de locuras?», pregunta unos minutos más tarde, viendo que las aventuras de Dulce se extienden al infinito. «Ella es así», le aclaro, «no la podemos obligar a ser de otro modo». «Ah», dice él, con expresión de querer largarse y regresar a lo suyo, «no había pensado en eso, sorry».

Lo que más me gusta de escribir novela, dice *la que escribe*, es que durante el proceso, que generalmente es muy largo, la voz del narrador va tomando fuerza; de ella surge un personaje que, aun cuando tiene como núcleo al lenguaje, lo trasciende en el momento en que se decide a hablar él mismo. Alguien que no eres tú se apodera del teclado y se pone a contar historias. No es que sepas de qué color tiene los ojos o su manera de caminar, como sucede con los personajes; pero sientes su mirada metida en la tuya. Y al escribir sabes que alguien más lo hace contigo.

Al principio es como un fantasma, asegura *la que escribe*; después el fantasma toma cuerpo y se pone a hablar con una voz que no es precisamente la tuya. Como en una película de horror sin horror. Habituada a la compañía de fantasmas, lo único que una desea es que no desaparezcan. De ahí el hábito de arrumar la novela- apenas-terminada para empezar a escribir la próxima. Una mala costumbre, tomando en cuenta que existen los lectores (por un lado) y que las novelas no se publican solas (por el otro).

JUEVES.

Esta tarde mi vecino la ha pasado calladito. No ha puesto sus cumbias ni ha encendido la televisión. ¿Estará enfermo?, ¿deprimido?, ¿acaso le dio un infarto? *La que escribe* se concentra en el silencio de mi vecino y cae en el famoso estado de inspiración, el cual le provoca escribir en tono, digamos, dramático. *La que escribe* ha escrito lo siguiente:

1. Una novela es un mundo sobrepuesto al mundo, un mundo surgido del nuestro y sin embargo desentendido de nosotros.

2. Escribir novela es crear esferas que no existen en realidad, pero es posible decirlas.

3. Alimentar esferas invisibles, provocarlas, exige un trabajo: la realidad del lenguaje posee sus propias reglas, sus niveles, sus pasajes. Quien escribe los recorre desde la multiplicidad, desde la propia desaparición. En el acto de escritura es otro quien se impone: el narrador.

4. La novela es, antes que nada, lenguaje. Quien escribe coloca una capa sobre la otra, como si escribir fuera inventar el misterio de una cebolla sin centro: alguien dice que alguien dice que escribe. Antes, quien escribe ha preparado un café que no es nada, un café sin otra sustancia que lo dicho: puras palabras.

5. A los narradores no hay quien nos cierre la boca. En el fondo, el lenguaje no se deja poseer, sino que nos posee. El lenguaje suele romper los diques: se desborda, brota por todas partes, nos colma, nos rebasa.

6. Una novela en construcción avanza en el texto, pero también en cartas, diarios, conversaciones. La novela es un ser en sí, una independencia del lenguaje. Quien escribe lo sabe y por lo general es complaciente: se deja hacer.

7. La novela es siempre una maqueta de aire, una realidad que sólo puede ser palpada al ser dicha: un fantasma a mitad de la escritura.

8. La novela se cierra a la realidad, no la toca, pertenece a la dimensión del lenguaje. Ahí los personajes se mueven a sus anchas, en ese mundo. Desentendidos de la realidad real, la nuestra, viven sus experiencias de palabras. Y nos ignoran.

9. Quien escribe está escribiendo siempre: el narrador: alguien o algo que, al decir «yo», echa por tierra la existencia del autor que le es ajeno, que no cabe en el texto, que desaparece entre las palabras de esos otros: los personajes en su mundo.

VIERNES

Cuando me dio por escribir un diario muy íntimo y personal, y no obstante público, oséase, un blog, mis hijos pusieron el grito en el Cielo. Lo leían a diario con el único fin de constatar la manera como tergiversaba, malversaba o manipulaba a mi antojo nuestros pequeños momentos familiares. En aquel tiempo apareció en el susodicho espacio virtual una narradora muy simpática que se llamaba a sí misma: «La mujer loba». Todos en mi casa la odiaban.

«Veo con tristeza que no has entendido el sentido de la ficción», dije a la pequeña Marijose cuando se quejó de que ponía en su boca palabras que ella no había dicho o de plano me lo inventaba todo. «¿Cuál ficción?», preguntó, «estás hablando de nosotros». «Te equivocas», respondí, «no son ustedes los personajes de mi blog, son otros. No te niego que se parecen, pero no son los mismos».

Por su parte, el otro, simpático energúmeno de dos metros de altura y genio de la fregada, amenazó con retirarme la palabra de manera definitiva: «Si sigues hablando de lo que sucede en esta casa», dijo, «te voy a retirar la palabra de manera definitiva». «En primer lugar», argumenté, a manera de defensa, «no soy yo quien anda contando todo, es la Mujer Loba; en segundo, ella no habla de lo que sucede aquí, sino que dice lo que le da la gana».

Cuando la Mujer Loba desapareció, cayó en el blog un narrador de otro mundo, un ser interplanetario que lo veía todo con extrañeza, puesto que venía de otra galaxia. Los eventos familiares se convirtieron en algo muy raro que el narrador podía apenas entender y, por lo mismo, interpretaba de manera confusa. Afortunadamente, para ese momento mis hijos se habían resignado al hecho de que el extraterrestre seguiría contando lo que supuestamente sucedía y habían caído en la cuenta de que a éste, o a cualquier otro narrador, le sería imposible escribir la realidad real; a cambio, crearía otra diferente.

Jelinek parece estar muy consciente de que narrar no es precisamente crear al mundo, sino contarlo con palabras. El verbo se hace carne en la Biblia, pero en la realidad permanece en calidad de verbo, aunque la magia de la lectura, de la escritura, nos provoque imaginar lo contrario. Es evidente que un mundo de palabras nunca será el mundo; pero lo nombra, lo reproduce con sus propios medios. Tampoco la voz del narrador es una voz propiamente dicha y sin embargo la escuchamos.

«Cuando me dio por escribir un diario muy íntimo y personal, y no obstante público, oséase, un blog, mis hijos pusieron el grito en el Cielo. Lo leían a diario con el único fin de constatar la manera como tergiversaba, malversaba o manipulaba a mi antojo nuestros pequeños momentos familiares. En aquel tiempo apareció en el susodicho espacio virtual una narradora muy simpática que se llamaba a sí misma: “La mujer loba”. Todos en mi casa la odiaban.»

En lo que se refiere al narrador, al acto mismo de contar algo en la escritura, la frontera entre realidad y ficción tiene sus detalles, sus aseguines. Nunca sabemos quién escribe en realidad cuando nos sentamos a escribir. Y sin embargo esa voz crece, toma fuerza y se empeña en narrar desde cierto ángulo, a partir de un tono preciso. El narrador se hace presente en la realidad de un texto que es un mundo ajeno al mundo, otro tipo de realidad, una que no toca al mundo, pero es capaz de evocarlo al decir, al nombrar, al convertir el deseo en símbolo. Es ahí, en la lectura, en la escritura de lo que no es la realidad donde, paradójicamente, somos capaces de apropiarnos de ella. Y la hacemos nuestra al darle un sentido; la poseemos, al fin, en lo que no es ella misma.

SÁBADO

A mi vecino le ha dado esta tarde por el reguetón. Es hora de huir de la casa, de la pantalla, del texto. En contra de sus costumbres y/o hábitos, *la que escribe* se niega a decir una palabra más. Está a punto de poner un punto final. Y desaparecer.

He aquí lo que ha escrito *la que escribe* en su diario. Punto.

© Dulce María González

La autora:

Dulce María González. Licenciada en Letras Españolas por la UANL. Fue maestra en la Escuela de Teatro de la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL y en el área de Humanidades de la UDEM. Coordinadora del Centro de Escritores de Nuevo León (2003-2005), Vocal de Literatura del Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León (1995-1997), becaria del Centro de Escritores de Nuevo León (1988-1989), del FONCA (1996) y del FONECA (1999). Actualmente es maestra de Apreciación de las Artes en la UANL y columnista en la sección “Arte” del periódico *El Norte*. En 2002 recibió el Premio Nuevo León de Literatura y en 2003 el Premio a las Artes de la UANL. Ha publicado: *Gestus* (1991). *Detrás de la máscara* (1993). *Donde habiten los dioses* (1994). *Crepúsculos de la ciudad* (1996). *Ojos de Santa* (1996). *Elogio del triángulo* (1998). *Mercedes luminosa* (2005). *Encuentro con Antonio* (2006).

FATALIDAD DE LOS ESPEJOS DE LA LLUVIA

por Sergio Borao Llop

Afanosamente llovía sobre los innumerables paraguas que poblaban las avenidas y se abrían hacia el cielo gris, como un gesto desafiante. El rítmico redoble de la lluvia trabajaba con paciencia las aceras, las copas oscilantes de los árboles, el colapsado tráfico, las solitarias chimeneas que habitan los tejados, los verdes setos que flanquean la glorieta. Caía de costado contra los ventanales de los pisos altos, tras los cuales podían verse, espaciadamente, rostros confortados al sentirse inmunes al caprichoso trajín de la naturaleza. Envolviendo la ciudad en un húmedo abrazo ineludible, llovía aquella tarde en que descubrí a Irene.

(Sí, porque más que un encuentro, fue un descubrimiento, un abrir los ojos a una luz desconocida, casi un deslumbramiento. Fue como si la multitud apresurada de pronto no existiera, como si en toda la plaza no hubiera nadie más, nada más que ella y las baldosas blanquinegras, brillantes a causa del agua que corría vertiginosa sobre ellas, buscando los desagües; ella abandonadamente sola, pequeña, majestuosa, improbable, caminando sin prisa y sin paraguas bajo la furiosa calma del agua que caía.)

Llevaba el pelo mojado; gruesas gotas de agua resbalaban por su rostro, hermoso y acaso algo triste, uniéndose después en la caída al torbellino de las otras gotas y estallando con ellas al contacto del suelo, frío e inflexible, formando una misteriosa melodía que se propagaba por el aire fresco del atardecer urbano.

(Su pelo corto y empapado, sus ojos asombradamente abiertos y mirándome. A mí, que tampoco llevaba paraguas; a mí, con el pelo lánguidamente pegado a las sienes y a las orejas; a mí, que al igual que ella, caminaba con calma dejándome llevar por la irreprimible nostalgia de las tardes lluviosas; a mí que la miraba con idéntico asombro.)

En una tarde tan oscura, tan llena de nubes, un paraguas parece la más elemental de las precauciones. Pudo ser, entonces, un alarde de indiferencia o de temeraria arrogancia lo que nos unió bajo los porches de unos grandes almacenes. Nos miramos sin poder, sin querer evitar la risa, sin esforzarnos en sofocar la carcajada que nos provocó la visión de nuestro propio aspecto de perritos mojados y vagabundos.

(Pero era otra cosa, algo más trascendente, más sutil; era un devorar de ojos, un tratar de disimular la propia turbación, un disfrazar con risas aquello que, indescifrable aún, ya nos estaba incendiando por dentro)

Después, como un violento ataque de vergüenza, sobrevino el silencio. Fue el momento de las miradas esquivas, de los gestos delatores del naciente nerviosismo. Con impotente resignación, observamos la multitud embozada que surcaba con impaciencia las aceras en dirección a sus casas, a sus trabajos, a sus diversiones. Nuestra espera nos brindó el deleite de la contemplación de esas escenas que suceden todos los días y a las que, por desgracia, somos casi siempre ajenos: La tarde que declinaba, las calles vaciándose, las farolas llenándose de luz y alumbrando la imperturbable cortina de agua que no cesaba, las puertas de los almacenes cerrándose, la noche llegando con todas sus promesas y todas sus decepciones y todas aquellas ventanas iluminadas allá arriba. Y aquí, tan sólo nuestras sombras, conscientes de la inutilidad de la espera (porque se adivinaba en el cielo cargado de nubarrones la inutilidad de tan larga espera) y a pesar de todo

(pero sabíamos el motivo, íntimamente lo sabíamos, como se sabe de repente que alguien, al otro lado del mundo o del tiempo, está llorando)

prolongando nuestra estancia allí, como si algo impalpable y certero nos retuviese bajo la protección de los ensombrecidos porches. En un momento impreciso, nuestras bocas se abrieron simultáneamente sin llegar a emitir sonido alguno, y fue otra vez la risa, el tibio temblor de sentirse, por un instante, reflejo de otros actos. Después, inesperadamente, nos besamos.

(no la besé, no me besó; fue un acercamiento mutuo, una llamada paralela que juntó nuestras bocas, y nuestros destinos, frente al sonido monótono de la lluvia golpeando inquebrantable el asfalto por el que, a esa hora, no circulaba nadie)

Un beso largo, cálido, desesperado; un hundirnos en mares inesperados y abismos confortables; un despertar, acaso. Sentí, como un desgarramiento, su lengua abandonando mi boca, sus labios separándose de los míos, sus ojos que me miraban con gratitud, con infinito cariño, con incurable tristeza. Cuando quise hablar, su mano se posó suavemente sobre mi boca. Luego, sólo pude contemplarla mientras se alejaba bajo la lluvia sin un adiós.

En días sucesivos, busqué con ansia su adorada figura entre las multitudes. Frecuenté monstruosos hipermercados, tranquilos parques, bulliciosos bares nocturnos, calles insoportablemente transitadas y calles vacías. En vano fatigué librerías, hoteles. Sin mayor fortuna, inspeccioné tiendas de paraguas, perfumes o flores. A veces, creí adivinarla al fondo de atestados corredores o en algún restaurante, tras las vidrieras.

Otras tardes lluviosas, tuve la dicha de compartir con ella improvisados refugios, cálidos besos, interminables silencios de ojos atrapados sin salida. Luego, solíamos caminar bajo la lluvia sin preocuparnos de evitar los gruesos chorros de agua que se precipitaban desde arriba, desde los desagües de los tejados, y se deshacían en violentas embestidas contra el empedrado gris de las aceras. Ibamos dejando atrás las calles sin nadie, las tiendas cerradas, los bares repletos de gentes que charlaban y reían bulliciosamente prolongando al máximo el retorno, el temido regreso a sus casas, a los cotidianos problemas domésticos, a la incomparable sensación del hogar-dulce-hogar.

La costumbre nos hacía caminar sin rumbo, acaso dando vueltas a una plaza, o deslizándonos por callejas mal iluminadas que desembocaban en avenidas infernales, que cruzábamos con rapidez en busca del sosiego de las otras calles, menos concurridas, más acordes con nuestro propio deambular enmudecido. No podría decirse quién elegía los itinerarios. Era como si el azar nos guiase a su antojo, para separarnos inequívocamente en una esquina, al borde de un semáforo parpadeante o en la puerta de alguna discoteca de moda.

Fue una de aquellas tardes cuando, no sin asombro, me fue deparado el placer de escuchar la añorada melodía de su voz. Frente a una pequeña puerta acristalada, clavó sus negros ojos en los míos y, con mucha dulzura, con innegable pasión y tal vez algo de miedo, dijo:

—Aquí es donde vivo. Me gustaría que subieras.

«Otras tardes lluviosas, tuve la dicha de compartir con ella improvisados refugios, cálidos besos, interminables silencios de ojos atrapados sin salida. Luego, solíamos caminar bajo la lluvia sin preocuparnos de evitar los gruesos chorros de agua que se precipitaban desde arriba, desde los desagües de los tejados, y se deshacían en violentas embestidas contra el empedrado gris de las aceras.»

(¿Habré de confesar que ese tan deseado sonido consiguió turbarme? ¿Me atreveré a declarar que despertó en mi alma fuegos que jamás ardieron antes de ese instante y esa voz? ¿Diré, finalmente, que un maremoto de música inundó mi mundo, sordo e indiferente hasta entonces?)

Y naturalmente, subí. Me maravilló el alegre apartamento de aquella muchacha frágil que tanto me enternecía, y cuya presencia tanto lograba pacificar mi atormentado espíritu. Incoherente, anacrónicamente, osé pronunciar palabras, intentando elogiar la decoración, mostrar mi fascinación nacida de aquellos colores, de aquellos cuadros, de aquel silencio cargado de melodías anunciadas. Pero fue su mano la que tomó mis manos; fueron sus labios los que apagaron, elocuentes, las vacías frases que comenzaban a formarse en mi boca herética, y volvieron a sumirme en las profundidades de un cielo húmedo y dulce.

Sin embargo, nuestras ropas y nuestros cuerpos estaban mojados y nos hacían sentir las punzadas del frío.

(frío de soledad, frío de círculo de tiza alrededor, frío de atardeceres sin nadie y sin esperanza de nadie)

Una ducha tibia, relajante; un ponche caliente, unas suaves caricias, un desatar las antiguas ligaduras que nos aprisionaban al suelo cotidiano de quienes vagan sin rumbo por las inclementes calles de la vida, y supe que me quedaría allí, que no regresaría más a la insufrible humedad de mi triste habitación. Todos los fantasmas del pasado, toda la incompreensión, todas las heridas, quedaban definitivamente atrás. Ahora, Irene me abría las puertas de un nuevo sendero, tan diferente que hasta los más íntimos recuerdos habían de ser desterrados sin posibilidad alguna de regreso.

Asistí, casi con incredulidad, al nacimiento de nuestra propia primavera, hecha de miradas cargadas de promesas, de caricias llenas de ternura, plenas de suavidad y de cariño, de música. Todo era mágico: el delicado gesto de desvestirnos con la timidez del primer encuentro, el arduo descubrimiento de nuestros cuerpos, como un juego, la incomparable languidez del primer beso al abrigo de las sábanas, el pulso acelerándose lenta e inexorablemente, el fuego desatado devorando labios, mejillas, hombros, incandescentes curvas, maravillosos recodos de carne palpitante, las manos recorriendo con avidez y algo de torpeza incontrolable cada centímetro de piel, convirtiendo en hogueras nocturnas nuestros cuerpos; cuerpos que se buscaban sin descanso entre mares de sudor y ternura, cuerpos que se estrellaban y rendían, cuerpos que se arracimaban sobre el blanco cuadrilátero sin conceder la mínima tregua, cuerpos sedientos y entregados cuya sed no pudo ser saciada.

(Y entonces lo supe; lo supe en la incomparable perfección de sus besos, en el cálido contacto de sus labios, en el dulcísimo aroma de su cuerpo tibio y frágil, en el sabor excitante de su piel enardecida, en la cadencia melancólica de la música que llenaba el ámbito de la acogedora habitación; lo supe en el empapelado azul de las paredes, en el pausado repiqueteo de la lluvia sobre el alféizar de la ventana, en el llanto desconsolado que resonaba blandamente en el piso superior. Con infinito pesar, lo supe, y ella también debió intuirlo porque, de repente, nos miramos y en nuestros ojos brillaban lágrimas gemelas, irreales afluentes de un amor condenado por los dioses. Entonces nos abrazamos con fuerza. Un llanto violento, convulsivo, azotó nuestros cuerpos hasta que el cansancio se nos apoderó de la consciencia y nos condujo hacia las vastas regiones del sueño, dejándonos en la más completa indefensión frente al alba futura)

Después, los días se precipitaron en veloz carrusel. Cada instante compartido lograba unirnos un poco más, al tiempo que nos iba separando del resto del mundo. Cada noche, nuestros cuerpos se buscaban con frenesí sin conseguir hallarse, como si perteneciésemos a dimensiones diferentes, como si estuviésemos tratando de amarnos a través de un cristal odioso e indestructible, lo mismo que si una invisible barrera alejase brusca e irremediamente nuestros cuerpos ávidos de pasión, hambrientos de placer, deseosos de dar y de recibir ese amor que crecía desproporcionado en nuestro interior y que, a pesar de todo, no llegaba nunca a consumarse de forma definitiva.

Pero todos estos desencuentros, en contra de lo esperado, nos acercaban más y más, nos forjaban diferentes a esas otras personas que pueden sonreír con satisfacción tras el vertiginoso instante del orgasmo que les arrebatan, nos otorgaban un doloroso e indeseado privilegio que lograba unirnos de una forma brutal que descartaba de antemano la idea de una separación que, acaso, hubiese resultado aún más insoportable.

(Pero todas aquellas flamígeras miradas de amor
todas las palabras susurradas
todas las caricias recibidas
las descontroladas lenguas deslizándose por la tibieza de las pieles y
entrelazándose, repentinamente vivas, en nuestras bocas lujuriosas
la temerosa ejecución de otros juegos eróticos de innecesaria
enumeración y doloroso recuerdo
las otras palabras, atroces e inútiles...)

NADA. Lo mismo que el saldo definitivo de una caja registradora estropeada. Pero nos retenía la esclavitud a ese amor que se

nos escapaba por los ojos y en cada gesto de nuestras manos, que se desbordaba en nuestra sangre (que alguna vez vergonzosamente derramamos) y que nunca acababa de definirse, de concretarse en algo real, en algo que pudiésemos llamar nuestro, en algo que poder recordar años después, cuando sólo la soledad y el tedio viniesen a ocupar los infinitos atardeceres de encierro en habitaciones frías, silenciosas, insoportablemente luminosas y sin nadie.

(Curioso que fuese a llamarse Irene. Y que bonito nombre, pero ¡qué cruel! Porque Ire y después ne. IRE, como un ofrecimiento, como una caída voluntaria y vertiginosa en el tan deseado torbellino de pasión, en el mágico caleidoscopio de manos, labios y sonrisa uniéndose en extrañas figuras y desatándose contra la tristeza de los atardeceres otoñales...

Y después NE, como una negación, como una falaz contradicción, un inexplicable rechazo que consiguió herirnos con una intensidad jamás presentida, Curioso también que yo (¡a pesar de todo!) nunca me hubiese parado a pensarlo, a examinarlo en esta forma dolorosa, acorde, en cierto modo, con la realidad, con nuestra propia y cruda realidad de amantes sin esperanza y sin posible consuelo)

Una noche lluviosa, abominable, nos separamos para siempre.

Tal vez fue la vida (porque encontramos en otros lugares, con otras gentes, aquello que no habíamos podido hallar en nuestro desmesurado y fallido *amour fou*) quien nos arrancó (como se arrancan los pétalos de las flores, como se podan los árboles, como se mata) de los únicos brazos capaces de proporcionarnos un pequeño destello de felicidad, esos mismos brazos en los que no nos fue permitido encontrar el placer. Sí, fue la vida quien nos empujó por caminos distintos e irreconciliables; por caminos que se fueron distanciando más y más a medida que en nuestros corazones crecía intolerable la nostalgia, y también la certeza implacable de que nada merecería la pena en medio de esa soledad multiplicada de las multitudes refugiadas en el ruido.

Hoy sé que acaso fue posible otro desenlace, pero entonces éramos demasiado jóvenes, demasiado impacientes. Ahora que el tiempo ha pasado y la insatisfacción se ha asentado definitivamente en mi carne, tan sólo me resta la vaga esperanza de que alguna tarde lluviosa, una de esas tardes lluviosas que aprovecho para salir a pasear sin paraguas por las calles de la ciudad, ella se pare frente a mí y me estreche entre sus brazos empapados, me bese con sus labios húmedos y me conduzca de nuevo a su casa (si es que aún existe, si alguna vez existió) donde ambas nos debatiremos una vez más bajo la blancura imperfecta de las sábanas, en busca de ese momento increíble que sabemos no ha de llegar, y nos fundiremos en un solidario abrazo de impotencia, de saladas y ardientes lágrimas, de amargo sabor a derrota prevista de antemano, hasta que el sueño venga de nuevo a liberarnos, a traernos de vuelta de ese mundo pretendidamente real en el que cada una de nosotras es un reflejo difuminado de la otra (hasta en el nombre, ¡cruel coincidencia! hasta en el nombre) y en el que no podemos, en el que nunca podríamos ser plenamente felices.

Tan sólo la esperanza, las preguntas sin respuesta, el obstinado recuerdo del único amor; y acaso una sorda rabia que ya casi ni siento, un despiadado rencor hacia los dioses de la lluvia inconsistente, que me condujeron hasta Irene para arrebatármela luego como un siniestro juego, como una burla sádica. Pero ya está anocheciendo y mi marido no tardará en llegar. Como cada tarde, debo secar estas lágrimas, estas saladas lágrimas que cualquier día van a ahogarme, y preparar la cena; una sopa caliente, unas tortillas, un soportar abrazos, caricias y besos no deseados, una fatigada entrega, el sueño llegando poco a poco...

© Sergio Borao Llop

El autor:

Sergio Borao Llop. Narrador y poeta nacido en Mallén, Zaragoza. Colaborador habitual en varias revistas y boletines electrónicos. Incluido en diversas antologías y en las revistas *Nitecuento*, *Imán*, *Alhucema* y *Rampa*. Incluido en diferentes páginas web de contenido literario. Sus textos han sido leídos en los programas radiofónicos "Ruido de magia", "El diluvio y la pasajera" y "Tus poemas por las ondas". Ha recogido la mayor parte de sus cuentos en dos libros: *El alba sin espejos* y *Reflejos*, *Intrusiones*, *Imposturas*, y su poesía en el volumen *La estrecha senda inexcusable*. Fue finalista en los certámenes de Poesía y Relatos "Ciudad de Zaragoza 1990". Blog "Al andar": <http://al-andar.blogspot.com>, Página personal: <http://www.aragoneria.com/sergio>

CON EL ROSTRO DE BOGART

por Jorge Gómez Jiménez

Conozco a Elo desde la secundaria, circunstancia fortuita que me permite ser uno de los pocos que saben que realmente se llama Eladio. Posee ese encanto particular de los hombres exitosos, una suerte de ritmo avasallante de iniciativa y arrojo que le hace ser siempre el más mencionado en las conversaciones de la familia, el trabajo o las tropelías.

A pesar de eso, nunca le consideré alguien demasiado interesante hasta la noche en Los Picadores. Entré para guarecerme de la lluvia, pedí una cerveza en la barra y lancé mi mirada al resto del local para divisar rostros conocidos y por conocer. Elo estaba en una de las mesas con una morena que lo escuchaba atentamente con la sonrisa espléndida de una mujer hechizada. En algún momento reparó en mí y me hizo un saludo vago que devolví sin énfasis.

El barman me acercó un plato con dos cuadritos de tortilla española. Hizo un comentario sobre la lluvia y atendió de inmediato al Profesor, que se sentó a mi lado escurriendo agua. Nadie sabe si el Profesor es realmente un profesor, pero todos lo conocen como tal y él siempre está hablando de su oficina, su secretaria, sus colegas. Quizás no sea más que un hombre sencillo que quiere agradar a todo el mundo.

Al Profesor le gusta conversar acerca de las incidencias de la noche. Generalmente habla de los músicos, de los meseros, de otros asiduos que a través de largas jornadas de farra terminan protagonizando sus propias mitologías. Es un experto en la doble afición de divulgar la historia secreta de cuantos le rodean y mantener en el silencio más oscuro la suya propia.

Es sabido que el instinto de caza nos hace escudriñar el entorno aun en medio de una conversación, por más densa que ésta sea. Fue así como ocurrió. Mientras el Profesor hablaba, desvié mis ojos hacia la morena que acompañaba a Elo. Seguía en su pose ensimismada, atenta a los manejos verbales de su interlocutor. Miré a Elo en el momento justo en que terminaba de hablar y se disponía a esperar la respuesta de la chica, y noté algo particular en su sonrisa.

Ni más ni menos, era la sonrisa de Mickey Rourke. Elo arracimaba sus labios en el centro y sus comisuras se arqueaban apenas lo suficiente para indicar que estaba sonriendo. No me causó extrañeza advertir que la chica parecía mirarlo a los labios en lugar de a los ojos. El parecido era tan evidente que no había manera de evitar la suspicacia: Elo estaba imitando la sonrisa de Mickey Rourke en *Nueve semanas y media*.

No pasó mucho tiempo antes de que volviera a toparme con Elo en otro ámbito. Lo invité a acompañarme a la barra y, afable como siempre, accedió sin miramientos. Estaba tan seguro de mi hallazgo que propicié la conversación con un giro directo a mi objetivo. Un pequeño sabor a triunfo se adueñó de mí cuando me dijo que sí, que le encantaba el cine. Le dije que ya me lo imaginaba y, con sobria candidez, me preguntó por qué.

–Te vi la otra noche en Los Picadores –le anuncié, casi rematando la frase con un afectado pero oportuno *touché*.

Elo me miró inquisitivo, como esperando que me explicara.

–¿Lo recuerdas? Yo estaba en la barra con el Profesor y tú estabas en una mesa con una morena... –Elo confirmó que recordaba el episodio–. Esa noche imitaste la sonrisa de Mickey Rourke.

Elo enfocó sus ojos hacia mí en una mirada de extrañeza, lanzó una sonrisa de medio lado y su mejilla derecha se levantó un poco más que la izquierda.

–Y ahora eres Harrison Ford en... en cualquiera de sus películas. Esa es la mirada que usa Harrison Ford para expresar extrañeza.

Elo se rió con una carcajada de escasa potencia. Pedí dos cervezas más y esperé que esgrimiera sus argumentos, pero no lo hizo. Sólo se quedó mirando su vaso y jugó unos segundos con el secante de

corcho.

–En todos los años que llevo haciéndolo, nunca esperé que fuera otro tipo quien descubriera mi pequeño truco.

Sonreí triunfante y Elo fue al baño.

Es normal que los adolescentes caminen con el pecho henchido y los brazos arqueados después de ver una película de acción. En Elo, según me contó aquella noche, este tipo de reacciones arribaba a niveles de paroxismo.

Al principio se asustó. Pensó que se trataba de una debilidad de su carácter y trató de suprimirlo. Pero el influjo del cine era demasiado dominante en él. La noche en que vio *Conan, el bárbaro*, tuvo una disputa con su hermano por uno de esos asuntos menores que siempre generan las peleas fraternas. Elo ganó la batalla sin alzar un puño. Simplemente bajó un poco la cabeza y entrecerró sus ojos como acababa de aprender de Schwarzenegger.

Cuando entró a la universidad, justo en la época en que sus maneras para el cortejo empezaron a tomar la forma de un sistema, imprimió un sincero esfuerzo en crear y sostener los rasgos de una gesticulación propia. No podía dejar de reírme cuando me contó que realmente le preocupaba cuánto se parecían sus gestos a los de las estrellas del cine. Solo en su habitación de estudiante, Elo perdía horas enteras de su valioso tiempo ante el espejo, imaginando los gestos acordes con cada situación posible y tratando de que esos gestos se alejaran de otros ya vistos en las películas.

Sin embargo, una tarde aburrida de sábado, ante el pequeño televisor en blanco y negro que le habían regalado cuando se fue a la universidad, Elo tuvo una epifanía. Se detuvo en un canal en el momento en que empezaba *Con el rostro de Bogart*, una extraña película de 1980. Se trataba de un tipejo gris que un buen día decidió darle un giro rotundo a su vida haciéndose una cirugía para parecerse a Humphrey Bogart –creí que Elo mentía cuando me contó que el protagonista era un tipo que llevaba años viviendo de su auténtica cara idéntica a la de Bogart. Previsiblemente, el hombre se convierte en investigador privado y vive una aventura al estilo de *El halcón maltés*, todo ello matizado con la desconcertada expresión de los transeúntes que veían pasar ante sus ojos nada menos que al Bogie.

«Con la sobriedad natural que había heredado de su padre, un contador exitoso que ocupaba la gerencia de un banco, Elo logró el equilibrio suficiente para no caer en imitaciones ridículas, construyendo toda una maquinaria de gestos tan bien logrados que nunca fue descubierta, salvo la noche en que lo vi en Los Picadores interpretando su número con la morena.»

Elo se hizo entonces su propia cirugía. En lugar de escapar del cine, se convirtió en un émulo multifacético de cuanta estrella pasaba ante sus ojos. Con la sobriedad natural que había heredado de su padre, un contador exitoso que ocupaba la gerencia de un banco, Elo logró el equilibrio suficiente para no caer en imitaciones ridículas, construyendo toda una maquinaria de gestos tan bien logrados que nunca fue descubierta, salvo la noche en que lo vi en Los Picadores interpretando su número con la morena.

El *debut cinematográfico* de Elo no ocurrió durante un cortejo, sino en el fragor de un *impasse* con un compañero de estudios. En virtud de sus equivalentes logros académicos, se habían convertido en rivales de hecho y un mal día integraron juntos un equipo de trabajo. Sus egos chocaron de inmediato como las cornamentas de dos jóvenes carneros.

Competiendo desbocados entre sí se internaron en una serie de discusiones que no tardaron en tornarse agrias, pero el adversario de Elo tenía la debilidad de ser afecto a hacer comentarios infelizmente oblicuos. Cansado de sus indirectas, Elo lo enfrentó de pronto con mirada amenazante. Sacó la quijada, arqueó sus labios hacia abajo y, señalando alternadamente a su rival y a sí mismo, le dijo tres veces seguidas: «¿Me estás hablando a mí?». El otro no pudo replicar.

Cuando vio *Nueve semanas y media*, Elo decidió que siempre que elogiara la belleza de una mujer sonreiría como Mickey Rourke. Era un rostro tan característico que ambos coincidimos en que la ya clásica sonrisa de Bruce Willis también era una imitación de la de Rourke. Elo había llegado al

extremo de acercarse a una chica a la que estuviera cortejando y esperar a que ella sonriera para decirle: «Cada vez que te veo estás sonriendo». Era su forma de parafrasear a Rourke, cuyo parlamento original ante Kim Bassinger –«Cada vez que te veo estás comprando pollos»– era de muy difícil aplicación.

A partir de allí, Elo evolucionó en un monstruo de mil caras. Amparado en la ignorancia cinematográfica de las masas, elaboró una teoría según la cual un sistema de gestos extraídos del cine tenía que ser efectivo con las chicas, ya que apelaba a esas áreas candorosas del subconsciente femenino que hace de toda mujer una potencial *fan*. Su verdadera sonrisa afloraba en medio de sus historias y tenía un carácter puerilmente pícaro.

Su abundante catálogo de gestos tomaba en cuenta la personalidad de sus víctimas, particularidad que se evidenciaba especialmente la primera vez que iba a besar a una de ellas. Si se trataba de una chica sensible, de carácter romántico, se hacía pasar por un tipo nervioso y hasta temblaba un poco, como dudando antes de besarla, al estilo de Jonathan Pryce en *Brazil*. Si por el contrario era una verdadera licántropa con ínfulas de *femme fatale*, Elo se convertía en Henry Miller, con la sonrisa de fumador que Fred Ward le inventara en *Henry y June*.

Dotado de una intuición maravillosa, se permitía recitar líneas enteras de las películas cuando advertía que su víctima no disponía de la cultura cinematográfica necesaria para descubrirlo. A veces las parafraseaba, pero no perdían el encanto del que habían sido dotadas por el guionista original: «Contigo me dan ganas de ser un hombre mejor», imitando la sonrisa de Jack Nicholson ante Helen Hunt, o «Supe que sería tuyo cuando me dijiste *Mucho gusto*», como Tom Cruise ante Renée Zellweger. Acotaba como su mayor logro en este sentido haber llevado a la cama a una chica con la frase del siglo: «¿Dónde has estado toda mi vida?».

Según Elo, hay además caracterizaciones que nunca fallan. Es como si ninguna mujer en el mundo hubiera visto esas escenas. Por ejemplo, después del sexo, Elo arreglaba el cabello de su víctima mirándola con un gesto a medio camino entre paternal y descarado, como Marlon Brando miró a María Schneider en *El último tango en París*. A veces hasta llevaba consigo un manojito de florecillas para adornarles el cabello como lo hiciera en memorable escena *El amante de Lady Chatterley*.

También había desarrollado actuaciones adecuadas para las situaciones incómodas. Si abordaba a una mujer y ésta no correspondía como él esperaba, daba unos golpecitos a la mesa y ponía una expresión de resignada calma, como Anthony Hopkins en *Conozcan a Joe Black*. Si era ofendido de alguna forma, procuraba magnificar la situación para poder hacer un rostro de desconcierto como el de Dustin Hoffman ante Meryl Streep en *Kramer contra Kramer*. Si por el contrario era él quien la ofendía, y ella exigía explicaciones, movía la cabeza en pequeños temblores con la mirada gacha como William Hurt en *El turista accidental*, aunque dependiendo de la personalidad a la que se enfrentaba podía simplemente retirarse con una sonrisa cínica y a veces hasta decía «No lo puedo controlar», como John Malkovich en *Relaciones peligrosas*.

Honestamente, no creo que las interpretaciones de Elo fueran, como él aseguraba, acomodados naturales de su gesticulación. El hipocondríaco padece una predisposición a *sentir* de manera imaginaria los síntomas de otro paciente con el cual entra en contacto directo o indirecto. Se sabe de niveles absurdamente bajos de hipocondría que hacen que un hombre amolde su personalidad de acuerdo a los gestos de aquellos con quienes entra en contacto, como en *tempo* bufonesco plantea Woody Allen en *Zelig*.

Elo, sin embargo, desestima esta idea. «Hace años que dejé de racionalizarlo», se limitó a decir antes de que una pelirroja tocara su hombro. Elo ni siquiera pensó antes de levantar su ceja izquierda y entreabrir sus labios, como había aprendido del memorable Lee Majors de *The six million's man*.

© Jorge Gómez Jiménez

El autor:

Jorge Gómez Jiménez. Escritor venezolano (Cagua, Aragua, 1971). Desde 1996 edita en Internet la revista literaria *Letralia*: <http://www.letralia.com>, la primera publicación cultural venezolana en la red. Ha publicado, entre otros títulos, el libro de cuentos *Dios y otros mitos* (Senderos Literarios, 1993) y la novela corta *Los títeres* (Baile del Sol, Tenerife, 1999).

MI HABITACIÓN PRIVADA

por Carlos Manzano

La ventana de mi dormitorio da frente por frente con la habitación de un hotel. Es un hotel de tres estrellas, modesto, de aspecto austero pero digno, bien cuidado. Tan sólo nos separa una vieja y estrecha callejuela apenas iluminada por una escuálida farola, un pasadizo de vez en cuando surcado por sucios vagabundos que no han sabido encontrar otro cobijo mejor o por borrachos hediondos que huyen de las miradas de desprecio y conmiseración de los demás, una calle cuya austeridad sólo se ve alterada a mediodía y a primera hora de la tarde, cuando los chiquillos regresan ufanos a la anhelada indisciplina de sus hogares.

La habitación que cae frente a mi ventana es la número 307. Nunca he estado en ella, pero la conozco como si hubiera nacido allí: forma parte de mi vida tanto como las paredes lacias de mi cuarto o la cama donde duermo cada noche. Es mucho el tiempo que llevo, amparado en esta oscuridad protectora en que tan a menudo me gusta sumirme, auscultando con la tenacidad de un investigador las vidas fugaces e inaprensibles de quienes allí recalcan a salvo —o al menos eso creen ellos— de inquisiciones ajenas.

No obstante, no siempre soy testigo de lo que allí sucede. Algunos clientes, los más precavidos, temerosos de ver violada su intimidad, corren las cortinas nada más llegar, conservando tras las telas espesas y mustias el secreto de sus vidas insignificantes. Otros, tal vez los más timoratos, enseguida apagan las luces, impidiendo su trabajo a los que, como yo, ejercemos de notarios de lo oculto, para sumir su existencia en la misma tenebrosa opacidad que la mía.

Sin embargo, los hay también descuidados e indiferentes, que ni siquiera toman la precaución de echar los visillos nada más dar las luces. A esos les debo todo mi agradecimiento. Ellos me dan la vida que me falta, me ofrecen el mundo corpóreo que apenas conozco. Sus vidas son, así, las mías también. Sus miedos, sus deseos, sus esperanzas, infundadas o reales, pasan a pertenecerme con la misma propiedad que a ellos mismos, sus legítimos dueños. Su fragilidad me endurece; su dolor me calma; su vigilia me adornece; su sueño me despierta; su afán me tranquiliza; sus miedos me envalentonan. Durante un instante al menos, yo soy cada uno de ellos; vivo sus realidades tanto si me resultan mezquinas como sublimes, cobardes u osadas, intensas o vacías. Las noches en que alguien se aloja en la habitación 307, mi vida se enciende de pronto como si una intensa luz comenzara a brillar en mitad de la noche, como si el resplandor de un destello anunciara el final de un túnel angosto e interminable en cuyo interior la mirada se nos ha nublado hasta confundirse con la nada.

Entre la variada fauna que pernocta en la 307, predominan, no sé por qué, los ejecutivos y los representantes. De estos poca cosa puedo decir, porque enseguida echan la cortina y enmudecen las miradas ajenas, como si intuyeran que, en efecto, desde una de las ventanas opuestas alguien pudiera estar desvelando sus secretos más escabrosos.

Pero, para mi fortuna, los hay también poco precavidos, a los que les gusta tomarse las cosas con tranquilidad: primero dejan su maletín sobre la mesa, después se desabrochan la corbata y se desprenden de la chaqueta; hablan varias veces por teléfono, se asoman y miran sin interés por la ventana; a continuación se duchan, repasan someramente los papeles que guardan con celo en sus maletines de cuero, ven algún insípido programa de televisión y finalmente se van a dormir.

También los hay que, aprovechando el estrecho margen de privacidad que aquel espacio les ofrece, marcan un número que acaban de leer detenidamente de una tarjeta, y media hora después una mujer (a veces hermosa, a veces no tanto) hace acto de presencia violentando la estrecha y callada connivencia que hemos llegado a establecer ellos y yo. Y entonces el espectáculo da comienzo.

Desde mi cueva, protegido por la penumbra, lo veo todo. No tengo que hacer nada, sólo mirar. Ellas se desvisten con movimientos mecánicos, precisos, eficaces por estudiados: son rápidas, ágiles, veloces. Ellos, sin embargo, y a pesar de las veces que se han acostado con putas, actúan como primerizos: esperan su turno, que les den el banderazo de salida. Son desde luego polvos rápidos, breves, ninguno llega a la media hora, pese a que han pagado la hora completa. Después, ellas se van con prontitud

porque les espera un nuevo cliente; los hombres, en cambio, visiblemente satisfechos pero agotados por el esfuerzo, se quedan con la soledad de la que la prostituta no ha conseguido librarles.

También vienen parejas a la habitación 307. Algunas se quedan varias noches, otras se van a la mañana siguiente, sólo están de paso. Las parejas suelen ser más cuidadosas con los vecinos, sobre todo las mujeres, algo más tendentes a proteger su intimidad: enseguida corren las cortinas. No obstante, los que se alojan durante varios días acaban cometiendo más de un descuido. Muchas mañanas los veo salir desnudos de la ducha, arreglarse con parsimonia, untarse la piel con afeites y colonias, peinarse con esmero, cubrir sus cuerpos con ropas provocativas y elegantes. Pero como es de día tengo que tener más cuidado, debo mantenerme lejos de los cristales, no estoy amparado por la nocturnidad. Así, desde el fondo de mi cuarto, apenas los veo cruzar frente a la ventana. La perspectiva se cierra misteriosamente: veo sus siluetas, intuyo sus cuerpos siempre apetecibles, sus rostros joviales y agraciados, pero no estoy con ellos, no me uno a sus ritos. Por eso, son pocas las mañanas que me entretengo observándolos. Mi territorio es la noche. La noche me provee de lo que realmente necesito.

Pocas mujeres solas se alojan en la 307. Cuando llega alguna de ellas, mi corazón brinca como una pelota de goma. Me da lo mismo que la mayoría eche enseguida la cortina. Antes de eso siempre transcurren algunos segundos en los que se pasean indiferentes de un lado a otro, se quitan los pendientes, se descalzan, liberan su cabello de las ataduras de cintas y horquillas, algunas incluso se desprenden de la blusa y me enseñan sus sujetadores bordados, sus pechos blancos siempre insinuantes, su universo imperecedero de hembras dominantes. Cuanto más indiferentes parecen, cuanto más ajenas se muestran al mundo formal, a las normas sociales del ser y del estar, más me entusiasma mirarlas, más me satisface penetrar en su mundo privado, más me excita violentar su despreocupada intimidad.

¿Por qué viajan solas? Algunas son ejecutivas que han de asistir a alguna aburrida reunión. Otras a lo mejor sólo están de visita, vienen de lejos para arreglar papeles en la capital o para cumplimentar a algún familiar enfermo, o sencillamente porque a la mañana siguiente salen para algún lugar lejano, tal vez prometedor, quizá no del todo grato, y la dureza del viaje les aconseja dormir con placidez la noche anterior. Pero las que de verdad me interesan son las otras, las furtivas, las que vienen a encontrarse con alguien más, probablemente con su amante, con ese adúltero que lleva meses prometiéndoles que va a separarse de su esposa y nunca lo hace, pero al que aún aguardan con ilusión de primerizas, dispuestas a entregarse como prometidas sin considerar sus engaños ni sus excusas, porque están tan enamoradas de su apariencia masculina que ni siquiera les importa convertirse en unos simples polvos más que añadir a sus libretas, amantes ocasionales que les libran del tedio y el aburrimiento por unas horas, amores secretos que a la mañana siguiente, en contrapartida, les permitirán a ellos presumir de conquistadores ante sus acuciados y siempre aburridos compañeros de oficina.

A éstas se las conoce fácilmente. Se muestran siempre inmensamente atractivas –sus vestidos buscan la provocación, la excitación en el otro–. Están inquietas, miran el reloj una vez tras otra, se observan continuamente en el espejo, retocan sus pinturas, delinean sus labios, su peinado, sus ojos profundos. Ni siquiera recelan de las ventanas ni de las cortinas descorridas. En realidad, que alguien les viera juntos sería toda una suerte, al menos pondría fin a aquella farsa de engaños y mentiras en que llevan inmersas tantas semanas, tantos meses, tantos años. Son siempre ellos, nada más entrar –ellos llegan invariablemente tras ellas, a veces varios minutos después, a veces horas–, los que echan las cortinas. Tienen tanto miedo a ser descubiertos que serían capaces de mirar debajo de la cama si no les pareciera ridículo.

Yo a ellos los odio con todas mis fuerzas. Si supiese sus nombres y el de sus esposas, llenaría los buzones de anónimos denunciando su mezquindad, su egoísmo infame, su traición a los amores puros. Son unos bastardos del sexo, unos profesionales de la impudicia, unos traidores a la vida. Y sobre todo los odio porque me impiden compartir con ellas, con sus amantes solícitas, ese amor perfecto que siento latir dentro de mí –un amor que en realidad no nace de las mujeres mismas sino de lo que representan, del sueño que les mantiene con vida, del espejismo que llega a anularles la voluntad y la cordura–. Es entonces, mientras esperan la infame presencia de sus hombres, cuando más las amo.

Últimamente ha aparecido un nuevo tipo de clientes que, he de reconocer, al principio me costó aceptar con naturalidad: las parejas homosexuales. En general, su comportamiento apenas difiere del resto: se aman con entusiasmo, discuten de vez en cuando y se ignoran con igual frecuencia, se besan con rutina, se tocan con codicia, se observan y se desdeñan, se hablan con delicadeza y se gritan con violencia. Pero

lo que las diferencia de las otras es que pocas veces corren las cortinas. Eso me ha permitido conocer en poco tiempo un nuevo lenguaje de signos del que hasta entonces no era del todo consciente. He descubierto el valor de las caricias leves como susurros al oído; he conocido la virulencia de las embestidas infladas por la pasión, desorbitadas por el ansia, robustecidas por la persecución; he comprendido que los cuerpos son siempre cuerpos, independientemente de su delimitación externa, y que están todos dotados por igual de infinitas terminaciones nerviosas y destinados por ello a compartir ese aluvión de sensaciones que surge del contacto *tete a tete*, sin intermediarios ni intercesiones espurias, y cuya unidad produce ese gran enemigo del hombre que los viejos profetas del testamento supieron identificar sabiamente al lado del demonio y el mundo: la virulencia sin matices de la carne.

Muchas de mis horas las dedico a observar sin ser visto, y buena parte de lo que ahora soy se lo debo a ello. Sé que mucha gente me juzgará con severidad, pensará que soy un depravado y un desvergonzado porque será incapaz de entender lo que todo esto significa para mí. Sin ir más lejos, la primera vez que mi madre me pilló mirando a oscuras por la ventana se disgustó mucho –en su rostro de asombro y en sus pupilas atónitas pude apreciar un brillo minúsculo que delataba ciertas pequeñas lágrimas rebeldes pugnando por salir–; y aunque no dijo nada, sé que descubrir en su propio hijo un interés malsano por el *voyeurismo*, propio de perversos y sátiros, la entristeció sobremanera.

Pero no se lo reprocho, ni siquiera me molesta que me juzgue. La pobre mujer ha sufrido mucho con mi enfermedad, y todavía es algo que le cuesta asumir. Ella me ha ido viendo degenerar día a día, cómo me iba convirtiendo en un enfermo incapaz de valerse por sí mismo. Cuando me diagnosticaron la esclerosis, le costó mucho aceptar que apenas se podía hacer nada para evitar, ni siquiera para retrasar, el proceso de mi degradación. Se pasó días enteros sumida una depresión desgarradora, apenas salía de casa, y aunque en mi presencia intentaba disimular su enorme desolación con sonrisas vacías de sentido, a ningún hijo se le escapa el dolor intenso de una madre.

Hace tiempo que dependo de esta silla para moverme por el reducido espacio de mi dormitorio, que no me valgo ni siquiera para alimentarme por mí mismo, y que ya no echo de menos salir a la calle a dar una vuelta por el barrio. Ciertamente, lo he asumido mejor que ella. Por eso, aunque sé que mi vicio secreto la hace sufrir, también sé que jamás se atreverá a reprendermelo por ello, ni siquiera a dejarme entrever su disgusto. Sabe que mi mundo está fuera de mí, y que únicamente puedo acceder a él a través de los demás, de los otros, de sus vidas esquivas y sus sueños fragorosos, de sus deseos rotos y sus cuerpos inaccesibles. Esa es la vida que me ha tocado vivir, y si yo la asumo como tal, a ella no le queda más remedio que hacer lo mismo. Por eso tolera mi pecado. Y no sólo eso: también me ampara, me encubre manteniendo el resto de la casa en una oscuridad total: cuando yo miro por la ventana, no hay ni una sola luz a mi alrededor que ose quebrar el vacío y la nada, no existe ningún señuelo que atraiga, ni siquiera por error, la mirada confiada de los huéspedes que al otro lado de la calle me desvelan sus intimidades. A veces pienso que ella también mira a través de los cristales, y que en esas figuras móviles que se nos ofrecen con descuido en realidad ella me está viendo a mí, imagina mis deseos, supone mis miedos, adivina mis ambiciones, reconoce mis defectos y mis virtudes. Aquellos seres ignotos que se mueven como marionetas bajo la tenue luz de una lámpara de mesa le muestran mucho más sobre mí de lo que yo mismo sería capaz de decirle si pudiera hablar con claridad.

No le gusta mi actitud, esta propensión enfermiza a escrutar sin ser visto, a indagar sin permiso en la intimidad ajena, pero la comprende. Y la acepta. Porque es fácil entender a quien ha tenido que renunciar a disfrutar de gran parte de sus sentidos –que es lo mismo que decir a la vida intensa y descomunal– y debe conformarse con caminar a través de un espejismo, lejano e inalcanzable como todos los espejismos. Y ha entendido también que ese es mi verdadero mundo, mi auténtica vida, el universo lácteo en que me muevo, la materia ingente que condiciona y determina mi existencia: la habitación 307, a la que yo llamo en secreto, tal vez como remedo de viejos e imposibles sueños, mi habitación privada.

© Carlos Manzano

El autor:

Carlos Manzano (Zaragoza, España. 1965). Ha publicado la novela *Fósforos en manos de unos niños* (Septem, 2005). Finalista del I Premio Letras de Novela con *Las fuentes del Nilo*. A finales de este año aparecerá publicada su novela *Vivir para nada* en la editorial Mira Editores. Página personal: <http://www.carlosmanzano.net>

EL COMPROMISO

por Rosa de Lera

El tren siempre era puntual. En sus treinta años como maquinista, Arturo nunca había incumplido el horario. Por eso, aquel día el viaje comenzó cuando el reloj de la estación marcaba las doce en punto. Los motores rugieron, hizo sonar el pitido electrónico que sustituía al ancestral silbato de los ferrocarriles antiguos y cerró las puertas. Inició la marcha sentado en su sillón, compañero de tantos y tantos trayectos, pero siempre por el mismo recorrido. Aun así, él cumplía su papel al pie de la letra, sin cometer nunca ningún fallo. Se sentía como un actor de teatro que cada noche vuelve a interpretar al mismo personaje y a recitar los mismos diálogos. Pero a él no le importaba. Disfrutaba con su trabajo.

Le encantaba ir mirando el paisaje, que ya conocía perfectamente: sabía dónde estaban los montes, un pueblo lejano, las antiguas fábricas antes de la primera parada... También le eran familiares los pasajeros habituales, como la señora mayor que llevaba un paquete en sus rodillas que él imaginaba que sería un pastel para sus nietos o el cansado ejecutivo que volvía a casa después de una larga jornada de trabajo. Se había acostumbrado incluso al traqueteo del tren sobre las vías, los crujidos en las curvas y el chirrido de los frenazos al llegar a su destino. Todos esos ruidos habían pasado a formar parte de él.

Pero ese día fue distinto. Arturo intuyó algo al entrar en la cabina, pero lo atribuyó a su incansable imaginación. Ocurrió nada más pasar el túnel. A lo lejos le pareció ver algo blanco sobre la vía. Se asustó al pensar que aquel bulto pudiera ser una persona, así que lo primero que hizo fue pulsar el botón de freno que inmediatamente aminoró la marcha hasta dejar el tren totalmente parado. Sin siquiera informar a los viajeros, abrió la puerta y saltó al suelo. Aunque seguía sintiendo miedo, su curiosidad podía más y le animaba a correr a descubrir qué era aquel extraño objeto. En unos minutos llegó a él y quedó sumamente sorprendido al encontrar un cisne ocupando la práctica totalidad de los raíles. Está vivo, pensó Arturo, al observar que se movía y parecía respirar débilmente. Pero había algo que no encajaba. ¿De dónde procedía? y sobre todo, ¿Cómo había llegado hasta allí? El maquinista estaba seguro de que no había ningún tipo de lago o pantano en las cercanías, así que supuso que alguien le habría colocado sobre la vía. Eso no era todo, también llamó su atención un lazo rojo que el animal llevaba atado al cuello y del que colgaba una tarjeta. Se acercó a ella y la leyó en alto: «*Las máquinas acabarán con la naturaleza, TÚ tienes la llave para evitarlo*». Arturo no entendía nada. No obstante, su deber profesional prevaleció y apartó el cisne de la vía, no sin antes guardarse en el bolsillo el papel con la extraña leyenda. Aquel día por primera vez llegó tarde a su destino.

Por la noche, no pudo dormir bien, en sus pesadillas aparecían miles de cisnes que le atacaban a él e intentaban destruir los trenes y arrancar las vías. A la mañana siguiente volvió a su trabajo, pero cuando iba a arrancar el tren de repente en su ventanilla se posó una paloma. De nuevo, portaba un mensaje, que corrió a leer: *Las vías acabarán con nuestro hogar ¡Ayúdanos!*. Pero ¿qué quieren que haga yo?, pensó Arturo. Durante el trayecto, encendió la radio en la que se emitía un debate precisamente sobre la futura ampliación de las vías para aumentar el número de trenes y así trasladar mayor cantidad de viajeros. ¡Eso es!, gritó, ¡tengo que lograr que las obras no afecten al monte!

Cuando volvió a casa miró un mapa de la zona y encontró una ruta alternativa que evitaba tener que talar el bosque, justo donde se encontraban las fábricas antiguas, que hoy permanecían inactivas. Con esta idea, redactó un escrito dirigido al director de la compañía de ferrocarriles pidiendo que cambiaran sus planes en defensa de la fauna y la flora de la zona. Al enviar el sobre, pensaba que quizás no tendría éxito, pero al menos lo habría intentado. Días después se sorprendió cuando desde la compañía le escribieron personalmente para agradecerle su carta e indicarle que tomarían en consideración su propuesta.

Ya en el tren, Arturo miró al monte como había hecho cada día de los últimos treinta años y vio volar a algunos patos en la lejanía, lo que le llevó a deducir que efectivamente había un lago tras las montañas. Se sintió parte de ese paisaje y se dijo a sí mismo que iba a hacer lo posible porque nadie lo dañara nunca.

© Rosa de Lera

La autora:

Rosa de Lera. Periodista y escritora ocasional, nacida en Madrid hace 27 años.

LA APOSTADA

por Julio Blanco García

La extraordinaria historia de «La Apostada» se la oí contar a Luis Buñuel una fría noche de abril de hace muchos años. Nos encontrábamos en Calanda y el maestro, después de felicitarnos por nuestro trabajo en «Romeo y Julieta», quiso que lo acompañáramos la tasca. Una vez allí nos sentamos alrededor de una gran mesa recomida por la sosa y casi inmediatamente se nos agregaron cinco hermanos cofrades suyos, todos como él tocados con holgadas boinas que antaño debieron lucir su negrura con bizarría, pero que después de haber soportado sucesivos soles y lluvias, se mostraban deformes y cenicientas. Mientras comentábamos las incidencias de la representación, una muchachita menuda y oscura que se movía con graciosa ligereza, trajo un porrón de Cariñena y dos bandejas rebosantes de magras cubiertas de salsa de tomate caliente. Durante el festín entramos a comentar algunas historias de amores exaltados y después derivamos hacia otras pasiones desmesuradas. Ya a los cafés, llevada por estas reflexiones, Lucía Pina, nuestra Julieta, afirmó que el amor es el sentimiento más intenso que puede vivir el ser humano. Buñuel, fijando en ella sus ojos como faros, le corrigió comprensivo:

–La pasión por el juego puede ser más poderosa que el amor.

Como viera asomar en nuestros rostros cierta incredulidad, nos relató una historia que había sucedido en Méjico seis o siete años atrás y que voy a tratar de contar tal y como lo hizo él.

Puede decirse que Gaudencio Salinas, el protagonista, era un hombre afortunado. Joven aún –no tendría mas de treinta años–, había conseguido acceder a la gerencia de una empresa de importación de Acapulco y había casado con Patricia Moon, una hermosa hembra de poco más de veinte años. Ella había nacido en El Espinalillo y los hombres del pueblo la conocían como «La Chula» y «La Bien Parida». En las fiestas del pueblo cantaba «La Macorina» con recia voz y pícaro gesto, mejor que la mismísima Chavela, a decir de algunos. Y si muchos suspiraban por acariciar sus generosos pechos oscuros, algunos más se hubieran encerrado en la jaula de un puma hambriento a cambio de poseerla.

Un día Gaudencio y Patricia, salieron de Acapulco y al anochecer llegaron a su residencia, levantada en lo mas alto de El Espinalillo. En la entrada se despidieron. Ella se metió en la casa. Gaudencio, como hacía todos los sábados, aparcó y caminó calle abajo hasta dejar atrás la zona residencial. Se introdujo en el barrio viejo, allí donde la vida de una persona valía lo mismo que la de un bicho y atravesó callejas alfombradas de barro resequido en las que envueltos por el humo de guisotes y el hedor de orines se maridaban gentes de diversas calañas y animales domésticos de todas las especies. Pronto llegó ante el viejo palacete rosado sobre cuya puerta se apoyaba un desconchado rótulo. Al leer «La Revancha» y escuchar, lejano, el bullicio, volvió a sentir la misma ansiedad, igual desasosiego que otras veces. Patricia le recriminaba su maldita inclinación al juego, «preludio de la huída de tí mismo...»

«Puede decirse que Gaudencio Salinas, el protagonista, era un hombre afortunado. Joven aún –no tendría mas de treinta años–, había conseguido acceder a la gerencia de una empresa de importación de Acapulco y había casado con Patricia Moon, una hermosa hembra de poco más de veinte años. Ella había nacido en El Espinalillo y los hombres del pueblo la conocían como “La Chula” y “La Bien Parida”.»

Gozoso de vivir otra vez aquellos instantes excepcionales, sublimes, traspasó la pequeña entrada protegida por cuerdas enchapadas y se adentró decidido en el garito, atraído por aquella música machacona y maravillosa, que se hacía mas intensa a cada paso. En su caminar dejó atrás las rústicas jaulas de madera donde cacareaba incansable la gallería y esquivó la hamaca donde roncaba borracho el vigilante, un homínido maloliente y descomunal... Al llegar al mostrador, embriagado por la algarabía que formaban la música las voces, los agudos gritos y los estridentes silbidos de los

apostadores, y los arrítmicos golpes de los gallos al golpearse contra la endeble valla de madera, hizo una seña al cantinero –igual que Bogart en «Casablanca», matizó Buñuel–, para que le preparase un tequila, el primer tequila de la que, aunque no lo sabía, iba a ser una larga, larguísima noche, mientras los olores a tabaco quemado y a sudor de macho se le metían hasta el último recoveco del estómago. A pocos metros, la intensa y sofocante luz, hechizo de centenares de insectos, caía implacable sobre la arena, iluminando la violenta lidia de dos poderosos gallos. Los apostadores, jóvenes y viejos, jornaleros y señorones, convertidos en camaradas por el paroxismo del juego, se empujaban unos a otros contra la valla para ver mejor, a la vez que alentaban a las fieras. Detrás, tragados por la penumbra, los mirones se arremolinaban tratando de no perderse las vicisitudes de la pelea.

Gaudencio no tardó en apostar y lo hizo como siempre, con señorío, como bendecido por la resolución del torero al entrar a matar. Mas la fortuna no quiso acompañarle y al rato no le quedaba ni un centavo. No era la primera vez que le sucedía y sabía lo que era salir de un mal paso, por eso siguió apostando. Pero volvió a perder, esta vez el reloj de la empresa, el anillo de casado y un grueso sello de oro, regalo de su querida madre. La suerte nunca le había sido tan insistentemente esquiva, pero seguro de sí y dando por cierto que no hay mal que cien años dure, brindó en apuesta la ropa que vestía. Sorprendentemente nadie aceptó el reto. Ninguno de los presentes deseaba poseer su elegante camisa de seda ni su traje de corte inglés impecable o sus finos zapatos de factura italiana... ¿Qué sucedía...?, se preguntó. ¿Es posible que en aquel guariche nadie le admirara y le tuviera en consideración...? Comenzó a sentirse levemente mareado y se apoyó en la valla durante dos o tres segundos, mientras los presentes se desentendían de él. Aquello era demasiado: él, Gaudencio Salinas, era joven, apuesto y sobre todo, un triunfador. La indiferencia de aquellos miserables hizo que el menosprecio penetrara a oleadas hasta lo más hondo de su alma y que acudiera a su boca un sabor amargo y asqueroso que amenazaba con cortarle la respiración...

–¡Va mi mujer! –gritó como si la vida le fuera en ser escuchado.

El silencio se hizo tan profundo que comenzaron a oírse las explosiones de los insectos al socarrarse contra las ardientes bombillas.

–¡Es una buena hembra, maldita sea! ¿Es que no tenéis cojones...?. –bramó con el rostro desencajado por la ira.

La mestiza Patricia Moon, también conocida por los hombres del pueblo como «La Chula» y «La Bien Parida», que cantaba «La Macorina» como una Venus encelada, era una hembra auténtica, una hembra como Dios manda –aquí don Luis, olvidándose de las mujeres que le escuchaban, nos hizo un guiño de complicidad a los varones que le rodeábamos–. Por eso, porque era una hembra de padre y muy señor mío, no extrañó que «El Tuerto» solicitara aclaraciones.

–Cincuenta billetes tienen la culpa. Si ganas, gozarás de ella el resto de la noche –puntualizó Gaudencio.

Al escuchar la propuesta, nadie supo por qué, al Tuerto le asaltó un reír histérico. Durante varios minutos rió tan brutalmente que parecía haber enloquecido. De pronto se le rompió el aliento y quedóse inmóvil, con la retina de su único ojo estúpidamente fija en el rostro de Gaudencio y un rictus de incredulidad grabado en sus labios. Al verle así alguien reclamó la presencia de un sanitario y al no aparecer ninguno, propusieron llevarlo al hospital, aunque todos estaban de acuerdo en la índole de su dolencia: la posibilidad de retozar una noche con «La Chula» estaba matando a aquel desgraciado. El general desasosiego disminuyó un tanto cuando el infeliz reaccionó con un acceso de tos bronca y convulsiva, tan ruidosa y violenta que todos esperaban que de un momento a otro el corazón le saliera disparado por la boca. Después de algunos minutos interminables, cuando dejó de toser, todavía atolondrado, se desabrochó los botones de la sucia guayabera, miró a Gaudencio con insolencia y aceptó la apuesta tan gozoso como si la virgen de Guadalupe y santa Lucía, las dos al unísono, le hubieran restituído el perdido y tan añorado órgano. Seguidamente y a la chita callando, el diputado don Melquíades y el capataz de un negocio de portes por Sierra Madre, Irineo «El Negro», siguiendo los pasos de «El Tuerto», se embarcaron también en la seductora aventura. Gaudencio, sin saber por qué, tragó saliva al advertir la mirada brillante y los labios inflamados de sus tres rivales, pero luchador siempre, abortó aquel brote de duda eligiendo por paladín a un gallo de dorado cuello, fuerte pecho y refulgentes garras, un gallo victorioso en mil peleas...

Los dos soltadores susurraron instrucciones al oído de sus respectivos bichos, que los animales parecían comprender, y cuando el juez lo permitió los dejaron caer sobre la arena ensangrentada. Frente al viejo gallo elegido por Gaudencio, un polluelo de espinazo y alas verdes tornasoladas y pecho y abdomen encarnados, muy semejante a un quetzal, comenzó a moverse vacilante y temeroso, procurando que su enemigo no se le acercara demasiado. Pero éste, prepotente, comenzó a cerrarle el paso tensando las alas, brincando a su alrededor y lanzándole picotazos bajo la cresta y en el lomo, hasta que lo acorraló contra la valla. Cuando lo tuvo a su merced fijó la mirada en los asustados ojos y se arrancó con las patas tensas, las garras abiertas como las fauces de un tiburón y la navaja ganchuda del espolón izquierdo presta a hundirse en la carne tierna de su rival. Pero el pollito, haciendo gala de una inesperada sangre fría, se dejó caer de un lado y cuando lo tuvo a su alcance lanzó una increíble y feroz estocada contra la yugular de su enemigo. Un salpicón de sangre, negra premonición, cubrió la pechera de la rica camisa de Gaudencio e hizo surgir exclamaciones de sorpresa y gritos exaltados de las gargantas de los concurrentes.

* * *

Don Melquíades se acercó perezosamente a la ventana y miró hacia la calle, iluminada por artísticas farolas de forja. Ni un alma. Solamente la luna, brillando allá arriba como una inmensa naranja... El asunto que se traía no era precisamente ejemplar y un hombre como él, un defensor del bien común, debía andarse con cuidado y gozar de su legítimo beneficio con discreción, lejos de exhibicionismos, con los mínimos testigos posibles. La envidia o la pena mal entendida podían hacerle perder la reelección. Con tranquilo ademán corrió la cortina y se sentó en el orejero. ¿Qué estaba haciendo ese maldito Gaudencio...?. Mecánicamente se bajó hasta las cejas el ala del immaculado Montecristi. En el pueblo pensaban que no se lo quitaba ni para dormir porque le confería aires de caballero, pero como sucede muchas veces, el pueblo se equivocaba. Nadie sabía que hasta la luz más suave dañaba sus acuosas retinas desde que siendo todavía un chavó enganchó aquella maldita sífilis. Motivos aparte, lo cierto era que el panamá le daba aspecto de gánster de película, una imagen que se ajustaba perfectamente a su última actividad conocida, la venta de armas a los zapatistas de Chiapas, trapicheos que dicho sea de paso le habían servido para acumular una considerable fortuna y gracias a ella ganarse el respeto de los humildes. Sonrió. Desde luego que la vida le había tratado bien, siempre con el santo de cara, y ahora ésto... Aunque bien era cierto que a sus años ya no le llamaba la carne con la intensidad de años atrás, pero «La Chula» no era una hembra cualquiera...

A dos pasos del viejo, tumbado sobre una hamaca de anchas tiras entrecruzadas de piel de ternera, Irineo «El Negro», el «enano hijo de puta» como le llamaban sus subordinados, se relamía porque iba a ser nuevamente el destinatario de la cautivadora sonrisa, los rendidos besos, las lujuriosas caricias de aquella mujer única. Sólo de pensarlo se le erizaba el cabello.

«A dos pasos del viejo, tumbado sobre una hamaca de anchas tiras entrecruzadas de piel de ternera, Irineo «El Negro», el «enano hijo de puta» como le llamaban sus subordinados, se relamía porque iba a ser nuevamente el destinatario de la cautivadora sonrisa, los rendidos besos, las lujuriosas caricias de aquella mujer única. Sólo de pensarlo se le erizaba el cabello.»

En el otro extremo de la habitación, alejado de sus dos compinches, consciente de las diferencias de clase que los separaban, Filera se limpiaba las enlutadas uñas con un largo y delgado estilete. A pesar de su experiencia en la fabricación de armas de fuego había sido un hombre trabajador y honesto, un hombre de paz, lo que se dice un buen hombre, hasta el aciago día en que golpeando hierro al rojo, una esquirla se le incrustó en el ojo izquierdo y tuvieron que vaciarle la cuenca. A partir de entonces su

aspecto comenzó a despertar repulsión en las mujeres y a provocar la mofa de los hombres, y eso con el paso del tiempo terminó por envenenarle la sangre y convertirle en un ser violento y solitario, hasta tal punto que últimamente sólo se relacionaba con los del pueblo los sábados por la tarde, en el palenque. Y de mujeres, ni hablar. No había gozado de su olor más íntimo desde que meses atrás se encamó con aquella desdentada previo desembolso de un buen puñado de pesos. Nunca hubiera pensado que la suerte le tenía reservado tan goloso premio... Ahora se sentía un privilegiado porque iba a yacer con la hembra de los pechos oscuros, la más hermosa de la comarca, y además sin soltar un

centavo.

–Seré el primero... –espetó con señorío el diputado.

«El Negro» carraspeó.

–Discúlpeme, pero no estoy de acuerdo, don Melquíades, dicho sea con todo el respeto del mundo. Lo más prudente es que el primero sea yo porque tuve intimidad con ella antes de que desposara con ese necio. El mutuo conocimiento carnal que nos tenemos suavizará su rebeldía inicial y ustedes podrán acceder a ella con más...

–En este negocio no admito jerarquías –terció «El Tuerto», mirando desafiante al diputado; luego se dirigió a «El Negro»–. Y si opone resistencia me importa un carajo: el placer será mayor.

Sin esperar adhesiones metió la mano en la abertura de su guayabera y extrajo dos grandes dados de marfil renegrado.

–El primero saldrá de aquí.

Cerró la mano y miró alternativamente a don Melquíades y a «El Negro». Una vez elegida cifra, «El Tuerto» llevó el puño a la entrepierna. Por unos segundos lo mantuvo en tan curiosa posición, hasta que de repente comenzó a frotarlo convulsivamente contra su sexo mientras emitía un ininteligible sonido semejante a una invocación, para concluir arrojando violentamente los dados contra el zócalo.

* * *

Al otro lado del muro, Gaudencio, con vacilantes palabras, había tratado de hacerse comprender. Al fin, consciente de la humillación que estaba viviendo, él, un triunfador, calló, chasqueó la lengua con fastidio y agarró el vaso de vidrio tan bruscamente que parte del tequila salpicó la tapicería del diván. De un trago, como si fuera cicuta, bebió el líquido y los cubitos de hielo tintinearón contra el cristal, poniendo sonoridad al crispado silencio que los envolvía. Tampoco ese trago, el sexto o séptimo de la noche, hizo desaparecer la ira impregnaba su corazón y la tremenda amargura que se había aposentado en su garganta.

–¿Tan poco te importo? –inquirió Patricia con un punto de incredulidad en sus hermosos ojos negros.

Gaudencio no contestó. No podía contestar porque, hombre inteligente a fin de cuentas, advertía la contradicción existente entre lo que le estaba pidiendo y la respuesta que ella esperaba.

–¿Acaso crees que soy de tu propiedad? –le increpó nuevamente la muchacha–. ¡Contéstame! Hijo de la chingada...

Él no se merecía aquel trato ni por su categoría social, que todo el mundo reconocía, ni tampoco por el sagrado vínculo que le unía a aquella mujer. No era justo, desde luego, no era justo que actuar con hombría conllevará tanto sacrificio, tanta humillación. Sin embargo debía callar, callar como un muerto. Ojo, debía callar, pero eso no significaba sentirse culpable. Nada de bajar la cerviz, un hombre nunca debe rebajarse ante una mujer. Hubiera sido tan fácil echarse atrás en el palenque, se dijo, pero inmediatamente desechó aquel mal pensamiento: echarse atrás cuando has apostado denota miedo y un hombre que se precie no puede adquirir patente de cobarde. Eso es, ¿por qué no?. Tenía que explicárselo así a Patricia, tal y como lo sentía, con naturalidad, sin aspavientos ni falsos arrepentimientos. Pero no en aquel momento porque se sentía incómodo y estaba lleno de tequila hasta las cejas. En todo caso pasadas unas horas, pagada su deuda, cuando todo hubiera acabado, hablaría sosegadamente con ella. Seguro que cuando le explicara sus razones, Patricia sabría disculparle.

–¡Eres un cornudo, maldita sea tu estampa! –le increpó la muchacha, arrojando el anillo de casada, que rodó por encima de la mesa hasta estrellarse contra el vaso de vidrio–. ¡Apáñate! No voy a ser la moneda que sirva para saldar tu deuda.

Se dirigió hacia la salida y quiso girar el frío pomo pero la puerta se le vino encima y por el umbral se colaron tres pares de garras enfiebridas que la sujetaron, la arrastraron y la arrojaron violentamente sobre el sofá. Allí, a pesar de su corajuda resistencia, le arrancaron todas las prendas que la cubrían, dejándola tan desnuda como cuando vino al mundo. Gaudencio, que no había perdido detalle, imaginó

lo que iba a pasar: la forzaría su antiguo pretendiente, aquel rencoroso hijo de puta; también la tomaría el Tuerto, quien a buen seguro llenaría su sexo de pringue; y por último el diputado, sin destocarse siquiera de su cursi panamá, montaría sobre su moreno vientre y lamería despacio, con reprimida ansiedad, sus copiosos y hermosos pechos oscuros, sus negros pezones, su fecundo y perfecto vientre de virgen azteca. No pudo resistirlo. Como impulsado por el brazo de un titán, se incorporó y se interpuso entre su mujer y aquellos condenados. «El Tuerto», sorprendido, retrocedió trastrabillando e hizo caer al suelo a don Melquíades, mientras Irineo «El Negro» trataba de mantenerse erguido. Creyendo que aquellos cobardes saldrían corriendo, Gaudencio les dió la espalda, cogió una manta y comenzó a cubrir el cuerpo desnudo, ese adorado cuerpo que era suyo, ahora se daba cuenta, y debía seguir siendo exclusivamente suyo.

–¡Cuidado...!.

Se volvió para ver surgir de entre las sombras el gélido ojo que se acercaba. Atrás, los dos compinches observaban espantados. Cuando el mutilado rostro se situó a un palmo del suyo sintió un levísimo impacto en el pecho y un calor fue abriéndose paso suave y limpiamente hacia su corazón. Mientras caía, en su alma derrotada retumbaba la pícara, la subyugante voz de Patricia: «Pónme la mano aquí, Macorina, pónme la mano aquí...».

Llegado este momento, Buñuel sonrió con ese gesto sardónico tan suyo.

–Al día siguiente, en la casa encontraron los cuerpos sin vida de los cuatro hombres.

Consciente de la expectación que había despertado, cogió el porrón, lo elevó por encima de su cabeza e inclinó el pitorro hacia su boca. Después de un soberbio trago se limpió los labios y prosiguió.

–Días mas tarde el juez que llevaba el caso interrogó a algunos vecinos del pueblo, pero todos dijeron no saber nada. Trató de conseguir el testimonio de la viuda de Gaudencio, pero fué inútil: los agentes judiciales no la localizaron ni en su residencia de El Espinalillo ni en su casa de Acapulco. Al cabo de unos meses el juez se vió obligado a cerrar el caso –el maestro sonrió otra vez–, no sin antes dejar constancia de que el móvil del múltiple crimen era un ajuste de cuentas entre traficantes de armas. ¿Sabéis qué le llevó a pensar eso? Las profesiones de los difuntos: un diputado zapatista, un herrero experto en montar armas de fuego, el capataz de una empresa de postas por Sierra madre y el gerente de una empresa de importación de metales... ¡Para confiar en la justicia! –y rió de buena gana, exhibiendo sus incisivos superiores–. La historia es verídica, no se trata de un parto de mi mente –dijo con repentina severidad, mostrándonos un sobado recorte de periódico donde se recogía una fotografía de la hermosa mestiza y buena parte de cuanto nos acababa de relatar–. Estoy trabajando en un guión y no descansaré hasta haberlo filmado. Me atrae el personaje de ese hombre que teniéndolo todo sucumbe ante dos impulsos más vigorosos que la razón. Pero aún más me fascina esa hembra capaz de acabar con la vida de tres hombres para vengar la muerte de su amado. Porque Patricia Moon no mató por defender su honestidad. Lo sé de buena tinta...

Sonrió divertido y volvió a beber del porrón.

–Tres años después de la matanza, mes arriba o abajo, cuando estrenaron en El Espinalillo aquella película mía que tanto había gustado en el festival de Cannes, alguien advirtió que la muchacha morena, de grandes pechos y de tristes ojos negros, aquella que interpretaba tan magníficamente el pequeño papel de novia violada, se parecía bastante a «La Apostada». Sin embargo, se entendió comúnmente que no debía ser ella porque ni en los carteles de crédito ni en la relación de intérpretes figuraba el nombre de Patricia Moon. Y el maestro volvió a sonreír con aire misterioso....

© Julio Blanco García

El autor:

Julio Blanco García. Nació en 1945 en Barcelona, y reside en Zaragoza desde 1948. Escritor de relato y teatro y conferenciante, es secretario general de la Asociación Aragonesa de Escritores. Ha sido distinguido con el Premio Extraordinario Fin de Carrera de la Escuela Social de Zaragoza de 1978. También con el Premio de Ensayo e Investigación de la Delegación del Gobierno en Aragón de 2003 por su estudio sobre el *Banco de Aragón*.

UN HOMBRE EN LA LUNA

por Amelie Olaiz

Vivimos el acontecimiento con las manos sudorosas, las caras azoradas y los ojos fijos en una televisión a colores que papá compró ex profeso para ver al hombre conquistar la luna. Una *General Electric* con antena de conejo y perilla para cambiar los canales. Desde el miércoles en que iniciaron los preparativos del despegue no pudimos despegarnos de la tele. Mamá y papá hablaban de lo importante que sería la llegada del hombre a la luna, aseguraban que en ese viaje recogerían información valiosísima para la humanidad y que el universo entero cambiaría a partir del momento en que el hombre pisara la luna. Después vendrían viajes a Marte, Júpiter, Andrómeda y finalmente el contacto extraterrestre. Esos argumentos, nuestro gusto por observar el cielo y los datos que obteníamos del programa «Perdidos en el espacio», tenía a mi familia en un estado de excitación constante. Por buscar más noticias sobre el Apolo cambiábamos de canal hasta agotar la paciencia de mi padre.

—¡Dejen la tele en paz, carajo!, la van a tronar.

Obedecimos. Ya nadie la volvió a apagar. En la noche las imágenes flasheaban iluminando los muros hasta que la programación terminaba y una luz grisácea acompañada de ruido constante y monótono llenaba el silencio de la noche.

Jorge, mi hermano, que no era de buen dormir, se acostumbró desde entonces a pasar la noche en el sofá frente a la tele. Se arrullaba con ella. Nadie la apagaba para no despertarlo.

Los primeros vestigios de telemanía se originaron los sábados después de cenar, con la serie «Perdidos en el espacio». Odiábamos al doctor Smith mientras la admiración por Will Robinson aumentaba. El monitor ejercía un efecto hipnótico paralizador. Sólo mamá podía contestar el teléfono, traer el cafecito de papá o un vasito de coca cola para alguno de mis hermanos. Cuando se sentaba a zurcir calcetines, suplicaba que la ciencia avanzara al ritmo de la ficción, para tener en casa un robot que hiciera las labores domésticas.

—*No es computable* —contestaba papá remedando al robot.

Mamá tampoco escapó al embrujo de la pantalla chica, como ella prefería la comedia a la ciencia ficción, cuando pasaban «*I love Lucy*» no atendía ni al bebé. En ese tiempo aún encendía el monitor para ver un programa y lo apagaba cuando terminaba. Después descubrió que los anuncios también podían ser divertidos. Así se unió un programa con otro, hasta que poco a poco la tele se volvió un compañero parlanchín, y mi familia un conjunto de orejas y ojos que giraban en torno de ella.

A papá la tele lo atrapó por su mayor debilidad: el deporte. Después de las Olimpiadas de 1968, juró que no volvería a pisar ni el Azteca.

—Nomás pasa uno penurias en los estadios. Tanta gente me choca, puras bolas. Se ve mejor por tele. Aquí tengo butaca preferencial para cualquier deporte. Cómodo, tranquilito, con mi botanita y sin bronca.

Los domingos él era el dueño de la perilla.

Aquel miércoles del despegue me tiré sobre el pasto para mirar el cielo. Estaba segura que el Apolo pasaría por encima de mi casa. Ni usando los binoculares descubrí vestigios.

—Es que Florida queda muy lejos, hijita, mejor velo por tele.

Lo mejor, lo más importante ya no pasaba en la calle; sucedía por tele. Yo no me explicaba como podían llegar las imágenes por un cable. Intenté cortarlo con un cuchillo pero mamá me atrapó en la maniobra. Así que a pesar de gritos y sombrerazos de mis hermanos, me acercaba con una lupa para ver en la pantalla como se formaban, con tres minúsculos colores, todas las imágenes.

El domingo 20 de Julio de 1969 el hombre pisó la luna y en casa había no sólo expectación sino también una crisis por el control de la perilla.

–Tendrás que comprar otra, Viejo.

–Ahí tienen las blanco y negro para que no se peleen, mujer.

–Pero ya nadie quiere verlas más que yo.

–Es que tú no ves la tele Mami, la usas como radio.

La familia entera estaba en casa para ver al *Eagle* separarse del módulo de control y alunizar en el Mar de la tranquilidad. Sin separarnos demasiado de la tele a colores, hicimos escafandras con cajas de cartón y mica. Las veíamos casi iguales a las de los astronautas. Mamá descolgó el teléfono y dispuso sándwiches de jamón y queso, refrescos, jugos, café y leche para no perderse un segundo del acontecimiento del siglo. Jorge, medio acostado en el sillón con la vista fija en la pantalla, nos avisaba de cualquier imagen digna de verse. Los astronautas sólo comían píldoras y una especie de paté que salía de una *duya*. Apreciamos la vista de la tierra desde la luna en transmisión directa y a todo color. Vimos detalles sobre la confección de los trajes espaciales. Nos interesamos en el entrenamiento para desplazarse sobre un planeta con menor fuerza gravitatoria. Vimos a los astronautas, mientras trabajaban, flotar junto con objetos diversos en la cabina. Jorge, que ya se sentía científico espacial, dedujo que pipi y popó flotaban también por toda la nave. Cada detalle era importante y no queríamos perdernos un instante de información.

No vimos alunizar al *Eagle*, no lo transmitieron, sólo escuchamos las voces. Yo retorcí mis manos y en mi estómago había algo parecido a esa sensación que me invadía antes de los exámenes de gramática. Instantes eternos. Frente a la ventana del universo: la tele, Neil Armstrong abrió la compuerta de la cabina. Vimos la superficie lunar y la huella humana que dejó su bota. También lo escuchamos decir: «*Es un pequeño paso para el hombre, pero un gran salto para la Humanidad*». Papá y mamá tenían los ojos llenos de lágrimas y a mí se me contagió el sentimiento.

–«*No temáis, Smith está ahí*». –decía otro de mis hermanos parafraseando nuestra serie favorita.

Mientras los astronautas recogían piedras lunares, yo pedía respuestas sobre aquella luz que los había maravillado cuando Houston insistía en cambiar de banda.

–*Go, Tango, Tango!*

No entendimos lo que sucedió en aquel momento, sólo escuchamos las voces agitadas de los astronautas, sorprendidos ante un fenómeno luminoso que no comprendían y que a los televidentes nos dejó en ascuas. Supuse que después la tele informaría sobre ese evento y por supuesto sobre los hallazgos lunares. Nunca supe nada más.

Quizá fue entonces cuando aparecieron los primeros huecos de información en mi vida. Vacíos que se irían ocultando con nuevos programas y eventos. Lo real y lo ficticio peladito y en la boca, para un espectador que, rebasado de información, perdía la línea divisoria entre ambos. Descargas informativas que a su vez también dejarían nuevos vacíos donde la duda no cabe, porque no hay tiempo para ella. Y que paulatinamente harían surgir espectadores dispersos, saturados de datos discontinuos, variados, disímbolos. Devoradores de imágenes, desesperados por más, incapaces ya de concentrar la atención en la simpleza de lo cotidiano.

Veinte años después, durante un día de ocio en Houston, mi padre y yo visitamos el *Johnson Space Center*. Conocimos el centro de control, desde donde Houston se comunicaba con los astronautas. Nos impresionó su tamaño. Era mucho más pequeño del que vimos por tele.

–La televisión engaña –comentó mi padre al ver el espacio real.

Pasamos después a la sala donde estaba el módulo lunar *Eagle*. Absortos, lo rodeamos para observarlo.

–Parece que lo forraron con papel aluminio del que usa tu mamá en la cocina –comentó al fin papá.

–¿Es éste el verdadero *Eagle*?

–No –dijo en español un guardia del museo– es una copia exacta. Después de que los astronautas regresaron al módulo de comando, el *Eagle* fue estrellado deliberadamente contra la luna para una prueba de señales sísmicas.

–Eso es mentira –dijo mi padre– ese módulo lo estrellaron porque ya no les servía. No podían volver con él. Era basura.

El guardia levantó los hombros y siguió su camino.

El *Eagle* era un artefacto de aspecto frágil. Tenía patas como de chapulín y la cabina parecía hecha con cajas similares a las que usamos para hacer las escafandras en 1969. Medía aproximadamente 7 metros de alto y 10 de diámetro. Este último lo calculamos con pasos largos. Eso que teníamos enfrente era una «copia exacta» del que había alunizado hacía veinte años. En el techo, sobre nuestras cabezas, estaban suspendidos maniqués con trajes de astronauta que simulaban flotar en el espacio. Vimos piedras lunares, fotografías espaciales, artefactos usados en la conquista de la luna. Nada sobre aquella luz.

La tienda del museo era paso obligado. Compramos una calculadora alimentada por energía solar y algunos libros pensando que la aeronáutica sí podría interesarle a mi hermano Jorge. Él, si la tele no esta encendida se siente sólo, perdido en su propio espacio. Vive en la luna, clavado en las imágenes televisivas día y noche.

Antes de salir vimos un módulo de información. Tenía muchas preguntas en mente pero tenía que concretar una. No había tiempo, el *bus* esperaba y yo necesitaba una respuesta.

–Señorita, díganos por favor qué es lo más importante que aportó a la humanidad la conquista de la luna.

–Los pañales desechables –dijo la señorita que tenía un vientre de seis meses de embarazo.

Papá y yo nos miramos. Luego soltamos una carcajada que mal disimulamos y que turbó a la mujer. Con cara de indignación sacó un folleto con el logotipo de la Nasa: «*Benefits from Apollo*».

–No muchas personas pregunta esta información, yo sacar *copys* para ti. *Wait a minute, please*.

Al salir del museo me fui hojeando los papeles mientras caminábamos bajo el sol de mayo. Ya en el *bus*, de regreso al hotel, revisé con calma el documento.

–Te adueñaste de las copias hija. Ya dime cuáles son los beneficios.

–La captación de energía solar y los zapatos que uso para correr. ¿A que ni lo habías pensado?

–No, pero ahora que lo dices me parece lógico. ¿Dice algo sobre aquella luz maravillosa? Cuando cambiaron de banda, «*Go, Tango, Tango*», lo que te interesaba tanto, ¿recuerdas?

–No, de eso nada. Nada.

–¿Qué más?

–La tomografía computada, la purificación de agua con iones y los relojes de cuarzo que sólo se atrasan un minuto al año, ¿qué tal?

–Interesante, ¿no?

–¿Cuánto crees que se gastó en el proyecto Apolo? En todos los Apolos.

–Ni idea

–La galáctica suma de 250 millones de dólares.

–¿Habría valido la pena?

No hablamos más. Papá recargó la cabeza en el asiento y cerró los ojos. Sudorosa, con la ropa pegada al cuerpo y los recuerdos que se evaporaban dejándome vacía, me dejé seducir por el aire acondicionado del *bus*.

Al llegar al hotel lo primero que hicimos fue prender la tele.

© Amelie Olaiz

La autora:

Amelie Olaiz. Escritora mexicana. Estudió Diseño Gráfico en la UIA. Cursó la Maestría en Diseño Industrial en la UNAM y el diplomado de Creatividad en la UIA. Estudia filosofías orientales desde hace más de diez años. Su trabajo se ha publicado en *La jornada*, en "El Ángel" de *Reforma*, en libros de texto en México y Chile, en el libro *Ciudadanos* de *Ficticia* y en varias antologías virtuales. Publicó *Piedras de Luna*, libro de mini cuentos, que ahora se reedita en España.

FLORES, SEÑOR...

por Matías Candeira

Esta es una noche que se rompe poco a poco. Las estrellas parecen ovejas de neón, criaturas muy antiguas, insultando a los cometas. Allá afuera, sobre todas esas cosas de la ciudad – las muertas, las verdaderamente vivas, las cañerías de hierro, los perros, los alientos pacíficos– sólo se escucha *flop, flop*, y eso le preocupa a Androniev, el primer consejero. Mientras anda hacia el palacete, oye a los aviones pasar por encima de los edificios a una velocidad endiablada, el chirrido lejano de sus panzas al abrirse, la carga que cae, silenciosamente, y se posa en el suelo.

Flop, flop.

De algún modo, es espeluznante oírlos.

Están en la ciudad, están muy cerca, puede que ya sea tarde, y qué cosa tan horrible es pensar eso.

Antes de entrar en el palacete, a Androniev se le encoge el estómago al observar que los montículos de flores están empezando a hacer bulto en las calles. ¡Montones pequeños de tulipanes amontonándose en las puertas! Un poco más allá, regueros de gladiolos que caen poco a poco de algunos tejados. Ahora coge una margarita de un montón que hay junto a la gran entrada del edificio, y al mirarla, se queda pensativo de nuevo.

Vaya, es inaudito.

Cuando llega al baño hay un diminuto haz de luz que sale de la puerta. El señor X está ahí, como todas las noches, enjabonándose. Qué hombre, siempre limpio para arreglar las cañerías del país. Vacila durante un momento. ¿Es conveniente entrar y molestarlo? ¿Realmente está apreciando su propio pellejo de consejero como conviene? Nada. Apenas es el chapoteo del agua lo que se oye al otro lado de la puerta. Pero al entornarla descubre a Mr. X apuntándole a la cabeza con un revólver.

–Te he dicho millones de veces que la pena por interrumpir mi hora del baño es la muerte –dice–. Espero que sea importante.

–Señor... Nos están bombardeando.

–¿Cómo?! –exclama Mr. X, y deja de enjabonarse las axilas–. Eso es imposible.

–Sí señor. Yo diría que están enfadados por algo. Pero no me pregunte el qué porque no podría decírselo.

–¿Tú oyes a la gente gritar? ¿Un muro que cruja? ¿Alguna madre melancólica llamando a su bebé perdido?

–Señor, si me escucha verá que...

–¡Bombas! Menuda estupidez. Piénsalo bien. Necesitarían un motivo importante, amigo mío, las bombas no se lanzan así como así. Hay que tener aptitudes. ¿Tú sabes lo que son las aptitudes?

–No son exactamente bombas, señor.

–Más te vale explicarte, chico, o de lo contrario...

–Están lanzando flores.

Saca la margarita del bolsillo y se la enseña.

–¿Flores?

–Oh, sí señor. Flores, muchísimas flores.

Su jefe vuelve a recostarse en la bañera, pensativo, muy pensativo. Algo tiene en los ojos que le hace estar así, de eso está seguro Androniev, como un antiguo recuerdo que fogonea durante un momento y empieza a moverse por su cabeza a toda velocidad. Nunca le había visto como ahora, dejándose henchir por el silencio, porque él siempre está mandando, y tiene una voz que vale tanto para pedir que

vuelvan a calentar la sopa –esos días fríos, con mugidos de vacas afuera–, como para ordenar que le corten los pulgares a un hombre que se niega a hablar. Eso es, quizás, lo que más le gusta del señor X. Una habilidad fantástica.

–Señor –dice Androniev–, ¿qué le parece si empieza por ponerse su uniforme?

Vaya, el jefe ni siquiera ha echado un ojo al uniforme militar que está sobre una silla. Las medallas brillan un poco en la penumbra, y eso a Androniev le excita de un modo –podría jurarlo– que ni siquiera atina a explicar. Pero en vez de hacerle caso, Mr. X sale de la bañera y comienza a ponerse su esquijsama. Es una prenda liviana, de color azul, con parches de felpa para los pies.

–Señor, su uniforme –apremia el consejero.

–En este momento, Androniev, te pediría que lo dejaras donde estaba.

–Pero señor... Mire qué bonito es. –Androniev tira un poco de las costuras, como si fuera un auténtico vendedor de telas–. Quítese su esquijsama, haga el favor. Así es imposible dirigir los destinos de los hombres. ¿Se imagina usted a Dios creando el universo en batín? Claro que no, se lo digo yo, una persona que le aprecia.

–Gordo –dice Mr. X–. Me hace gordo. Parezco uno de esos hombres enormes que se exhiben en los circos. Es más, ¡soy como una lámpara de araña con todas estas condecoraciones!

«Su jefe vuelve a recostarse en la bañera, pensativo, muy pensativo. Algo tiene en los ojos que le hace estar así, de eso está seguro Androniev, como un antiguo recuerdo que fogonea durante un momento y empieza a moverse por su cabeza a toda velocidad.»

–Mire, señor: aquí, en nuestro rico y próspero sistema de poder, no entran en juego las gorduras o las obesidades. Usted está realmente irresistible de uniforme. Trabajar en esquijsama, ¡valiente idea! ¿Sabe de alguien que trabaje por el pueblo –es más, ¡por la humanidad!– en esquijsama? Y con un bombardeo de flores ahí fuera, nada menos.

–Lo que dices no es justo. A ver, déjame pensar en los grandes hombres.

–Nadie, señor. No recuerdo que ninguna persona importante haga tratos con la Historia vestido de esa facha, y usted es importante, claro que sí.

–Te repito que en este momento encuentro insultante la prenda.

–¡No diga eso! ¡No se atreva! Si me permite que se lo diga, está usted mucho más guapo con esas medallitas en el pecho. Todas las señoras le miran con ojos de nutria enamorada. ¿A usted no le gusta que le miren? ¿No le agrada, por poner un ejemplo, que un millar de mujeres hacendosas le nombren en sus fantasías?

–Ya basta –dice Mr. X–. Un tentempié, eso es lo que necesitamos. ¿Qué importan unas malditas flores a estas horas de la noche?

–Sí, señor, importan. Creo que no es tan sencillo. Mire, esto no puede traer nada bueno –Androniev agita la margarita–. Y cuando le digo *nada*, hágame caso. Sé lo que me digo.

–Es sólo una flor corriente.

–De ninguna manera, señor. Imagínese: todo el mundo ve esos millones de flores cayendo sobre sus jardines. Es importante, fíjese bien: esas flores que caen y se enredan en las colas de las vacas, o atascan los pozos... O aún peor. Imagine que se sientan frente al fuego de su salón... ¡y le pasan el brazo por encima de los hombros a sus mujeres!

–¿Qué quieres decir?

–Bueno, señor, ya me entiende, que se ponen a recordar otros tiempos.

–Ya veo por dónde vas.

–Se lo diré sin rodeos –Androniev le da unas palmaditas en la espalda–: Si la gente se pone a pensar en la primavera, estamos perdidos. Podemos darnos por muertos, se lo digo en serio.

–¿Y qué sugieres? Porque sugerirás algo, digo yo. Hablar por hablar está muy bien.

–Vaya, estoy muy contento de que me lo pregunte. Mire, creo sinceramente en la utilidad de los tanques.

–¿Un tanque? ¿No es un poco tarde para eso?

–Los tanques son preciosos, e imponen mucho. Pongamos que un Panzer. Qué estupendos serían los Panzer para esta ocasión, ¿no le parece?

–Estoy harto. Siempre sacamos los tanques los jueves para asustar un poco a la gente y, en fin, ¿qué hemos conseguido hasta ahora?

–Resultados a largo plazo, piénselo, no es algo que se consiga de la noche a la mañana –responde Androniev–. Mire, los echamos a rodar por la avenida principal, le hacemos un boquete a una iglesia –que eso siempre sirve para algo–, y luego, nada más sencillo: telefoneamos a los de las baterías anti-aéreas y que ellas se encarguen de hacer caer a esos pajaritos de hierro. Si le parece, puedo programar una ejecución pública en cuanto tengamos a alguno de esos pilotos... El sábado creo que va bien.

El señor X se aprieta las sienes, dejándose llevar por las palabras, o mueve la cabeza de un lado para otro, como si oyera gritos. Parece escuchar las flores golpeando los cristales afuera. Androniev va a insistir de nuevo, pero Mr. X le interrumpe.

–No –anuncia–. No pienso hacerlo.

En esta hora triste y minuciosa el aire huele a jardín inglés sin podar, a un recodo de selva, y Androniev mira fijamente a su mentor con un suspiro temblón en los labios, y piensa que son sus ojos, su pupila, quizás, lo que no termina de encajar. Le parece que casi chispean y se inflaman, como si Mr. X estuviera a punto de evaporarse del todo. Piensa y piensa, no hace otra cosa. Es así como ocurre.

Puedes mirar a los ojos de un hombre, de pronto, y saber que ya nunca volverá a ser el mismo.

Entonces, de forma repentina, su jefe empieza a andar en dirección a las escaleras. Tan rápido como puede, Androniev coge el uniforme y corre tras él, y casi le cuesta el precio de su corazón alcanzarlo. Es Mr. X quien va abriendo las ventanas, en mitad de una cabriola, a saltitos, más excitado que un relojero ante un encargo especialmente difícil. Las flores empiezan a inundar las estancias del palacete. Hay gladiolos que rozan los retratos antiguos y por un momento ocultan los ojos de los aristócratas, o allí debajo, rodeando las mesas, cientos de margaritas forman rebaños, versátiles y misteriosos, que a Androniev le dan escalofríos. No quiere que ninguna de esas horribles flores le toque un pelo del cuerpo. Todo va desapareciendo o quedando parcialmente oculto por ellas.

«En esta hora triste y minuciosa el aire huele a jardín inglés sin podar, a un recodo de selva, y Androniev mira fijamente a su mentor con un suspiro temblón en los labios, y piensa que son sus ojos, su pupila, quizás, lo que no termina de encajar.»

Mr. X ha descolgado un cuadro –el retrato de una oveja aristocrática subida en un monolito– y gira la rueda de una caja fuerte, hasta que suena el chasquido. Después mete el brazo hasta el fondo y saca una fotografía amarillenta. Es una mujer, o eso parece. Androniev cree percibir un traje rojo, toda esa piel oscura como chocolate volcánico, y los labios brillantes, capaces de hacer enamorarse a los icebergs de la Tierra. Diría que es una foto peligrosa. Lo afirmaría, incluso.

Están a punto de llegar al gran balcón, así que a Androniev no le queda otra solución que zarandearle, como nunca, mucho más que cuando va a su habitación por las mañanas y le dice, así, susurrándole al oído como una madre blanda y amable, que hay un país al que hay que lavarle la ropa. Ahora le coge del hombro, clavándole los dedos, y le pone el uniforme ante los ojos.

–¡Basta ya, señor mío! Ha perdido usted el juicio.

–¿Te callarás algún día? –dice Mr. X, y le pega un puñetazo que le dobla–. ¿No te enseñó eso tu madre?

Y Androniev se queda allí, en el suelo, agarrándose el estómago. Al fondo descubre a Mr. X apoyado en la baranda, tan quieto que asusta, y apenas se le ven los pies. Las flores caen y caen, mientras él parece incendiarse de felicidad, con su cabeza muy lejos de todo eso, lejísimos. Y pudiera ser que eso que se posa en su pelo sean geranios, y lo de sus hombros, dragonarias. Las dichas flores le llegan

hasta las rodillas, pero no parece importarle. Sólo respira hondo, como a punto de elevarse en el aire helado de la madrugada, y definitivamente, ahora sí, Androniev cree que ha empezado a llorar. Al principio, apenas oye las lágrimas estrellándose contra la masa de flores. Mr. X le mira con sus ojos de piedra oscura. Son unas pupilas profundísimas, en las que uno se puede ahogar, y Androniev ve, aturdido, que se está chupando los lagrimones. Es un llanto seco, sin apenas ruido, de ese tipo de hombres buenos que no hacen escándalo por las cosas que vienen. Es terrible el modo en que se abraza a la fotografía. Descorazonador.

–¡Me acuerdo! ¡Por fin me acuerdo! –grita, y mientras mira la foto vieja parece no encontrar todas las palabras.

–¿De qué se acuerda, señor?

–A ella le gustaba el queso al horno, las truchas, adoraba el campo. ¡Dios mío! Es tan difícil recordar.

–Pero...

–¡Queso al horno! ¡Un mantel de picnic bajo una luna enorme! Tú no sabes lo que es eso –repite, y vuelve a encorvarse sobre esa fotografía extraña.

Entonces Androniev decide marcharse. Va arrastrándose, como puede, hasta la salita de comunicaciones. El asunto es grave, gravísimo, como de no saber por dónde mirarlo, y de pensar mucho, también: Qué ha pasado, madre del cielo, es terrible, *terrible*, me ha pegado, hay que darse prisa.

Todavía lleva el uniforme entre los brazos, y en una fracción de segundo ya no sabe qué impulso de entre todos le hace acariciar las medallas y desear los botones como nunca. Qué maravilla. Es tan hermoso que dan ganas de hacerle el amor sobre la mesa.

De pronto, oye un grito a lo lejos.

–¡Orquídeas! ¡Cómo echaba de menos las orquídeas!

Y después ese gimoteo del demonio.

Un chorro de flores entra por el ventanuco y le da en el rostro. Eso le enfurece tanto que no se acuerda del dolor. ¿Qué va a ocurrir ahora?, se pregunta, y sabe de algo que podría funcionar. Bastaría una llamada para empezar a escuchar el sonido de los tanques en las calles. Una llamada nada más. ¡Un gesto pequeño! ¿Y qué es eso, después de todo? Si ese hombre estúpido no es capaz de ver la realidad de las cosas, puede que no todo esté perdido si alguien hace lo que tiene que hacer. De algún modo, puede que *él* sea ese alguien, y está empezando a tenerlo claro.

Entonces Androniev se encoge al lado del teléfono y marca lentamente. Suspira con el uniforme entre los brazos, ahora, es verdad, acunándolo casi como si fuera un hijo.

Lo mira.

Lo vuelve a mirar.

Y se pone a temblar pensando en cómo, por primera vez, sería llevarlo sobre sus propios hombros, lucirlo como Dios manda, enseñárselo a todo el mundo cuando ganen la guerra.

© Matías Candeira

El autor:

Matías Candeira (Madrid, 1984). Escritor, y estudiante de Comunicación Audiovisual en la Universidad Complutense. Ganador de varios premios literarios, entre ellos: el Concurso Nacional Villa de Periana para Jóvenes Autores, Premio Antonio Villalba de Cartas de Amor, Certamen de Jóvenes Creadores del Ayuntamiento de Madrid, Premio de Cuentos Salvador García Jiménez y Certamen de Jóvenes Creadores de Alcalá de Henares. Asimismo, ha sido finalista de otros tantos: segundo premio en el Certamen Nacional Fernando Quiñones, accésit en el X Premio Mario Vargas Llosa NH de Relato, accésit en el Premio Arte Joven Latina y accésit en el Premio Carlos Casares de Microrrelato. Ha publicado relatos en la antología *Gotas de Mercurio* (Taller de Escritura de Madrid, 2006) y en el segundo número del fanzine *Bar Sobia*. Tres más están incluidos en otra antología, *Parábola de los talentos*, antología de relatos para iniciar un siglo (gens ediciones, 2007). Página personal: "Ni en un millón de años": <http://niunmillon.blogspot.com>

EN AQUEL ENTONCES *

por Moisés Sandoval Calderón

Cuando me dijeron que la tía Gertrudis había muerto sucedió algo curioso. Pensé en unos ojos cerrados, en la verdadera belleza, una rosa roja marchitada lentamente. La pobre tía Gertrudis. La oscura edad. Irse sin dejar un hijo, un valiente. ¿Y dónde quedaría su mirada secreta? Un olor a naftalina penetró en mi mente; el sonido de un leve crujir de telas. Y evoqué la imagen de una larga falda almidonada junto a un montón de libros de páginas amarillentas. Evoqué el roce tenue de unos dedos manchados de añil, el olor a cuero de un enorme sillón y un piano de señorita. Y en ese atardecer neblinoso suspendido en una pertinaz llovizna de enero, desde el fondo de mi alma, como polvo efervescente brotaron una serie de recuerdos que creía olvidados. Entonces sentí unas manos suaves olorosas a jabón, agradablemente secas: sentí a la tía Gertrudis.

¿Era bella? Imaginé ese rostro cuya piel se tendía rojiza, interrumpido por una nariz respingada y pecosa; en la plenitud de su madurez bien que era hermoso. El pelo largo y rojo. Belleza pelirroja. Existía además en su mirada algo que sugería ser la causa de su absurda soledad: una especie de desamparo y orgullo. Tratando de definir esa mirada, diría algo así como: vanidoso sacrificio. Si es que existiera físicamente y se pudiera describir con palabras.

Cuando me dijeron que la tía Gertrudis había muerto pasé una noche tormentosa. Tuve un sueño en donde volvieron escenas oscuras que me abrumaron en mi adolescencia: visitaba el pueblo de mi infancia. Por alguna causa tenía que ir a mi casa. Llegué, entré. Y de repente me invadió un olor a flores putrefactas y a cera quemada. Tuve la certeza de que ahí se velaba a un muerto. Ideas de cirios y ataúdes.

–Su tía lo está esperando –me dijo alguien.

La tía yacía completamente desnuda sobre la mesa de la sala. De algún modo, un ojo cómplice me invitó a que me acercara a la mesa.

–Le ruego que no intente excitarla, aunque no podría por más que quisiera. Está muerta –y el ojo se cerró en un guiño en señal de complicidad.

Desperté invadido por un miedo cerval.

Cuando me dijeron que la tía Gertrudis había muerto, al otro día me dirigí al pueblo, quería llegar a tiempo al sepelio. En la carretera, los cálidos reflejos del sol flotaban con las sombras vegetales en los cristales del vehículo. Una nube empezó a cubrir el sol lentamente. En aquellos tiempos yo era un muchachón fornido acabado de salir de la secundaria. La tía Gertrudis vivía con un canario en un ala del viejo caserón donde habitábamos toda la familia. Yo la sabía mancillada por un antiguo amor que huyó al enterarse de lo disminuida que había quedado la herencia. Y desde mi corta edad la veía lejana, débil y consumida por un sufrimiento silencioso que adivinaba en su mirada. Por las tardes

«Cuando me dijeron que la tía Gertrudis había muerto, al otro día me dirigí al pueblo, quería llegar a tiempo al sepelio. En la carretera, los cálidos reflejos del sol flotaban con las sombras vegetales en los cristales del vehículo. Una nube empezó a cubrir el sol lentamente. En aquellos tiempos yo era un muchachón fornido acabado de salir de la secundaria. La tía Gertrudis vivía con un canario en un ala del viejo caserón donde habitábamos toda la familia. Yo la sabía mancillada por un antiguo amor que huyó al enterarse de lo disminuida que había quedado la herencia.»

* 1^{er} premio IV Certamen de Relato Almiar / Margen Cero

me dedicaba a observarla desde mi ventana, veía su sombra cruzando los amplios ventanales. Ella, ella, sombra suave, ojos suaves. ¿Qué es ella? Robada. Dejada. Yo tan solo aquí. Una pared de por medio. Blancos senos de rojizos pezones. ¡Oh! Acaríciame y unamos nuestras soledades. Yo triste también. Estoy quieto, agitado, mirando cómo se mueve esa sombra y se despoja de su enorme falda.

El sol se liberó abruptamente. Una sucesión de granjas se desliza a mis costados anunciándome la inminente llegada al caserío.

¡Ay! Aquellos tiempos. Ese día bien que lo recuerdo. Eran como las tres de la tarde. Yo acababa de comer y me disponía a salir a vagar por las calles aprovechando la hora en que toda la familia se retiraba a sus habitaciones a dormir la siesta. La vi aparecer de repente envuelta en un halo, iluminada por el tragaluz de la sala. Parecía como si flotara en una delgada capa de luz. Y desde ahí me miró sin sobresalto, como si ya supiera que iba a encontrarme.

–Buenas, tardes, Gabrielito. ¿Ya te vas? ¿Cuándo vas a ayudarme a acomodar los libros en los estantes?

–Ahora mismo si usted...

–Puedes tutearme. Ya eres todo un hombre.

Y acompañó sus palabras con una sonrisa.

Caminamos por un largo pasillo hasta llegar a su alcoba. Una vez ahí me condujo a la habitación contigua, que hacía las veces de biblioteca. Me sentó ante una pila de libros empolvados.

«¡Ay! Aquellos tiempos. Ese día bien que lo recuerdo. Eran como las tres de la tarde. Yo acababa de comer y me disponía a salir a vagar por las calles aprovechando la hora en que toda la familia se retiraba a sus habitaciones a dormir la siesta. La vi aparecer de repente envuelta en un halo, iluminada por el tragaluz de la sala. Parecía como si flotara en una delgada capa de luz. Y desde ahí me miró sin sobresalto, como si ya supiera que iba a encontrarme.»

–Quiero que los ordenes y los acomodes por temas. Y le des una sacudida a los estantes –me dijo antes de retirarse a su recámara.

Apenas estuve solo, escurrí mi mirada por la habitación que tanto tiempo estuvo vedada a mis visitas. Un enorme sillón de cuero esperaba junto a un silencioso piano de señorita. Mejor terminar de una vez. Me puse manos a la obra.

Al rato ella regresó con una jarra y me sirvió una limonada. Luego que me vio beber, se recostó cuan larga en el sillón. Se arremangó un poco la falda. Susurrante agua, crujir de telas. Los dos reunidos, ella ahí sin finalidad alguna. Me dispuse a terminar la faena, apresurado, bajo el influjo de

un temor desconocido. Coloqué el resto de los libros según fueron embonando. De repente, fluye un murmullo. ¿Tan rápido estaba dormida? Una mirada de reojo. ¿Si me quedara súbitamente desnudo aquí mismo? Más confiado me dediqué a observarla. Muslos lascivos bajo el telar. Una mujer duerme. En sus sueños, ella marcharía agobiada hacia la llama de la delectación morosa, hacia tierras crepusculares. No está desnuda. ¡Y sin embargo!... Bajo esas enaguas se esconde un tesoro de endemoniada blancura, secreto, cálido, la riqueza del mundo, carne trémula, perfume de liviandad.

Oí un murmullo:

–¡Amor! Bésame mi muchacho.

El aire de la habitación vibró. Su pollerita arremangada. Con el corazón excitado traté de salir. ¿Oí bien? La puerta estaba cerrada. De nuevo me acerqué a ella y vi como desnudó ligeramente su pecho. Acerqué los dedos sobre sus labios. Aliento agitado. A través de su cabello rojizo podía ver las orejas, el lóbulo delgado. Lo aparté suavemente. El cuello y el hombro mostraban la plenitud de

una mujer madura. Una media sonrisa. Olor de mujer. Frente amplia, mejillas sonrojadas. Tomé sus manos, olí sus dedos, estaban manchados de añil y olían a jabón fino. Deslicé mi mano hasta su pecho. Haciendo suavemente a un lado la blusa, palpé, aparté. Tenía los senos pequeños pero redondos y altos. Había que hacer la prueba. Toqué los rojizos pezones erectos. No, no eran pezones que hubieran amamantado. La vida es un sueño y lo que hacemos ahora mañana será olvidado. Bajo la enorme falda, poco a poco fui bajando las enaguas. Espera. Piénsalo. Pasé mi mano despacio sobre el rojizo bello púbico. ¿Qué sueño puede tener para jadedear como lo hace ahora?

Al otro día pasé por el frente de su cuarto, y me demoraba intencionalmente con la esperanza de encontrarme con sus ojos secretos. Por fin la encontré.

—¡Ah! Eres tú.

Pérdida de tiempo. No mencionó nada. Qué extraño. Tendría que haber sido un hombre mayor para pedirle explicaciones. La tomaría en mis brazos protectores, la consolaría con un beso largo, y mientras ella dormía la siesta, haríamos el amor en el enorme sillón de la biblioteca. Pero ese rostro despierto era un espejo ciego, o yo era demasiado joven para comprenderlo. Cuando se despidió de mí, volvió por un segundo el brillo de su mirada secreta. Su alma estuvo en sus ojos. Su corazón de mujer vino hacia mí porque había heridas que debían ser curadas. Si ella había sido mala, si había pecado, ahí estaba yo como un hombre de verdad para perdonarla y curarla.

Pero sólo fue un instante. Luego recobró su mirada orgullosa. De eso hará ya cosa de treinta años.

Cuando me dijeron que la tía Gertrudis había muerto hice viaje al pueblo. Traspasé el enorme portal de la casa. En la habitación que ahora me parecía excesivamente reducida, seguía el enorme y ahora desvencijado sillón de cuero, lo habían echado a un lado para acomodar el féretro que se mantenía con la tapa abierta, y en los estantes asomaban los lomos de los libros, únicos testigos de un secreto remoto. Un grupo de viejos velaba los restos de una anciana. Cuatro cirios ardían lánguidos. No, no estaba el piano de señorita. Había ahí decrepitud, decadencia, rostros desconocidos. Nada que ver con mi bella pelirroja.

Decepcionado, decidí retirarme. Pero al pasar por la sala, el reflejo del tragaluz me detuvo por un instante. Y la vi aparecer envuelta en un halo, iluminada, eternamente bella. Desde las delgadas capas de luz me miró sin sobresalto, como si ya supiera que iba a encontrarme. Ella, ella, luz suave, ojos vítreos mirando desde la muerte, la rosa roja, la verdadera belleza.

—Buenas, tardes, Gabrielito. ¿Ya te vas? ¿Cuándo vas a ayudarme a acomodar los libros en los estantes?

Fue sólo un instante. Luego una nube cubrió el sol lentamente.

«El aire de la habitación vibró. Su pollerita arremangada. Con el corazón excitado traté de salir. ¿Oí bien? La puerta estaba cerrada. De nuevo me acerqué a ella y vi como desnudó ligeramente su pecho. Acerqué los dedos sobre sus labios. Aliento agitado. A través de su cabello rojizo podía ver las orejas, el lóbulo delgado. Lo aparté suavemente. El cuello y el hombro mostraban la plenitud de una mujer madura. Una media sonrisa. Olor de mujer. Frente amplia, mejillas sonrojadas. Tomé sus manos, olí sus dedos, estaban manchados de añil y olían a jabón fino.»

© Moisés Sandoval Calderón

El autor:

Moisés Sandoval Calderón. (San Ignacio, Sinaloa, México. 1965). Ha publicado en diversas revistas electrónicas, entre ellas: Realidad Literal, Axolotl, No-retornable, Destiempos, Silencios Literarios, y la revista Voces, en sus dos versiones, papel y electrónica.

Manuel Vilas

Barbastro, Huesca (España), 1962

<http://manuelvilas.blogspot.com/>

* * *

Manuel Vilas es poeta y narrador. Entre sus títulos de poesía destacan: *El Cielo* (2000), la antología *El Nadador* (2003), y *Resurrección* (2005), con este último libro obtuvo el XV Premio Internacional de poesía Jaime Gil de Biedma. Como narrador es autor del diario novelesco *Dos años felices* (1996), del libro de relatos *Zeta* (2002), que fue premio Pedro Saputo de las Letras Aragonesas, y de la novela *Magia* (2004). Ha recogido sus artículos periodísticos y sus ensayos literarios en el libro *La región intermedia* (1999). Ha prologado la edición de *Puedo escribir los versos más tristes esta noche* (2006) de Félix Grande. Su obra figura en distintas antologías tanto de poesía como de narrativa. Ha sido traducido al alemán, al portugués, al italiano y al francés. Colabora habitualmente en medios de comunicación, como *ABC* y *Heraldo de Aragón*.

* * *

Entrevista

NARRATIVAS: *Articulista, crítico, escritor, poeta... ¿Dónde se encuentra más a gusto Manuel Vilas y en qué faceta se encuadraría a sí mismo?*

MANUEL VILAS: Los géneros literarios son una invención de la pedagogía de la literatura. Para mí sólo existe la literatura. Los géneros son un yugo inventado por los teóricos, una forma de vigilancia, una policía. Los géneros son la policía.

N.: *Recientemente has obtenido el Premio de Poesía Gil de Biedma, uno de los más prestigiosos de España. ¿En qué medida un premio como éste afecta al trabajo creativo de un escritor?*

MV.: La difusión mediática de la literatura en España pasa por hacer ruido. Los premios hacen ruido, y la gente quiere ruido. Los periodistas quieren ruido, los lectores también. Todo el mundo quiere ruido; no se concibe la literatura sin ruido.

N.: *La mayor parte de tu obra literaria juega abiertamente con lo onírico e incluso linda con el surrealismo. ¿Qué buscas en el momento en que te sientas frente a un papel en blanco?*

MV.: No, no me gusta el surrealismo, nunca me gustó demasiado, aunque lo respeto. No me gusta lo gratuito y lo impreciso. Mi literatura es expresionista, y simbolista. Me gusta la precisión. También me gusta la alegoría y el misticismo. Me gusta la verdad, encontrarla y narrarla.

N.: *En algunos momentos se tiene la sensación de que tu prosa tiende a la poética y que tu poesía tiende a la narrativa. ¿Es algo consciente por tu parte, o no compartes en absoluto esta percepción?*

MV.: El asunto de los géneros de nuevo. No creo en los géneros. Por eso no se sabe qué soy: si un poeta o un narrador. A lo mejor no soy nada. O solo uno que escribe. Igual "Magia" es un extenso poema en prosa, y "Resurrección" es un libro de microrelatos.

N.: *En uno de los párrafos de tu novela "Magia" se dice: "Si quieres una novela como Dios manda vete al Corte Inglés. Pero si quieres magia, entra en esta página indecorosa". ¿Hay una voluntad premeditada de transgresión en la narrativa de Manuel Vilas?*

MV.: No, ninguna voluntad premeditada. Escribo desde la exploración, desde las fronteras morales porque me sale así, y no puedo evitarlo, o no sé escribir de otra forma. Me gusta el riesgo porque la vida es riesgo. Creo que la literatura es también exploración moral en el límite, al menos eso fue para los maestros del siglo XX, como Kafka, Joyce o Faulkner, por decir nombres. Ahora parece que no es así.

N.: *En tus novelas pululan un conjunto de seres bastante peculiares (neveras que hablan, ángeles custodios, padres muertos que conversan con su hijo...) entre los cuales destacan los Vampiros, en ocasiones encarnados en la figura del propio narrador. Sin embargo, tienen poco que ver con el*

personaje creado por Bram Stoker, y quizá también algo más de víctimas que de villanos.

MV.: Mis vampiros son seres buenos, pero destruidos porque el mundo no los ama. Son ángeles golpeados por la realidad, por la historia, por el sistema de producción capitalista, por la alienación. Mis vampiros son niños rotos. Son los inocentes. Son Dios. Sólo les queda Dios. La historia los ha degollado.

N.: *Seres desubicados y un tanto amorales, incapaces de encontrar su lugar en el mundo, son una constante en tu narrativa; al mismo tiempo, tu prosa aparece tamizada por un humor un tanto irreverente y cáustico. ¿Responde todo ello a la mirada desolada y escéptica de Manuel Vilas?*

MV.: He copiado lo que he visto. La historia es alienación. Hay un montón de gente que no tiene que comer, ni donde dormir, que va por el mundo buscando un euro para comprarse una cocacola. No me interesa el lugar de privilegio desde el que escriben los escritores occidentales. Me ineteresan los inocentes apaleados. Es instintivo. Pero la vida también es cómica. La historia es una comedia, de ahí el humor. Es fundamental el humor en todo cuanto escribo. El humor es una pistola contra la solemnidad de toda índole ideológica y contra la mentira.

N.: *¿Cómo calificarías la situación actual de la literatura en castellano y, más en concreto, el mercado editorial?*

MV.: No lo sé, ni me interesa. Me parece que perdemos el tiempo con todo eso, deberíamos mandarlo a la mierda directamente y escribir sin red, escribir en caída libre. Nadie espera que nos rebelemos, claro. Pero la literatura es rebelión. Nadie espera nada de nosotros. Espera que hagamos lo que está previsto.

N.: *Como lector, ¿cuáles serían tus preferencias en el terreno de la narrativa en castellano y tus autores favoritos?*

MV.: Me gusta el último Cela. Me gusta "Nembrot" de Pérez Álvarez. Me gusta Roberto Bolaño. Me gusta "Meterra" de Derqui. Me gustan muchas cosas. Me gustan Sebastián, Ferré, Fernandez Mallo, Vicente Mora, etc.

N.: *Después de dos obras tan intensas y polisémicas como "Zeta" y "Magia", ¿cuáles son los nuevos caminos que le queda por transitar a la narrativa de Manuel Vilas?*

MV.: No lo sé. A veces me siento muy cansado. Habrá que esperar a que el tiempo me comunique su sentencia, por parafrasear a Gil de Biedma y su poema "Según sentencia del tiempo".

* * *

Relato

BALTASAR *

por Manuel Vilas

Te necesito. No he podido resistirlo y me he alojado en un hotel de Conde de Aranda, cerca de ti. Hotel viejo que da a una calle donde hay mujeres vendiendo algo inexplicable. Es Navidad. Es 24 de Diciembre. Estoy sentado en la habitación de esta pensión. No es un hotel. Es un hostal. Y un hostal es una pensión, y una pensión es una cama y una bombilla. Veo desde la ventana un edificio de correos.

Esta mujer le saldrá barata, me dice el encargado del Hotel. Di que eres mi hermana. Ella lo dice. Estaba ahí abajo, se la he subido de entre un montón, se la he elegido yo, dice el encargado. Di que eres mi hermana. Ella lo dice. Siéntate. ¿Ves esta navaja? Cógela. Ahora haz como que me la vas a clavar en el corazón, te pagaré bien, te pagaré muy bien. Me he pasado todos estos años pensando en las ciudades.

—¿De modo que te llamas Temple Drake? —le dije.

—Así me llaman, y he subido aquí porque el tipo de la pensión me ha dicho que me pagarías bien, y que eras negro, a mí eso me da igual. El cuento ese de tu hermana si quieres te lo repito las veces que te dé la gana. Y si quieres que te lo repita en la cama, también, lo que tú digas, amor.

* Fragmento de la novela *Magia*, DVD Ediciones, Barcelona, 2004

–Tienes un bonito nombre, ¿quién te lo puso?

–Le viene bien a mi negocio, este nombre. Le da categoría. Pero cariño mío fíjate que es Nochebuena, y que en una noche así un revolcón es un lujazo. Te voy a tener que cobrar mucho.

–Yo diría que es Noche de Reyes, ¿también tú tienes familia Temple Drake?

–No, no tengo familia. No tengo nada ni a nadie, pero a mí eso me da igual, ni me preocupa, ni lo pienso. A ti, amor mío, parece preocuparte mucho. Ven aquí, deja que Temple Drake acaricie tus sienes y toque tus manos con las suyas. Mira qué manos más bonitas tiene Temple, míralas, tócalas. Puedes tocar este cuerpo todo lo que quieras, anda, mírame, mi rey negro.

–¿Qué piensas de Zeta?

–No sé, yo no pienso nada de nada. Pero es una ciudad muy bonita, tiene muchas avenidas y muchas tiendas e iglesias. Y tiene palomas en las plazas.

–Casi podrías decirle a alguna amiga tuya de la esquina que se suba, me siento tan solo esta noche.

–¿No te basta conmigo?

–No, no es eso. Es otra cosa. ¿No tienes amigas a quienes hacerles un favor de Navidad, darles a ganar una buena pasta? Toma, coge este billete de cincuenta, hay más..., pero anda, dile a alguna amiga tuya que se suba.

«Si abres la ventana entra el mismo frío de todas las ciudades de la tierra. Semáforos, carteles, garajes, bares, plazas, marisquerías, cementerios, todo es lo mismo. Gente durmiendo, gente despierta, gente viviendo o muriendo, no ves que da lo mismo, por eso estoy así, porque sé que da lo mismo y sin embargo no lo entiendo, oh, Zeta, Cetísima.»

Los árboles de Navidad estaban iluminados. El hombre de la pensión corría por una terraza persiguiendo a un gato. Al cabo de unos minutos, Temple llamó a la puerta.

–Esta es Lena –dijo Temple– y está embarazada, espero que no te importe, sólo está de seis meses, pero te la puede chupar si quieres, a ella tampoco le importa que seas negro. Lena, éste es Baltasar.

–Oh, Lena, qué nombre más bonito. Lena es un nombre precioso. Estoy abrumado: Temple Drake y Lena, Lena qué.

–Lena Grove –dijo Lena– ¿quieres que te enseñe el vientre? Por lo del bombo cobro un poco más, claro. Los pezones los tengo engrandecidos y carnosos, ¿quieres verlos?

Luces castigadas de Cetísima. *Pronto bendecidos además de engrandecidos.* Oscuras mansiones de la carne devastada, voces ahijadas de esta santísima oscuridad comunal y desgraciada. Negrófilo emeuve. Negrísima Cetísima, siendo dolor y color todo. Gran negro de todos los tiempos, rey negro universal. Rey Negro de Cetísima. Los negros serán apartados, y tú eres completamente negro. No de nacimiento. Noche de Reyes. Ah, los negros, sus grandes ojeras desprestigiadas, la locura en una mano, la santidad en otra, en la cabeza el pulmón de Cristo, goteando azufre, carne ida, sangre loca.

–Barnabás me ha dicho que tú pagabas bien porque eres negro, y las blancas no quieren hacérselo con los negros porque las desgarran –dijo Lena–. Además los negros sois tan altos y tan grandes. Tú debes medir dos metros.

–No, me falta un centímetro, mido uno noventa y nueve, ¿y quién es Barnabás?

–Barnabás es el dueño de esta pocilga –dijo Temple– y casi se llama como tú, por un poquito.

Hice que Barnabás subiese unas bebidas, unas botellas de champán. Estaban frías. Barnabás se quedó mirando a las chicas. Lena dijo que había nacido en Buenos Aires. Todas las ciudades son la misma ciudad. Todas tienen pisos, viento, grifos y enchufes. Todas las ciudades tienen electricidad y autobuses y ascensores.

–Yo nací en Montevideo –dijo Temple– y no tenía estas avenidas tan hermosas como las de Zeta.

–Y tú Barnabás, ¿dónde coño naciste?

Barnabás se incomoda con la pregunta. Si abres la ventana entra el mismo frío de todas las ciudades de la tierra. Semáforos, carteles, garajes, bares, plazas, marisquerías, cementerios, todo es lo mismo. Gente durmiendo, gente despierta, gente viviendo o muriendo, no ves que da lo mismo, por eso estoy así, porque sé que da lo mismo y sin embargo *no lo entiendo, oh, Zeta, Cetísima*.

El champán es dulce y las muchachas se están desnudando. Barnabás se acaba de marchar. A Barnabás no le gusta que un negro por el hecho de que tenga pasta se acueste con blancas, no lo aguanta, por eso se ha ido. Más si el negro es tan grande y calza un 49. Las dos muchachas están desnudas y es Navidad. 24 de Diciembre. Noche de reyes y de perros. Noche de perras. Aún se oye algún coche que pasa por la avenida. *Perrísimas en la noche*. Miro por la ventana y se ven las luces de las farolas. Cuando era joven quise conocer ciudades, pero todo es inaccesible al conocimiento. *La barriga de Lena y los ojos desnudos de Temple Drake*. El champán sobre la mesa. «No bebas champán, Lena», dice Temple. Esta noche nació Cristo en Belén. Belén debe ser una ciudad con buenos restaurantes. Quizá debería haberme ido a Belén a pasar allí estos días. Oigo sonar los violines románticos en: Budapest, Quito, El Cairo, Dallas, Pretoria, Monterrey, Venecia, Tucson, Islamabad, Marraquech, Ulan Bator, Manila, Roma y Boston: todas esas ciudades, llenas de hombres, viviendo vidas intercambiables en casas con lavabos y cocinas, con escaleras y bombillas, con sartenes y zapatillas, con camas y armarios. Armarios de Libia, de Australia, de China, de Japón, de México, todos los armarios de la tierra en que hombres y mujeres guardan su ropa limpia: sus camisas, sus pantalones, sus trajes, los trajes de la boda, del entierro de su padre, las sábanas de la cama. Y armarios heredados de nuestros padres. Madera santa. Madera para imbéciles. Dios santo, ¿qué es el mundo? Armarios en que estuvo este negro que mide un metro noventa y nueve.

«Hice que Barnabás subiese unas bebidas, unas botellas de champán. Estaban frías. Barnabás se quedó mirando a las chicas. Lena dijo que había nacido en Buenos Aires. Todas las ciudades son la misma ciudad. Todas tienen pisos, viento, grifos y enchufes. Todas las ciudades tienen electricidad y autobuses y ascensores.»

Barrios de esas ciudades, bares y calles de esos barrios, sus farolas, su enemistad conmigo, su caída.

–¿Cómo eran los barrios de Buenos Aires, Lena?

Pero Lena ya no contesta, porque está aplicada a un Lesbos con Temple. Me siento y las miro. Barriga de Lena que contiene el cerebro incipiente de un funcionario.

–Lena, escúchame, si llamas Klamm a tu hijo te daré mil euros. Sólo tienes que prometérmelo.

Cerebro incipiente de un magno funcionario del gobierno que tendrá por nombre Klamm. Klamm de Cetísima, orgullo de su tiempo, que fue bautizado en esta noche de Navidad, donde su madre, como una perra lerda, se acuesta con El Negro de Z, y aúlla, mientras ese incipiente cerebro, gota a gota de sangre y carne, ha nacido hoy.

Les dije que se fueran. Acabaron en la habitación de Barnabás, aún se oían sus gritos a las seis de la madrugada. Lena me lo prometió. «El negrata ha bautizado a mi crío», le oía gritar desde la habitación de Barnabás. «Enorme pedazo de negro, fragmento de la oscuridad del cosmos que rueda en una pensión de Conde de Aranda». «Ese negrata parece el hijo de Dios», dijo Temple en medio de una enorme carcajada. Esperé que fuese mediodía y me fui a la misa de Navidad. Peinado, afeitado con sangre, duchado, mudado, con colonia derramada en los pómulos negros, con las manos muy limpias, media hora bajo el agua hirviendo. Muy solo. Enormemente solo. Nadie se vio tan solo: No hay negrófilos en Z. Ni un solo negrófilo, ni uno. Me echaron de las iglesias, de los credos de Cetísima, de cualquier patria. Por negro. No tengo patria, no tengo nada. Diles que no soy un perro. Ilegal. Ilegalísimo y negro. En suma ilegalidad ardiendo. Coge una llama roja de este negro que mide un metro noventa y nueve y canta y no perece: *¿Por qué estás tan solo, Baltasar? No hay negrófilos en Z. Perdió la carnalidad. Perdió el alma. Lloró, pero siguió estando solo. Negro no de nacimiento. ¿Por qué me hiciste esto? No hay negrófilos en Z. Pero estoy vivo, y caliente, muy caliente. ¿Sabes una cosa? Nada puede matarme. Nada. Absolutamente nada: en eso consisto.*

© Manuel Vilas

¿QUÉ PEZ ES ÉSTE?

por C.M. Mayo

Traducción de Agustín Cadena

Todo me lo deben a mí.

Mobutu Sese Seko Kuku Ngbendu wa sa Banga

Las vías del tren que unían a los pueblos han ido desapareciendo bajo la selva que se apropia de todo. El sol es un disco de canela sobre el lago. Un flamenco levanta el vuelo, las patas colgando como ramas quebradas. Se escucha el débil clack-tink-clack de un sirviente que pone hielo en nuestras copas, en una cocina móvil detrás de la veranda. Se supone que son bebidas de lujo: limonada artificial traída en camioneta desde la tienda donde sólo se vende a quienes pagan con moneda extranjera. El insecticida que acaban de rociar nos pica en la nariz, en los labios, en la orilla de los párpados. Mr. Bob envuelve con sus manos los brazos de flecos dorados de su trono de fibra de vidrio. Sus ojos se ven enrojecidos, las pupilas dilatadas. Estoy seguro de que le sudan las manos. Parece que Mr. Bob tuviera las manos pegadas a su trono, duras. En algún momento las desprendería, extendiéndolas hacia mí, con chispitas de hoja de oro. Mi nombre es Evan Stevens. Trabajo para el banco G-7.

—Mr. Evan —dice Mr. Bob. Hay un ligero temblor en su voz, una tensión en su cuello. Los huesos de sus hombros están como engarrotados. Muevo la mano en el aire vacío. Trato de señalar al patio de mármol, más allá de la veranda, donde los guardaespaldas acarician sus subametralladoras chinas. Trato de señalar hacia la selva invasora, el Mercedes negro, las perreras, el refrigerador para carne, enorme como un McDonalds entero. Pero no hay carne ya.

—Mr. Evan —dice Mr. Bob, ahora con una sonrisa arrugando su cara—, ¿por qué agita la mano? Acaban de echar insecticida aquí.

«Las vías del tren que unían a los pueblos han ido desapareciendo bajo la selva que se apropia de todo. El sol es un disco de canela sobre el lago. Un flamenco levanta el vuelo, las patas colgando como ramas quebradas. Se escucha el débil clack-tink-clack de un sirviente que pone hielo en nuestras copas, en una cocina móvil detrás de la veranda.»

Me da risa. El sirviente me trae una bebida verde en un vaso de Baccarat. Suda de frío en mi mano.

—Necesita hacer ajustes fiscales —le digo—. El problema son los camotes.

De hecho, el problema son muchos problemas. El problema son las cuentas de Mr. Bob en un banco de Luxemburgo, pero no sólo eso: la flotilla de carros del ejército, abandonados al otro lado del lago por falta de refacciones; el complejo hotelero comercial y centro de convenciones «Mr. Bob» (terminado a tiempo para la Conferencia Pan-

Central de Naciones, pero sin plomería); la compañía televisora de los hijos de la tercera esposa de Mr. Bob. Para no mencionar a los 17,655 burócratas que el mes pasado trabajaron sin sueldo. O a los soldados. O a los guardaespaldas. Me pregunto si tendrán balas para sus pistolas.

De acuerdo con mis cálculos, Mr. Bob va a tener que exportar el 73% de la cosecha de camotes.

—Es posible quedarse paralizado por comer muchos camotes.—dice Mr. Bob, sacudiéndose algo de su traje gris de piel de tiburón.

Ya lo sé. Los camotes contienen cianuro. Sin embargo, uno tendría que comer sólo camotes, nada más que camotes, antes de que empezara siquiera a sentir debilidad en las articulaciones. Pero eso es irrelevante. El camote es la cosecha principal de este país.

El aire está muy quieto. Sombras cada vez más grandes se ciernen detrás del trono, de la decoración de bambús, de los carritos de servicio. Un perro lanza un ladrido débil, casi una queja. Se escucha una súbita agitación en la hierba muerta que bordea la playa. Uno de los guardaespaldas apunta con su subametralladora hacia el ruido. Su piel se ve cetrina, amarillenta; tiene un tinte, sí, como de camote. (Me recuerda a Miss Frietchie, mi maestra de ciencias de séptimo grado. Después de su divorcio, se puso a dieta y no comió nada en dos meses más que jitomates y zanahorias. La Asociación de Padres de Familia la mandó hacerse análisis de sangre para probar que no tenía hepatitis.)

Mi bebida no es limonada. Sabe como a miel de maíz. A colorante artificial. Decido no demostrar que me da asco.

—Es su única fuente de divisas fuertes por ahora —dije—. Si no cumplen con el programa, tendremos que cortar su crédito.

Un perro sale de entre los arbustos. Se le ven las costillas. Trae en el hocico un pequeño flamingo. Al llevarlo hacia la veranda, las delgadas patas del pájaro arrastran en la tierra.

—Camote con cebolla y chile —dice Mr. Bob, y toma un trago de su bebida verde—. Camote con dulce de manzana y crema inglesa —levanta los ojos y su cara vuelve a arrugarse. Tiene los puños apretados en su regazo—. Camote cortado en cubitos y frito en manteca de perro.

Pop. Pop-pop-pop.

El guardaespaldas ha matado al perro. Mr. Bob saca sus anteojos para el sol y acomoda otra vez en sus orejas las patas de oro y vuelve a cubrir con sus manos los brazos de su trono. Tiene una cara pequeña. Parece mosca.

—Con el 73% debe estar bien —le digo, y coloco mi vaso de Baccarat en el carrito de servicio—. Podemos ponerlo en contacto con Save the Children —intento toser, pero no toso nada.

La boca del vaso de Baccarat ha quedado completamente negra con los jejenes que vienen a pararse en ella.

—¡Rémoras! —grita Mr. Bob— ¡Rémoras!

Tal vez así se llama el sirviente, porque viene corriendo desde su cocina móvil con una expresión frenética. Mr. Bob señala mi bebida. El sirviente saca de la bolsa de su delantal una lata oxidada y rocía directamente en mi vaso. El atomizador sólo hace como que escupe. El criado agita la lata angustiosamente:

—¡No hay! —dice, sus ojos pálidos y redondos—. No hay.

El insecticida ha dejado una película como de gasolina. El sirviente no se lleva mi vaso. Y en un momento regresan los jejenes, más difíciles de ver ahora en el crepúsculo. Me rasco un piquete entre mis dedos pulgar e índice.

—Necesita volver a tener un saldo a favor en su balanza de pagos—le digo. Cruzo las piernas y me rasco la mejilla. Afortunadamente, el repelente para insectos que compré en Londres es suficientemente fuerte—. No puede usted confiar en las cifras que le da su Ministro de Finanzas —debo ser diplomático, me han dicho ya que lo sea, pero qué carajo—. Las cifras que le da son completamente erróneas. Tiene usted en su cuenta corriente un déficit actual de 1.72 mil millones de dólares, de acuerdo con las estimaciones del banco G-7.

—Refrésqueme la memoria —dice Mr. Bob, las manos extendidas sobre los brazos de su trono—, ¿qué es «cuenta corriente»?

El cielo se había puesto lívido, pero el lago permanecía color azul acerado, calmo. Un coro había comenzado: chlurrr-chlurrr, rikki-rika-rika, rikki-rika-rika. Los bambús se estremecieron, dejaron caer una hoja esbelta. Abrí mi portafolios y saqué una pluma y una carpeta con hojas rayadas.

–Aquí está su balanza de pagos –le dije, escribiendo casi a ciegas, forzando mis ojos en esa penumbra– A. Usted tiene su cuenta de capital, en la cual están registrados todas las inversiones y créditos del extranjero, menos el dinero que usted envía al exterior. B. Y esta otra es su cuenta corriente, en la cual se registran todos los bienes y servicios que usted exporta, menos los bienes y servicios que usted importa –algo me da comezón en la barbilla.

–Perdón, Mr. Evan.

–En la cuenta corriente se registran todos los bienes y servicios que usted exporta, menos...

Rika-rika-chlurrr.

Le han servido a Mr. Bob un plato de pescado en trozos. Usa sus dedos para prensarlos con todo y las escamas que todavía tienen en un lado y se los come enteros.

No hay luna. El cielo es una mortaja de calor, salpicada de estrellas. Mr. Bob no se ha quitado sus anteojos de sol.

–Rémora –me ofrece de su plato. Niego con la cabeza: no. Ya me he acabado dos botellas de Pepto-bismol.

«El aire está muy quieto. Sombras cada vez más grandes se ciernen detrás del trono, de la decoración de bambús, de los carritos de servicio. Un perro lanza un ladrido débil, casi una queja. Se escucha una súbita agitación en la hierba muerta que bordea la playa. Uno de los guardaespaldas apunta con su subametralladora hacia el ruido.»

El zumbido de los insectos casi me deja sordo pero puedo oír al sirviente que enciende el generador. Traquetea un poco; una lámpara de papel de arroz parpadea y luego se apaga.

–Ya no tenemos gasolina –me grita Mr. Bob.

El sirviente trae una charola: candeleros de Baccarat con velas de cera. Al colocarlas en la mesa, las llamas casi le lamen la cara, lo amarillo de sus ojos. Mr. Bob se hace para adelante, apoya un codo en una de sus rodillas. Sus dientes son anormalmente grandes pero perfectamente parejos.

–Ya no tenemos Ministro de Finanzas –grita, y su risa se apaga como un volcán. Chlurrr. Todavía respirando agitadamente, Mr. Bob se quita los anteojos y recorre con su mirada mi rostro, mi cuello, mi cabeza. Tiene en la piel un abrigo de mosquitos. No se los mata. Levanta un dedo y uno de sus guardaespaldas se acerca y se para justo detrás de mi silla. Puedo olerlo: sudor fresco y loción de sándalo. Muy joven. Algodón recién lavado.

De pronto todo ha quedado en silencio. Luego algo chapotea en el lago.

–Dile aquí al Mr. Evan qué cosa es una rémora –a la luz de las velas, parece como si los flecos dorados saltaran del trono de fibra de vidrio.

–La rémora es un pez, señor –puedo sentir en mi cuello el aliento cálido del guardaespaldas.

–Dile al Mr. Evan qué clase de pez es éste.

–La rémora es un pez pequeño que se alimenta gracias a los tiburones, señor.

Rik. Y ahora empieza un zumbido de abejas. Lo que debe ser millones de abejas. Bajo una mano a mi portafolios y saco mi celular. Tecleo el número: el jeep del banco G-7 viene en camino.

Mr. Bob ha echado al suelo su plato. A la luz parpadeante de la vela, puedo ver el brillo de las escamas. Puedo ver los ojos enrojecidos del hombre. Y él empieza a matarse las abejas en el cuello,

en las muñecas, en el dorso de las manos, en las mejillas, en la barbilla, en la nuca, en las sienes.

* * *

Cinco años han pasado y no puedo borrar esta imagen de mi mente. Fuera de eso, mi vida es bastante buena. En cuanto el embajador me sacó de esa fosa séptica que llaman hospital y me regresó a Londres en avión, mandé por fax mi renuncia. Debo de haberme intoxicado con los antihistamínicos, o quizás había algo en aquella bebida verde, porque sólo me faltaban tres años para jubilarme. Así se perdió mi pensión: pop, como aquel perro.

Mr. Bob no murió por el ataque de las abejas. No obstante, no mucho después, algunos militares menores de otra tribu dieron un golpe de estado. Mr. Bob intentó escaparse, pero echaron diesel sobre el lago y, con un lanzallamas ruso, le incendiaron su barco. Luego lo amarraron a su trono con alambre de púas. Algún alférez loco de rabia le voló una oreja de un hachazo y luego lo filmó en video con su cara todavía horriblemente hinchada, comiéndose su propia oreja.

Qué bueno que yo ya me había ido.

Ahora resido en Connecticut, donde puedo tomar el tren a mi oficina. Mi trabajo consiste en estar sentado ante mi computadora y a veces hablar por teléfono. Por alguna razón, mis clientes se encuentran en Nueva Jersey. El sol es algo pequeño a lo que nadie le hace mucho caso, a menos que quieran salir a navegar por la bahía de Long Island. Cuando llego a mi casa, me gusta ver la tele. Vivo en un edificio de departamentos sin jardín, que tiene las ventanas permanentemente cerradas. En el verano eso ayuda reducir la cuenta de luz. En el invierno, no hay de otra.

«Mr. Bob ha echado al suelo su plato. A la luz parpadeante de la vela, puedo ver el brillo de las escamas. Puedo ver los ojos enrojecidos del hombre. Y él empieza a matarse las abejas en el cuello, en las muñecas, en el dorso de las manos, en las mejillas, en la barbilla, en la nuca, en las sienes.»

Cómo me encanta esta nieve que cae como plumas y mata todo con su cobija de inocencia.

© C.M. Mayo / Agustín Cadena

Los autores:

C.M. Mayo. (El Paso, Texas, EE.UU., 1961). Creció en California y tiene una licenciatura y una maestría en economía de la Universidad de Chicago. Siendo residente de la ciudad de México durante varios años, actualmente divide su tiempo entre el D.F. y Washington, D.C. Es autora de *Miraculous Air: Journey of a Thousand Miles through Baja California, the Other Mexico* (University of Utah Press, 2002). Un capítulo, sobre su visita al pueblo de Todos Santos, se publicó en una edición especial bilingüe con el título *The Visitors ~ Los Visitantes* (Tameme 2002). Sus ensayos sobre México se han publicado en numerosas revistas literarias en EU, entre ellas, *North American Review*, *Southwest Review*, *Tin House* y el número especial de *Creative Nonfiction*, "Mexican Voices". Es también autora de *Sky Over El Nido* (University of Georgia Press, 1995), obra con la que ganó el premio Flannery O'Connor para cuento corto. Ha sido galardonada con tres premios "Lowell Thomas" para ensayos de viajes y, más recientemente, con el premio de la Washington Independent Writers Association 2005 por mejor ensayo ("The Essential Francisco Sosa or, Picadou's Mexico City"). Mayo también es compiladora de *Mexico: A Traveler's Literary Companion* (Whereabouts Press, 2005), una colección de relatos mexicanos traducidos al inglés. Página personal: <http://www.cmmayo.com>

Agustín Cadena (México, 1963). Actualmente reside en Debrecen, Hungría. Ensayista, narrador, poeta, traductor y profesor universitario. Ha recibido varios premios importantes y ha publicado más de una veintena de libros, de los cuales el más reciente es la colección de cuentos *Los pobres de espíritu*. Parte de su obra ha sido adaptada para radio y televisión, antologada y traducida al inglés, al italiano y al húngaro. Página personal: <http://geocities.com/aguztincadena>. Su blog es "El vino y la hiel": <http://www.elvinoylahiel.blogspot.com>

Entrevista a Ignacio Echevarría, crítico literario y editor proletario

por Blanca Vázquez *

«...Referido a mis dudas sobre el sentido de tratar de hacer una crítica independiente en un medio que parece privilegiar, con descaro creciente, los intereses de una editorial en particular y, más en general, de las empresas asociadas a su mismo grupo...». Estas palabras, del ex crítico literario, Ignacio Echevarría, forman parte de sus declaraciones después de su polémica salida de *Babelia*, suplemento cultural del diario *El País*, ante el escozor que produjo con una de sus críticas, a los responsables.

Son 15 años de miradas, o mejor dicho de lecturas diferentes, a las obras que nos ofrece el mercado editorial. Años ejercidos en diferentes medios escritos, cuya finalidad última era evitar el abotargamiento y estupidez del lector, avisando sobre lo que podíamos meter en la biblioteca, y en la cabeza. A nuestras preguntas de *qué leer*, el ha respondido con empaque y dedicación. Gran parte de estos años de trabajo los ha plasmado en su reciente obra *Trayecto* (Debate 2005), que hace tandem con otro volumen publicado en Chile, *Desvíos, un recorrido crítico por la narrativa latinoamericana*. Es consciente de los enemigos que se ha creado entre los escritores, pero también de que muchos lectores le estamos tremendamente agradecidos.

Apropiada es la etiqueta que le han colgado en algún reportaje: *el guardián entre el residuo cultural* (tomando como juego cierto título literario), en referencia a la denuncia de Echevarría contra el reseñismo literario actual, al que acusa de cumplir una función de escaparate y de prestigio, engullido, cada vez más, por una creciente visión ornamental: *buenas entrevistas, buenas fotos, buenos reportajes, mientras que con el contenido, que es el núcleo duro del reseñismo, los periódicos no saben qué hacer*. En *Trayecto* Echevarría reúne, además de un sustancioso prólogo, la mejor cosecha de sus reseñas, artículos y calas, publicados durante sus 15 años de ejercicio de crítica literaria. El recorrido, es, asimismo, una revisión de la narrativa española de los últimos años.

Para los que le seguimos hace tiempo adivinamos en él todo un alarde de honestidad, y nos tememos, ante el mercado actual de reseñistas, que nos ha dejado huérfanos. Aunque siempre nos quedará su columna semanal en el diario *El Mercurio* de Chile, www.elmercurio.cl, desde donde Ignacio Echevarría sigue hablando de lo esencial de los libros, su contenido.

* * *

Pregunta: «Un artificio tramposo que, con sus chispas metaliterarias, no consigue amenizar la deriva tan previsible de un libro construido con un sentimentalidad jurásica, que en sus mejores páginas trae, bien que a su modo, el recuerdo de las novelas de José Martín Vigil...». Asidua lectora de *Babelia*, (*El País*), recuerdo su reseña «de destrucción masiva» como si fuera ayer, aunque la leí hace dos años. En la portada: deslumbrante publicidad de «El hijo del acordeonista» de Bernardo Atxaga. Al llegar a la crítica del libro, di un salto de la silla, y me pregunté si por fin había llegado la hora en que los medios no iban a interferir en los comentarios a sus «autores blindados». Pero no fue así...

* Nací en el verde y frío norte (Vitoria) de la bella España, allá en los años sesenta, cuando los hippies revolucionaban la vida social para siempre. Comencé mis estudios en el mundo de la economía empresarial, contaduría, e idiomas, lo que me llevó a vivir a París y Londres. Pero el amor a las letras y lecturas ha podido conmigo y desbancado al mundo empresarial. Los idiomas me han dado la clave para realizar traducciones, desgraciadamente cada día peor pagadas. Escribir es inevitable casi, cuando se lee mucho, y ayuda a reordenarse por dentro. Los libros se convirtieron poco a poco en pasión, y escribir es algo que está asomando tímidamente. La blogosfera crece y nosotros, los escribientes, con ella. Página personal, "El gusanillo de los libros": <http://elgusanillo.blogspot.com/>

Respuesta: No, no fue así. Aunque, en honor a la verdad, hay que puntualizar algunas cosas. Mi muy severa reseña de la novela de Atxaga fue publicada. Al fin y al cabo. Atxaga, por otro lado, acababa de estrenarse como autor de Alfagura (Prisa). La interferencia vino después de publicada la reseña, cuando el periódico se sintió obligado a paliar sus efectos y desagraviar a su autor. Corría el final del verano de 2004. El subdirector encargado de supervisar Babelia no estaba, y por ahí se le coló un gol. Cabía esperar que, deportivamente, el diario lo encajara, y disimulara. Pero prefirió ajustar las cuentas al momento. En cualquier caso, la reseña se publicó.

P: He comenzado con su polémica despedida de *El País*, porque yo desde entonces hecho de menos sus reseñas de estilo más bien radical y estrepitoso, su lenguaje exquisito y su diferente arquitectura a lo largo de su trayectoria. Me sonaban a verdad, a nada impostado y mucho menos a crítico vendido, no me quite la ilusión del cuerpo y me diga que era pura ingenuidad...

R: Nada más lejos de mis intenciones que quitarle la ilusión, tanto menos si se aloja en su cuerpo.

P: Más de 400 reseñas publicadas en 15 años ejerciendo la crítica literaria. Licenciado en Filología hispánica, después de pasar 5 años con Tusquets Editores, en 1990 decide liarse la manta a la cabeza como *free-lance*, ¿Tan seguro estaba de la «autoridad» de sus reseñas, y de su conocimiento de la narrativa española?

R: La poca y siempre muy precaria autoridad que un crítico pueda alcanzar no es un capital del que disponga al comienzo de su tarea, sino algo que va labrándose con el tiempo, resultado de su buen hacer y de su puntería. Por lo demás, fui yo mismo quien, al poco de asomarme al oficio del reseñismo, opté por dedicar una atención preferente a la narrativa en lengua española. La crítica que me interesa, que me importa, al menos dentro de los diarios, es la que manifiesta cierta voluntad de intervención, de enjuiciamiento. Y es hablando de los libros que se hacen en la propia lengua, en el propio país, como más directamente cabe intervenir e influir, por poco que sea, en el desarrollo de las tendencias existentes.

P: Muchos escritores resentidos con los críticos preguntan con aire quistilloso cual es esa «autoridad».

R: Nada palpable, pero sí apreciable de un modo tácito. Robert Musil lo dijo con palabras muy sencillas, que a mí me gustan mucho: «La capacidad de tener razón».

P: En mi biblioteca no falta su volumen recopilación de 74 reseñas sobre la narrativa española, *Trayecto, recorrido crítico por la reciente narrativa española*, (Debate, 2005), que por cierto me leí de un tirón. Tengo ganas de más... ¿algún otro libro en perspectiva?

«La crítica que me interesa, que me importa, al menos dentro de los diarios, es la que manifiesta cierta voluntad de intervención, de enjuiciamiento. Y es hablando de los libros que se hacen en la propia lengua, en el propio país, como más directamente cabe intervenir e influir, por poco que sea, en el desarrollo de las tendencias existentes.»

R: Oh, no, precisamente ese es el tipo de libro que no conviene leer nunca de un tirón. En Chile acaba de publicarse un librito que hace tándem con este de *Trayecto*. Se titula *Desvíos, un recorrido crítico por la reciente narrativa latinoamericana*. Eso es todo. Y ya es demasiado

P: ¿Cree usted que el lector va buscando la frase clave en la reseña, (el palo o el elogio) y obvia el resto?

R: En cierto modo, sí, inevitablemente. No es algo de lo que uno pueda quejarse. Forma parte del medio en el que uno actúa, al menos cuando escribe en los diarios. Uno debe contar con una lectura sesgada, parcial, distraída, urgente. La escritura debe tener en cuenta las condiciones de su lectura, pues de otro modo se vuelve ineficaz. Es obligación del reseñista contar con esta circunstancia, aun cuando sea para resistirse a ella.

P: Empiezo a estar un poco harta de estos empachos publicitarios, léase Arturo Pérez-Reverte, el autor y el territorio blindado a su alrededor. Comparto su «endebte tramoya con que el lector ha sido

gustosamente encandilado» (endeble ritmo narrativo que se da en la película «Alatriste»). ¿se acabará esculpiendo su cara en las monedas de Euro?

R: No vale la pena meterse con Arturo Pérez Reverte, yo apenas lo he hecho. Es un buen profesional. Como esos pintores, algunos excelentes, que hacen bodegones estupendos, o marinas, o cuadros de historia, a menudo en serie, con que los interioristas decoran los hoteles y las sucursales de banco. No hay nada de malo en ello, todo lo contrario. Como no sea que ese mismo pintor, o sus compradores, quieran ver sus cuadros colgados en el Prado.

P: Mirando hacia atrás, y con las relecturas que da el paso del tiempo ¿no le han surgido dudas sobre si fue un poco injusto con alguna crítica?

R: Pocas, muy pocas. Aparte de que, pese a la reputación que uno arrastra, en mi caso ganan la reseñas positivas respecto de las negativas. Por lo demás, toda la ambición de un crítico debe estar puesta en descubrir lo nuevo, y apoyarlo. Otra cosa es que, entre sus funciones sociales, se cuente la de ahorrar al lector algunos caminos inútiles, indicarle atajos.

P: ¿Se mide con distinto baremo crítico a los autores y libros extranjeros que a los nacionales?

R: Por supuesto. Y por razones obvias. Entre ellas, la de que, cuando son traducidos, los libros extranjeros ya suelen haber atravesado un segundo filtro de interés o de calidad.

P: No puedo evitar preguntar por Cela, de quien Sánchez Ferlosio dice que era un pelmazo; Terence Moix: un aristócrata parvenu; Juan Marsé: un plúmbeo; Miguel Delibes: un bufón, Juan Benet: un chulapo descarado y castizo; y paro la lista porque no acabaría. ¿Qué aroma suelta este escritor que todos le saltan como una jauría? ¿Sus migas con el poder y la corte, quizá?

R: *No comparto ninguno de estos juicios, sobre ninguno de estos autores. Las descalificaciones generales, o globalizadoras, no me interesan, ni me importan.*

P: ¿Es difícil evitar la influencia y ruidos externos sobre una obra y autor cuando se encara hacia la reseña ?

«La cultura de masas prospera a costa de la rebaja de la crítica misma, reducida a un género promocional, publicitario.»

R: Es que no tienen por qué evitarse. El reseñismo se nutre de esos ruidos. Esa es su miseria y su ventaja. El reseñista concienzudo debe contar con las interferencias del periodismo cultural y de la publicidad directa o indirecta a la hora de emitir sus propios juicios, que, no lo olvidemos, se hacen desde la actualidad y para la actualidad, sin ningún viso de trascendencia.

P: «Joven petulante», dijo Gala (escritor planetario) de usted, además de tachar al crítico común de gznápiro, pillo de siete suelas, engañabobos, muchachito atracado de lecturas mal digeridas, un rebotado de otro género...¿cuál es su atracón o género?

R: No sé si petulante, pero desde luego joven no soy ya. Lo cual sirve para hacerse cargo de lo poco fundados y efímeros que son los juicios de algunos escritores. Y de algunos críticos, claro.

P: ¿Tanto se han acomodado los críticos, que resulta difícil encontrar una crítica decente en los medios desde que usted nos dejó huérfanos? Estoy segura que sabe de alguno... Por ejemplo admiro a Juan Marsé, y su rebeldía en el penúltimo premio Planeta, su descontento y mutis por el foro.

R: Por supuesto que queda más de un crítico cabal y responsable en la prensa española, no todo está perdido. Pero lo cierto es que abundan los mediocres. El problema, en todo caso, está en la resistencia creciente que el medio mismo –el periodismo– ofrece a la crítica que se ejerce con independencia y rotundidad. Es un problema cultural y social, muy amplio. La cultura de masas prospera a costa de la rebaja de la crítica misma, reducida a un género promocional, publicitario.

P: Ya que estamos en Internet, ¿ayudará la Red a literaturizarse más, y sobre todo a decir lo que no dice la prensa escrita?

R: Pienso que no. Al menos de momento. Repito lo que ya dije en otra entrevista: desconfío de la supuesta libertad con que operan los blogs. No es lo mismo una escritura libre que desinhibida. Y la

de los blogs es una escritura desinhibida. Por otro lado, creo en la función social de la crítica, en su contribución a la construcción de la comunidad, en su poder de incidencia y de representación. Pero las comunidades de los blogs no son evaluables ni representativas. A menudo son jaulas de grillos, por mal que me esté decirlo en esta circunstancia. De momento, la crítica que en ellos se hace es bastante inofensiva. En los mejores casos, puramente testimonial. Y no me parece que la cosa tenga visos de cambiar a corto o medio plazo.

P: ¿Lee algún blog o diario digital?

R: Me temo que no. No, al menos no con la conveniente asiduidad.

P: Pareciera que al lector se lo dan todo marketeado, masticado para obligarle casi a que le guste. Estamos a merced de la «angustia por vender a cualquier precio» de las editoriales. ¿Falta, hoy, debate sobre literatura?

R: Sí, falta absolutamente, por las mismas razones que no se concede espacio a la crítica. Vivimos en una cultura falsamente ecuménica, y más sobre todo en España, donde, desde la transición, la obsesión de la izquierda cultural ha sido mostrar su buen talante y consagrar una concepción de la cultura como fiesta. Todo es fiesta: la fiesta de los libros, del cine, de lo que sea. Y todos contentos.

P: Rafael Reig en su «Manual de literatura para caníbales» parece apostar por una literatura llamada *sociable* y lanza carnaza como esta: «*hay que evitar leer a Juan Benet, a no ser que seas católico y te tengas que mortificar (es un tostón)*». También le parece un tormento intentar leer a *Javier Marías* y *Sergio Pitol*, que junto con Benet son de un aburrimiento extremo. Y continúa con el descarnado: «*Hay que leer con muchísima moderación a Juan Goytisolo, la sobredosis puede... Bueno, a él mismo la sobredosis de sí mismo le ha llevado a acabar fatal.*». ¿Se nos pueden atrofiar las neuronas con autores de los llamados sociables...?

R: Rafael Reig es un tipo muy respetable. La sección que está escribiendo para el Cultural de El Mundo es un ejercicio insólito, por estos pagos, de atrevimiento y de buen juicio. Otra cosa es cuando, amparado en la licencia que le da para ello cierto hibridismo genérico, se dedica al gamberrismo puro y simple. Yo mismo empleé ya la categoría de literatura sociable oponiéndola a la literatura social de décadas atrás. Fuera de eso, ya he dicho que desconfío de las descalificaciones rotundas y de las generalizaciones.

«Los premios literarios sólo son el termómetro de la indigencia y falta de criterio que aqueja a nuestra cultura de forma progresiva y me temo que irremediable.»

P: ¿Puede todavía alguien creer que los premios no están amañados, exceptuando premios concedidos a lo ya publicado, como el Premio de la Crítica y el Premio Nacional (sin dotación económica)?

R: Incluso esos que usted menciona, si no están amañados, sí están, desde luego, pervertidos por mecánicas obsoletas o simplemente idiotas. No vale la pena entrar en este asunto, ya no. Empieza a dar lo mismo. Los premios literarios sólo son el termómetro de la indigencia y falta de criterio que aqueja a nuestra cultura de forma progresiva y me temo que irremediable.

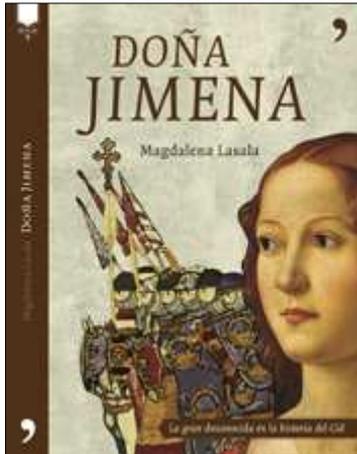
P: Para acabar, Harold Bloom, autor celebrado, tremendo erudito, polémico y coloso entre los críticos, ¿puede ser una referencia donde dirigirnos?

R: Admiro en Bloom el provocador gesto de arrogancia con el que reivindica la autoridad del crítico. Al margen de eso, hay muchos reparos que oponer a su anglocentrismo, a su antimodernismo, a sus derivas religiosas. Pero su ejemplo y su actitud no son en absoluto despreciables.

P: ¿Sigue estando su vida laboral y profesional relacionada con la literatura?

R: Claro. Yo me gano la vida como realizador de libros. Editor, sí, pero en un sentido literal, más proletario, por así decirlo.

© Blanca Vázquez



DOÑA JIMENA, de Magdalena Lasala

Editorial Temas de Hoy
Colección: Nombre de la Historia
Fecha de publicación: 2006
597 páginas
ISBN: 84-8460-598-1

* * *

Una «Doña Jimena» que nos revela a una Doña Urraca

Esta novela, grande en los dos sentidos de la palabra, cualitativa y cuantitativamente (¡597 págs.!) de Magdalena Lasala, poeta y novelista especializada en narrativa histórica sobre el pasado hispánico andalusí, viene a coronar esta especialización de autora de novela histórica del modo más brillante y aleccionador.

Damos por sentado que *Doña Jimena* de Magdalena Lasala es una novela histórica por las razones que ya exponíamos en nuestra tesis doctoral «*Imán*» y *la novela histórica de Ramón J. Sender*: En primer lugar, decíamos, la novela histórica es un subgénero del género literario *novela*. Y transcribimos parte de lo que a continuación exponíamos sobre el tema:

Para que una novela sea histórica ha de estar enmarcada en una época y en un espacio estrictamente histórico. Entonces, ¿en qué consiste esta clase de novelas? Consiste en revivir la historia, en darle una vida nueva al material inerte que llamamos «historia». Pongamos el modelo de Walter Scott (1771-1832). Para empezar, el chasis en que se arma el vehículo novelístico de Scott es histórico, por supuesto. Y lo que es todavía más histórico es el escenario. Porque la decoración de interiores, el equipo de los guerreros, el paisaje de aquel entonces, el vestuario, la panoplia, el doble patrón de vida pública y privada, de observancia social y religiosa, todo lo exterior visible que podría reproducirse en el filme, todo eso es histórico. Porque Walter Scott era un erudito en la materia y disponía de un enorme acervo de documentación para poder lanzarse bien seguro a esas peregrinas descripciones de torneos, justas, cabalgatas, cacerías, batallas, algaradas y escaramuzas, así como de castillos feudales, chozas de siervos, catedrales, iglesias y ermitas, o de clero, gentes de armas, damas y mozas, caballeros y villanos con todas sus usanzas y costumbres, sus fueros y desafueros, sus creencias religiosas y supersticiones, sus privilegios y servidumbres, sus tablas de valores, sus tabúes, y premios y castigos, con sus «moradas vitales, vividoras y estructuras funcionales y maneras de vivir», que diría un Américo Castro.

Pues bien; eso mismo es lo que hace también Magdalena Lasala. Y espero que tenga por lo menos el mismo éxito que este célebre poeta y novelista escocés, Sir Walter Scott (Edimburgo, 12-VIII-1771, + Abbotsford, 21-IX-1832), tan admirado, si no ya imitado, por los más grandes novelistas históricos de Europa (Alfred de Vigny, Víctor Hugo, Balzac, Dumas, Manzoni, Puschkin, Tolstoi, Pérez Galdós, Ramón J. Sender, etc.).

Es increíble lo empapada que está nuestra autora del siglo undécimo español y muy en especial en la historia de finales de los reinos árabes andalusíes. Lo mismo que decíamos de otra autora española contemporánea, Rosa Montero (Madrid, 1951), al reseñar su última novela *Historia del Rey Transparente* (Alfaguara, 2005), en la que también demuestra que conoce al dedillo y a fondo el siglo duodécimo español donde se desarrolla su novela. Pero yo titulaba la reseña de esta novela: «Más acá y más allá de la historia», lo que no es el caso para *Doña Jimena*. Para mí esta novela de Magdalena Lasala es la revelación de un gran personaje histórico que nos sirve para afianzar, ya inamoviblemente, nuestra teoría de que la historia de los españoles (y españolas, si no véase el increíble ejemplar que voy a soltar ahora), es intermitentemente empujada por protagonistas PRECOCES. Tengo registrados en un ensayo en preparación muchos ejemplos de

este fenómeno; pero este caso que me ofrece Magdalena Lasala en su *Doña Jimena* es un caso único.

Porque la gran revelación que nos brinda Magdalena Lasala, no es el mayor conocimiento que nos regala en su novela de Doña Jimena (de cuyo poco saber de los españoles se queja y con razón nuestra autora), sino que lo más importante y extraordinariamente interesante que nos ofrece (Doña Jimena mediante), es que nos enteremos de la valía y ejemplaridad feminista de esa mujer extraordinaria que fue ¡hace ya diez siglos!, la infanta Doña Urraca, la hija mayor de los reyes de Castilla y León, Don Fernando y Doña Sancha.

La satisfacción que me proporciona *Doña Jimena* dándome a conocer a Doña Urraca es que este personaje viene a confirmar mi teoría (expuesta en varias obras mías) de que España viene caracterizada, en la historia cultural y societaria universal, como etnia precoz, porque doña Urraca, tal como nos la retrata Magdalena Lasala, es de una precocidad alucinante: se adelanta ¡ochos siglos! A los finales del siglo XVIII que es cuando nace y se proclama el feminismo en Occidente (1791 en francés y 1792 en inglés)... Y uno se pregunta, consternado, cómo ha podido ser España tan tardía en reconocer a semejante personaje tan precoz. Y personaje histórico, que sin ser reina del todo, fue más que reina. Lean, lean *Doña Jimena* y verán el talento y la capacidad de mando de aquella infanta Doña Urraca. Y aun eso puede hacerse dado alguna vez, pero lo que creo que no se ha dado nunca es una gobernante feminista. A lo mejor me dicen que no fue tal y si quieren decir con eso que no fundó ni fue socia de algún movimiento feminista, les doy la razón, porque sólo lo fue empíricamente, sin principios, porque el principio era ella misma, aunque tuvo seguidores más o menos estrictos, como la misma Doña Jimena, su discípula y casi hija moral en cuanto a conducta. En cuanto a renovadora del código femenino, practicó la igualdad de derechos y deberes de la mujer y el hombre y llegó al colmo de esa misma igualdad reivindicando el amor entre hermanos y, por si fuera poco, con un hermano rey, o sea, contra el pecado más nefando de la humanidad convencional: la relación amorosa-sexual entre parientes *mayores*.

La misma autora me da la razón respecto al protagonismo de la infanta Urraca en su novela cuando escribe en la página 397 (dándole la palabra a Doña Jimena) lo siguiente:

«Amé mucho a Urraquita, a esta Doña Urraca reina que vino a Cardeña el pasado invierno a visitarme, como se visita a una madre vieja, porque necesitaba el consejo y el consuelo del abrazo cálido de una madre. Doña Urraca es ahora una mujer de casi treinta y dos años que ha de mantener su poder con la guerra. La reina no buscaba este destino; vivió a la sombra de Doña Constanza, esa madre ansiosa que siempre buscó un heredero varón para Don Alfonso y Dios no quiso concedérselo. Mientras tanto, Urraquita tenía que ser olvidada por un mundo que no la quería aceptar como reina. Sólo se dio cuenta su tía la infanta, mi amada Doña Urraca, siempre vigilante, siempre alerta de las claves de un futuro que sólo a ella se hacía manifiesto.

El rey Alfonso había decidido que tenía que educarla su ayo Don Pedro Ansúrez, y éste tampoco pudo soportar su presencia, tan parecida a Doña Urraca, su amor secreto, la verdadera reina de toda esta historia» (subrayado por mí: F.C.L.)

Verosíblemente, estas siete últimas palabras por mí subrayadas no podía decirlas Doña Jimena, porque «toda esta historia» es de Magdalena Lasala, pero este lapsus viene a reforzar mi sospecha de que la autora comparte mi opinión, tanto más si ha sido inconsciente o subconsciente.

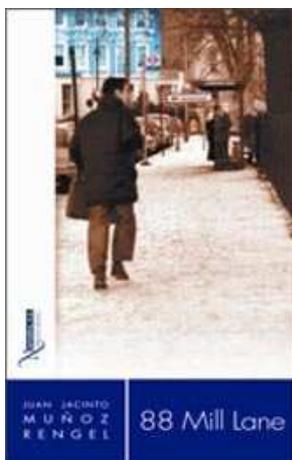
Y lo digo porque, por lo mismo, debemos felicitar a nuestra autora, precisamente, ya que parece invitarnos a tomar a esta Doña Urraca como heroína insólita, a lo mejor única, de mujer independiente, sabia, enérgica, de carácter a toda prueba y libre. ¡Hurra por doña Urraca!

Sin olvidar, no obstante, que Doña Jimena aprendió de su maestra a reaccionar con tan buen sentido de la justicia social como cuando se expresa en estos términos en la pág. 442:

«Aunque viajaba en el campamento un carro con varias mujeres prostitutas que ejercían su libertad de hembras a buen precio, sus mayores rivales eran las muchachas raptadas en las aldeas musulmanas que servían mejor que ninguna otra para el solaz de los soldados, porque el miedo y la desesperación las hacía vulnerables y sumisas a cualquier abuso de un hombre. Yo no podía soportarlo; me quejé violentamente a Rodrigo, clamé a los prelados que hipócritamente miraban hacia otro lado, pero latía un pacto superior a todo lo

que yo conocía, un pacto que justifica por la guerra cualquier tropelía cometida por un hombre.»

© Francisco Carrasquer Launed



88 MILL LANE, de Juan Jacinto Muñoz Rengel

Editorial Alhulia
Colección Narrativa
Fecha de publicación: 2006
160 páginas
ISBN 84-96083-85-3

* * *

El placer de la ficción

A veces, entre la interminable lista de títulos aparecidos cada año, nos encontramos con libros sorprendentes de la mano de autores de cuya existencia ni siquiera sabíamos. Éste es el caso de *88 Mill Lane*, de Juan

Jacinto Muñoz, un inesperado libro de relatos construidos bajo el estricto canon de la ficción puramente hedónica.

Juan Jacinto Muñoz Rengel (Málaga, 1974) lleva ganando premios de relato corto toda una década, y atesora en sus alforjas los más acreditados del género. No obstante, el cuento literario sigue siendo el injustificado patito feo de nuestras letras, y las obras de este autor se han visto condenadas a perderse en un piélago de antologías y publicaciones puntuales de instituciones de España y Latinoamérica. Con *88 Mill Lane*, el escritor reúne una selección de sus «relatos londinenses», un conjunto de diez artificios que con un lenguaje limpio y sólidas estructuras entroncan con la mejor tradición de la literatura fantástica, acercándola hasta nuestros días y haciendo posible su convivencia con nuestra cotidianeidad.

De acuerdo con lo que apunta el prologuista del libro, el argentino Pablo De Santis (y no parece casual que sea el autor de *El calígrafo de Voltaire* quien introduce este volumen, pues son muchos los nexos de unión entre las obras de ambos escritores), es probable que haya en la elección de Londres como escenario donde discurren las tramas cierta búsqueda de la distancia, cierto alejamiento intencionado, que permita dar rienda suelta a la imaginación más insólita y que aún así los sucesos extraordinarios y las distintas deformaciones de la realidad no se nos antojen del todo inverosímiles. Durante mucho tiempo ha prevalecido entre los escritores españoles un miedo paralizante –que ahora parece rescindir– a abordar lo fantástico; como resultado el lector se ha ido desacostumbrando a que los acontecimientos fabulosos puedan ocurrir dentro de nuestras fronteras, en nuestras ciudades, en nuestros barrios. Muñoz Rengel, para no librar dos batallas al mismo tiempo, salva esta dificultad situando sus historias en las calles londinenses, en West Hampstead, en los alrededores de Mill Lane, en Hyde Park, en el London Zoo. Con todo, por si ello no fuera suficiente, incluso en los relatos más contemporáneos, la ciudad de Londres nunca parece ser la que de verdad es, no se nos muestra por completo real, mantiene siempre la aromática atmósfera de la que fue la ciudad de Stevenson, la de Conan Doyle, la de Chesterton. Moviéndose con soltura dentro de ese decorado de influencias, las historias de Muñoz Rengel encierran además en sus tripas un poderoso virus borgesiano; o mejor, a la manera de Bioy Casares, lo que guarda dentro cada uno de estos cuentos es un Borges depurado de intelectualismo erudito, y enriquecido con la fuerza de personajes vitales y creíbles.

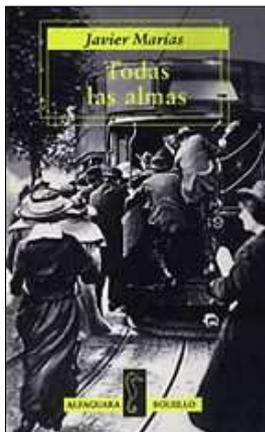
Si tuviéramos que definir los relatos de *88 Mill Lane* por otra particularidad, aparte de la inclinación fantástica, que los distinguiera del resto de los que se escriben hoy en nuestro país, no cabría duda: el respeto por la estructura clásica del cuento literario. Decía Poe que en un relato bien construido la primera línea del texto ya debe ir encaminada a su conclusión final. En estos relatos se cumple esta premisa, y todas las demás dictadas por los grandes cuentistas. Como en los pequeños mecanismos de relojería se distinguen las partes y los detalles, las frases anuncian eventos posteriores, cada objeto

o personaje que aparece tendrá su posterior utilidad, nada es prescindible. Las piezas de orfebrería de Muñoz Rengel están pensadas como un todo, un todo ficticio que es un código de pistas encadenadas cuyo único objetivo es procurar placer al lector.

Hay en *88 Mill Lane* relatos de orientación histórica, como «Las dos navajas», o de género policíaco, como «La Casa de Strawbrooke», pero la mayoría tiene de fondo un objetivo de juego filosófico, casi metafísico. Algunos transcurren en un tono divertido, sin más pretensiones, como «El libro del Destino», que contiene todas las cosas que sucederán, o «Bestiario secreto en el London Zoo», un disparatado despliegue de imaginación. Pero en otros el calado es más profundo. La deliciosa historia de «Los habituales de La Brioché», que abre el volumen, plantea la posibilidad de que un escritor con la obsesión de inventar vidas a las personas de su entorno, a las que usa como personajes de sus obras, pudiera al hacerlo modificar realmente las existencias de esas personas. «La perla, el ojo, las esferas» es un episodio inquietante en el que el protagonista se ve cada vez más y más angustiado por el descubrimiento de una paradoja espacial, la de los universos autocontenidos. «El desván de Thomas Carlyle» es aún más ambicioso, y nos arroja a la hipótesis de hasta dónde se podría llegar si a un ser humano lo educáramos desde su nacimiento en unas coordenadas epistemológicas y sensoriales por completo distintas a las normales.

Lo que Juan Jacinto Muñoz ha confeccionado con su selección de relatos no es una antología que evoca lo mejor que se ha escrito en literatura fantástica, es una brillante antología de lo mejor que está por escribir. Un libro y un autor que darán mucho que hablar.

© Quique Bermúdez



TODAS LAS ALMAS, de Javier Marías

Editorial Alfaguara
Colección Hispánica
Fecha Publicación: 2000
280 páginas
ISBN: 8420442305

* * *

Todas las almas es una nube. Me imagino a Javier Marías subido en ella, interpuesto entre la realidad y la ficción. Muchas veces, una novela es la lazada que se tiende desde la ficción hacia un trocito inexplorado de realidad, valga como ejemplo *La soledad era esto*, de Juan José Millás. En otras ocasiones, sucede al revés y la novela es un manifiesto por teñir de ficción la realidad, un grito desesperado que descarta la vida agotada. Mírense, si no, las de Vila-Matas. *Todas las almas* flota en la ambigüedad de estar entre ambas.

Por un lado, el narrador, innominado, es identificable en muchos aspectos con el propio Javier Marías. El mismo autor llegó a dictar una conferencia titulada «Quién escribe», sobre el problema de la identificación entre autor y narrador a raíz de esta novela, para llegar a la conclusión de que su narrador es «quien yo pude ser pero no fui», «quien no es Nadie, y sin embargo se me parece» y «Otro-además-de-mí». Todo lector avezado sabe que hay siempre una neta separación entre el autor y el narrador (al menos, desde que lo dijo Eco); en este caso, Javier Marías juega con esa la movilidad de esa línea de separación. El narrador español sin nombre es una espiral de humo que emana del cigarrillo de Javier Marías; es distinto porque es a partir del otro, pero no es el otro. Trasladada a los demás personajes, la ambigüedad permite enmascararlos en el mismo difumino y el lector puede jugar a no saber si son reales, inventados, o mitad y mitad. Y para terminar de confundir, tenemos a John Gawsorth, un escritor real que, al tiempo, tiene su parte de papel en la invención. La realidad y la ficción se revelan como dos filamentos de una cuerda, la forman y se estiran y encogen formando dibujos nuevos a cada movimiento.

Además, Javier Marías se sirve del relato retrospectivo. Eso acota el tiempo (el lugar ya está acotado, metido en su cápsula inamovible de almíbar) a dos años, los ocurridos en Oxford y permite que la narración de los sucesos y sensaciones vengan entreverados con la reflexión acerca de lo vivido. Se

cuela, entonces, entre la voz y la circunstancia que narra y lo experimentado, la distancia, la bruma, la nube de incertidumbre tan oxoniense. Como dice el propio narrador:

«El que aquí cuenta o que vio y le ocurrió no es aquel que lo vio y al que le ocurrió.»

Por otra parte, se hace mucho hincapié en que la historia de lo sucedido en Oxford es la «historia de una perturbación», lo que permite vestir con ropajes de realidad (perturbada), acontecimientos de pura ficción. Además, Javier Marías se cuida de establecer una neta diferencia en la relación con el espacio entre él mismo, que es un ave de paso que, en realidad, pertenece a otro mundo, y el resto de los personajes, oxonienses que se miden por la forma de pasar el tiempo en Oxford. Porque la gente de Oxford no está en el tiempo y él sí: él está «en el tiempo y en el mundo». El narrador es la bisagra que anda estirándose del lado de la ficción y del de la realidad a su gusto.

El relato, pasado por el tamiz del tiempo y del espacio, se ve apuntalado por la reflexión de lo narrado, la disección de los sentimientos, que no puede tener lugar al tiempo que el sentimiento, se mezclan dos tiempos del discurso y de la «realidad» (la vida): el de sentirla, pasarla, experimentarla y el de asumirla, pensarla, gozarla en la dulce penumbra de la mente. Se incardinan, pues, mágicamente, ambos tiempos, ambos espacios mentales, de suerte que el lector aborda la sensación y, al tiempo, asiste al juicio sobre la propia sensación. Se difumina lo sentido por estar ensombrecido (o enriquecido) por lo pensado; se difumina lo pensado como tal, porque está pendiendo de la experiencia inmediata. Así, en la conversación decisiva que el español mantiene con Clare Bayes al final de la novela, el narrador piensa en el momento, acota y perfila después y nos lo devuelve todo como una sola y pequeña pieza de eternidad sentimental:

«Dentro de los pasos que deben darse en las conversaciones diáfanos sobre el futuro (los pasos que son sólo trámites) yo tenía entonces dos opciones: podía preguntar (miré hacia la playa) si ese abandono no se produciría nunca porque pese a todo ella amaba al marido (pero en aquella noche de junio y sábado en la ciudad de Brighton no quería correr el riesgo de oír que así era ni de tener que intentar negárselo haciendo inevitable uso de la jactancia).»

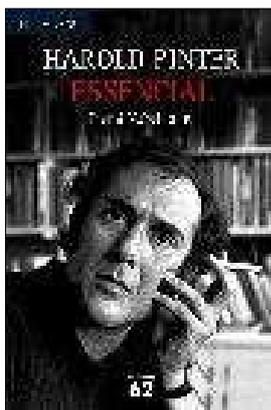
Se entremezclan el aquí y ahora de junio en Brighton, que se protege bajo la primera reflexión general (que no tiene tiempo, que es de presente perenne y siempre actual). El narrador mira hacia la playa en junio, en Brighton pero sólo en un tiempo de sosiego posterior puede desnudarse ante sí mismo y desglosar y analizar su comportamiento. Pero todo aparece como una piedra compacta pero borrosa, al no poder determinarse fieramente y con rigor científico, dónde comienza un tiempo y acaba el otro, si es que esto sucede realmente.

Javier Marías escogió un escenario inhóspito e inmóvil, fuera de todo tiempo, que es el tiempo que no pasa en Oxford para los oxonienses. Dentro de este tiempo y espacio, inserta al protagonista narrador, que viene de otro espacio y de otro tiempo y que no es capaz de observar esto si no es desde fuera. Al hacerlo así, al establecer la barrera entre él y los demás, hace todavía más opaca, más estática, más cerrada la atmósfera que quiere transmitir. Y más brumosa, más indefinida, más incierta, porque es narrada desde los alrededores, desde las afueras, por más que la historia se basa en lo que le aconteció «dentro». Pequeños detalles hacen familiar esta distancia: la soledad inevitable del individuo, la importancia de su cubo de basura, de su casa piramidal, que son espacios sólo suyos en ese Oxford tan de todos menos suyo. O incluso la pertinacia con que da en llamar «Clare Bayes» a su amante, así, utilizando el nombre y el apellido constantemente.

Todas las almas es un libro para dejarse mecer. Te pasea por la neblina inglesa pero ésta no te moja la cara. Te arranca de tu propio espacio para subirte con el narrador a un limbo que no se sabe muy bien dónde está. Y te va descolgando por esa prosa flexible, trastabillada en ocasiones, llena de digresiones que lo son y no siempre lo parecen (o al revés). No es la prosa compleja y rotunda de Benet que explota las ideas en la misma sintaxis del pensamiento. Es algo más juguetona, más incierta o errática, nunca es un manto simétrico sobre una idea desarrollada. No. La prosa entretrejida de *Todas las almas* transmite la tensión de la palabra que tira las ideas y de las ideas que van estirándose por encima del lenguaje, buscando siempre su mejor expresión. No es difícil encontrar un hueco bajo esta manta para hacerlo nuestro.

© Cristina Núñez Pereira

<http://blogs.ya.com/lomejordeloslibros>



ESSENCIAL, de Harold Pinter

Edicions 62
Colección El Balancí 527
Fecha Publicación: 2005
128 páginas
ISBN: 978-84-297-5752-1
Traducción al catalán: **Manuel de Pedrolo**

* * *

Pese a la alta calidad del teatro de Harold Pinter hemos tenido que esperar a que le concedieran el premio Nobel para empezar a ver traducciones de sus obras en nuestro país. Losada ha publicado tres volúmenes con una buena selección y Edicions 62 ha publicado este *Essencial*, gracias, en parte, a que ya existían traducciones al catalán de buena parte de su dramaturgia. La selección que han hecho es bastante acertada, aunque se hubieran podido incluir algunas de sus piezas breves u otros éxitos suyos como *El cuidador*. También se echa de menos una introducción que nos ayude a poner en contexto las obras dentro de la trayectoria del autor. Pequeños defectos perdonables a cambio de disfrutar de buen teatro.

Las obras incluidas son las siguientes:

- *La habitación*

La acción se desarrolla en un suburbio inhóspito; el exterior es peligroso, quizás a causa de una guerra. Los habitantes del edificio siguen una vida normal, como si nada ocurriera.

- *El montaplatos*

Los dos protagonistas hablan y esperan las órdenes que les transmitirá un teléfono. Tras sus angustias existenciales se esconde la sombra de la brutalidad y la violencia.

- *El amante*

Un matrimonio se entrega a un extraño juego de infidelidades consentidas, ¿o la realidad es algo muy diferente?

- *Voces familiares*

Tres monólogos se entrecruzan creando una historia única.

- *Una clase de Alaska*

Inspirada en la obra *Despertares* de Oliver Sacks –y muy diferente a la película del mismo nombre– nos cuenta la historia de una mujer que despierta de un sueño de treinta años.

- *Estación de Francia*

El interventor de una compañía de taxis intenta –la incomunicación es palpable– que un conductor vaya a la estación de Francia.

- *La última copa*

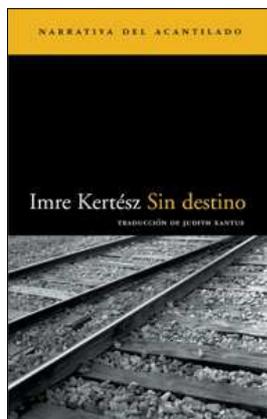
La tortura y el interrogatorio de una pareja y su hijo pequeño narradas de un modo impersonal y tremendamente eficaz.

En *La habitación* y *El montaplatos* la influencia de Beckett se hace notar, aunque Pinter ya utiliza con soltura los elementos que habrían de ser su marca de fábrica posterior; el uso de los silencios y las elipsis, el sugerir más que el narrar y, sobre todo, la profundidad de sus personajes creados a partir de trazos breves pero precisos. La culminación de todas estas técnicas puede apreciarse en *El amante*. Lejos queda el esquema clásico de introducción nudo y desenlace; lo que se nos muestra es una ventana a una historia que ya está en desarrollo. El espectador se convierte en un mirón privilegiado de una situación extraña. No sabemos cual es la naturaleza exacta de la relación de la pareja, porque el autor no la sabe tampoco. Sólo podemos imaginar lo que no es visible, pero se adivina. Las pausas, como en toda la obra de Pinter, dicen más que el texto.

Las últimas son piezas breves de un autor ya maduro con pleno dominio de sus recursos expresivos. El lirismo de *Voces familiares* y *Una clase de Alaska*, creador de una atmósfera espesa y sugerente contrasta con el surrealismo de *Estación de Francia*, escorado hacia el humor absurdo y con la frialdad de *La última copa*, cuya brutalidad nos golpea sin compasión.

Sin lugar a dudas, uno de los grandes dramaturgos contemporáneos.

© Juan Pablo Fuentes
<http://lepisma.liblit.com>



SIN DESTINO, de Imre Kertész

El Acantilado
Colección Narrativa
Fecha Publicación: 2004
263 páginas
ISBN: 84-95359-53-7
Traducción: **Judith Xantus**

* * *

Los misterios que tiene la vida son inescrutables. Vivimos de determinada manera sin imaginar que, de pronto, todo puede cambiar y lo que antes guardaba cierta armonía pasa a dejar de tenerla o a abrigar otro tipo de unidad dentro de la babel que se presenta. Cuando de repente todo da una vuelta se busca afecto, comprensión, entendimiento o, por lo menos, una palabra de aliento y se encuentra casi siempre, cuando se encuentra, en quien menos se piensa y en quien se cree que se hallará, no se halla. Los misterios de la vida también están en esto... Hemos visto infinidad de películas con este tema, leído la misma cantidad de literatura al respecto, pero *Sin destino* de Imre Kertész es otra cosa. Parte de su maestría consiste en que el tema está tratado con una distancia y objetividad sorprendente (sin desgarramientos ni sentimentalismos. Imre Kertész estuvo en un campo de concentración a los 15 años, sus abuelos maternos murieron en el Holocausto nazi y sus abuelos paternos fueron asesinados bajo el régimen comunista de Rákosi), además desvela una filosofía que se introduce desde los primeros renglones en nuestro espíritu, una filosofía de vida...

Estamos en Budapest un día de 1944 y György Köves, un adolescente de 14 años, se encuentra con la noticia de que en su camisa o saco debe de existir siempre una estrella amarilla con la que puede circular por la calle hasta las ocho de la noche, nada más. Su padre tiene que abandonar a la familia porque es asignado a trabajos obligatorios. El jovencito percibe que «los años felices y despreocupados de la infancia habían terminado» para él a partir de ese momento, sin imaginar lo que vendría poco tiempo después: compartir el destino común de los judíos durante la segunda guerra mundial, como le dice su tío Lajos en cuanto despiden a su padre y él se queda con su madrastra (aunque tiene a su madre, pero sus padres están separados).

La vida prosigue y nuevas leyes se proclaman para los judíos, el adolescente húngaro tiene que ponerse a trabajar, es una obligación que le es comunicada en una nota: «György Köves, joven aprendiz, se le ha asignado un puesto de trabajo permanente». Un día caluroso se levanta temprano para ir al trabajo y, a poco tiempo de dejar «atrás las últimas casas de los suburbios, al cruzar el pequeño puente que lleva a la isla Csepel», el autobús frena de repente y una voz «desde afuera, mandaba apearse a los judíos que se encontraban en él. 'Seguramente será para revisar los pases de frontera y permisos', pensé». Sin imaginar lo que realmente sucedía (sólo sabían que irían a trabajar a otro lado). Después de algunos días de viaje en tren y casi sin agua, los pasajeros llegan a una estación desconocida:

Vi, a mi izquierda, un edificio que anunciaba una estación. Resultaba ser un edificio minúsculo, gris y totalmente desierto, con pequeñas ventanas que estaban cerradas (...) Otros también vieron el edificio, y yo se los conté a los que estaban alrededor. Me preguntaron si veía el nombre de alguna localidad. Y sí, lo vi: eran dos palabras que a la luz del sol se distinguían perfectamente; el cartel colgaba del lado más estrecho del edificio, debajo del techo, justo enfrente de nuestro vagón: Auschwitz-Birkenau, eso leí, estaba escrito con las típicas letras alemanas, altas y onduladas. Trate en vano de acordarme de mis estudios de geografía, los demás tampoco tenían idea de dónde estábamos. Habían llegado a su destino.

En Auschwitz-Birkenau sólo está tres días, los justos para pasar por las duchas de agua (no de gas, como pasaron quienes no resultaron aptos para el trabajo), raparlo, echarle desinfectante y

darle esa ropa «de preso» (incluía unos zapatos de madera) que a partir de ese momento ya no se quitaría. Aprendió muy pronto la diferencia entre un campo de exterminio y un campo de trabajo, pero sabía que los dos eran esos «campos de concentración» de los que un día escuchó hablar en alguna clase o en alguna plática familiar. Su destino era en un campo de concentración de trabajo en Buchenwald:

Enseguida nos contaron, nos ordenaron, nos llevaron y nos trajeron, para determinar quiénes dormirían en qué tiendas: nos pusieron en filas de diez, delante de nuestros respectivos bloques (...) Mi vecino de la izquierda era un hombre alto y delgado (...) quería saber cómo había llegado hasta allí, a lo que yo respondí: «Fue muy fácil, sólo tuve que bajar del autobús». «¿Y qué?», preguntó. Le respondí que nada más, que allí estaba.

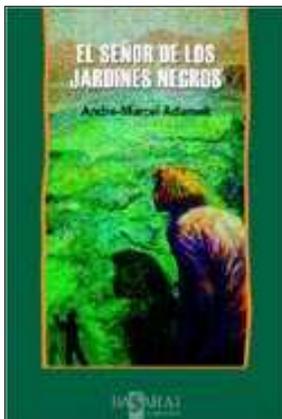
Muchas cosas suceden a György Köves además de contagiarse de sarna, piojos, chinches, de conocer el hambre a «largo plazo» y la degradación interior, de envejecer 10 o 15 años en tan solo un año (después de un tiempo se ve en un espejo y no se reconoce), de tener los zapatos pegados a los pies, a tener en lugar de un nombre un número, de recibir golpes porque se le caían los sacos de cemento que a veces no aguantaba en la espalda, y de graves infecciones que lo llevaron a un hospital. Pero sobre todo, aprendió tres formas de evadirse en un campo de concentración:

1. La imaginación (que siempre permanece libre)
2. Abandonarse (cualquier rincón, cualquier sitio o escondite bastaban)
3. La literaria («la verdadera»).

György Köves aprendió, también, a vivir un destino determinado que no era su destino, pero lo había vivido...

© Magda Díaz y Morales

<http://apostillasnotas.blogspot.com>



EL SEÑOR DE LOS JARDINES NEGROS, de André-Marcel Adamek

Ediciones Bassarai
Colección Narrativa
Fecha Publicación: 2007
112 páginas
ISBN: 978-84-96636-05-7
Traducción: **Blanca Gago Domínguez**

* * *

Tras leer esta novela, nos viene a la cabeza la obra de ese gran narrador del mundo rural europeo de finales del siglo XX que es el británico John Berger. Como Berger, el escritor belga en lengua francesa Adamek se aleja de la imagen más estereotipada del campo idílico, para hablarnos de su dureza, del sufrimiento que genera y de la rudeza de sus habitantes. Todo ello matizado, y hasta cierto punto superado, por una vida que está en contacto directo con la naturaleza y con la «tierra» que entronca al ser humano con sus costumbres y tradiciones más atávicas.

Lo que diferencia a Adamek de Berger es que, partiendo ambos de los mismos presupuestos realistas ya citados, Adamek introduce en su narrativa unos elementos inquietantes y ligeramente fantásticos que acaban transformando sus historias en fábulas ó parábolas. Unas historias en las que los animales, como si fueran símbolos arcanos, juegan un papel fundamental.

En *El señor de los jardines* narra la llegada al mundo rural de un joven matrimonio, Quentin y Anaïs, que proviene de la gran ciudad. Quentin, traductor de profesión, sufre del corazón y espera un trasplante. Anaïs, una joven profesional, lo deja todo para dar una nueva oportunidad a su familia. Tienen tres hijos: dos niños, Paul y Maurice, y una niña Yolande con una minusvalía mental, que apenas habla. Junto a su nueva casa vive una pareja de viejos agricultores, Simon y Rachel. Simon vive amargado porque su único hijo ha renunciado a seguir con la granja y encima se ha casado con una mujer negra.

Desde el primer momento Simon se ve atraído poderosamente por Anaïs y la espía constantemente.

Anaïs parece saberlo y aún así intenta entablar amistad con el viejo uraño. Mientras tanto, Quentin compra un cachorro de perro para su hija, y esa decisión obra pequeños milagros: la niña comienza a abrirse al mundo y a su familia. Hasta que una noche el perro desaparece en medio de una gran tormenta. Todo indica que se ha perdido en el paraje conocido como los Jardines Negros, las ruinas de una ciudad infectadas de víboras y repletas de peligrosas grietas, que fue abandonada en el siglo XVII cuando la peste asoló el lugar. El agricultor Simon se une, por su cuenta, a la búsqueda del cachorro y le encuentra en una de las grietas. Pero curiosamente no dice nada. A partir de aquí el destino nos lleva hasta un final sorprendente y extrañamente compensatorio, que no feliz.

El gran acierto del libro es la doble voz utilizada para contar los hechos. Alternativamente, la historia nos es narrada en primera persona por el viejo Simon y la joven Anaïs. En sus voces podemos apreciar todos los prejuicios que suelen acompañar a nuestras decisiones, y como cualquier hecho de la vida puede ser explicado, casi correctamente, desde ópticas distintas. Eso sí, Adamek no elude la cuestión moral, porque Adamek es un escritor moralista, y se posiciona claramente a favor de la mirada bondadosa y en contra de la maliciosa. Aunque, curiosamente, siempre existe la posibilidad de la redención de los pecados. La hay al final del relato.

El escritor belga se muestra en esta novela como un narrador excepcional, con un increíble dominio del lenguaje, depuradísimo, y con un ritmo de narración casi perfecto. Además parece poseer un sexto sentido que le indica cuánto debe medir cada capítulo y cuándo una de las voces narrativas debe completar a la otra ó solaparse narrando los mismos hechos. El resultado final es de una maestría insuperable.

No hay que perder de vista a este gran autor.

© Enrique Martín
EITB-Pompas de papel



LA FORTUNA DE MATILDA TURPIN, de Álvaro Pombo

Editorial Planeta
Premio Planeta 2006
Fecha Publicación: 2006
442 páginas
ISBN: 8408069004

* * *

Demonios familiares

Demonios en el jardín es el título de una película de Manuel Gutiérrez Aragón, de notable éxito en los años ochenta. En ella se concitan todos los demonios familiares con su séquito de espectros, de sombras alargadas y de laberínticos recovecos sentimentales. En *La fortuna de Matilda Turpin*, última novela del escritor cántabro Álvaro Pombo, reaparecen todos los fantasmas familiares en la persona de Matilda, madre de familia recientemente fallecida, economista emprendedora, mujer liberada de las ataduras tradicionales de madre y esposa clásica e inquieta luchadora por la emancipación femenina en la línea del círculo de Bloomsbury, con Virginia Woolf a la cabeza.

Esta nueva aventura narrativa de Álvaro Pombo, con la que ha obtenido el último Premio Planeta, ahonda sin tapujos en lo más recóndito de la intimidad y del talante moral de los protagonistas. Este poeta y escritor vuelve a la investigación psicológica y a la preocupación filosófica, que ya había apuntado en *Relatos sobre la falta de sustancia* (1977) y que había consolidado en obras como *El héroe de las mansardas de Mansard* (1983) –Premio Herralde de Novela–, *El metro de platino iridiado* (1990) –Premio Nacional de la Crítica– o *Donde las mujeres* (1996) –Premio Nacional de Narrativa–. De la mano del autor y, guiado por los protagonistas de ese microcosmos familiar en declive, el lector se sumerge desde el principio en la atmósfera brumosa de El Asubio, refugio enclavado a orillas del Cantábrico en el que el viudo Juan Campos, profesor de filosofía jubilado; sus hijos Jacobo, Andrea y Fernando; su nuera Angélica y los matrimonios de sirvientes Antonio y Emilia, Bonifacio y Balbanuz, conforman una atmósfera sentimental surcada de oscuras inquietudes, de secretos deseos de venganza, de amores inconfesables y de celos a flor de piel.

El argumento empieza y termina bajo la avasalladora sombra de Matilda. Es una sombra tan alargada, que los personajes deambulan por esta finca familiar como herederos de un pasado demasiado gravoso, como víctimas casi inconscientes de una culpabilidad nunca confesada, como moradores de un metafórico purgatorio trufado de conflictos, de silencios y de falsas interpretaciones. El *Asubio* se convierte, a medida que avanza el relato, en una cárcel de la que todos quieren huir y a la que, paradójicamente, todos intentan acudir para redimir su pasado o evadirse de su trabajo rutinario y alienante en un Madrid lejano y aséptico.

Alvaro Pombo se mantiene fiel a su estilo narrativo, muy cercano en ocasiones a la narración oral (suele dictar sus novelas) y convierte su tejido narrativo en un tratado de psicología ficción, en una novela-ensayo que sirve de vehículo para plantear una serie de cuestiones –la maternidad, las relaciones de pareja, los conflictos generacionales, el amor, la muerte, el rencor, la venganza, la fuerza creativa del dinero, el papel de la mujer en la sociedad actual– y mostrar, al mismo tiempo, un abanico de valores morales. El escritor cántabro se aleja así de la novela de corte tradicional y elimina cualquier referencia narrativa externa. Sólo algún apunte paisajístico sirve de contrapunto a este mundo de vivencias, de rememoraciones y de larvadas inquietudes de futuro.

La novela de Pombo es un viaje metafórico a lo más profundo del laberinto humano. Un laberinto de pasiones, de soledades compartidas, de amor-odio y de rencor, de mucho rencor. Desde el inicio de la novela, cuando Juan Campos inicia su definitiva reclusión, casi claustrofóbica, en *El Asubio*, el lector se halla atrapado en un viaje existencial y comienza a asistir a una peculiar representación teatral –el lenguaje así lo evidencia– en la que cada personaje sufre inconscientemente una metamorfosis casi metafísica. Pesa tanto el pasado, pesan tanto los recuerdos, pesa tanto la personalidad de Matilda, que ni Juan –el personaje más complejo–, ni su hijo Fernando –un romántico venido a menos–, ni Emilia –desgarrada interiormente por la ausencia de su amiga-amante– ni su marido Antonio, son capaces de sobrevivir a una realidad turbia y fantasmal como el paisaje que envuelve a esta mansión anclada en un pasado casi intemporal.

La tradición de la novela modernista inglesa –Henry James, Jane Austen y George Eliot– es un referente que el escritor santanderino tiene en cuenta, aunque la problemática que plantea, la enrevesada trama casi circular y el reflejo de problemas de la época actual se desvíen con frecuencia de este camino. Pombo vuelve a plantear de modo coherente y con mirada crítica el tema de la homosexualidad –que ya había expuesto en *Contra natura*, su anterior novela–. Sin embargo, la problemática de Fernando, que se ve obligado a renunciar al hombre que ama cuando lo ve feliz con una mujer, es una propuesta valiente y coherente de la relación homosexual como algo digno, lejos de la superficialidad y la trivialización. También propone el autor una nueva actitud ante la economía, desmitificando en cierto modo el tópic del poder del dinero. En este sentido, hace un guiño explícito a su amigo José Antonio Marina, al que dedica el libro como autor de *La creación económica*.

La economía y la filosofía se dan la mano, por paradójico que parezca. La novela está sembrada de reflexiones filosóficas, de reflexiones sobre el poder, de reflexiones sobre el más allá. Y estas reflexiones llegan con frecuencia al lector por el sutil sendero de la poesía. Juan Campos se alimenta de sus poetas preferidos y el propio autor pone en su boca versos profundos y elocuentes de Jorge Guillén, de Antonio Machado o de Luis Felipe Vivanco. Pero lo que otorga a la novela un cariz filosófico son esas frases lapidarias, casi sentenciosas, que siguen la orientación ideológica de Martin Heidegger o de Jean Paul Sartre.

Vale la pena adentrarse, casi sin pausa, en la lectura de esta novela, aunque al final nos deje un agridulce poso de melancolía. Esa melancolía casi cinematográfica que se podría plasmar en un cuadro color sepia, como esas tardes húmedas y otoñales a orillas del Cantábrico. Dos frases pueden servirnos de botón de muestra para evocar este mundo interior de Juan, convulsionado todavía más por el amor correspondido de su nuera Angélica: «El matrimonio consiste en dos soledades que mutuamente se respetan y se reverencian». (pág. 207) «La vida no es una suma lineal de instantes iguales, sino una multiplicación de instantes excepcionales». (pág. 246)

Al final, el fantasma de la muerte espera en cada recodo del camino. Los personajes lo saben, pero son incapaces de salir de este laberinto familiar demonizado y absurdo. Un laberinto que envuelve al lector, lo subyuga y le invita a reflexionar.

© José María Ariño Colás
<http://josemarco.blogia.com>

SYBILLE BEDFORD: UNA VIDA LIBRE, UNA MUJER LIBRE; UNA MUJER DE LETRAS

por María Aixa Sanz

Una vez más la editorial Salamandra recupera para el lector actual a otra escritora: SYBILLE BEDFORD, empezando con *Fragmentos de Vida* (Una educación nada sentimental), la primera novela que publica y la última que escribió la autora; y que resulta ser sensacional, de una amenidad terrible y de una riqueza exagerada.

Sybille Bedford que murió en febrero de 2006 y que nació en 1911, a principios del siglo XX, fue una mujer que podía producir muchas cosas pero nunca indiferencia. Es buen punto de partida para el lector que desconoce la obra de esta escritora empezar pues con *Fragmentos de Vida*. Biografía novelada de su infancia y adolescencia. Novela sólida, que atrapa como si estuviera contándote la historia encantada que cada lector quiere oír de forma sencilla, siendo un mar de caricias para el oído. A la vez es un homenaje a los que nacimos o a todos los amantes del Mediterráneo, recuperando sus olores, colores y sabores.

La pluma y la maestría de Sybille Bedford, en su última obra: *Fragmentos de Vida* hace que al lector le sea fácil leer la biografía y olvidar que la escritora es la misma persona que el personaje que recorre todas las páginas. Es su talento quien convierte su vida en una auténtica novela con sus pequeños desastres y alegrías, grandes amores y desamores, situaciones cómicas, desbordantes, teatrales e intensamente tristes. Si la narración hubiese sido otra el lector no tendría la impresión que la infancia y adolescencia de Sybille Bedford no fue una vida de novela. Que parece imposible que sea real y sin embargo lo es. Hay vidas que lo son, solo hace falta saber contarlas, y Sybille Bedford se dedicó a contar historias desde temprana edad cuando convencida se dijo: *que podía lograr ser la única cosa que quería: ser escritora (...)*.

Nacida en Alemania de un padre aristocráticamente pobre y una madre aferrada a la vida intensa y lectora empedernida (que se toma los libros tan en serio como a las personas y a la vida), que le disgustan los colegios, y la lleva hacia la cultura y la literatura desde el colchón de su cama, recibiendo así una educación nada convencional, recorriendo Italia, Inglaterra y Francia, con sus avatares y circunstancias llenas de aventuras y pequeñas catástrofes. En una Europa de entreguerras crece rodeada de personajes que pasean por la novela con detalles y personalidades bien perfilados, sugerentes y envolventes. Que la forman como persona y como escritora en una libertad que todavía en estos tiempos asombra. Los Desmirail, Toni, Rosie y Jamie, el juez Jack, Cécile Panigon, Alessandro, María, y un largo etcétera, pero sobre todo el escritor inglés y amigo Aldous Huxley, del que ella más tarde escribió su biografía, publicada en 1973. Línea a línea, palabra a palabra nos describe situaciones llenas de opulencia y glamour con situaciones de auténtica pobreza, así como narra los párrafos más desgarradores de la adicción y la enfermedad de su madre, un descenso a los infiernos contado de manera sencilla aún sufriendolo en primera persona.

Sybille Bedford consigue en *Fragmentos de Vida* algo tan difícil para un escritor como poner distancia entre lo que se escribe y los sentimientos de uno. Y esta es sin duda la clave, para que su autobiografía alcance ser una auténtica novela: La distancia.

(...) Se puso seria. ¿Era consciente de lo difícil que resultaba escribir un buena novela? Quizás la más difícil y gratificante de las formas literarias. Ella habría dado cualquier cosa –no, cualquier cosa no, como su vida parecía probar, pero sí mucho– por haber escrito algo: por haber logrado esa conversión de la experiencia en arte. ¿Tendría ella el talento necesario? No se podía saber a menos que se intentara: e intentarlo era un trabajo.

–Yo jamás he aprendido a trabajar.

La escritura era algo a lo que había que entregarse como a una vocación. De no haber sido por todas esas historias de amor... Pero vividas, no escritas, por desgracia. En cuanto a mí, su hija, podría desarrollar esa capacidad o no. Si tenía el talento, si aceptaba que había de servir a la escritura.

–Jamás mires por encima del hombro, no pienses en el público, ni en la reputación o el dinero: sigue tu inspiración, si la tienes, después déjate la piel en definirla, podarla, lamerla hasta darle forma. –Y sería para mí mejor no casarme, no cargar con una casa y un hijo. Sonrió–(...).

Está es una de las conversaciones que mantienen madre e hija (Sybille Bedford y su madre) a propósito de que Billi (Sybille) quiere ser escritora y su madre le da los consejos que ella estima.

Su madre le preguntó si era consciente de lo difícil que era escribir un buena novela. ¿Lo logró? Sólo el lector puede juzgar, el dato es que Sybille Bedford se ha convertido en una de las principales escritoras europeas del siglo veinte.

Ahora meses después de su muerte nos han abierto el apetito con *Fragmentos de Vida* que se hace corta, tal como ocurre con sus otras novelas: *Favorita de los dioses*, *Un error de orientación* o la mil veces editada *Una visita a Don Otavio*, novela convertida en libro de viajes.

La Bedford decía que las patrias de su corazón eran el sur de Francia, la literatura, el arte y la amistad, y así nos lo relata en su obra, no se la pierdan. Está Alemana, que por elección propia: escribía en inglés y que también por elección propia: vivió parte de su vida en Francia nos demuestra una vez más el poder, lo eterno, lo mágico y la libertad que posee la belleza de las palabras.

© María Aixa Sanz

<http://blogs.ya.com/mariaaixasanz>

* * *

Miradas

APOLOGÍA DE LA GORDURA

por Agustín Cadena

Un temor violento y una mórbida fascinación: éstas son las dos actitudes hacia la muerte que se han intercalado en la historia de la sensibilidad. El temor aparece cuando la fe en la existencia del alma flaquea, en épocas de revolución o crisis epistemológica. En el siglo xvii el hombre se sentía angustiado por tener demasiados conocimientos; había atisbado muy lejos en la estructura del universo, en los problemas trascendentales del ser humano, en el funcionamiento del organismo animado. Y había desarrollado una tecnología militar escalofriante para su tiempo. Todo esto lo hacía sentirse blasfemo. Estaba provocando a las fuerzas primordiales del universo, experimentando con una máquina cuyas reacciones desconocía y que lo mismo podía crear que destruir. Y los dioses castigan, o en el mejor de los casos abandonan, a quien roba su fuego, a quien muerde criminalmente los frutos del árbol del conocimiento. Con la transgresión, la culpa y el miedo entran en el mundo. Se exteriorizan como un horror vacui: el horror a la nada, a los espacios vacíos. El criminal, si es artista, tratará entonces de llenar todos los huecos que existan en el espacio de su obra; creará el barroco: las catedrales, la pintura de Rubens, la poesía de Góngora. Odiará lo desnudo y lo magro. Glorificará la vida y la celebrará en su abundancia, en su inmediata presencia.

De todas las épocas que sucedieron al barroco, la que más se le parece en este sentido es el siglo XXI: la misma osadía, la misma culpa, el mismo vértigo de la inteligencia.

Por la otra parte, la fascinación morbosa ante la muerte aparece cuando la ilusión de la inmortalidad hace huir las sombras del temor. La vida es entonces, como en las doctrinas gnósticas, una estación de prueba en la cual el alma puede liberarse de esta prisión a punto de apestar que es la carne. El hombre romántico anhelaba la paz de la tumba. Y al igual que los cátaros o los ascetas cristianos, descubrió el placer de oprimir sádicamente su propio cuerpo. Ya no se trataba de alcanzar la salvación del alma por medio del ayuno o la flagelación, sino de afirmar la autonomía absoluta del yo por medio del suicidio. El romántico estaba obsesionado por la evidencia de su mortalidad; se sentía o se sabía herido de muerte desde su nacimiento. Fascinado por el Demonio y por el Infierno, ya no esperaba el Cielo cristiano sino otra clase de recompensa: la gloria de hallar el fin del héroe cósmico, del transgresor, del despreciador de la vida. Esta aristocracia espiritual se manifestaba exteriormente como una forma refinada de estoicismo: el spleen, mal du siècle o Weltschmerz. Envolvió entonces, en el manto vaporoso de su poesía, la tuberculosis, la enfermedad en general junto con algunos de sus signos externos: la palidez, la fiebre, la delgadez extrema. La verdadera belleza estaba en la beauté malade que Baudelaire tomó, para

consagrarla, de Edgar Poe. Su ideal estético es reductible a una imagen: la joven tocada por la muerte en la flor de la vida.

Nuestro siglo XXI, con todo lo que tiene de parecido al XVII, es una época de extraordinaria complejidad; la idea de una norma estética única se ha visto sustituida por la noción de los tipos: cada hombre dice tener su tipo de mujer. Evidentemente es una falacia. Para comprobarlo, bastaría examinar los contenidos ideológicos que sustentan el modelo antropométrico dominante. Tema para otro estudio. De cualquier manera, en la medida de su cultura un hombre es libre para adoptar la idea (o ideas) de belleza que mejor se ajuste a su sensibilidad. Como la diversidad cultural es enorme, en nuestra época coexisten, a veces en un mismo individuo, los tipos más disímiles. En sociedades y en individuos con un panorama cultural estrecho, los estereotipos de belleza son definidos y contados. Cuanto más se expande la sensibilidad, gracias a la pluralidad cultural, más laxo se es en este sentido; se descubren cualidades estéticas en lo que tradicionalmente se consideraba feo. En una sociedad culta habría un admirador para cada mujer, y un signo de la cultura de un hombre sería que le gustaran todas las mujeres.

Sin embargo, la marginación sexual sigue siendo el castigo a la imperfección física. Y suelen ser las víctimas quienes con más celo cuidan el funcionamiento de esta máquina de segregación. Cada vez que una muchacha se pone a dieta para bajar de peso, declara con este acto que la delgada es superior a ella.

La publicidad, la creciente propaganda y religiosa, la televisión, la música popular... todo insiste diariamente en que olvidemos nuestra mortalidad. La gente ya no muere en su casa ni vuelve a la tierra como antes; se le sepulta (si a eso se le llama sepultar) en rascacielos funerarios. Se prohíbe a los niños entrar en la habitación del moribundo. En fin, el mexicano descrito por Octavio Paz, que celebra y dentro de su miedo se burla de la muerte, se parece cada vez más al norteamericano aséptico, para quien todo lo relacionado con el acontecimiento último de la vida es macabro. Y el cuerpo –en especial el cuerpo obeso, por más rotundo, por menos espiritual– nos agrade, nos obliga a recordar que somos mortales, orgánicamente corruptibles como una naranja o un gato atropellado en la calle.

Ser gordo es una humillación y esto es absolutamente cierto, pero en el sentido etimológico y cristiano de la palabra. Porque humillación viene de la misma raíz que *humus*. Humillarse es aceptar que la succulenta sustancia humana procede de lo inorgánico, de la tierra, de la ceniza.

Se trata de una relación dialéctica: tras la conciencia de la mortalidad viene la celebración de la vida, el canto a su abundancia. Si el individuo va a desaparecer sin que al final sobreviva nada suyo, queda el gozo de amarlo en su presente sensible, en su undosa materialidad. Al diablo las formas modernas de opresión del cuerpo: la anorexia y el gimnasio. La exuberancia adiposa representa la venganza de la imperfección humana contra lo perfecto cibernético o divino.

La mujer bien cebada es una burbuja que revienta de vida. Sabe –no puede olvidarlo– que va a morir y disfruta su residencia en la tierra: que sean los hombres y no los gusanos quienes agoten tanta abundancia.

La culturista, en cambio, utiliza el gimnasio para olvidar la precariedad de su cuerpo. En griego, narcisismo procede de la misma raíz que narcosis. La narcisista contempla su cuerpo –la parte más superficial y perecedera de su ser– para olvidar que va a perderlo. En cambio la mujer gorda, ola redonda, nube grávida, ámpula de dulzor, está vacunada contra el narcisismo (a menos que quiera sentirse la Venus de Wilendorf) y contra los remilgos de la espiritualidad. Su cuerpo luce inflamado de amor y, gracias a él, disfruta intensamente los placeres de la gula y de la carne (both meat and flesh), inaccesibles al estoicismo vegetariano.

La sebosidad victoriosa se asocia con el sibaritismo, con la molicie, con cierto tipo de voluptuosidad deliciosamente grosera, y con todos aquellos vicios que involucran el lujo del cuerpo y la caída del alma en la dulce degeneración de la opulencia.

Globo de pulpa, sandía de carne, la mujer bien jugosa recuerda, como Bachelard, que la dicha hace comestible al mundo. Por eso, quien ama disfruta su cuerpo como un pastel enorme e inagotable donde el amante puede hundir su rostro mil veces sin acabárselo. Qué placer tan grande sería el del artista barroco Martínez del Mazo cuando pintó, desnuda, a aquella niña gorda a quien malamente apodaban La Monstrua; era, estoy seguro, un fragante lechón de nácar.

© Agustín Cadena

<http://www.elvinoylahiel.blogspot.com>

Este que ves

Xavier Velasco

Editorial Alfaguara, 2007

Ser niño es entender que el que lleva al infierno es un camino corto. Se llega sin saber, se escapa sin pensar, se vuelve sin querer. El niño de esta historia se resiste a contarla. Antes que darle un sitio en su memoria, preferiría darle sepultura. Cuando menos lo espera, ya está inmerso en un juego trepidante que le permite todo... menos dejar morir una historia. Se trata de salvarla, ése es el juego. No es que la infancia sea en sí difícil, sino que sus fantasmas resultan invencibles y sus muros –horror– inexpugnables. En un proceso inverso al exorcismo, el autor se transforma en personaje, el retrato en fantasma, la cicatriz en tinta: «Se escribe, igual que se ama o que se vive, porque no queda más alternativa, ni se ve escapatoria tolerable.»



Fuera del relato

Silvia Guerra

Ediciones Bassarai, 2007

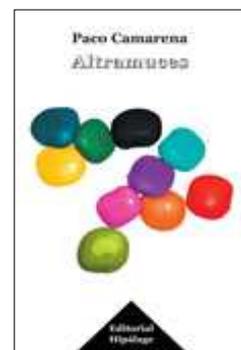
El Conde de Lautréamont encarna a la perfección el estimulante juego de máscaras que a veces nos regala la literatura. Isidore-Lucien Ducasse nació en Montevideo y, con tan sólo catorce años, fue enviado por su padre a París para proseguir sus estudios. Quizá descubrió allí su irrevocable destino como poeta. Con apenas veinte años dio a la imprenta sus famosos e incendiarios *Cantos de Maldoror*, un poemario magnético que desde entonces ha atraído a generaciones de escritores. La belleza, el mal, el horror, la culpa y la bondad se hermanaban en unos largos y fantasmales poemas en prosa cuya intensidad se convirtió en legendaria. Cuando historia, poesía y mito se entremezclan para enigma del lector, el resultado es *Fuera del relato*, una biografía que se lee como una novela poética. Silvia Guerra combina rigor académico y libertad de estilo para reconstruir la biografía humana y artística de uno de los fundadores más misteriosos de la poesía moderna.

Altramuces

Paco Camarena

Hipálage, 2007

Los relatos de este libro se expanden como atractivos universos donde apetece quedarse. No será fácil mantenerse al margen de estas historias que entreabren despacio –pero asertivamente– el deseo por la lectura y sus más allá. En este libro verdadero late el placer de soñar despiertos y de imaginar como real ese imposible no tan lejano que merodea nuestras vidas. Y, al final, sus historias se digieren como pequeños sabrosos altramuces. Este conjunto de relatos, trabajado a conciencia durante varios años por Paco Camarena, ha sido merecedor del Premio Internacional de Narrativa Hipálage en su primera edición.



Los ejércitos

Evelio Rosero

Tusquets Editores, 2007

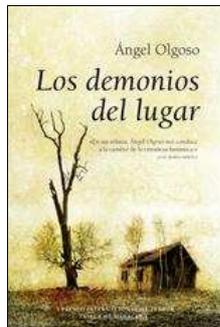
Ismael, un anciano profesor jubilado, y su mujer, Otilia, viven morosa y modestamente en el pueblo de San José desde hace cuatro decenios. A Ismael le gusta espiar a la mujer de su vecino, y Otilia suele reconvenirlo, avergonzada. Hasta que el ambiente idílico del pueblo se enrarece. Las desapariciones de algunos familiares extienden el miedo entre los habitantes de San José y parecen preludiar sucesos aún más graves. Una mañana, tras volver de un paseo, Ismael se entera de que unos soldados de no sabe qué ejército se han llevado a sus vecinos. Le cuentan también que su mujer lo ha estado buscando e intenta dar con ella en vano... Los ataques continúan y, cuando los acontecimientos se precipitan y se desata la violencia, los supervivientes deciden huir antes de que sea tarde. Pero Ismael opta por quedarse en el pueblo devastado. Una decisión que le revelará un destino oscuro e imprevisible. *Los ejércitos* obtuvo el Premio Tusquets Editores de Novela 2006.

Esquirlas del espejo

Miguel Carcasona

Diputación Provincial de Zaragoza, 2006

Cada relato de este libro es una esquirla que, como un puzzle, se va incrustando en las otras para recomponer el azogue donde se refleje la vida en un espacio la llanura se extiende al sur de Huesca –tomado como ámbito real o territorio mítico. De la niñez a la senectud, cada protagonista encarna una edad y un tiempo distintos, a veces entrelazados por algún nexo (un padre aviador y su hija, el mismo lugar recorrido por dos personas con sesenta años de diferencia) y siempre con la sierra de Guara como telón de fondo. Aunque un espejo reconstruido nunca representa fielmente la realidad, porque su lámina fragmentada la descompone como en un cuadro cubista. De ahí las alucinaciones o las leyendas que, en algunas páginas, afloran desde el fondo del subconsciente, individual o colectivo. Por este libro su autor recibió el XX Premio Santa Isabel de Portugal de narrativa.



Los demonios del lugar

Ángel Olgoso

Editorial Almuzara, 2007

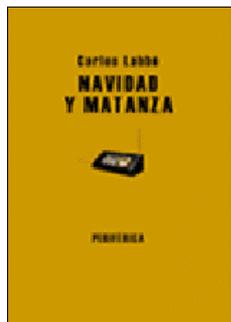
Los demonios del lugar es un conjunto de relatos sobre situaciones extremas, inquietantes o pavorosas, escritos con el cuidado de un orfebre; una reflexión sobre las distintas aristas del mal; una revisión y actualización de temas que incluye hasta quince modalidades de terror (psicológico, oriental, macabro, metafísico, erótico, sobrenatural, cósmico, infantil, bélico, onírico, humorístico, etc.); un acercamiento a la materia oscura del paso del tiempo, del enigma de la muerte, del prójimo como torturador. Ángel Olgoso da cuerpo literario y savia nueva a un género maltratado, asombra con la densidad poética y plástica de su prosa, con la intensidad de sus argumentos, con las visiones de un territorio desconocido y terrible poblado por miedos íntimos y monstruos inimaginables, rituales malsanos y seres perversos, perspectivas espeluznantes y atmósferas fantasmagóricas y vertiginosas.

Lugares comunes

Irene Jiménez

Páginas de Espuma, 2007

Con el mismo estilo que la crítica aplaudiese en su debut narrativo, e idéntico acierto para captar instantes que revelan existencias casi completas, Irene Jiménez vuelve para ofrecernos una selección de historias tan comunes como los lugares que las albergan, y a la vez tan singulares como lo es la aventura diaria de cada uno de nosotros. Sus personajes transitan por esos lugares comunes que no es posible esquivar. La calle, la oficina o el dormitorio les sirven de improvisado escenario para mostrar al lector aquello que desean, aquello que aguardan o lo que temen. Con una prosa ágil, pero cada vez más atenta al detalle, la vida de hombres y mujeres aparece profundamente marcada por el hecho de habitar una gran ciudad, «una ciudad de las que te buscan». En ella se dan cita la estudiante universitaria ávida de experiencias, la comisaria de exposiciones y su asistente extranjera, los licenciados que sobreviven desempeñando toda suerte de trabajos y hasta los anhelos de aquellos que ya se han marchado.



Navidad y matanza

Carlos Labbé

Editorial Periférica, 2007

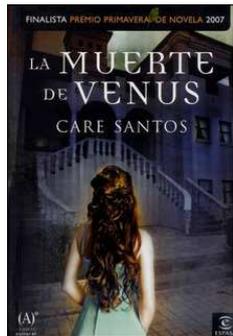
El lector de *Navidad y Matanza* debe desentrañar cuál de estas historias no es una alegoría: un adolescente y su chófer se dedican a recorrer playas en un Cadillac, engañando a los bañistas y robándoles sus toallas; siete científicos se encierran en un recóndito laboratorio norteamericano hasta dar con la fórmula de una droga llamada «el éxtasis del odio»; un periodista melancólico investiga la desaparición de los jóvenes hermanos Bruno y Alicia Vivar durante una exclusiva celebración internacional que se lleva a cabo en el litoral de Chile. Como en una novela de Chesterton, los personajes de *Navidad y Matanza* cambian a cada página de identidad para forzar los límites de su propio relato y alcanzar al propio autor de esta novela –el joven escritor chileno Carlos Labbé–, como un tablero de juegos cuyas fichas avanzan hacia un final impensable.

El Gran Vidrio

Mario Bellatín

Anagrama, 2007

El Gran Vidrio es una fiesta que se realiza anualmente en las ruinas de los edificios destruidos en la ciudad de México, donde viven cientos de familias. El hecho de habitar entre los resquicios dejados por las estructuras quebradas representa un símbolo mayor de invisibilidad social. Es quizá por eso que cuando deciden pertenecer al resto, cuando carnavalizan de alguna manera su situación, deciden llamar El Gran Vidrio a su celebración. La clave duchampiana de la experiencia le da la opción a Mario Bellatín de cobijarse en una retórica particular, la del ocultamiento a partir de lo imposible –hecho que precisamente permite una exposición extrema–, para recrear tres autobiografías que muestran, a través de su hermetismo, lo que una autobiografía tradicional es incapaz de transmitir.



La muerte de Venus

Care Santos

Espasa Calpe, 2007

Tras la muerte de su tía abuela, Lola, la joven Mónica hereda el viejo caserón familiar y decide instalarse en él, en compañía de su marido Javier y, en un futuro próximo, de la niña de la que está embarazada. Desde que comienzan las obras de remodelación de la casa, diversos fenómenos inexplicables comienzan a manifestarse entre sus muros: un olor nauseabundo que invade la sala principal, repentinas bajadas de temperatura, un gran ficus del jardín que se resiste a ser arrancado... Finalmente, cuando la gran planta es desarraigada, enredado entre sus raíces aparece un busto de mármol que representa a una Venus de gran belleza. Para Mónica se inicia así una dramática aventura que le

llevará a entrar en contacto con un universo paralelo, el que separa la existencia de los vivos de la de los muertos, y que le trasladará a través del tiempo a una vida anterior, en los albores de nuestra era, en la que se produjo un crimen execrable.

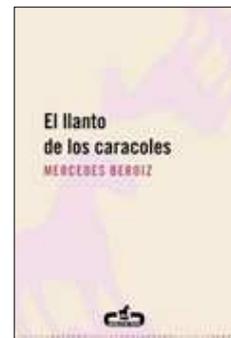
El llanto de los caracoles

Mercedes Beroiz

Caballo de Troya, 2007

Delgadina, la niña que protagonizó pasivamente cuando tenía 14 años la famosa y polémica novela de García Márquez *Memoria de mis putas tristes*, tiene ahora 90 años y recuerda algunos tramos de su vida: el momento en que Rosa, la dueña del burdel la reclamó para participar en el capricho sexual de un anciano, su posterior y casi filial relación con Rosa, su trabajo cosiendo botones, la muerte de Rosa, su relación con Luis el médico y con Don Miguel, el dueño de la librería que más tarde ella misma regentará. Si en la novela de García Márquez el personaje de Delgadina está condenada al silencio ahora conocemos sus palabras, sus deseos, sus miedos.

Una contralectura narrativa en clave femenina de *Memoria de mis putas tristes* de Gabriel García Márquez.



La nariz de Cleopatra

Ricardo Maliandi

Editorial Leviatan, 2006

Quizá no haya nada totalmente insignificante, totalmente intrascendente en ese aluvión de factores que van acuñando nuestra vida. La madeja es tan pero tan enredada, que nunca sabemos qué repercusión tendrá cada uno de esos factores insignificantes, especialmente cuando se refieren a la relación entre un hombre y una mujer. La presencia de ese mínimo de significación basta para que algo pueda crecer, extenderse indefinidamente, meterse en su vida, en la mía, en la de todos los hombres de todos los tiempos, como pasó con la longitud de la nariz de Cleopatra. Ricardo Maliandi es filósofo y literato, y ha ejercido y ejerce la docencia en diversas

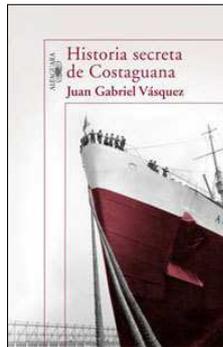
Universidades del país y del exterior. Como filósofo ha publicado, entre otras obras, *Transformación y síntesis* (1991) *Dejar la posmodernidad* (1993) *Volver a la razón*. *La nariz de Cleopatra* es su primera novela, pero comenzó a escribirse en la época en que transcurren los primeros capítulos (1969).

La mujer sin memoria y otros relatos

Silvia Sánchez Rog

Lengua de Trapo, 2007 (V Premio de Narrativa Caja Madrid)

La mujer sin memoria y otros relatos construye un retrato poliédrico de las confusas, absurdas, paradójicas relaciones personales a que nos enfrentamos diariamente. Parejas que son presa de la omnipresente incomunicación, amigos que no perfilan bien los límites de su amistad y se enfrentan, perplejos, a su desintegración, o amantes de saldo son algunos de los personajes que tratan de sobrevivir a duras penas a malentendidos e inercias. Una delicada red de sutilezas y perversiones puebla estas historias edificadas con valentía y lucidez, con una mirada que no admite soslayar lo embarazoso o incómodo pero que también juega con el sentido del humor y que apunta directamente al núcleo de las contradicciones urbanas contemporáneas.



Historia secreta de Costaguana

Juan Gabriel Vásquez

Editorial Alfaguara, 2007

Londres, 1903. José Altamirano, colombiano de nacimiento, acaba de llegar de un país caribeño de cuyo nombre ya quisiera olvidarse. Arrastra consigo varias culpas y una historia de la cual se arrepiente; ha sido testigo de las cosas más terribles que le pueden pasar a una persona y también a un país. Pero nunca habría imaginado el encuentro que el destino tenía programado para él. Nunca habría imaginado lo que le ocurriría después de conocer al famoso novelista Joseph Conrad. Juan Gabriel Vásquez (Bogotá, Colombia, 1973) es autor del libro de relatos *Los amantes de Todos los Santos* (Alfaguara, 2001) y de tres novelas, entre ellas *Los informantes* (Alfaguara, 2004). Entre 1996 y 1998 vivió

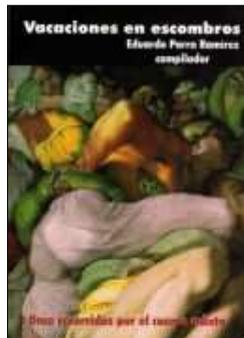
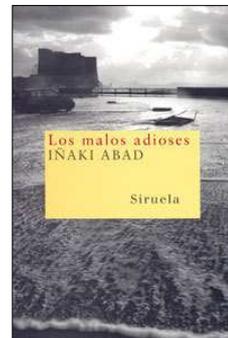
en París, donde hizo estudios de literatura latinoamericana en la Sorbona, y a finales de 1999 se instaló definitivamente en Barcelona. Sus relatos han aparecido en antologías de Alemania, Francia, España y Colombia. Ha traducido obras de E.M. Forster, Victor Hugo y John Hersey, entre otros, y sus artículos aparecen regularmente en publicaciones españolas y latinoamericanas.

Los malos adioses

Iñaki Abad

Siruela, 2007

Un thriller con trasfondo político, marcado por los ecos de un poema, en el que la caótica ciudad de Nápoles adquiere un protagonismo que trasciende la acción, hasta convertirse en un emblema de las contradicciones de nuestra sociedad actual. Isabel Varela lleva una doble vida: es profesora en el Instituto Cervantes de Nápoles pero a su vez se encarga de controlar a las mujeres inmigrantes latinoamericanas en la base de la OTAN de Pozzuoli. Cuando un día desaparece sin dejar rastro, los servicios secretos españoles envían a Nápoles a Fernando Sanmartín para que esclarezca el caso. Este diplomático y veterano agente descubre que tras la desaparición de Isabel se esconde una oscura historia de amor. Sin embargo, su elección como responsable de la investigación no es sino una maniobra política de doble fondo que desembocará en un inesperado final..



Vacaciones en escombros: once recorridos por el cuento adicto

Varios autores

Editorial Eón, 2007

La asiduidad de los lectores al tema de las adicciones satisface una necesidad simultánea de paraíso y de pesadilla. La experiencia de la droga es una de las búsquedas humanas en donde mejor se expresa la sensación de altura dentro de la certeza del abismo. Buscando más allá de las anécdotas, examinando las posibilidades de la narrativa breve, los once autores de *Vacaciones en escombros* han logrado expresar la intensidad de esos infiernos en una variedad de propuestas cuentísticas que se nos ofrece como un menú de historias sobre adicciones. Cuentos que nos

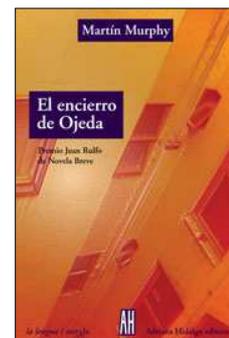
inhalan, nos conducen al vértigo de una espiral sanguínea que desemboca en una propuesta literaria sólida y en una prueba de ácido para nuestra capacidad de asombro.

El encierro de Ojeda

Martín Murphy

Adriana Hidalgo Editora, 2007 (Premio Juan Rulfo de Novela Breve)

Ojeda es un empleado gris y kafkiano pero no a su pesar: es uno de esos fervorosos mediocres. Casado, sin hijos y casi sin amigos, vive en paz y armonía en su trabajo dentro del área contable de una empresa. Una reestructuración lo asciende de puesto pero desmorona su mundo; cada vez más angustiado, sufre un ataque de pánico e inicia un tratamiento psiquiátrico. La única manera de rehacer ese mundo despedazado será entonces organizarlo a través de pequeños detalles, aunque su mujer lo abandone y él pierda su trabajo. Poco a poco, Ojeda se concentrará en los objetos que lo rodean, en desmedro de las relaciones con otros seres humanos. Relato de un proceso psíquico que acaba por devorar y consumir toda realidad exterior, «El encierro de Ojeda» ganó el Premio de Novela Breve Juan Rulfo 2004, otorgado por un jurado compuesto, entre otros, por Juan José Saer, Javier Cercas y Jorge Volpi.



Apuntes para una novísima arquitectura

Fernando de León

Editorial Berenice, 2007

Apuntes para una novísima arquitectura (Premio Nacional de Cuento Agustín Yáñez, 2004), desarrolla siete originales variaciones sobre el tema del cuerpo humano. Siete novísimas propuestas que amalgaman lo trascendente y lo concreto, el realismo y la fantasía, el análisis clínico y la expresión más lírica de las obsesiones humanas. Vesalio, médico de Carlos V, naufraga en una isla desierta y utiliza los cadáveres esparcidos por la playa para impartir su última lección de anatomía. Un hombre, trágicamente dividido, profana aparatosamente una tumba y se lleva el cadáver a casa. El doctor Knox encarga a una pareja de asesinos los cuerpos humanos que necesita para sus estudios científicos.

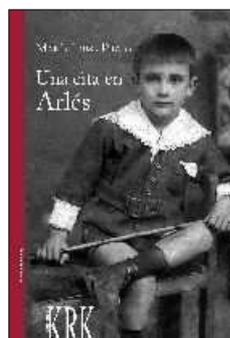
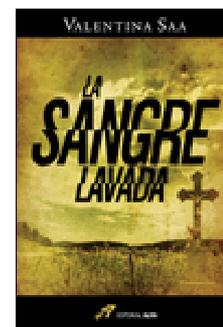
Un anciano ya muerto y reducido a cenizas tiene todavía la mala fortuna de ser víctima de un secuestro. En una pintura sin forma aparente, un artista encarcelado plasma la mórbida escena entre un padre y su hija, a los que observa día tras día a través de un agujero en la pared. Un hombre fascinado por la belleza de la lepra se abre camino, como una enfermedad, hacia el objeto de su deseo...

La sangre lavada

Valentina Saa

Editorial Alfa, 2007

En *La sangre lavada* se entrecruzan varias historias: un periodista sumido en la culpa más honda por los errores cometidos inicia una investigación sobre la violación de un niño por un cura. Una profesora enamorada de su alumno que se sumerge en el deseo de lo imposible. Un hijo abandonado encuentra, al mismo tiempo, a su madre y al amor homosexual. Los curas de la elitesca Orden de Dios ejercen su poder oculto tras la fe. Estos personajes y sus circunstancias serán los caminos a través de los cuales la autora nos hará recorrer esta novela trágicamente hermosa, donde la fe, el amor, la maldad, la perversidad y la desesperanza manan de la fuente donde todos bebemos.



Una cita en Arlés

María Luisa Prada

KRK Ediciones, 2007

En el Palacio del Eliseo, y desde la Secretaría de la Presidencia del Gobierno Francés, se da la orden de localizar a una serie de personas supuestamente implicadas en los disturbios que están alterando la paz y el orden del país. Entre los nombres franceses y árabes mencionados en la lista figura el de Manuel Cordero, un anciano residente en Arlés que tuvo que abandonar España cuando apenas contaba diez años de edad en compañía de su hermano pequeño, Santiago, del que se separó durante el viaje hacia el exilio impuesto por la Guerra Civil y al que nunca más ha vuelto a ver. ¿Por qué ese interés desde la Presidencia del Gobierno por alguien que hasta ese momento había llevado una vida normal? ¿Qué ocurre para que un hombre anónimo, de casi ochenta años, sea reclamado desde tan altos estamentos? ¿Cuál es el secreto que se esconde tras esa búsqueda? ¿Dónde está Santiago? *Una cita en Arlés* llevará al lector a recomponer las piezas de un emocionante e increíble puzzle familiar y a descubrir lo que el destino puede tener reservado a las personas que comenzaron su vida huyendo de un país en guerra.

Hoy, Júpiter

Luis Landero

Tusquets Editores, 2007

Las vidas de Dámaso Méndez y Tomás Montejo corren paralelas, en principio sin otro parentesco que un fluir subterráneo de temas compartidos. La vida de Dámaso es la historia de un odio, cuyo origen se remonta a la adolescencia, cuando un joven de su edad le arrebató su lugar en el edén familiar y provocó el enfrentamiento y la violenta ruptura con su padre, un hombre deseoso hasta el delirio de redimirse de su propio fracaso vital a través de los éxitos perdurables del hijo. Desde entonces, Dámaso consagra su existencia a servir a esas dos pasiones excluyentes que son el odio y el afán de venganza. Por su parte, Tomás, profesor y escritor, joven solitario dedicado por entero a la pasión de los libros y del conocimiento, conoce un día el amor, y con él el desorden, por el que su vida tomará un rumbo imprevisto y tormentoso.



El secreto del mal

Roberto Bolaño

Anagrama, 2007

Este volumen viene a ser la armadura inevitablemente incompleta del que iba a ser el cuarto libro de relatos de Roberto Bolaño. Las piezas y esbozos narrativos aquí reunidos tienen por base un archivo de texto muy tardío, en el que Bolaño trabajó hasta poco antes de su muerte. El título que engloba el conjunto es el mismo que el de un cuento que comienza así: «Este cuento es muy simple aunque hubiera podido ser muy complicado. También: es un cuento inconcluso, porque este tipo de historias no tienen un final.» Palabras que ilustran el carácter que comparten todas estas piezas, acerca de las cuales escribe Ignacio Echevarría, responsable de la edición: «Es toda su narrativa, y

no sólo *El secreto del mal*, la que parece regida por una poética de la inconclusión.» Como ya ocurría en *Putas asesinas* y en *El gaucho insufrible*, de nuevo se entremezclan aquí, junto a relatos propiamente dichos, textos de naturaleza no narrativa, conforme a la cada vez más acusada tendencia de Bolaño a confundir las fronteras genéricas con el propósito de fecundarlas....

Fragmentos de eternidad

José María Latorre

Editorial Laria, 2007

Huyendo de su presente, y con él de España, un escritor en crisis coincide en un *palazzo* de Bolonia, cuyo propietario utiliza como casa de huéspedes, con un extraño predicador obsesionado por el sexo que ha creado la nueva «Iglesia de la Refundación» y asegura poseer el don de detectar las señales del diablo en los templos católicos. El *palazzo* sirve también de residencia a un grupo de excéntricos personajes, fugitivos de una sociedad que detestan, desde uno que asegura mantener conversaciones con filósofos muertos hasta otro que propone acabar con las herencias. Pero en otro piso de ese mismo lugar habita una mujer cuya presencia será determinante para el predicador y para el escritor, quien al tratar de recuperar su aliento creativo transgrediendo las fronteras del tiempo y el espacio, sólo encontrará la muerte y la nada.



El jardín japonés

Antonio Ortuño

Páginas de Espuma, 2007

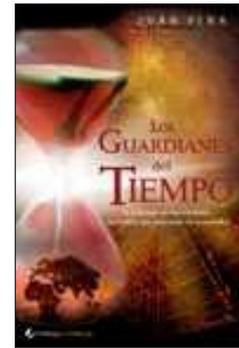
Una cofradía de vanguardistas se ve cercada por un acuarelista vengativo. Un heredero se afana en buscar a la prostituta que ilusionó su infancia. Un abogado planea la artística violación de su secretaria. Un cachorro es misteriosamente torturado en un bungalow vacacional. Repleto de propuestas alarmantes como estas, *El jardín japonés* recurre a la ironía, la violencia, la sátira y hasta a la melancolía como estrategias narrativas principales. Ajeno del todo a las viejas convenciones verbales, decorativas y sentimentales de la narrativa latinoamericana, este volumen ofrece una colección de relatos feroces e intensos, con una prosa que es, a la vez, adictiva y hospitalaria para con el lector.

Los Guardianes del Tiempo

Juan Pina

ViaMagna Ediciones, 2007

Los Guardianes del Tiempo es una novela original por la combinación de elementos propios de la novela histórica, el thriller político y los relatos de suspense y espionaje. Es habitual que las novelas de base histórica enfoquen desde el presente enigmas del pasado. Sin embargo, la vertiginosa aventura de Diana Román y Cristian Brătianu se desarrolla hace un par de décadas. La acción transcurre en los últimos momentos de la Guerra Fría, mientras el bloque oriental (y en especial el régimen estalinista de Rumanía) se desmorona irremisiblemente. Destaca en *Los Guardianes del Tiempo* la nítida visión política y social de Rumanía antes y durante la caída de los esposos Ceaușescu, así como la incorporación de la propia co-dictadora Elena Ceaușescu a la trama. En España y en el mismo periodo asistimos a la campaña de las elecciones generales de 1989.



Zaida. La pasión del rey

Magdalena Lasala

Fundación José Manuel Lara, 2007

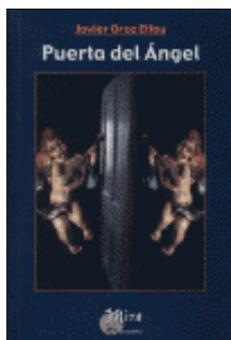
En el año 1085, Alfonso VI conquista Toledo y establece allí su corte. Los reinos de al-Andalus, temerosos por este avance cristiano, reclaman la ayuda de los almorávides del norte de África, guerreros feroces capitaneados por Yusuf. Sin embargo, lo que en un principio parece una buena estrategia pronto se vuelve en contra de esos reinos aliados de Yusuf. Al-Mutamid, rey de Sevilla, ante la perspectiva de tener que soportar la tiranía almorávide solicita ayuda a Alfonso VI, utilizando como embajadora a la bella e inteligente Zaida. La pasión nace de inmediato entre el rey y la cortesana, pero la corte no está dispuesta a aceptar ese amor ni las consecuencias que traerían para el reino cristiano un descendiente con sangre musulmana. La intriga política y la pasión se enfrentan en un contexto histórico de una gran riqueza, pues pone en contacto a dos modos de pensar y a personajes, como Zaida y Alfonso VI, de una sorprendente modernidad.

El clavo en la pared

Jesús Ortega

Cuadernos del Vigía, 2007

El clavo en la pared reúne una docena de relatos breves en torno a encrucijadas en las que los personajes descubren aspectos escondidos o secretos de sus vidas. Las historias tienen lugar en el mundo privado de las relaciones familiares y sentimentales, con alguna que otra incursión lúdica en la literatura fantástica. El descubrimiento de la identidad a través de las cosas que hieren, los ajustes de cuentas entre padres e hijos, la búsqueda de la comunicación con los demás, los amores malogrados, los miedos reveladores, las mentiras, las ambigüedades y los malentendidos inquietantes son algunos de los temas que asoman por estos cuentos. Los personajes son seres normales que arrastran alguna herida y que se ven inmersos en situaciones a veces desbordantes y que les cambian la vida, a veces sutiles y que les revelan algún tipo de verdad sobre sí mismos que no aciertan a comprender.



Puerta del Ángel

Javier Oroz

Mira Editores, 2007

Puerta del Ángel es una novela cuyo epicentro, Sinerusa, es un país ficticio dentro de un entorno real. Abarca un periodo desde la posguerra hasta los 90, y cuenta la venturosa vida de un hombre con deseos de transformar el mundo. Es la vida de Ecilo o Juan Esteban, nacido en Argentina, hijo de Strandey de Sinerusa y de Irene Macías de España. Se trasladan a España siendo Ecilo muy niño y allí pasa su etapa de formación. De natural idealista y soñador, Ecilo quiere transformar el mundo, lo que le llevará a Barcelona a estudiar Económicas. Entrará en contacto con sus raíces paternas al conocer a los príncipes de Sinerusa, Gróbert y Aliza, en la facultad. La compleja realidad de este pequeño país mediterráneo, cuya situación es paralela a la de la España de posguerra (hay una dictadura fascista en contacto con las homólogas europeas que mantiene una falsa monarquía), unirá a los tres jóvenes idealistas en su afán por cambiar el mundo, y en particular Sinerusa, su destino común.

• **LOS LIBROS ARDEN MAL, DE MANUEL RIVAS, ELEGIDO 'LIBRO DEL AÑO 2006' POR EL GREMIO DE EDITORES DE MADRID**

El Gremio de Libreros de Madrid (España) otorgó a la obra de Manuel Rivas *Los libros arden mal* el VII Premio Libro del Año 2006. El jurado valoró «la intensidad de un relato que recorre la historia de A Coruña desde finales del siglo XIX hasta nuestros días». El jurado, en el acta del premio, destacó que «con la quema de libros procedentes de numerosas bibliotecas de la ciudad en los días posteriores al golpe de estado de 1936 como eje central, la novela ahonda en un tiempo que tiñó de humo y negras sombras la ciudad y todo el país tras la Guerra Civil. A lo largo de sus 600 páginas se asoman vencedores y vencidos que, de la mano de su autor, van abriendo resquicios por donde se cuela algo de luz en sus vidas». Más de cincuenta librerías de Madrid participaron en la séptima convocatoria del premio Libro del Año, que en anteriores ediciones fue otorgado a *La Fiesta del Chivo* de Mario Vargas Llosa; *La aventura del tocador de señoras*, de Eduardo Mendoza; *La voz dormida* de Dulce Chacón; *El libro de las ilusiones*, de Paul Auster; *Casa del Olivo*, de Carlos Castilla del Pino; y *Suite francesa*, de Irene Nemirovsky.

* * *

• **XII FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO DE LIMA (PERÚ)**

Del 19 al 29 de julio del presente año tendrá lugar en Lima (Perú) la 12ª Feria Internacional del Libro, FIL-Lima 2007. En esta ocasión, la República de Italia será el País Invitado de Honor. Como ya es habitual, adicionalmente a la exhibición de objetos culturales, se ofrecerá una variada muestra de actividades para todas las edades, en las que el país invitado de honor tomará parte con sus escritores más representativos, además de gestionarse la llegada de otros autores internacionales de los diferentes países participantes, así como la presencia de los más destacados intelectuales del ámbito nacional. Más información: <http://www.filperu.com>

* * *

• **LUIS LEANTE, GANADOR DEL PREMIO ALFAGUARA DE NOVELA 2007**

El escritor murciano Luis Leante, con la novela *Mira si yo te querré*, obtuvo la X edición del Premio Alfaguara de Novela. La obra ganadora se vertebra gracias a una historia de amor, prolongada en el tiempo, de Monste Camba y Santiago San Román, dos jóvenes de diferentes clases sociales que se ven empujados a romper su relación. San Román se enrolará en la Legión y viajará hasta el Sahara, en donde termina estableciéndose. Treinta años después, Monste, con una vida vacía y con algunas heridas curar, decide viajar hasta el Sahara para enfrentarse a su pasado. Tras múltiples peripecias que incluyen una picadura de escorpión, un rapto, una larga enfermedad y su incorporación al pueblo saharauí, Montse tendrá que decidir si ha encontrado o no al verdadero amor de su vida. La historia de amor entre ambos personajes es inventada, pero todos los personajes saharauíes que aparecen en las páginas de *Mira si yo te querré* son reales y reflejan la forma de vida de un pueblo que tiene una de las mejores organizaciones sanitarias y educativas. «Tienen ministerios para todo y su organización es envidiosa; cómo se reparten el agua o cómo se atiende a los enfermos», señaló Leante, quien todavía mantiene una relación amistosa con algunos saharauíes.

* * *

• **PABLO DE SANTIS OBTIENE EL I PREMIO IBEROAMERICANO PLANETA-CASA DE AMÉRICA DE NARRATIVA**

El escritor argentino Pablo de Santis, con la novela *Enigma en París*, fue galardonado el pasado 24 de abril con el I Premio Iberoamericano Planeta-Casa de América de Narrativa. El jurado igualmente acordó elegir como finalista la obra *El susurro de la mujer ballena*, del escritor peruano Alonso Cueto. Las dos obras premiadas se publicarán el próximo mes de junio simultáneamente en toda América y en España. El Jurado de este premio, reunido en Bogotá, estuvo formado por los escritores Juan Gossáin (Colombia), Eduardo Mendoza (España) y Juan Villoro (México), así como por Miguel Barroso, director General de Casa de América, y Gabriel Iriarte, director editorial de Planeta Colombia. El ganador del premio explicó que su novela se desarrolla en 1889 en París, cuando se está construyendo la Torre Eiffel, y narra una serie de crímenes en serie en esa ciudad. Por su parte, Cueto dijo que su novela trata de la amistad y el reencuentro entre dos mujeres. A la convocatoria de la primera edición de este premio se presentaron 618 originales, procedentes de 22 países de América Latina y España. Entre los diez finalistas se encontraban dos novelas procedentes de Colombia y otras dos de Argentina, y una de Chile, España, Estados Unidos, México, Perú y Uruguay.

* * *

• FONDO DE CULTURA ECONÓMICA PÚBLICA LAS OBRAS REUNIDAS DE ELENA GARRO

Fondo de Cultura Económica acaba de publicar el primer volumen de las Obras Reunidas de Elena Garro, un proyecto que contempla la edición de sus cuentos, teatro y una de las mayores novelas mexicanas del siglo XX, *Los recuerdos del porvenir*. El FCE señaló que en este primer volumen se reúnen los dos libros de cuentos más importantes de la autora, *La semana de dolores*, reeditada a partir de 1989 como *La culpa es de los tlaxcaltecas*, y *Andamos huyendo Lola* (1979). También se ha incluido la versión en español de *La factura*, cuento publicado en francés en la revista «Vogue» en agosto de 1984, un trabajo hasta ahora inédito en español. El FCE aseveró que lleva a cabo esa publicación «en su vocación de recuperar a autoras fundamentales de la literatura mexicana».

* * *

• LA FERIA DEL LIBRO DE BUENOS AIRES BATE EL RÉCORD DE PARTICIPANTES

Más de 1.200.000 personas visitaron la 33ª Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, que tuvo lugar en la capital porteña del 19 de abril al 8 de mayo pasados, lo que supone un récord histórico de público desde que se inauguró la muestra por primera vez en 1975. Además, las ventas de libros aumentaron un 18 por ciento en relación al año pasado, según las estimaciones preliminares divulgadas por los organizadores del encuentro. Entre los libros más consultados de la feria se encuentra *Martín Fierro* de José Hernández, un clásico de la literatura argentina; *Rayuela*, del argentino Julio Cortázar; y *El Príncipe*, del pensador Nicolás Maquiavelo. Asimismo, los autores que protagonizaron mayor cantidad de consultas en los stands montados en la feria fueron la argentina Graciela Silvia Montes, su compatriota José Hernández, el psiquiatra estadounidense Brian Weiss y el poeta chileno Pablo Neruda. Además, la feria potenció los festejos de los 40 años de la publicación de *Cien años de soledad* y los 80 años de vida de su autor, Gabriel García Márquez, ya que su edición conmemorativa se convirtió en uno de los libros más vendidos del encuentro.

* * *

• CELEBRADO EN GIJÓN EL SEGUNDO ENCUENTRO DE EDITORES INDEPENDIENTES

En el marco del Salón del Libro Iberoamericano de Gijón (España) se celebró el pasado mes de mayo el II Encuentro de Editores Independientes, en el que tomaron parte las editoriales Baile del Sol, Edita, Septem, Sexto Piso, Txalaparta, Edicóes Asa, Editions du Boréal, Editions Metallié, Editores de Chile, Bild & Co. Editor, Cidcli, Ediciones de la Banda Oriental, Ediciones de la Flor, Era, Trilce, Aún creemos en los sueños, F&G Editores, Isla Negra, Lom Ediciones y Maizal Ediciones. En dicho encuentro se reivindicó la labor de estas editoriales como «factor imprescindible de la diversidad cultural», al mismo tiempo que se reconoció que lo alcanzado hasta la fecha no es suficiente y que deben seguir aunando esfuerzos para que se «respete y aplique el derecho soberano de establecer políticas públicas para proteger y promover la industria independiente y nacional del libro y la lectura tales como leyes de precio único, estímulos fiscales, desarrollo de bibliotecas o tarifas preferenciales de transporte». También consideraron «vital» que los escritores cuya creación es origen de su tarea editorial «sigan reconociendo en la edición independiente el esfuerzo de promoción cultural, el aporte al pensamiento crítico, el rescate de la memoria y el compromiso con el libro en tanto expresión de ideas, cultura e identidad y no mero producto comercial». Otra propuesta fue la de que el concepto de libre circulación del libro y de las ideas no sea excusa para que se mantenga y profundice el intercambio enormemente desigual entre España y América Latina (más de cien a uno), y que, por tanto, se establezcan medidas compensatorias para que exista una verdadera presencia del libro latinoamericano en las bibliotecas y la red comercial de España.

* * *

• PARPADEOS, DE ELOY TIZÓN, PREMIO TORMENTA AL MEJOR LIBRO PUBLICADO EN CASTELLANO EN 2006

Eloy Tizón, con su libro de relatos *Parpadeos* (Anagrama) y Georges Perec con *Me acuerdo* (traducción de Yolanda Morató; Berenice) fueron elegidos como ganadores de la primera edición de los Premios Tormenta, en las categorías de mejor libro en lengua española y mejor libro traducido respectivamente, de entre todos los publicados durante el año 2006. Los premios Tormenta, que celebran este año la primera edición, nacieron con la voluntad de premiar las mejores obras editadas en España durante el año 2006 y son concedidos por el colectivo Banda Aparte, formado por casi una sesentena de creadores que ejercen el reseñismo literario en el blog La Tormenta en un Vaso (<http://latormentaenunvaso.blogspot.com>), presentado bajo el eslogan «Un buen libro cada día». Los premios se concedieron el pasado 23 de abril, coincidiendo con el primer aniversario del blog, que en sólo un año consiguió casi 120.000 entradas. Junto a *Parpadeos*, fueron finalistas *Los peces de la amargura*, de Fernando Aramburu; *Nocilla dream*, de Agustín Fernández Mallo; *Llámame Brooklyn*, de Eduardo Lago; y *Manual de literatura para caníbales*, de Rafael Reig.